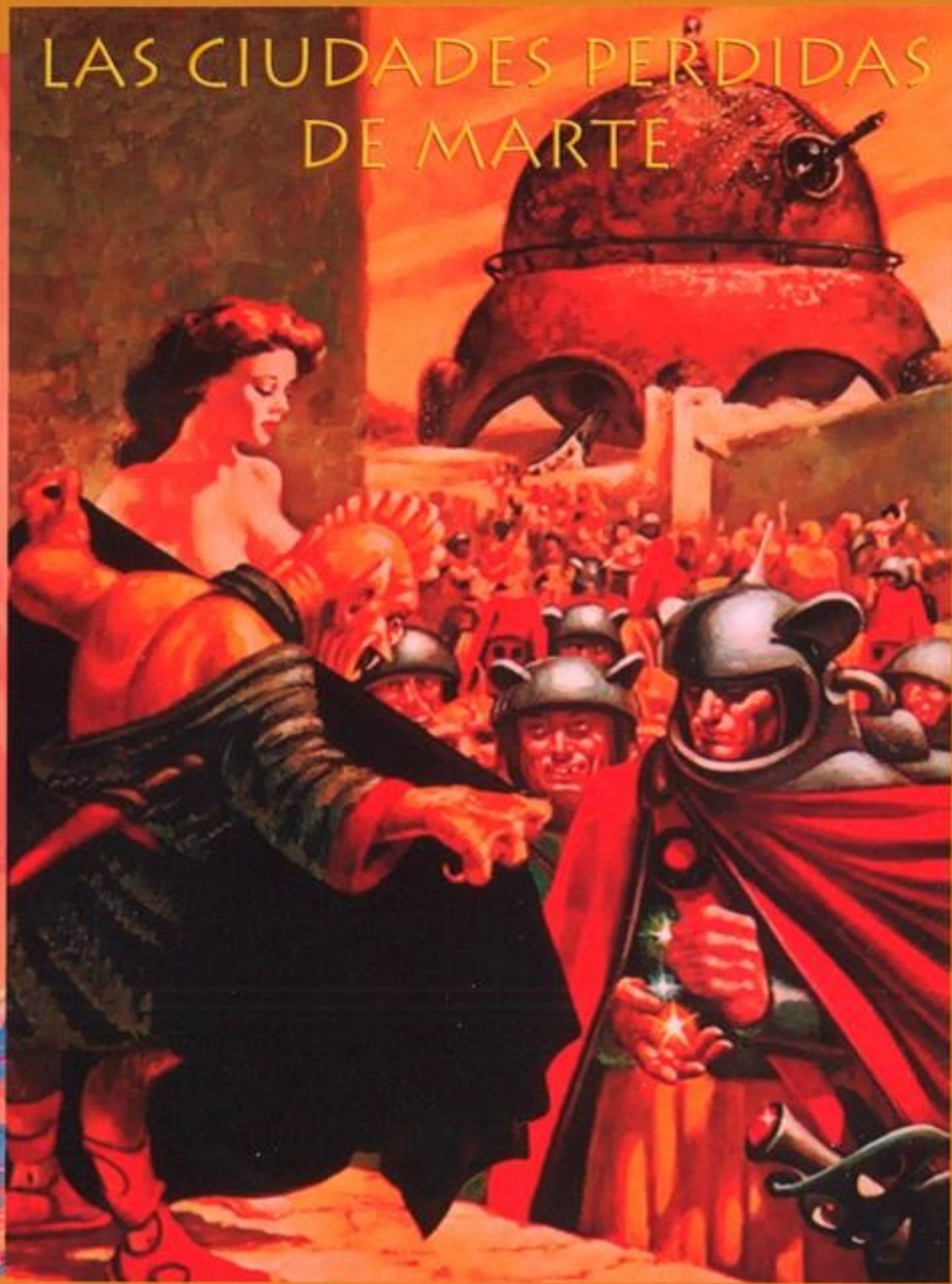


LAS CIUDADES PERDIDAS DE MARTE



LEIGH BRACKET
EDICIÓN ILUSTRADA

Lectulandia

Selección de novelas cortas ambientadas en el planeta Marte, un Marte romántico y fantástico, poblado de razas perdidas, mujeres hermosas, tesoros malditos y numerosos arqueólogos y aventureros terrícolas, dispuestos a desentrañar los más oscuros secretos del planeta rojo.

Lectulandia

Leigh Brackett

Las ciudades perdidas de Marte

ePub r1.0

Titivillus 30.03.2019

Título original: *The Treasure of Ptakuth, Quest of the Starhope, The Beast-Jewel of Mars, The Sorcerer of Rhiannon, The Last Days of Shandakor, The Road to Sinharat*

Leigh Brackett, 1942

Traducción: Pedro Cañas Navarro

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com



LAS CIUDADES PERDIDAS DE MARTE

Pedro Cañas Navarro

Desde siempre, el ser humano ha tenido el anhelo de acercarse a lo misterioso, a lo desconocido, a los pueblos y tierras que se encontraban más allá de su alcance. Hubo un tiempo en que lo ignoto era el valle de al lado, pero el transcurso del tiempo y el desarrollo de la civilización, fue haciendo que lo misterioso, lo desconocido, se fuera alejando cada vez más.

Existe un tipo de literatura, muy antiguo, que evolucionó a partir de los antiguos libros de viajes, y que trata del descubrimiento, en algún lugar, de restos de poblaciones de civilizaciones desaparecidas que habitan en *ciudades encantadas*, quizá sometidos a grandes hechiceros, quizá ocultando algún tesoro. En algunos casos la implantación de estos pueblos es tan débil que sus descubridores modificarán su forma de vida, haciéndoles realizar un último *viaje* que los lleve, —voluntaria o involuntariamente— a la extinción.

En algunas de estas ciudades se puede encontrar, en lugar de *tesoros*, *joyas malditas*, que supongan la perdición de quien las ha encontrado. Pudiera resultar que las civilizaciones se extinguieran tras seguir un *camino* que se oponía a la Naturaleza, provocando un desastre ecológico, algo sobre lo que deberíamos meditar en estos tiempos.

Fue durante la Época Victoriana e inmediatamente después, cuando esta literatura alcanzó su mayor expansión, siendo **Ridder Haggard**, sin duda, su máximo exponente. Algo posteriores son los relatos de **Tarzán** escritos por **Edgar Rice Burroughs**, que en una buena medida deben adscribirse a esta corriente literaria (**Jessica Amanda Salmonson** ha realizado en los últimos tiempos, numerosos estudios sobre este tema). El paso del tiempo ha ido haciendo que vayan disminuyendo aquellos lugares desconocidos en los que se podían encontrar aquellas tierras perdidas. Conforme medió el siglo pasado, al estar cartografiada casi toda la Tierra —y no digamos cuando se introdujo la cartografía mediante satélite—, estos lugares tuvieron que situarse en otros planetas u otras dimensiones.

Existe otro concepto que se vincula, en algunas ocasiones, con el de ciudad perdida, y es el del final de un pueblo, o de una civilización. Este concepto, quizá provenga de las ideas románticas, —con **lord Byron** de por medio—, de la caída del Imperio Romano. El imperio ha sido reducido a una única ciudad, una ciudad espléndida, aunque ya medio abandonada. Los bárbaros la sitian; el último emperador, Constantino, y los últimos guerreros, paladines de la civilización frente a la barbarie, —entre ellos bastantes catalanes—, lucharán la última batalla, pero la suerte está echada; habían llegado... los últimos días de Constantinopla.

Esta obra consiste en una recopilación de relatos de **Leigh Brackett**, más o menos relacionados entre sí, que se desarrollan en los lugares más recónditos del Marte descrito por esta autora; conoceremos aquí ciudades abandonadas donde todavía resisten, en una u otra forma, los restos de algunos pueblos, —humanos o no—, de los que habitaron Marte en otro tiempo, cuando estaba cubierto por las aguas; incluso en algunas ocasiones, asistiremos a su fin. Para comprenderlos cabalmente, es preciso conocer, aunque sea someramente, el escenario en el que se van a representar estas historias: Marte durante la primera y segunda expansión terrestre.

Primera expansión terrestre

Según la cronología interna de los cuentos de Leigh Brackett, la primera expansión terrestre debió comenzar con la llegada de los astronautas a la Luna; allí encontraron un mundo sin aire en el que, con el transcurrir del tiempo, construyeron mansiones y castillos cubiertos con cúpulas («*El gran salto*»), además de una colonia penal. A pesar de todo, la Luna en sus cavernas, albergaba vida, en especial, algo parecido a un mono («*Tierra de nadie en el espacio*»).

Entre los planetas interiores descubiertos, y posteriormente colonizados por los terrestres, el más interesante es, sin ningún lugar a dudas, Marte.

La situación de Marte, planeta cubierto de desiertos, era la más complicada de todo el Sistema Solar. La mayoría de su población estaba constituida por seres humanos, si bien había, en los lugares recónditos, restos de razas no humanas. La población humana, no terrestre, abarcaba numerosos pueblos con niveles culturales muy diferentes. Por una parte se encontraban las tribus de los desiertos: los *keshi*, los *shunni*, los *mekhi*..., salvajes nómadas. Por otra parte, las ciudades del Canal Inferior, con un nivel tecnológico ligeramente más elevado: Valkis, Jekkara, Barrakesh, que provenían de los pueblos civilizados de cuando aún había océanos en Marte. Por último la liga de ciudades estado, que tenía un nivel cultural y tecnológico superior: Karappa, Kathuun, Narrissan, Ruh, Tarak, Varl...

Mayor interés, para este volumen, presentan las ciudades olvidadas donde todavía quedaban restos de antiguas razas: Shandakor, las ciudades polares de «los pensadores», la ciudad que se encuentra tras las Puertas de la Muerte, próxima a la ciudad polar de Khusat, la ciudad encantada de Marte...

Tras alcanzar la Luna, comenzó la conquista de los planetas interiores; si bien a Mercurio se enviaron rápidamente colonos («*Un cubo en el espacio*»), la política terrestre, con relación a Venus y Marte fue muy distinta; en esta etapa, no hubo colonización, ni prácticamente interferencia; los pocos terrestres que penetraron en estos planetas lo hicieron a su propio riesgo. Normalmente fueron arqueólogos, o como otros les llamaban, ladrones de tumbas.

En Marte se corresponden a este período las historias: «*El tesoro de Ptakuth*», «*El viaje de la Starhope*» y «*La ciudad perdida de Marte*». Las tres se encuentran en este volumen.

En Venus se corresponden a este período las novelas cortas: «*Lorelei de la niebla roja*» y «*La luna que desapareció*».

Segunda expansión terrestre.

La segunda expansión terrestre, en la que se desarrollan la mayoría de las obras de **Leigh Brackett**, tiene dos direcciones: por una parte se realizan expediciones hacia los mundos exteriores, normalmente satélites de los planetas gigantes («*La danzarina de Ganimedes*», en donde encontrarán la famosa ciudad de Komar), Titán, donde moran los *baraki*, el mismo Júpiter... y, por otra, la Tierra comienza a inmiscuirse en la política de los pueblos de

Marte y Venus; esta actitud, pasará rápidamente a ser una política clara de colonización con movimiento de poblaciones.

También en esta época empiezan a explorarse los asteroides, muchos de los cuales son habitables («*El lago de los partidos para siempre*», «*El pirata del agua*», «*Esclavos de la noche infinita*», «*Tierra de nadie en el espacio*»...).

Al principio de esta época, o al final de la anterior, comienza a estructurarse el comercio sobre las llamadas ciudades comerciales: Vhia en Venus, N'York en la Tierra y Kahora en Marte, Estas ciudades serán la base del Triángulo, del que se habla en algunos relatos. Formalmente, esta estructura se denominó Organización de los Mundos Unidos (O. M. U) y debió funcionar, —o no funcionar—, como la antigua Sociedad de Naciones o la actual Organización de las Naciones Unidas.

En Marte, los gobernantes de la Tierra comienzan a inmiscuirse ligeramente, sólo controlando a los terrestres, (en «*La joya de Marte*» y «*Los últimos días de Shandakor*»). Más adelante envían investigadores («*Marte menos Bisha*»), luego directamente agentes secretos para seguir de cerca los movimientos políticos («*La reina de las catacumbas marcianas*» de la serie de **Stark**, publicada en el número tres de la revista **Barsoom**).

Los terrestres, terminarán diseñando sistemas de irrigación, en principio para los marcianos («*El camino a Sinharat*»). Las autoridades terrestres obligarán a la liga de las ciudades estado marcianas a firmar un tratado desigual. («*La sacerdotisa de la Luna Loca*»).

En esta época se desarrolla «*El hechicero de Rhiannon*», ya que existe un cierto gobierno marciano con más o menos atribuciones, al igual que en «*El camino a Sinharat*».

La parte inicial de «*La espada de Rhiannon*» también se desarrolla en esta época por la cita a una famosa taberna, la de *madame Kan*, en Jekkara. Asimismo, «*El velo de Astellar*» se desarrolla en los mismos años, al existir también una mención a la citada taberna.

La política de colonización sigue adelante, en «*Indagación en Marte*», donde se ve cómo la pobre gente de la Tierra y Venus emigra a Marte. Marte, como es lógico, precisa mucha agua, y de ahí el problema que se presenta con «*El pirata del agua*», que finalmente es resuelto; la acción de esta historia se desarrolla en el año 2418 d. C.

Marte y Barsoom

Como se indica en el título, las historias de este volumen, se desarrollan en Marte; pienso que es interesante comparar el Marte de la *Brackett*, desarrollado en estas y otras novelas de nuestra autora y el *Barsoom* de **Burroughs** que lo inspiró.

En primer lugar, salta a la vista que ambos se corresponden al Marte del imaginario colectivo de finales del siglo XIX y primera mitad del XX, basado en las ideas de **Schiaparelli** y **Lowell**: un mundo antiguo, desierto, surcado por canales artificiales, en donde remanentes de antiguas razas, se esfuerzan en sobrevivir. Este tipo de Marte fue empleado, hasta la saciedad, por la literatura de esta época; por ello, en lo que a la descripción general de Marte se refiere, no puede hablarse de una influencia estricta de **Burroughs** sobre la **Brackett**.

Comencemos analizando las semejanzas.

Un rasgo importante es que nuestros dos autores no consideran en sus obras la existencia de ningún elemento sobrenatural en Marte, debiéndose catalogar por tanto estas dentro de la ciencia ficción estricta, concretamente dentro del subgénero denominado *sword&planet*. Se podrá objetar que el viaje a Marte de **Juan Carter** se realiza mediante magia, pero no es cierto, ya que no deben olvidarse las pretensiones científicas que en aquella época tenían los viajes astrales y la telepatía.

Ahondando en lo anterior, debe indicarse el fundamento científico que los dos autores dan a que una personalidad asuma el cuerpo de otra como aparece en: «*El cerebro supremo de Marte*» de **Burroughs** y «*El hechicero de Rhiannon*» y «*La reina de las catacumbas marcianas*» de la **Brackett**.

En las dos visiones de Marte, los océanos cubrieron su superficie en el pasado. Véase «*La espada de Rhiannon*» de **Leigh Brackett** y «*Thuvia la virgen de Marte*» y «*Llana de Gathol*» de **Burroughs**. Como dato curioso debe indicarse que según los últimos datos astrofísicos, el Marte real estuvo cubierto por océanos en un pasado más o menos remoto.

En ambas visiones de Marte, los antiguos lechos marinos, transformados en desiertos, se encuentran salpicados de ciudades abandonadas y recorridos por tribus de nómadas salvajes. En las dos visiones aparecen algunas ciudades, situadas en puntos aislados, que no están abandonadas, y en las que se conservan, aislados, restos de las antiguas razas. Lógicamente, estas ciudades son hostigadas con frecuencia por los bárbaros.

En alguna de estas ciudades aisladas, sus habitantes han sido capaces de hacer visibles a los antiguos habitantes y edificios de la ciudad; en **Burroughs**, Lothar de «*Thuvia la virgen de Marte*», en **Leigh Brackett**

Shandakor de «*Los últimos días de Shandakor*» y también la ciudad que aparece en «*La ciudad encantada de Marte*».

Un lugar semejante a esta descripción de Marte existe en nuestro mundo; se trata del conjunto de desiertos, montañas y altiplanicies que constituyen el Asia Central, sede de antiguos imperios y tierras renombradas por sus conocimientos mágicos. Estoy hablando de la tierra de **Genghis Khan** que conquistó el mundo, del **Dalai Lama** y del **Buda Vivo**; de la tierra donde llegó a existir un estado maniqueo (con sus extraños conocimientos sobre los *many worlds* que estudiaría **Everett**) y desde donde se dice que se puede penetrar en *Agartha*; allí, ciudades como Samarcanda, Bujara, Karakorum, Turfán... fueron en su tiempo faros de la civilización, arrasadas por los bárbaros; algunas se reconstruyeron; otras, como Turfán o Karakorum, siguen en ruinas, entre las que merodean las bestias salvajes. Curiosamente, al principio de los años veinte del siglo pasado, se produjo en estas tierras un hecho que recuerda, bastante, a la historia que aparece en «*La reina de las catacumbas marcianas*». Un aventurero: el barón **Ungern**, antiguo general del Zar, intentó reunir a las tribus nómadas dispersas para atacar las ciudades civilizadas; alistó también soldados blancos (en ambos sentidos) y buscó apoyo mágico entre los lamas mongoles; su objetivo último, al igual que en la novela de la **Brackett**, también era mucho más tenebroso que apoderarse de unas cuantas ciudades siberianas. La historia terminó de forma bastante más sangrienta que en la ficción, quizá porque no apareció un Stark que impidiera la marcha hacia la ciudad de Novosibirsk en la Transbaikalia.

En lo relativo a las criaturas que pueblan Marte, podemos decir que para ambos autores la raza dominante es alguna versión del *homo sapiens*. Adicionalmente, podemos comparar los simios blancos de Burroughs con los simios que recorren las ciudades medio abandonadas de «*Némesis of Mars*» de **Leigh Brackett**; Los corceles, con aspecto de reptil, empleados en el Marte de **Brackett** para recorrer el desierto, no dejan de recordar a los *thoats*, si bien con menos pares de extremidades. También puede decirse que los tigres de seis patas del desierto, de los que habla nuestra autora, recuerdan a los *banths* de **Burroughs**.

Socialmente, en ambas visiones de Marte, la forma política imperante es la ciudad estado, gobernada por un monarca, si bien existe una tendencia a formar ligas más o menos fuertes (véase «*El Guerrero de Marte*» de **Burroughs** y «*La sacerdotisa escarlata de la Luna Loca*» de **Brackett**). Estas ciudades estado guerrear frecuentemente, entre sí y con las tribus bárbaras; curiosamente, aun existiendo una tecnología elevada, en ambos casos, es

frecuente que la lucha se realice con arma blanca, empleándose raramente las armas de fuego.

Vistas las semejanzas analizaremos sus principales diferencias.

El Marte de la **Brackett** es un mundo integrado en el Sistema Solar; participa en la Liga de los tres planetas (el Triángulo, es decir en los Mundos Unidos) y de su astropuerto, sito en la ciudad de Kahora, partirá la primera nave que llegue a la estrella Alfa del Centauro («*Alfa del Centauro o morir*»). Es decir, junto al Marte más o menos bárbaro hay una ciudad moderna, con presencia terrestre, que es Kahora, si bien no parece afectar mucho al resto del planeta. Los terrestres, parte dominante en la liga, están explotando manifiestamente Marte, habiendo impuesto un tratado desigual a la Liga de ciudades estado marcianas, en la más pura tradición colonialista... Pero las cosas pueden cambiar, (véase «*Nemesis of Terra*»).

Por el contrario, Barsoom se encuentra aislado de los demás mundos, con la única excepción de Júpiter («*Los hombres esqueleto de Júpiter*»). Esta afirmación se debe matizar si consideramos otras novelas de **Burroughs** no pertenecientes al ciclo marciano; concretamente, en «*The Moon Maid*» una nave parte de la Tierra hacia Marte para establecer una línea regular; como no podía ser menos la nave se denomina: «*Barsoom*».

El *Barsoom* de **Burroughs** da la impresión de estar muchísimo más poblado que el Marte de la **Brackett**. En *Barsoom* no es raro reunir un ejército de un millón de hombres, mientras que en el Marte de la **Brackett** no suelen pasar de unos pocos millares.

Un Marte mucho más próximo al desarrollado por Leigh Brackett, es el creado por **Lin Carter** en su ciclo «los misterios de Marte»: *The Valley Where Time Stood Still* (1974), *The City Outside the World* (1977), *Doom to a Sunless Sea* (1984) y *The Man Who Loved Mars* (1973).

El orden de las tres primeras historias es arbitrario, únicamente la cuarta, que por cierto es la primera que se escribió, es necesariamente la última.

Esta influencia es reconocida por el propio **Carter**, que dedica su obra a **Leigh**. Puede decirse que la descripción de un Marte, punteado aquí y allá por ciudades perdidas es aún más patente en este autor, ya que toda la serie gira en torno a tierras y ciudades perdidas del planeta rojo.

Historias contenidas en este volumen

A continuación se relacionan las historias que aparecen en este volumen, pero antes de indicar cuáles son, es preciso aclarar dos cuestiones.

En primer lugar se trata de justificar cuál ha sido el criterio empleado para elegir estas y no otras historias, cuando la realidad es que disponemos de varias más traducidas. La causa principal ha sido describir el primer Marte, el más aventurero, lleno de sentido de maravilla y coetáneo de las aventuras de **Eric John Stark**. Por ello, para estar incluido en este volumen, se ha exigido que la historia se desarrolle en las primeras etapas de la colonización terrestre y tenga lugar en comarcas apartadas del planeta. El orden en que se relacionan tiene que ver con que se declare de forma explícita la existencia de un gobierno marciano, por tenue que sea, o no se declare; aquellas en las que se hace referencia a un gobierno marciano, son posteriores a aquellas en las que no existe ningún tipo de autoridad planetaria.

La serie de **Stark**, —al menos la primera parte—, se desarrolla en un tiempo comprendido entre «*La Joya de Marte*», a la que hace referencia «*La reina de las catacumbas marcianas*» y «*El camino de Sinharat*», que a su vez hace referencia a la anterior historia.

En segundo lugar, hay que indicar que en este volumen aparecen dos relatos que originalmente se denominaron: «*The Beast-Jewel of Mars*»; uno de ellos fue firmado por **Brackett** con su propio nombre y otro con el único seudónimo que utilizó, **V. E. Thiessen**, normalmente en novela policíaca. Se debe indicar que las dos historias son muy diferentes, aún cuando en ambas aparecen ciudades ocultas; de hecho, la ciudad en donde se desarrolla la historia firmada con su nombre, no es, estrictamente hablando, una ciudad perdida. Obviamente la traducción de los títulos de estas narraciones, «La ciudad encantada de Marte» y «La joya de Marte» no es literal, como lo ha sido en el resto de las historias, a fin de poderlas distinguir.

El tesoro de Ptakuth.

«*The Treasure of Ptakuth*» — *Astounding Science Fiction*. Feb. 1942

El viaje de la Starhope.

«*Quest of the Starhope*» — *Thrilling Wonder Stories*. Abril de 1949

La ciudad encantada de Marte.

«*The Benst-Jewel of Mars*» — *Planet Stories*, Primavera de 1955
(firmado por V. E. Thiessen).

La joya de Marte.

«*The Beast-Jewel of Mars*» — *Planet Stories* Invierno de 1948

El hechicero de Rhiannon.

«*The Sorcerer of Rhiannon*» — *Astounding Science-Fiction*. Feb. 1942

Los últimos días de Shandakor.

«*The Last Days of Shandakor*» — *Startling Stories*, Abril de 1952

El camino a Sinharat.

«*The Road to Sinharat*» — *Amazing Stories*, mayo de 1963

Traducidas, todas ellas del inglés por Pedro Cañas Navarro, que es quién ha escrito este prólogo.

(Nota del editor: todas las ilustraciones interiores que iluminan este libro han sido extraídas directamente de las respectivas revistas pulp en que se publicaron todos los relatos: es decir, que son, todas ellas, las ilustraciones originales, con la única excepción del dibujo en la página 17. Se trata de «*A martian channel*» obra del ínclito **Virgil Finlay**, que también ilustra el último relato del libro).

LAS CIUDADES PERDIDAS DE MARTE

Para algunos de nosotros, Marte ha sido siempre la Última Thule, las doradas Hespérides, la siempre atrayente tierra de la fascinación. Las sondas Voyager, la electrónica y los seres humanos han comenzado a reducir todos esos sueños a unos hechos fríos, ásperos y miserables. Pero, por lo que sabemos, en los asuntos que atañen al hombre y a los marcianos, los meros hechos no son sino algo secundario comparado con la Verdad, que es poderosa, y siempre prevalece. Por tanto, aquí os ofrezco estas leyendas del viejo Marte, como si fueran historias reales, mientras invito a la triste realidad a que se mantenga a una distancia respetuosa.

Puedo dar fe de todas y cada una de estas aventuras. Al fin y al cabo, yo estuve allí.

Leigh Brackett



Cincuenta años antes de la fundación de Kahora, posiblemente a finales del siglo XX, los terrestres llegaron a Marte; los gobiernos de la Tierra, que no se encontraba unificada, decidieron no intervenir en el desarrollo del cuarto planeta... al menos por el momento.

Por ello, los primeros exploradores terrestres que se introdujeron en los desolados páramos del planeta, fueron investigadores, o, al menos, aventureros que trabajaban para las sociedades científicas, en especial las dedicadas a la arqueología.

Estos exploradores encontraron tribus bárbaras; en este relato hacen su aparición los shunni, que volverán a mostrarse en numerosas historias, tanto de las recogidas en este volumen, como en otras, junto a los bárbaros, también encontrarán restos de avanzadas civilizaciones antiguas, como la ciudad de Ptakuth.

Aquí, el aventurero Shane encontrará a una mujer como reina de una tribu de bárbaros, que guarda el paso a la ciudad prohibida. Este esquema, mucho más desarrollado y depurado, volverá a repetirse en una novela corta de Leigh Brackett, «La amazona negra de Marte», perteneciente a la serie de Stark.

Así pues, inicien su recorrido por Marte visitando la ciudad perdida de Ptakuth, en donde se oculta... El Tesoro de Ptakuth.

EL TESORO DE PTAKUTH

Terry Shane permanecía de pie en su campamento abandonado, y maldecía. A su izquierda, hasta el horizonte, se extendía el rojo desierto marciano: una desolación sin agua. A su derecha, quizá a cincuenta metros de distancia, se elevaba una cadena de áridas colinas, bajas y erosionadas por el paso de las edades. A sus pies se encontraba todo el equipo que le habían dejado los porteadores antes de abandonarle: una cantimplora que podría, —si tenía el cuidado suficiente—, permitirle cruzar el desierto hasta llegar al oasis de Morn, justo de donde había venido.

Lleno de una furia tan negra como su perro, Terence Shane lanzó una maldición:

—¡Por todos los santos! ¡Yo no temo a Ptakuth! ¡Ni pienso temerlo, y menos por una miserable babosa que se arrastra ocultando su cara en la oscuridad!

La nota que tenía en la mano se burlaba de él; la habían dejado en la puerta de su tienda, sujeta con un alfiler, y decía: *«Tus porteadores han sido finalmente persuadidos para que vuelvan a casa. Dado que tú has demostrado ser tan obstinado, lo único que puedo decir es que espero cambies de opinión antes de que provoques algún problema. Como he escuchado por ahí la bravata de que Terence Shane no ha conocido nunca el miedo, me temo que no cambiarás. Pero con toda sinceridad, te aviso otra vez: ¡Mantente lejos de Ptakuth!»*.

La nota estaba firmada por Thaldrek de Ved. Shane le conocía. Todo el mundo en el Sistema Solar conocía al aventurero marciano que vendía al mejor postor los secretos más valiosos, y que nunca había sido capturado.

Shane apretó el papel doblado con su enorme mano, —en la que se apreciaban músculos bien desarrollados—, y comenzó a alejarse de allí. Recogió la cantimplora y se dirigió hacia las colinas, en las cuales se ocultaba del mundo la ciudad perdida de Ptakuth.

Halló el lugar que estaba buscando. Una hendidura que se encontraba en el lugar en el que un río, ahora seco, había desembocado en el mar. En algún lugar del curso de este río, ya baldío, se hallaba la ciudad de Ptakuth, maldita

y perdida desde épocas tan lejanas que a Shane le daba vueltas la cabeza con sólo pensar en ella.

Al igual que en la Tierra existían leyendas sobre la Atlántida, en todo Marte, se escuchaban leyendas acerca de Ptakuth. Por ello, los hombres de barba gris de la Fundación de Arqueología Marciana, le habían pagado al aventurero Terry Shane una buena cantidad de dinero, con el fin de que encontrara la ciudad para ellos.

Las paredes de roca y el suelo de arena reflejaban la luz solar de Marte sobre Shane, que estaba empapado en sudor y atormentado por la sed. Aguantó la sed; podía ser que no hubiera nada de agua en muchas millas, si es que había algo de humedad por aquella comarca.

»Y si hay agua, seguramente habrá bárbaros; en esta parte de Marte, seguramente serán shunni, gente dura en la lucha. Bien; se me ha pagado por encontrar Ptakuth y ahora estoy demasiado lejos como para volver — reflexionó.

En su interior sabía que esta no era la razón por la que seguía hacia delante. La verdadera razón era que alguien quería lo mismo que él quería, y le desafiaba a que viniera a buscarlo.

Estaba ascendiendo por un estrecho sendero a lo largo del lecho del río, cuando oyó un sonido. La vibración avanzaba a través de la garganta, rebotando en las paredes de piedra, rompiéndose finalmente en una serie de ecos enloquecedores. Se trataba de una nota grave y sonora, como el tañido de una campana. Shane sacudió su oscura cabeza, presa del dolor.

El sonido provocó que sus tímpanos comenzaran a oscilar de dentro hacia fuera, y que su cerebro dejara de prestar atención a lo que tenía a su alrededor, llenándole de rabia, porque se percató de que había un propósito oculto detrás de aquel sonido. En aquellas colinas tan áridas no existía nada capaz de producirlo, salvo que fuera causado por el hombre.

Furioso, temblando por el dolor que sentía en sus oídos, se los tapó con las manos y prosiguió su camino. De repente, el sonido cesó. Por un momento, su cerebro siguió vibrando, como entre sueños; luego se produjo un bendito silencio. Con el ceño fruncido, Shane prosiguió trepando hacia las alturas.

En la cima del acantilado, justo encima de donde se encontraba, se produjo un ruido débil, y un guijarro cayó rodando por el camino que seguía, hasta llegar a sus pies.

Había alguien allí arriba. Moviéndose, en las alturas, con pasos de gato, espiándole. ¿Se trataba de bárbaros *shunni*, o del hombre que había dejado

aquella nota en la puerta de su tienda?

Los ojos grises de Shane eran agudos, y tenía el dedo dispuesto en el gatillo de su pistola de protones. Pero lo único que veía era un silencio vacío.

La nota musical volvió a oírse; se correspondía a una frecuencia más baja, de forma que, con ella, casi podía medirse el pulso, que tendía a acompasarse con la frecuencia del sonido. Este llegaba desde los acantilados, desde el fondo de la garganta del sendero que seguía a pie. De repente, las vibraciones le golpearon desde todas partes, haciendo vibrar cada átomo de su cuerpo y de su cerebro, que se puso en fase con aquellas notas.

Shane había oído hablar sobre un hecho semejante. Ciertas tribus venusianas emplean notas musicales para torturar a sus víctimas, enviándoles constantemente vibraciones, que los enloquecían y les hacían agonizar durante varios días.

La misma roca vibraba bajo sus pies. Cuando tocó la piedra del acantilado, que se encontraba a su lado, se percató de que estaba vibrando con una frecuencia baja, y comenzó a gritar a través de su cuerpo. Sus mandíbulas golpeaban una contra la otra, como si fueran un diapasón; su cerebro se oscureció y su cuerpo, lleno de angustia, comenzó a temblar convulsivamente.

Cuando se extinguió el sonido, se encontró débil en medio del silencio. Entonces, echando hacia atrás su poderosa espalda, lanzó un grito de desafío a través de aquella garganta vacía, pero no obtuvo ninguna respuesta. Se preguntó si, en caso de repetirse aquel sonido, podría luchar contra él. De repente se dijo a sí mismo.

—*¡Dios mío!, ¡ya sé lo que es! ¡Se trata de un aviso para hacerme retroceder!*

Sus mandíbulas se colocaron en una posición que denotaba su decisión y prosiguió su marcha, acelerando sus pasos en medio de aquel calor cegador.

Seguía consciente de que había quien le observaba desde encima de donde se encontraba; débiles sonidos producidos por el metal rozando con la piedra, o por un guijarro que se desprendía de una roca que se desmoronaba; finalmente decidió: «*no se trata de shunni, porque las notas llegan a través de la garganta y no hay bárbaro capaz de hacer eso*».

El sonido regresó; esta vez se oía una nota de alta frecuencia, justo en el borde del rango de frecuencias audibles. Antes de darse cuenta, Shane ya estaba gritando. El sonido era como un cuchillo que atravesase su cabeza; aquello era mil veces peor que la nota de baja frecuencia. Le golpeaba los mismos huesos del cráneo, atravesándolos y perforándoselos, haciéndole enloquecer por el dolor que le producía.

Nada podía hacer que aquel sonido se detuviera. Shane estaba rabioso por su debilidad, por el dolor, por las privaciones a que se encontraba sometido; aquello era más de lo que podía soportar. Pero no podía luchar; aquella cosa controlaba su cerebro y le hacía moverse como si fuera un caballo salvaje lleno de frenesí.

Se dio cuenta de que esto era un aviso; también de que no lo seguiría, ni aunque pudiera hacerlo. Estaba lleno de frenesí, enloquecido, dirigido, a pesar de su voluntad, por el grito que perforaba su cerebro.

Corrió con todas sus fuerzas, siguiendo el sendero a través de una especie de túnel sin techo. Luego, de repente, se detuvo. El grito que le torturaba cesó de golpe; la mano de Shane se dejó caer sobre la culata de su pistola.

Había llegado, a lo que una vez había sido una meseta semicircular, rodeada por colinas desgastadas por los vientos. En pie, desparramados de forma negligente sobre la tierra rojiza, se encontraba un par de centenares de guerreros *shunni*, hombres morenos de elevada estatura, vestidos con faldellines de colores llamativos y arneses de cuero. Llevaban lanzas de una longitud que era casi el doble de la estatura de Shane.

Shane volvió rápidamente la cabeza al escuchar un ruido a sus espaldas. Vio que guerreros de elevada estatura llenaban el túnel que se encontraba detrás de él; sus manos se apartaron de la pistola que tenía medio empuñada, dejándola en su funda y siguió la dirección que le indicaban las lanzas, hacia la llanura.

Luego, por segunda vez, se detuvo y murmuró:

—*¡Dios mío! He sufrido una insolación y esta visión viene a consolarme.*

La joven se le había acercado por detrás, desde la fila delantera de los *shunni*. Tenía el cabello castaño por el sol, unos ojos color avellana, y, todo en ella, revelaba el porte de una reina. La falda azul y el corselete de cobre que llevaba servían para hacer patente, aún más, su espléndida figura. Shane metió sus pulgares en el cinturón y sonrió al observar el brillo de los ojos y el rumor que producían las ropas de la joven, al colocarse en pie, frente a él.

Después intentaría comunicarse con la mujer en todos los dialectos marcianos que conocía, pero, en el primer instante, le dijo:

—Chica, ¡eres tan hermosa como la cerdita marrón de Shaughnessy!^[1].

La joven le respondió en perfecto inglés:

—Gracias, tú tampoco eres mal parecido. ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

La muchacha sonrió cuando Shane intentó sacar la lengua por la parálisis en la que había caído debido a la sorpresa; finalmente, un sonido alegre salió

de su boca y el rubor cubrió las mejillas del hombre.

—Jovencita, haces que la lengua de un hombre hable cuando no debe. Soy Terence Shane, que dirige una expedición por cuenta de la Fundación de Arqueología Marciana.

La mujer frunció el ceño y preguntó:

—¿Expedición?

Shane asintió con la cabeza y aclaró su declaración anterior.

—Mis portadores me abandonaron en el desierto; estoy buscando Ptakuth; se trata de una ciudad perdida en algún lugar de estas colinas.

El rostro de la mujer se ensombreció, y con lentitud fue diciendo:

—La ciudad donde se encuentra el tesoro.

Shane negó con la cabeza y luego dijo:

—¿Tesoro? Quizá mencionaran un tesoro, y también una amenaza de destrucción, pero eso para mí no quiere decir nada.

Sonrió y dirigió su mirada hacia abajo, hacia la joven, luego le preguntó.

—¿Quién eres tú?

La mujer le mantuvo la mirada durante un minuto interminable, luego le contestó, como si su nombre tuviera un gran significado:

—Zenda Challoner.

El nombre llegó a tocar algo en los nebulosos corredores de la memoria de Shane, pero, fuera lo que fuera, fue apartado inmediatamente por el repentino clamor que se alzó a su espalda.

Shane se dio la vuelta para seguir la vista de la joven e, inmediatamente, su bronceado rostro se puso rígido.

Un grupo de guerreros llegaba a través del túnel, conduciendo un prisionero. Un hombre delgado y rubio, vestido, al igual que Shane, con una guerrera de fibra de vidrio y unos pantalones cortos. El irlandés, mirando hacia el recién llegado, percibiendo su elevada estatura y su rostro afeitado, murmuró:

—El maldito Thaldrek de Ved, ¡el diablo se lo lleve!

Zenda Challoner sonrió. Shane encontró difícil de creer, que en una cara de ángel pudiera aparecer una expresión tan dura y sin piedad. La expresión era como una afilada punta de lanza desnuda. La joven preguntó:

—¿Dónde capturasteis a este?

El jefe de la partida sonrió y contestó:

—Al otro lado del río, *xanara*, junto a una nave espacial. ¿Tendremos diversión esta noche?

Shane sintió que detrás de la última frase se ocultaba algo desagradable. Zenda negó con la cabeza y bruscamente le preguntó:

—¿Tú también eres arqueólogo?

El extraño que tenía la sonrisa fácil, le respondió:

—No, *xanara*, yo soy...

Sus ojos alargados, del color de las nubes propio de los ojos venusianos, pero colocados en un rostro de marciano, se cruzaron con la mirada de Shane, lo que apagó su sonrisa.

—... Yo soy Thaldrek de Ved, un tratante, en... digamos... mercancías raras. Mi nave se estrelló en estas colinas. ¿He cometido alguna falta?

Con cortesía, Zenda Challoner le respondió:

—Efectivamente.

Luego se volvió y se alejó hacia donde se encontraban, esperando, los *shunni*.

Al poco tiempo, Shane y Thaldrek, desarmados, caminaban a través de la meseta y después a través de un estrecho desfiladero, guardados de cerca por robustos bárbaros.

El marciano sonrió, torciendo el gesto, y le dijo a su compañero de cautiverio:

—Terence Shane, parece que nos hemos metido en un lío.

Shane le miró fijamente, dirigió su vista hacia Zenda Challoner y le contestó:

—He estado en peores sitios que este.

Thaldrek le dijo con un gruñido, lleno de sentimiento:

—Algún día, encontrarás algo que te hará sentir el temor de Dios, ¡espero estar allí para verlo!

El rojo crepúsculo marciano estaba muy avanzado cuando llegaron al valle en el que vivían los *shunni*. Un lugar de bajos acantilados, en donde se abrían las bocas de las cuevas, que hacían que las paredes parecieran una colmena. En el valle se veían unos pequeños campos cultivados, bordeando un pequeño curso de agua.

Shane se fijó en los guardias que se encontraban en la única entrada, y tuvo que admitir que salir de allí sería más difícil que entrar.

Se permitió que los dos prisioneros se lavaran y cenaran. Luego, cuando cayó la oscuridad de la noche y se pudo ver el brillo de las antorchas y de los fuegos de las cocinas en el frío aire nocturno, fueron conducidos a la cueva de Zenda Challoner.

Era una gran caverna, cubierta de pieles, en donde una caja, cerrada con un candado de metal, que se encontraba en lo alto de un anaquel, parecía fuera de lugar. Thaldrek de Ved lo vio. Shane se dio cuenta de la rápida llamarada de interés que primero ardió y luego fue ocultada en sus largos ojos venusianos de color de nube.

Zenda Challoner les observaba desde un lecho de pieles, delgada y adorable. En sus manos tenía sus dos pistolas, su rostro se veía enfurecido y reflejaba el problema en que se encontraba. Con brusquedad dijo:

—No sé qué hacer con vosotros; si os dejas ir, volveréis con más hombres y esto significará guerra. No quiero manteneros prisioneros aquí, ni tampoco quiero mataros.

Shane sonrió amablemente y le sugirió:

—En ese caso ¿por qué, simplemente, no nos dejas seguir nuestro camino hacia Ptakuth, como teníamos planeado y nadie molesta a nadie?

Thaldrek sonrió e insistió en la cuestión.

—Sí, *xanara* ¿por qué no?

Zenda Challoner frunció su ceño con enfado y les preguntó:

—¿Sois cómplices?

Shane emitió un gruñido mientras que Thaldrek, con tranquilidad, respondió:

—Nos conocemos por nuestra reputación, no personalmente.

—En ese caso, ¿qué es lo que estáis ocultando?

Shane se aproximó a la joven y le preguntó a su vez:

—Y tú, ¿quién eres tú? Y ¿por qué nos prohíbes el paso hacia Ptakuth?

La joven del cabello castaño le miró de arriba abajo durante un largo tiempo y le contestó tranquilamente.

—Mi padre era un dios.

Por un instante la lengua de Shane quedó paralizada por la sorpresa, luego repitió:

—¡Un dios!

Zenda asintió con la cabeza y prosiguió explicando:

—Se llamaba Harold Challoner, El que Nunca Duerme. Hace muchos años, llegó aquí desde el exterior y se instaló entre los *shunni*. Ellos reconocieron que era un dios porque nunca dormía. Se casó con una mujer de la tribu; cuando llegó el momento de que su cuerpo marchara a otro lugar, su alma penetró en el mío, y yo, su hija, llegué a ser diosa —reina de este lugar. Me impuso una obligación: la custodia.

Thaldrek susurró.

—La custodia de Ptakuth, por supuesto.

Shane buceó de nuevo en su nebulosa memoria, había oído antes, en algún lugar, el nombre de Harold Challoner.

Con amabilidad le dijo:

—Eres demasiado hermosa para ser una diosa y demasiado pequeña para ser una reina, además, tú duermes ¿verdad?

—Por supuesto, ya te he dicho que mi madre era una mujer *shunni*, por lo tanto sólo soy una semidiosa.

El rostro de Thaldrek era afilado, como el de un lobo que buscara algo, cuando le preguntó:

—¿Qué pasa con Ptakuth?

Por un instante la joven pareció perpleja; la sombra de una indecisión cruzó su rostro, al cabo se un tiempo contestó:

—Está prohibida, incluso para mí.

La joven le hizo un gesto imperioso a un guerrero que se encontraba de guardia.

Mientras Thaldrek y Shane eran conducidos fuera, ella les dijo:

—Por la mañana decidiré que hacer con vosotros.

Shane se encogió de hombros, con una moza^[2] como aquella, no esperaba que ningún mal cayera sobre Terence Shane. Sin embargo el rostro de Thaldrek estaba serio y sus ojos no veían por su intensa concentración interior.

De vuelta a su cueva se encontraron a solas, salvo por la media docena de *shunni* que se encontraban de guardia alrededor de una hoguera en el borde de la entrada. Shane se dirigió al marciano y le preguntó:

—De acuerdo, Thaldrek; ha llegado la hora de que hablemos, ¿qué es lo que estás buscando?

Thaldrek ya había salido del trance en que se encontraba, dejando su meditación. Le miró con detenimiento, como si pensara que tenía que tomar una decisión, de la que dependiera el destino del mundo. Nuevamente Shane notó la mezcla que existía en él: unos ojos que recordaban a las nubes, señalando sus antecesores venusianos, el cuerpo atlético y fibroso de sus antepasados marcianos y el cabello rubio que procedía de algún terrestre. El color del cabello resultaba extraño en un mundo en el que la luz del sol, continúa al no haber nubes, hacía que la mayor parte de los hombres fueran morenos.

Shane podría haber quebrado el ágil y delgado cuerpo de Thaldrek con sus dos manos, pero, con todo, no podía evitar tenerle un cierto respeto. Thaldrek

de Ved sonrió y le dijo:

—Estoy haciendo exactamente lo mismo que tú: busco Ptakuth.

Shane le contestó con un gruñido.

—A mí me pagan por hacerlo. ¿No te estarás dedicando a la arqueología ahora, con la vejez, verdad?

—¿Has oído hablar de un tesoro?

Shane lanzó una carcajada antes de responder:

—Así es, sí y también he oído hablar de una maldición y de una destrucción, Thaldrek. ¡Todo son leyendas sin sentido!

—Shane, El que Nunca Duerme no es una leyenda sin sentido. Su hija se sienta aquí, gobernando sobre estos bárbaros, que creen que es una diosa y guardan la entrada a Ptakuth. ¡Deben tener alguna razón para hacerlo!

—¡Harold Challoner lo consiguió! Hace unos veinte años, dirigió una expedición en busca de Ptakuth. La financió con su propio dinero y procuró mantenerla en secreto. Desapareció junto con sus tres compañeros. Por supuesto, ahora sabemos que se quedó a vivir aquí. Me pregunto por qué no regresó después de su fracaso.

Thaldrek le respondió lentamente.

—¡Porque no fracasó! Recuerda que se transformó en El que Nunca Duerme.

Shane permanecía en pie junto al marciano; en su rostro no aparecía la menor traza de humor cuando preguntó:

—¿En qué consiste el tesoro de Ptakuth, que estás tan ansioso de conseguir? Y ¿qué es toda esa historia de que Challoner nunca dormía?

Thaldrek sonrió a Shane y dobló las manos sobre su cinturón; cuando le respondió, había algo peligroso en su sonrisa.

—Los dioses no me dieron el cuerpo de un toro, por lo que me he visto obligado a desarrollar el cerebro. La primera regla de un cerebro desarrollado es cerrar la boca.

Miró a la entrada, cubierta por una cortina de piel y con tranquilidad le preguntó:

—¿Cómo intentarías escapar?

Shane le miró; luego le contestó:

—Posiblemente podría matar a los seis guardias ¡Pero eso enfadaría muchísimo al resto de los *shunni*! Te habrás percatado de que nuestra salida de aquí pasa por Zenda.

Los velados ojos del marciano mostraron una sonrisa maliciosa, indicando que se encontraba ante una situación divertida; luego dijo:

—Conque prefieres tratar con mujeres, ¿eh? Ya he oído tu bravata. ¿Acaso tienes miedo?

Su risa detuvo en seco el gruñido de enfado del irlandés; sus manos seguían sin moverse del cinturón. Shane refunfuñó.

—¿Cómo escaparíamos, según tú? ¿Harás que baje un ángel del cielo para que nos saque de aquí, o que suba un ángel del infierno?

Thaldrek desabrochó una cremallera de su guerrera, abriéndola hasta el cinturón. Apretado contra su musculoso cuerpo había un cinturón de malla en el que llevaba, ocultas por la suelta camisa que llevaba bajo la guerrera, dos pequeñas cajas cuadradas.

Thaldrek le explicó:

—Se trata de un vibrador eléctrico; funciona con una batería de poca carga, y lanza un rayo de vibraciones ultrasónicas que tiene un alcance de unos seis pies. Realmente, es una versión en miniatura del vibrador que empleé sobre ti, en la garganta del río, para que te volvieras atrás. Pequeño pero muy poderoso. Mira.

Se colocó, de pie, junto a la cortina de pieles, a unos cuatro pies de distancia de los guardias que se encontraban en el exterior y comenzó a manipular los diales de las cajas. Shane escuchó cómo las risas y las voces de los guardias iban desapareciendo. Se pudo oír el sonido metálico de una lanza al caer. Luego silencio.

Thaldrek sonrió mientras decía:

—Cerebro, Shane; hay que tener cerebro. En principio, las señales del cerebro son eléctricas. La telepatía depende de que las vibraciones eléctricas de una mente sean detectadas por otra. Las vibraciones ultrasónicas son capaces de anular la mente consciente y, con ellas, se puede ejercitar un control completo sobre cualquiera que se encuentre bajo su influencia; siempre y cuando, una vez me haya concentrado, las vibraciones de mi propia mente sean lo bastante fuertes. Les ordené a los guardias que se fueran a dormir.

Shane, a disgusto, gruñó.

—Tú ganas, pero le rezo a todos los santos para que eviten que te haga trizas, antes de tiempo.

Fobos se puso por el occidente, mientras caminaban entre los guardias dormidos, sobre el borde del acantilado rocoso en el que se encontraban las cuevas. La muralla occidental de piedra, que guardaba el valle, proyectaba sobre ellos unas sombras tan negras como la tinta. Era tarde, y los fuegos de

cocinar, ya sólo eran cenizas. La gente que todavía estaba despierta, se encontraba en el interior de las cuevas, ya que la noche era fría.

Bajaron caminando en silencio, como si fueran gatos, sobre el sendero ya muy gastado, envueltos en una oscuridad rota por el resplandor de la otra luna. Thaldrek y Shane se dirigieron a la cueva de Zenda. El terrestre susurró:

—¿Cuánto tiempo estarán dormidos los guardias?

—Alrededor de cuatro horas —respondió Thaldrek.

Había tres guardias en el borde rocoso que se encontraba frente a la cueva de Zenda; el vibrador sónico les hizo dormir sin ninguna dificultad. Zenda dormía sola, como una niña, con su cabello castaño, algo dorado, cayendo en cascada sobre sus hombros. Thaldrek, con la cajita que llevaba en el cinturón, se encargó de que siguiera durmiendo tranquilamente.

Recuperaron las armas que Zenda les había quitado; en ese momento Shane se volvió hacia Thaldrek y le detuvo, mientras le decía con un susurro.

—¡Espera!

Luego, bruscamente, Shane continuó:

—Ya tenemos lo que hemos venido a buscar.

Con impaciencia, Thaldrek negó con la cabeza.

—Tú eres más alto; alcánzame la caja cerrada que se encuentra encima del anaquel.

Shane dudó, y Thaldrek le preguntó:

—Tú quieres descubrir dónde se encuentra Ptakuth, ¿verdad?

El terrestre se encogió de hombros y bajó la caja, que resultó ser bastante pesada; los músculos del único brazo que empleó para hacer esta operación, se pusieron en tensión.

El candado estaba bien cerrado. Thaldrek se volvió hacia donde se encontraba Zenda, y, con unos dedos extrañamente gentiles, echó para atrás la cortina de su cabello. Tenía una correa anudada alrededor de su cuello. El marciano deshizo el nudo y tomó la llave que colgaba de la correa.

Abrió la caja y tomó de su interior un cuaderno de notas con hojas metálicas. Estaba escrito con apretados caracteres formados por trazos grabados con ácido sobre el metal. Thaldrek lo abrió, lo apretó, intentando no aparentar la ansiedad que sentía, y murmuró:

—El diario de Harold Challoner; el secreto de Ptakuth.

La paciencia de Shane había llegado a su límite. Desconfiaba de Thaldrek; estaba perplejo al no conocer la razón por la que le había ayudado a huir, ya que se podía haber fugado él sólo; le disgustaba haber penetrado sin

invitación en el tocador de Zenda Challoner. Todo esto, unido, estaba haciendo que el enfado creciera en su interior.

La voz casi inaudible de Thaldrek detuvo ese impulso, ya prácticamente medio definido, hacia una salida violenta. Casi como si estuviera pensando en voz alta, el marciano miró el libro de notas y habló:

—Él encontró la ciudad y el tesoro. Sus tres amigos murieron allí; lo comprendieron todo, pero demasiado tarde. Cuando se dio cuenta de su propia condición, destruyó la entrada al acantilado, que guarda la ciudad de Ptakuth y vino aquí. ¡Por supuesto! ¡Zenda es la única clave!

Shane estaba muy próximo al marciano. Con el rostro adusto, le preguntó:

—¿Zenda?

Thaldrek miró a Shane a los ojos y le dijo:

—Shane, la joven viene con nosotros; es la única que nos puede encontrar Ptakuth. Challoner dejó un pasadizo oculto, de forma que el tesoro no quedara absolutamente perdido para el mundo. Tú sólo quieres la ciudad. ¡De acuerdo, eres bienvenido! Pero... ¡yo quiero el tesoro!

Estas palabras las dijo a la par que emitía una risa nerviosa; luego continuó diciendo:

—Escucha, Shane: Ptakuth, fue maldecida y destruida a causa de su tesoro. Challoner llegó a ser un dios, también por el tesoro, y se suicidó hace diez años. ¡Pero este tesoro tiene un lugar en el mundo! ¡Y yo lo quiero!

Shane sintió que el peligro se encontraba muy próximo. Su pistola estaba casi fuera de su funda, pero la mano de Thaldrek fue más rápida en alcanzar el dial de la cajita que llevaba en su cintura. Los ojos del más alto de los hombres brillaron, su rostro se puso rígido y su pistola se deslizó, cayendo nuevamente en su funda.

Thaldrek sonrió y negó con la cabeza, a la vez que decía:

—Terence Shane, no sé por qué me molesto contigo; la única razón es que tuve un presentimiento de que las cosas ocurrirían así. Mis fuentes de información son mejores que las tuyas. Los *shunni* se van a molestar cuando descubran que su diosa se ha ido... el ser descuartizado, tenlo por seguro, es una forma desagradable de morir.

Metiendo el cuaderno de notas en la bolsa del cinturón, Thaldrek se volvió hacia sus prisioneros y les ordenó:

—Caminad delante de mí, hacia la entrada del valle. Zenda, tú te encargarás de despedir a cualquiera que se cruce en nuestro camino. Dejaré aquí a los guardias.

Un cuarto de hora más tarde, después de haber dejado a media docena de *shunni* durmiendo apaciblemente en sus puestos de guardia, se encontraban en el valle, bastante alejados del poblado.

Thaldrek habló poco con Zenda, pero siempre imperiosamente, escuchando con atención las respuestas mecánicas que daba su mente controlada. Después de otra media hora de camino, todo lo rápido que permitía el difícil y árido terreno, y tras pasar por entre unas rocas deshechas, Taldreck detuvo su pequeña y extraña caravana.

A través de un estrecho pasadizo se podía alcanzar el otro acantilado, que se encontraba justo debajo. Shane, obedeciendo como un autómatas, caminó por el pasaje hasta llegar abajo; luego se tendió allí y quedó, al instante, sumido en un profundo sueño. Thaldrek ordenó:

—Duerme tres horas; es lo mejor que puedo hacer por ti. Antes o después, los *shunni* llegarán aquí, y estas tres horas serán suficientes para que te dejen atrás. No te encontrarán; además, te dejo tu pistola, para que puedas salir de aquí por tus propios medios.

Luego, con una sonrisa triste, continuó:

—Deberías estarme muy agradecido; sin embargo, supongo que cuando despiertes, lo único que harás será maldecirme.

Thaldrek colocó al final del pasadizo una roca que ocultaba al terrestre, y, mientras lo hacía, meditó su táctica:

»Mi plan es muy arriesgado, pero no veo por qué no ha de funcionar. Los shunni pronto se encontrarán entre Shane y yo; llegaré fácilmente a Ptakuth sin encontrarlos, pero, en el caso de que me rodeen, no vendrán a por mí, ya que este sitio es tabú; además, tengo a Zenda, lo que, en el peor de los casos, me permitiría salir de aquí. De todas formas espero que pase tiempo antes de que todo esto explote.

Se volvió hacia Zenda, todavía sometida a su voluntad a través del efecto del hipnotismo producido por el artefacto sónico. Cuando la miró, se percató de que había algo triste y lastimoso en sus grandes ojos grises. Con voz tranquila, mientras no dejaba de mirarla, le ordenó:

—Zenda, llévame a la entrada de Ptakuth.

Shane se despertó de golpe, al oír el sonido cada vez más débil, de muchos pies calzados con sandalias, y el apagado ruido metálico de las armas. Se puso en pie de un salto, atontado y a la vez enfadado por las cosas que recordaba a medias; se subió encima de la roca que le ocultaba, a tiempo de ver desvanecerse, en el laberinto de rocas, a los últimos guerreros de la partida de *shunni* que habían salido en su persecución.

Fobos estaba poniéndose en el este y Deimos se levantaba lentamente sobre aquel lugar; su luz, junto con la de la otra luna, formaba un confuso entrelazado de sombras.

Una palabra brotó de los labios de Terry Shane, y esa palabra fue:

—¡Zenda!

Thaldrek se la había llevado para encontrar el camino oculto que conducía a Ptakuth y, por tanto, al tesoro. ¿Qué le había hecho a la joven, o qué le haría después?

Podía adivinar a donde se dirigían los *shunni*. Thaldrek y Zenda debían haber dejado un rastro que los hombres de las colinas podían seguir en la oscuridad. Los *shunni* querían que su diosa volviera con ellos.

Shane, bastante sorprendido, encontró que su pistola estaba segura en su funda. Como si fuera un toro bravo, comenzó a seguir el rastro dejado por los *shunni*.

No tenía noción del tiempo. Pero, de repente, cuando chocó con lo que en épocas lejanas había sido un islote cubierto de árboles que sobresalía del río, descubrió al objeto de su búsqueda. A su derecha el río, sin agua, se ensanchaba hasta formar un gran puerto interior.

En él se podían ver muelles de piedra que estaban casi derrumbados, pero que todavía se alzaban sobre las arenas rojas. Los acantilados que se encontraban detrás estaban reducidos a ruinas. A ruinas de construcciones realizadas por manos humanas. Shane murmuró para sí mismo.

Challoner destruyó una entrada y, parece ser que dejó otra, ¿esta es la que quedó!

Quinientos guerreros *shunni* formaban un siniestro semicírculo alrededor de una grieta en el acantilado, que se encontraba a unas cincuenta yardas a su derecha. Luego Thaldrek y la joven se encontraban todavía allí. Shane movió la cabeza y, de repente, una helada pregunta surgió en su cerebro. ¿Qué les había llevado tan lejos de la ciudad?

Sólo había una forma de llegar a la grieta, desde arriba. Los guardianes *shunni* podían matarle, en un ataque de rabia, si le capturaban. Empujado por una impaciencia, que tenía algo de extraño y de inquietante, Shane comenzó a subir por el acantilado. Ascendía apoyándose en los huecos que el viento había tallado sobre su superficie y que estaban separados entre sí por una distancia segura para el trepador. Se arrastró en silencio, descendiendo finalmente por la estrecha grieta.

Un hombre más débil habría caído. Las rodillas y los codos de Shane quedaron en carne viva, los dedos le sangraban, estaba empapado de sudor,

pero finalmente llegó al fondo del barranco y siguió descendiendo por un túnel que se extendía por el corazón del acantilado. Para iluminar el camino encendió una linterna eléctrica que llevaba en la bolsa del cinturón.

El rayo de luz blanca le mostró una ciudad subterránea. Vio grandes edificios tallados en la roca viva, mirando hacia atrás contempló las sombrías y ciclópeas arcadas que sostenían aquel cielo de piedra, vio las marcas, que un número incontable de sandalias, habían dejado en el suelo. Por todas partes, los corredores se ramificaban en todas direcciones, vio como corredores, cubiertos por altísimos arcos, más grandes que las calles de las ciudades se expandían en varios niveles, comunicándose entre sí por puentes de metal.

Sorprendido, Shane se detuvo.

Desde algún lugar, debilitado por la distancia y el viento que soplaba en aquel laberinto de galerías, le llegó una voz, una llamada de auxilio. Shane gritó:

—¡Thaldrek!

Comenzó a correr, guiado por la voz que llamaba y llamaba. El sonido de sus pasos rebotaba en las paredes de roca, pasando de un lado al otro, formándose un eco que le alcanzó, cerca de un puente de metal.

Un eco de otros pasos se oyó de repente, aproximándose. Torciendo una esquina preciosamente tallada apareció Thaldrek. En su cara de halcón se reflejaba la tensión mortal a la que se encontraba sometido. No paraba de llamar:

—¡Zenda! ¡Zenda Challoner!

Las linternas describieron trayectorias enloquecidas sobre las paredes talladas. Shane agarró por los hombros al marciano que llegaba corriendo, le sacudió brutalmente y le preguntó.

—¿Dónde está Zenda?

Thaldrek le contestó, con una voz tranquila y sin ningún tipo de inflexión.

—Se ha perdido en la oscuridad de estos corredores y salvo que la encuentre y la saque de aquí antes de veinte minutos, moriremos los dos. Shane, tú también morirás ya que has venido aquí a molestar.

Con dureza Shane le contestó:

—Yo no me he venido aquí a molestar. ¿Por qué dices que vas a morir en veinte minutos?

—Hace cuarenta minutos activé una bomba para destruir el ciclotrón. Cuando bajé a por Zenda, ya se había ido. Fue culpa mía; excitado como estaba, olvidé darle la orden post hipnótica adecuada para más tarde, así que,

cuando el rayo sónico dejó de actuar, recuperó la consciencia y huyó alejándose de mí. Por supuesto estoy buscándola desde entonces.

Había muchas cosas que Shane no comprendía, pero ahora sólo había una cosa que fuera importante de verdad. Le preguntó al marciano:

—¿Puedo llegar a donde está la bomba a tiempo de desconectarla?

Lentamente, al compás de su voz, los ojos de Thaldrek se abrieron de par en par, y replicó:

—Piensas que tengo miedo de volver atrás, ¿verdad? —de repente Thaldrek sonrió y continuó—. Y lo tengo, pero no de morir, sino de ¡vivir!

Sus ojos se clavaron en los de Shane, luego prosiguió.

—Sí, puedes ir a donde está la bomba. Quizá seas capaz de desconectarla en tres minutos, aunque no sé cómo. Pero si permaneces más de tres minutos bajo aquel rayo, conseguirás lo que Challoner logró: ¡La Inmortalidad!

»Yo he estado casi hasta el límite, haciendo cálculos y colocando la bomba. ¡Yo no quiero la inmortalidad al precio que Ptakuth cobra por ella!

Shane sacudió la cabeza y le dijo:

—No comprendo, pero desconectaré esa bomba si... ¡Espera! —agarró con sus manos el cuello de la guerrera de Thaldrek, sujetándolo como si fuera a estrangularlo y le dijo—. ¿Qué estás intentado hacer? Si la bomba explota, lo único que destruirá es el ciclotrón.

—Mira.

Thaldrek le dio una patada a la pared más cercana, miró a Shane mientras piedras y polvo caían al suelo y continuó su explicación.

Marte es muy antiguo. El agua ha desaparecido de sus rocas, el hierro se ha oxidado, el golpe producido por la explosión de la bomba atómica^[3] en el corazón de la ciudad reducirá la ciudad de Ptakuth a fragmentos.

Shane le dejó ir, pero le preguntó:

—¿Dónde está la bomba?

Thaldrek le contestó:

—Sigue este camino y ¡date prisa!

Sombríos corredores giraban y daban vueltas a su alrededor. De repente Thaldrek apagó su linterna y le dijo al terrestre:

—Mira, Shane: el tesoro de Ptakuth.

El resplandor luminoso iba creciendo en medio de la oscuridad conforme se iban aproximando a su fuente. Ante ellos apareció un arco ciclópeo; más allá se encontraba una plaza cuadrada, extendiéndose entre las sombras con una majestuosa simplicidad. En medio de ella se encontraba una plataforma. Sobre esta plataforma, se alzaban bancadas de generadores y válvulas

transformadoras, orladas por pantallas de un metal desconocido. Sobre todos estos dispositivos, se encontraba una gran máquina, un tubo de vacío, que se encontraba entre los polos de un electroimán que debía haber generado veinte millones de voltios^[4]. A través de todo el recinto se veía una especie de chisporroteo, como si la luz fuera de algún color situado fuera del espectro visible. Thaldrek murmuró:

—Obtiene su potencia del mismo corazón de Marte. Una potencia que nunca se ha debilitado.

De repente su rostro se puso rígido y gritó:

—¡Zenda!

Paseando lentamente en medio del trémulo resplandor, con su bronceada y ondulante delgadez, levantó los brazos como si realizara un acto de adoración. Zenda Challoner llegó rodeando la plataforma. Shane suspiró; no recordaba que fuera tan hermosa. La joven estaba transfigurada, llena de una alegre vitalidad, como un vaso lleno de vino. Thaldrek gritó nuevamente.

—¡Zenda!

La voz del marciano tenía un tono trágico. La joven no le prestó atención. Thaldrek agarró a Shane por el brazo con tanta fuerza que una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

—¡Cógela Shane! ¡Cógela antes de que sea demasiado tarde!... si no es ya demasiado tarde.

Shane no comprendía, pero sí llegó a captar el terror mortal que impregnaba la voz de Thaldrek. Terror no por sí mismo sino por Zenda.

Shane se lanzó hacia delante, hacia la plaza. Notó un débil calambre eléctrico que se extendía por su sangre, como si todos sus procesos vitales se estuvieran acelerando. Podía comprender la causa por la que Zenda adoraba aquella extraña fuerza. Deteniéndose de repente gritó:

—¡La bomba! Thaldrek. ¿Qué pasa con la bomba?

El marciano respondió roncamente.

—¡Ve a por Zenda! Ya nada importa. ¡Dios mío! Ya no hay tiempo. Quedan cinco minutos, además has malgastado, como poco, la mitad de tus tres minutos de seguridad.

Terry Shane lanzó una maldición y preguntó:

—¿Qué es esa historia de los tres minutos?

—El tiempo máximo que puedes permanecer, con seguridad, bajo estos rayos. A los tres minutos las radiaciones producen una impronta irreversible en el cuerpo. ¡A los cinco minutos eres inmortal! ¡A los seis, mueres!

»¡Trae a Zenda antes de que os perdáis los dos!

Shane se dio la vuelta y corrió hacia donde se encontraba la joven. El rayo que caía sobre él recordaba a un fuerte rayo de sol; se sentía lleno de vitalidad e invencible, sin tenerle miedo a nada ni a nadie. Thaldrek era un cobarde que no dejaba de temblar...

Harold Challoner permaneció demasiado tiempo bajo el rayo. Se suicidó, pero antes se había transformado en El que Nunca Duerme.

Algo extraño y frío agarró a Shane por el cuello; la sangre latía en sus oídos, su corazón atronaba, y sus rodillas se doblaron al no poder aguantar su peso. Ptakuth se encontraba maldita y él, perdido. Challoner se había matado a sí mismo y él, Terry Shane, estaba bañándose en la luz del mismo rayo que le produjo aquella mutación.

Se detuvo, y su rostro adoptó un extraño aspecto, en el que primaba la incredulidad; luego susurró:

—Dios mío, Dios mío. ¡Estoy asustado!

La voz de Thaldrek volvió a sonar en sus oídos:

—¡Deprisa Shane, deprisa!

El irlandés sacudió la cabeza para aclararse. Zenda Challoner oscilaba en medio de la niebla llena de radiación, sin preocuparse lo más mínimo. Shane notó como un sentimiento de lástima surgía en su interior; de lástima y de otra cosa. Sonrió, torciendo sus facciones mientras comenzaba una carrera desesperada. Susurró:

—Empiezo a creer que me he enamorado.

La joven era cálida y ligera entre sus brazos. La protegió con su cuerpo, sin darse cuenta que los rayos atravesaban su carne sin ningún impedimento. Mientras corría con todas las fuerzas que pudo reunir, la besó en el hermoso hoyuelo que tenía en la garganta, que se encontraba justo bajo los labios del terrestre.

Cuando Thaldrek recogió a la joven que le entregó Shane, se apresuró a decirle severamente:

—Quedan tres minutos y para ti sólo minuto y medio, si es que sales de esta.

Shane regresó a toda velocidad a la plaza iluminada por aquella luz parpadeante mientras se preguntaba a sí mismo:

¿Puede un hombre estar enamorado y asustado a la vez?

Corrió como un ciervo, a través de las piedras gastadas por innumerables pies calzados con sandalias. El nuevo poder que el rayo le había infundido le ayudó. Ascendió los escalones hasta el estrado circular y comenzó a buscar, a buscar... Hasta que, de repente, se fijó en un pequeño globo, que recordaba a

una gran canica; junto a él se encontraba un dispositivo temporizador, construido con un reloj y colocado encima de una caja de metal.

Shane había visto bombas como aquella con anterioridad. Una vez que estaban montadas, no había forma de pararas, salvo que se dispusiera de tiempo y de las herramientas adecuadas. El miedo volvió, de nuevo, a hacer presa en Terry Shane cuando pensó en la velocidad con que transcurría el tiempo; cuando sintió cómo el rayo extendía su terrible fuerza en su interior, pensó en aquellos átomos artificiales, desestabilizados, dispuestos a destruir Ptakuth, y todo lo demás, con su poder. Sintió miedo, y la humilde comprensión de que, en el mundo, había cosas mejores que Terence Shane.



Sólo había una cosa que pudiera intentar. Arrodillado, tomó el dispositivo temporizador entre los dedos pulgar e índice; colocó el pulgar y el índice de la otra mano sobre estos dedos y apretó.

Se le hincharon las venas de la frente; su cara parecía una máscara rígida, debido al esfuerzo agonizante. La bolita era realmente pequeña; su fuerza radicaba en su misma pequeñez. Perdió la noción del tiempo que estaba pasando; perdió la noción de todo, menos de aquel terco trozo de metal que tenía entre sus dedos. Quizá en ese momento ya era un «dios», como Challoner. Quizá la bomba estallaría en su mano. Quizá ya nada tuviera importancia, porque, quizá, Zenda estuviera maldita por la abominación de Ptakuth.

Cuando la piel se desgarró, debido a la presión a la que se encontraba sometida, de las puntas de sus dedos brotó sangre. Un esfuerzo más y debió detenerse.

Como si fuera un coloso, cubierto de sudor, puso en las puntas de sus dedos hasta la última onza de fuerza a fin de quebrar la bomba. Finalmente, el metal se dobló para dentro y la bola se rompió, con el sonido de instrumentos destrozados.

Shane se derrumbó cayendo al suelo, protegiendo con sus manos destrozadas los restos de la bomba. Le hubiera gustado quedarse allí y dormir, pero una voz le llamó a gritos por su nombre diciéndole:

—¡Shane, quedan treinta segundos! ¡Corre!

Se levantó ciegamente y corrió a través de la amplia y vacía plaza, sin casi darse cuenta de que llegaba a la seguridad del corredor, y sin percatarse en absoluto de que las ondas ultrasónicas anulaban lo que quedaba de su mente consciente.

Siguió avanzando inconscientemente, hacia la entrada, en la que se encontraban sentados los *shunni*.

Cuando se despertó, su cabeza descansaba sobre el regazo de Zenda, que le servía de almohada. Se encontraban en la cima de la colina desde la que había visto, por primera vez. Ptakuth, que una vez se alzara en donde los acantilados se alzaban, junto a la orilla del mar muerto, y que ya no existía.

Ahora no se veía más que un enorme hueco y un montón de ruinas. Ptakuth había desaparecido y con ella su tesoro.

Shane luchó para levantarse, mientras las preguntas se amontonaban en sus labios. En ese momento un cambio repentino se produjo en Zenda; sus ojos brillaron y, cuando habló, no lo hizo con su voz. Dijo:

—Shane, esta es una orden post hipnótica; no te preocupes. Zenda está completamente sana; su cuerpo no presenta ninguno de los síntomas de inmortalidad; posiblemente, ella sólo ha estado sometida a la radiación un minuto o así.

»Yo volví a la ciudad, después de que Zenda nos sacara de allí y mandara alejarse a los guerreros, y coloqué otra bomba cerca de la entrada. He comprendido que el secreto de la ciudad es demasiado grande y peligroso para hacerlo público, sin que me importe la cantidad de dinero que pudieran darme.

»Como tú sabes, mi negocio consiste en vender secretos al mejor postor. La primera bomba la coloqué para evitar cualquier competencia, la segunda fue para destruir todas mis notas junto con el «tesoro» mismo.

»Esto es todo lo que te puedo decir, Shane. Cuéntaselo al personal de la Fundación Marciana y déjales sacar lo que puedan de esto. El ciclotrón^[5] disparaba proyectiles de hidrógeno contra una pantalla de Ytrio, empleando filtros de rubidio. Así los científicos de Ptakuth generaban un rayo que tenía una propiedad maravillosa: hacer, con el principio gamma, que el flujo sanguíneo se tornara radiactivo. El elemento gamma disuelto en la sangre, proporciona el poder de regeneración a todas las células del cuerpo; y, lo que es más importante, es en sí mismo un factor destructor de gérmenes, lo que hace al cuerpo humano inmune a toda enfermedad. Puedes comprender como alarga esto la duración de la vida humana.

»La tragedia es que el rayo destruye algún misterioso centro en el cerebro, que controla el sueño. Imagina, Shane, una vida de varios siglos de duración, sin gozar ni un momento de la relajación que produce el sueño, sin disfrutar jamás de un momento de oscuridad y descanso. Viviendo intensamente cada instante de la vida. ¡Ptakuth vuelve loco a cualquiera! Al igual que Challoner se destruyó a sí mismo, tú habrías hecho lo mismo. Por ello todo el mundo dice que Ptakuth está maldita. Ptakuth era un lugar perverso.

»A pesar de todo, aún puede haber algo bueno en el secreto. Deja que los científicos modernos reconstruyan lo que puedan de los restos que han quedado y de tus conocimientos. Pueden encontrar un método más seguro para hacer lo mismo.

»Quizá nos volvamos a encontrar en alguna parte; si es así, recuerda que conozco tu secreto. ¡Te asustaste dos veces en la misma noche!

»Adiós, y buena suerte, a ti y a Zenda. ¡Deseo que tus hijas sean tan adorables como ella y tus hijos tan valientes como tú!

Bruscamente, como si nunca hubiera existido, la orden post hipnótica desapareció.

Zenda sonrió, medio avergonzada. Shane la estrechó entre sus brazos, acunando su rostro entre sus manos, vendadas con tiras de su falda azul. Luego Zenda le dijo en voz baja:

—Thaldrek me contó lo que hiciste. Por lo menos yo lo sé.

A varias millas de allí, al otro lado del río seco, se oyó el rugido de los motores de una pequeña nave espacial que ascendía, dibujando una línea de pálida llama en el pálido cielo.

Shane miró hacia ella con un poco de enfado, luego se agachó sobre Zenda y de nuevo se paró en seco, murmurando.

—¡Dios mío, chica! Otra vez vuelvo a estar asustado.
Pero no lo estuvo por mucho tiempo.

FIN

En los primeros tiempos que siguieron a la llegada de los terrestres, no sólo llegaron a Marte investigadores, sino también malhechores, individuos que se decían arqueólogos, pero que, bajo la cubierta de respetabilidad que les proporcionaba esta supuesta ocupación, se dedicaban a cometer todo tipo de fechorías, entre otras, a capturar seres vivos inteligentes para venderlos.

En Marte encontraron un buen número de especies exóticas, cuyos ejemplares, en aquellos tiempos, podían venderse a buenos precios.

Entre ellos se encontraba el «pueblo del cielo»; se trataba de humanoides voladores, que habían tenido un gran protagonismo en las guerras antiguas, en el Marte cubierto por las aguas, que enfrentaron a los Reyes del Mar con el pueblo reptiloide de los diluvianos y sus aliados humanos del imperio de Sark, tal como se relata en la novela de Leigh Brackett «La espada de Rhiannon».

Con el paso del tiempo, los miembros del «pueblo del cielo», conforme olvidaban su elevada tecnología que les había llevado a desarrollar mecanismos antigravitatorios y al tener que vivir en un medio ambiente de recursos cada vez más escasos, redujeron un poco su tamaño.

Esta es la triste historia de lo que aconteció a consecuencia del encuentro, en una ciudad muerta y cubierta por la arena, entre un terrestre desnaturalizado y una tribu de estos seres.

Esta simpática raza de seres voladores, tendrá un papel importante en la lucha definitiva por la independencia de Marte, que se relata en «Némesis de Terra», bastante posterior a la época en la que se desarrollan las historias contenidas en este volumen.



EL VIAJE DE LA STARHOPE

Aquellos humanoides cautivos, procedentes de otros planetas, estaban indefensos. Quintal, el implacable cazador, era fuerte...

Bert Quintal no se quedó especialmente sorprendido cuando vio la ciudad. Había muchas como ella en los vastos yermos del norte de Marte, ahogadas por la arena del desierto, sin vida, y olvidadas desde hacía una eternidad.

Bert no estaba particularmente interesado en las ciudades muertas.

A lo lejos, en dirección Sur, en el borde de los páramos polares, su asistente, Larkin, estaba dedicado a operaciones de rutina, entre ellas, cavar y clasificar lo que encontrara en aquel lugar. Sus actividades tenían como objetivo proporcionar a la expedición de Quintal la apariencia de una respetable exploración científica.

Quintal era un ave carroñera; vivía de las ciudades muertas.

El profundo aburrimiento que sentía le había hecho preparar su nave exploradora monoplaza, la *Starhope*, para merodear por aquellos lúgubres páramos, con la pequeña esperanza de encontrar alguna cosa que mereciera la pena recoger. Quintal se dedicaba a la vida, no a la muerte; se dedicaba a la vida que podía ser atrapada y enviada desde allí a la Tierra, en donde sería exhibida para proporcionar buenas ganancias a determinadas personas. Sus procedimientos le habían hecho famoso y le habían proporcionado mucho dinero.

Mirando aquel paisaje, completamente desolado no encontró nada, y, por ello, lo aborreció con un odio amargo. Luego, de repente, Bert Quintal, se enfrentó cara a cara con el único terror que había sentido en su vida. El terror, realmente no apareció tan de repente. Había ido creciendo lentamente durante aquellos largos y tediosos días, y ahora se encontraba siempre a su lado, mirara a donde mirara.

Había despojado a Marte y a Venus de todo lo que tenían. Júpiter le estaba prohibido, fuera de su alcance por el gran abismo del espacio profundo, que ninguna nave cohete podía cruzar^[6]. No había más lugares a donde ir, ni nada que hacer.

Nunca había tenido un amigo ni nadie a quien amar. Nada, salvo la voluntad incansable que le había conducido desde los barrios bajos de Chicago hasta los oxidados cargueros espaciales, como grumete cuando tenía trece años, y que le había impulsado a abrirse camino hasta la cima, ansioso de gloria y dinero.

Sin embargo, no estaba satisfecho consigo mismo, porque, sin importar lo que consiguiera aquí, siempre había algo nuevo más allá.

Ahora no había nada. Con una especie de desesperación, miró a la ciudad muerta que se encontraba debajo de él y dijo:

—Butch, ¿está todo bien? ¿Ves algo?

No habló en voz alta; no había necesidad de hablarle a Butch en voz alta. Butch tampoco respondió en voz alta.

—¿Ves aquellas colinas bajas del oeste? Allí hay algo de vida. Creo que sólo es vida animal.

Butch era muy pequeño, de tamaño más reducido que la mano de Quintal. Estaba sujeto con sus cuatro patas terminadas en ventosas, de la parte de atrás del cuello del terrestre, de forma que sus ideas podían intercambiarse con facilidad.

Butch era nativo de Venus. Tenía una hembra; los dos eran los últimos de su raza.

La evolución les había proporcionado cuerpos con los que no tenían que preocuparse ni del alimento ni del agua. Su piel transparente los tomaba del aire y del sol. Fibras que parecían raíces, estaban ocultas en marsupios en sus dos costados; podían clavarlas en la tierra y extraer alimento del suelo.

Eran fundamentalmente una mente... una mente de un poder y sensibilidad más allá de la comprensión de Quintal.

Los había robado de una exposición en la Tierra. Luego comprendió que podría sacarle más partido a Butch de otra manera que vendiéndolo.

Dejó a la hembra en el lugar donde la encontró, sabiendo con su cínica astucia, que aquel ser daría su alma para volver con ella. En siete años, Butch había salvado la vida de Quintal un montón de veces y consiguió para él, más fama y riqueza de la que podría haber conseguido en diez vidas. Ahora, al menos aparentemente, ni Butch parecía ser capaz de ayudarle. Repitió:

—Vida animal, sólo vida animal.

Pero Butch se opuso:

—No. Puedes volver a por Larkin.

El pequeño cuerpo se removió contra la carne del terrestre, prosiguió:

—¡Llévame a casa Quintal! Ya no tienes necesidad de mí. ¡Por favor, llévame a casa!

Lleno de una furia repentina, el hombre lanzó un juramento y acarició las teclas de disparo.

Luego vio una sombra que se movía rápidamente entre las torres de la ciudad que tenían debajo. Gritó:

—¡Seres vivientes! —Luego, de forma ominosa añadió—. Tú les vistes Butch; tú siempre los ves. ¿Por qué me mentiste?

Butch dudó y Quintal rio, abandonando su mal humor, al haber descubierto con sorpresa, en un lugar en donde nunca se había oído, que había vida en una ciudad muerta. Añadió:

—Eres un tonto sentimental. Observa con cuidado, crustáceo, o nunca volverás a ver de nuevo ni Venus ni a esa nube de energía animada.

Ahora su cuerpo estaba tenso con la excitación. Hizo que la *Starhope* descendiera y observó como las llamas de sus cohetes quemaban la blanca

terrazza del edificio sobre el que aterrizó.

La ciudad estaba situada en medio de un mar de arena, que se extendía formando ondulaciones de color ocre, formadas por el azote de un viento débil y triste. La ciudad estaba cubierta de arena. Las torres desgastadas por la seca arena, era todo lo que aparecía por encima de aquella incansable tierra destructora.

Con un susurro, todavía sin creerlo, dijo:

—¡Vida, aquí!

Se puso su comfortable mono y salió de la nave.

Fuera, en medio del frío viento, con Butch oculto, como de costumbre, bajo la capucha del mono. Butch veía sin ojos y oía sin oídos. Quintal esperó. La voz mental de Butch era triste, porque sabía lo que iba a suceder. Con un suspiro mental dijo:

—Los primeros vienen de alrededor de la torre octogonal.

No había muchos. Quizá doscientos. Llegaron volando sobre amplias alas brillantes; se trataba de pequeñas criaturas fantásticas, con cuerpos humanos cubiertos de pelo de no más de cuatro pies de alto. Llevaban faldellines de algún tipo de tela tejida y en sus cinturones portaban pequeños tubos parecidos a lapiceros. Aterrizaron como si fueran semillas de vilano^[7], formando un amplio círculo alrededor del tejado de la torre, tan extraño y fuera de lugar como su patéticamente hermosa ciudad muerta.

Una idea llegó a la mente de Quintal.

—Bien, ahora ¿qué hacemos con ellos?

Butch permitió que sus poderes mentales se introdujeran en las mentes de los seres voladores.

—Hasta ahora parecen amigables, he conseguido un mensaje que dice:

«Somos la antigua raza, no tenemos miedo».

La luz medio rojiza del norte, les hacía brillar de una forma irreal. Estaban quietos, observando a Quintal con sus grandes ojos luminosos. La mente del terrestre latía, presa de una avaricia controlada.

Dos de las criaturas fantásticas caminaron hacia delante. Eran macho y hembra, de piel pálida y suave que brillaba sobre sus cuerpos perfectos. Se los imaginó, metidos, sin tener espacio suficiente, dentro del casco de su gran nave expedicionaria, y luego enjaulados y encadenados para diversión de las masas de público. Nada de esto le produjo ningún tipo de cargo de conciencia a Quintal.

—¿Qué tienes que decir Butch?

El pequeño cuerpo se removió sobre su espalda y telepáticamente le dijo:

—El jefe se llama Chika y su esposa Hjan. Por favor, no secuestres a esta gente. El ambiente les ha hecho retroceder a un estado de barbarie, pero hace mucho tiempo fueron grandes. Son lo que queda del antiguo Pueblo del Cielo^[8].

¡El Pueblo del Cielo! Criaturas legendarias de la perdida juventud de Marte. Quintal apenas pudo dominar su excitación. ¡Qué hallazgo!

El hombre alado habló:

—¿Quién eres, extranjero venido de los cielos?

Usó una forma arcaica y pura de la lengua vulgar que se hablaba en las hambrientas ciudades del canal. Quintal le respondió:

—Soy un gran jefe; te saludo, Chika, y también a tu esposa Hjan.

No tuvo que atragantarse para pronunciar las letras semiaspiradas. Butch le proporcionaba la pronunciación exacta.

Los pequeños seres estaban sorprendidos.

—¿Cómo conoces nuestros nombres?

Quintal les respondió:

—Soy un jefe muy muy grande; conozco todas las cosas.

Era un truco, que gracias a Butch, había empleado otras veces para tratar con seres semihumanos de las colonias perdidas. En rápida sucesión, Butch leyó los nombres de los otros, los transmitió mentalmente al terrestre y Quintal los repitió con solemnidad.

Chika hizo una reverencia con serena dignidad, y dijo:

—Eres bienvenido.

Quintal se lo agradeció. Con desesperación, Butch le dijo:

—No puedo hacer estas cosas durante mucho más tiempo. ¿Acaso no tienes conciencia?

Quintal le respondió:

—En el supuesto de que la tuviera, no me remordería.

Cada torre era una especie de campamento aislado, en donde vivía una parte de la tribu. Sobre la arena traicionera, no había ninguna forma de comunicación, salvo volando. Quintal adivinó que se alimentaban de los extraños pájaros marcianos y del agua, verduras y pequeños animales, que obtenían en las bajas colinas.

Chika y Hjan los condujeron a través de una buhardilla que había en el tejado, hasta unas enormes salas llenas de estatuas y muebles podridos, en donde se producía eco. Quintal merodeó, por los dos pisos superiores, como si fuera una bestia dispuesta para cazar. Luego comenzaron a bajar, por unas anchas escaleras interiores hacia el tercer piso.

Chika se detuvo. Butch le transmitió un rápido escalofrío mental de miedo del marciano. Chika dijo:

—No bajemos por aquí. Abajo hay arena.

De forma cortante Butch le dijo:

—Quintal, no le enfades. Su único temor es ser enterrado vivo en la arena.

A veces, los seres inferiores, mantienen la arena en el exterior. La incesante curiosidad de Quintal no le permitió aguantar más y el terrestre siguió bajando para ver lo que había, como si sus pulmones pudieran aguantar sin aire. Por ello dijo:

—Entonces iré yo solo.

Chika retrocedió a disgusto, indicándole que la vida del terrestre era cosa suya. Él y Hjan observaron en silencio como Quintal comenzaba a caminar hacia abajo. Su pueblo se encontraba agrupado tras ellos, apareciendo absurdamente pequeños en los anchos peldaños de las escaleras construidas por sus antecesores.

Con urgencia, Butch le volvió a decir:

—¿No puedes dejarlos en paz?

Realmente indignado, Quintal le respondió:

—¿Por qué iba a hacerlo? No son más que monstruos, como los demás.

La arena rechinaba bajo sus pies; en los últimos peldaños formaba montones. Un corredor de forma cuadrada, se abría a derecha e izquierda; al frente, la escalera seguía descendiendo.

En el cuarto nivel no había luz y la arena le llegaba al terrestre a las rodillas. Encendió su linterna de bolsillo y siguió hundiéndose en la arena.

Arena, toneladas de arena, un océano de arena, se extendía a través de las grietas producidas en las contraventanas de pesado metal, formando montones tan altos, que alcanzaban la cabeza de Quintal. El quinto nivel estaba obstruido.

Incómodo, Butch dijo:

—Volvamos.

—Aquí abajo, donde terminan las escaleras, hay una puerta. La habitación que se encuentra más allá debe ocupar todo el nivel. Voy a seguir descendiendo por ella.

Quintal se tumbó, luchando para no hundirse en la arena; junto a él, sobre la puerta, había grabados relieves simbólicos; se agarró a ellos y comenzó a cavar en la arena con la mano que le quedaba libre. La arena comenzó a extenderse alrededor del agujero que él iba haciendo; se arrastraba como si

fuera un ser vivo. Quintal jadeaba y maldecía, pero su curiosidad y su fuerza de toro le presionaban para que siguiera.

Butch soltó, nerviosamente, sus apéndices chupadores uno tras otro. Ahora se podía ver casi la mitad de la puerta. El terrestre gritó:

—¡Ah!

Luego se dejó caer por el agujero, y comenzó a luchar con el cierre de la puerta; esta se abrió de golpe y Quintal penetró precipitadamente en la otra habitación. Comenzó a tambalearse, mientras miraba a la gran habitación sin ventanas donde se encontraba.

Se trataba de una fundición. Había hornos de inducción, y largos canales abiertos que desembocaban en una monstruosa estructura que ocupaba una tercera parte de la habitación. Más allá había moldes, forjas y tornos.

Frunció las cejas sorprendido y asombrado. El antiguo Pueblo del Cielo debía haber sido un gran pueblo en verdad, si su ciencia había alcanzado aquellas cimas. Marte era así. Muchas culturas se habían alzado y luego desaparecido, hacía mucho mucho tiempo, de forma que no dejaron trazas.

El trabajo en la fundición parecía haber cesado de repente. Una pequeña montaña de mineral y trozos de metal, estaba esperando para ser introducida en los hornos. En el suelo había herramientas caídas. Quintal reflexionó sobre este hecho. Pensó: «*El terremoto debió haber empezado en mitad del trabajo*». Se refería a la gran falla polar que, en épocas pasadas, había traído la desolación a la mitad del planeta.

—Los pocos que sobrevivieron aquí, se limitaron a cerrar las ventanas y se olvidaron de lo que sucedió; después de todo, el simple hecho de conseguir alimento, les ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Butch suspiró y le respondió:

—Todo el arte, el conocimiento y el comercio destruido de un solo golpe.

—¡Bah!, —dijo Quintal, que acababa de ver unas tolvas de trozos de metal que se encontraban tapadas; se preguntó porqué estaban cubiertas. Se acercó a una y levantó la tapa.

Vio trozos de metal que flotaban perezosamente en el aire.

Quintal cogió un fragmento con su enorme mano. Permaneció en pie, mirándolo, mientras Marte se balanceaba y rugía bajo sus pies. Después de mucho mucho tiempo, susurró dos palabras.

—Metal antigraavitatorio.

Las enormes implicaciones de su descubrimiento le aturdieron. Más dinero, poder y gloria del que ningún hombre había tenido jamás. Todo esto y más ¡Mucho más! La maravillosa, la suprema importancia que para él tenían

aquellos trozos de metal, ocupó su mente. Un metal que tenía que tener sujeto con sus dedos, pues no tenía peso.

Las palabras se amontonaban en su garganta.

—Puedo marchar a los mundos exteriores, a Júpiter, a Saturno ¡A los límites del espacio!

Butch gritó:

—Llévame a mi casa, Quintal ¡Llévame primero a mi casa!

Quintal repitió:

—Mi casa.

Luego continuó soñando: las lunas de Júpiter y Saturno son mundos en sí mismos. Sobre ellos habrá vida de alguna clase, vida para ser conquistada y enviada a mi casa, a la Tierra, para en engrandecimiento de Bert Quintal; por esta causa, necesito a Butch.

No hacía falta que hablara; Butch leyó sus pensamientos. Quintal, lo único que sintió, fue el escalofrío convulsivo de un cuerpo cálido en su cuello. Luego se olvidó de Butch y de la compañera de Butch y de Venus. Lo único que recordó es que nunca, jamás, se había olvidado por completo de su pasado lleno de frustraciones. Ahora todo el espacio era suyo; estaba a su disposición, para que jugara con él.

Adivinó que la inmensa y enigmática mole, a través de la que pasaban las tolvas, debía ser algún tipo de ciclotrón. Un bombardeo intenso de partículas debía alterar la estructura atómica del metal fundido y así neutralizar el magnetismo de la gravedad^[9]. ¡Oh, proceso maravilloso que los científicos de la Tierra habían buscarlo y nunca encontrado! Quintal comenzó a temblar con violencia.

Mientras se producía el proceso, el ciclotrón debía estar funcionando. No sabía qué elemento debían haber empleado los marcianos, pero, aunque fuera inestable, no debía haber desaparecido del todo.

Cuando llegó a la cima de su excitación, en voz alta dijo:

—Puedo cortar los tubos de los cohetes y algunas mamparas; con lo que hay aquí, tendré metal suficiente para las protecciones; puedo emplear el combustible del cohete para poner en funcionamiento los hornos y el ciclotrón.

»Pero necesitaré hombres; no quiero que ni Larkin ni la multitud de científicos, promotores y ladrones, acudan aquí nada más tener noticia de esto.

Todavía no quería compartir su descubrimiento con nadie. No quería aceptar ningún riesgo.

De repente rio y dijo:

—¡Chika!

Pero Butch le contestó:

—No quieren hacerlo, tienen miedo de bajar aquí.

—Conozco la forma de obligarles. —Butch la vio. Cruda y desagradable en la mente de Quintal. Le dijo:

—No puedo hacerlo, sé lo que sentirían.

El pensamiento de Quintal le respondió, de forma lenta y deliberada.

—Butch, recuerda a tu compañera; quedaría solitaria, esperándote... si yo te arrojo al espacio por la rampa de la basura.

El cúmulo de piel transparente se contrajo convulsivamente. Quintal rio y comenzó a subir los peldaños de la escalera.

Los seres de pequeña estatura esperaban en silencio. Quintal les sonrió y les dijo:

—Vamos a subir de nuevo al tejado; os voy a enseñar mi nave.

Chika sonrió y Hjan aplaudió con sus pequeñas manos. El grupo se amontonó subiendo las escaleras y, finalmente, se reunieron, en medio de un batir de alas, alrededor de la *Starhope*.

—Chika y Hjan, entrad en la nave; tengo regalos para vosotros.

Chika entró en la nave. Hjan bailó ante él con sus pequeños pies recubiertos de pelo.

Butch, indefenso, presa de una agonía horrible, señaló:

—El resto de la tribu está lleno de curiosidad; pronto estarán también dentro ¡Por favor!

Hjan estaba maravillada frente al brillante panel de instrumentos. Chika estaba absorbido delante del mapa espacial tridimensional. La gran mano de Quintal se apoderó de golpe del pequeño tubo que tenía Hjan en su cinturón.

Ella lanzó un grito y medio desplegó sus alas, antes de que comprendiera que, allí, no podía volar. Chika giró con rapidez; su ligero cuerpo se encontraba rígido y comenzaba a estar enfadado.

El pesado puño de Quintal le golpeó en la mandíbula. Cayó derribado al suelo con sus alas extendidas y moviéndose rápidamente, como un pájaro herido.

Butch susurró:

—¡Date prisa!

Hjan saltó junto a Quintal; su rostro infantil estaba lleno de furia; con un ala le golpeó en la cara. El terrestre la cogió y la abofeteó cruelmente con toda su fuerza.

La hembra lanzó un gemido y cayó al suelo. Quintal agarró al atontado Chika y salió al exterior; cerrando de un portazo, detrás de él, la puerta interior que actuaba de válvula, llegó al umbral de de la escotilla exterior. Butch le dijo entonces:

—¡Ahora! ¡Antes de que tengan tiempo de pensar!

Quintal gritó:

—¡Vosotros, mirad aquí!

Mantuvo a Chika en el aire, sujetándolo con su enorme mano.

—¡He ahí a vuestro jefe!

La multitud parecía atontada por un trueno; sus grandes ojos se abrían de par en par y brillaban en medio de la oscuridad rojiza. Luego empujaron hacia adelante y empuñaron los tubos que parecían lápices.

Butch, que captaba los pensamientos de sus mentes, dijo:

—¡Rápido, sigue!

El terrestre, que permanecía desarmado, con su colosal estatura, y semejante a un dios, añadió con un gruñido:

—No disparéis. Hjan es mi prisionera; sólo yo puedo liberarla. Si yo muero, ella morirá también.

Sacudió el cuerpo sin fuerzas que tenía en su mano y gritó:

—¡Chika!

El jefe se removi6, y sus ojos se abrieron lentamente; con un susurro le contest6:

—Sí, terrestre.

—Necesito hombres que corten el metal de mi nave y lo trabajen en la fundición de abajo. Hjan es mi prisionera. ¿Lo entiendes?

—No puedo ordenarle a mi gente que baje a los niveles inferiores.

—Escoge; o bajan, o Hjan...

En la parte de atrás del cuello de Quintal, Butch temblando, dijo:

—¡Ahora! ¡Ahora!

Quintal alzó a Chika sobre su cabeza y, sacudiéndolo, dijo:

—¡Ordénaselo, o Hjan morirá!

La boca de Chika adoptó una mueca terrible; con un susurró le explicó:

—No puedo ordenárselo, se lo rogaré.

Quintal gritó:

—Quiero cien hombres; cien hombres que trabajen en la fundición.

Se produjo un largo intervalo silencioso. Sólo se oía la arena y el viento; el infinito, suave y penetrante rumor del desierto. Butch colgaba rígido, detrás del cuello de Quintal. No había nada que pudiera hacer.

Un hombre dio un paso adelante, otro le siguió y luego otro... sus alas estaban caídas en medio de la oscuridad que había caído de repente. Un gemido lastimero brotó del grupo de las mujeres, pero fue silenciado.

Cien hombres, la mitad de la tribu, se encontraban frente a Bert Quintal. Les dijo:

—Bien.

Colocó a Chika de pie a su lado y continuó.

—Tirad vuestras armas a la arena; os daré herramientas de mi navío. Comenzaremos a trabajar ahora mismo.

Nunca podría haber hecho aquello sin Butch. En los días que siguieron, la mente despierta de la pequeña criatura, oculta bajo su capucha, le avisó una docena de veces del peligro. Acalló las primeras e incipientes revueltas con un poder que hizo a los marcianos pensar que era sobrenatural.

Dirigió a sus hombres. Eran delgados, pero ágiles y rápidos. Cuando se cortaron los tubos y los paneles, les hizo bajar donde más odiaban: a la abominable oscuridad que había abajo, en el interior de la fundición.

Tomó una decisión. Se iría a Júpiter solo. Con Butch tenía poco que temer. Le daría a Larkin la dirección para que localizara la ciudad y le diría que reparara la nave y le siguiera. Pero él iría por delante, en la *Starhope*. Quería la gloria que pudiera obtener al sumergirse en lo desconocido. Pero, más que todo, quería navegar por el espacio libre, teniendo a los otros planetas como juguetes con los que entretenerse. Quería la gloria para él solo; le parecía que toda su vida anterior había sido un simple preludio, una preparación para su sueño.

No pensó en absoluto en Butch, condenado durante años al exilio de Venus y de su compañera. Butch era enteramente suyo. No era nada.

Finalmente, con un esfuerzo ímprobo, el escudo antigraavedad delantero fue colocado en su lugar, ajustado con controles no muy refinados que permitían alzarse y bajar. El escudo de proa estaba casi terminado. Mientras cruzaba el techo, durante la mañana del último día, Quintal estaba poseído por una rabia salvaje. Dijo:

—Mañana, Butch; mañana nos vamos.

Butch no respondió. El resplandor plateado de Venus brillaba ligeramente en la aurora marciana. Se agarró y notó como el cálido cuerpo que tenía debajo se removía y tiritaba.

De repente, dijo:

—Quintal... el viento. Se ha detenido.

El terrestre se detuvo. El desierto yacía, sin ningún movimiento, bajo un cielo melancólico. Silencio, crispación y una sensación ominosa, que se iba extendiendo sobre las olas de arena de color ocre.

Los ojos de Quintal se estrecharon.

—Se acerca una tempestad; podría enterrar la ciudad. Tenemos que damos prisa.

Corrió hacia abajo por la amplia escalinata; pasó junto al grupo de mujeres que se acurrucaban en los niveles superiores, esperando. Chika se reunió con él en la puerta de la fundición. Sus ojos estaban llenos de un odio profundo. Le dijo.

—Ya está casi terminado. Esta noche debes dejar a Hjan que se vaya.

De golpe el terrestre le contestó:

—Sí, sí, vamos a trabajar.

Grandes sombras aladas saltaron a través de las paredes, Los hornos crepitaron, el zumbido del ciclotrón Llenó la habitación. Incluso por encima de todos estos ruidos, a los que se añadía el golpear de los martillos y el chirriar de los tornos, Quintal pudo oír el primer sollozo del viento.

Los hombres alados, se asustaron, y miraron a Chika con ojos asustados, hasta que Quintal comenzó a darles órdenes de nuevo. Pudo oír el frotar de la arena contra la torre enterrada. Si la arena conseguía penetrar... ¡a continuación llegaría el desastre!

Quintal, con un gruñido, ordenó:

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Malditos seáis!

Chika le tocó y le dijo:

—Vámonos. Si nos vamos ahora mismo, aún podemos llegar a las colinas.

Butch le suplicó:

—Por favor Quintal, nos llevarán en brazos; luego podemos volver y terminar con esto.

—Eres imbécil; nos dejarán caer en la arena.

Quintal estaba frenético por todo el trabajo que había dejado sin terminar. Llevaría meses volver a limpiar de nuevo el edificio. Les dijo:

—¡Enviad a vuestras mujeres! ¡Pero vosotros os quedáis aquí, a terminar esto!

Chika le contestó:

—Ellas no se marcharán sin sus hombres ¡Te lo ruego!

De forma ominosa, Quintal dijo:

—Escucha: mataré a tu Hjan con mis propias manos, y a ti también, si no te pones inmediatamente a trabajar.

Trabajaron, llenos de tristeza, odio y miedo.

Finalmente, el escudo de la astronave flotó libre, y lo sujetaron con cuerdas, como si fuera un globo monstruoso.

Quintal dirigió el camino por la escalinata. Las mujeres le siguieron sin hacer ningún ruido; en el corredor sólo se veían ojos brillantes y alas sombrías. Subieron hasta el tejado.

El viento les golpeaba con manos brutales. El cielo era de color ocre y muy oscuro. Por debajo de todo, sobre aquel mar amarillo, grandes olas de arena, empujaban y se removían.

Quintal les gritó a los hombres para que se apresuraran. Las alas, que no dejaban de batir, luchaban contra la tormenta; pequeños cuerpos cubiertos de piel se esforzaban todo lo que podían. El gran escudo, poco manejable, flotaba en aquel lugar. La fuerza del viento crecía y crecía.

Butch gritó:

—¡Por amor del cielo!

Chika se había unido a Quintal en medio de la cárdena oscuridad y le suplicaba:

—¡Nos debemos marchar! ¡Quintal, devuélveme a Hjan!

Quintal le apartó de un golpe, mientras maldecía la lentitud con que los hombres trabajaban en los pernos. La arena azotaba a través del tejado. Se estaban formando grandes olas de arena que avanzaban contra las torres; sobre ellas, la arena semejava espuma asfixiante.

Uno de los pernos de sujeción quedó terminado. El viento había crecido hasta ser un inmenso lamento.

Los hombres se alejaron de la Starhope, perdiendo el miedo que le tenían a Quintal, ante su pánico por la arena. Quintal vio como intentaban marchar, junto con sus mujeres hacia las distantes colinas, vio como sus alas delgadas eran dobladas y luego desgarradas y sus cuerpos arrojados contra el hambriento desierto. Era el final del Pueblo del Cielo.

Chika gritó:

—Quintal, devuélveme a Hjan.

El último perno no estaba terminado. Quintal empuñó el soldador y lo terminó por sí mismo; su cuerpo inmenso, se agarraba a la nave de forma desgarrada; luego comenzó a dirigirse hacia el lado de sotavento de la nave. Chika había desaparecido.

La nave tembló de forma salvaje cuando el terrestre penetró por la compuerta del aire, haciendo que los dos trajes de vacío saltaran colgados en sus perchas. Un breve relámpago de su memoria le hizo preguntarse el por

qué uno oscilaba más que el otro. Pero no tuvo tiempo, ya que la tormenta seguía; los montones de arena cada vez eran más altos, por lo que debía marcharse antes de ser enterrado en la arena.

Cerró de golpe la otra válvula y se apresuró, sin molestarse en cerrar la válvula interior. No iba a salir más allá de la atmósfera, no todavía.

En la cabina se le enfrentó Hjan, sus ojos quemaban como si fueran fuegos fatuos. Con un susurro ella dijo:

—Mataste a mi pueblo; mataste a Chika.

Quintal la apartó y ella se colocó a su espalda. Era fuerte y le odiaba. Sus alas, que no cesaban de batir, cegaron y golpearon al terrestre. Este no quería dañarla. Ella era valiosa, sería la última de su especie. Colocó su mano alrededor de la garganta de la mujer y cuando cesó de mover sus alas la abofeteó con fuerza en la sien. Ella se desmayó y quedó en sus brazos; cruzó una puerta y la colocó en la parte de atrás de la nave.

Con suavidad, Butch le dijo, hablando con la mente.

—Quintal, ¿qué te puso Dios en el lugar del corazón?

El terrestre maldijo con irritación, arrastrando a Butch para que su cuello quedara libre, marchó detrás de Hjan y cerró la puerta.

La pérdida de Chika y de su tribu, significaban para él lo mismo que la pérdida de una bandada de pollos valiosos. Estaba enfadado, no consigo mismo por obligarles a trabajar demasiado, sino con el Destino, por haber desencadenado aquella tempestad que le había desbaratado los planes.

Los nuevos controles eran muy simples y no tenía tiempo de comprobarlos, pero conocía su nave. Tuvo el sentimiento de tenerla en sus manos; la *Starhope* se levantó del tejado, en silencio, y tan suave como un pájaro.

La llevó hasta un punto de equilibrio, en el que se compensaba, de forma agradable, la repulsión con la atracción; una vez que se encontró fuera del área de la tormenta, se dirigió a su *teleradio*.

Posó el dedo sobre el interruptor, y lo agarró con su mano, dentro de la cual había el aparato, pero no funcionó. Siguió allí maldiciendo mientras, lentamente, su furia iba aumentando.

Había tenido demasiada prisa, para haberse dado cuenta, antes, de lo que había sucedido. Ahora miró alrededor de la cabina. Con excepción del panel de control, protegido por mamparas de acero, y los pesados cables que servía para operar el escudo, todo lo demás que había en la cabina había sido destrozado.

Hjan lo debía haber hecho. Era culpa del propio Quintal. Lo sabía. Debería haberla atado, o encerrado en el camarote de dormir. Pero ella era tan pequeña... y no había ningún arma que pudiera usar. Además, había estado tan desesperadamente atareado, que casi había olvidado su existencia.

Encontró la herramienta que ella había empleado para satisfacer su ansia destructiva, y sonrió con ironía. Era su propia pipa, que había robado de una ciudad muerta al otro lado de Marte; era un objeto pesado, de algún tipo de madera petrificada y barnizada.

Ahora, lo único que podía hacer era dirigir la Starhope hacia el sur y darle a Larkin las órdenes directamente.

Quintal se dio cuenta, de repente, que le dolían todos los nervios. Su cabeza parecía pesarle tanto como la Starhope. Había trabajado muy duro durante demasiado tiempo. Necesitaba descansar antes de poder hacer cualquier otra cosa.

Inspeccionó la puerta de la mampara; estaba cerrada; el picaporte estaba colocado de manera que bloqueaba el pestillo. El ventilador estaba abierto, como era habitual, pero nada de mayor tamaño que Butch podía arrastrarse a través de aquella persiana.

Butch no habría hecho aquello. Odiaba demasiado a Quintal para no estar allí, observándolo, si iba a morir. Además Butch era inofensivo; un hombre podía temer más el golpe de un remolino^[10] que a Butch.

Quintal se tumbó sobre la cabina, se acurrucó en su catre y durmió profundamente. Se levantó, antes de lo habitual, impulsado por alguna extraña incomodidad. Se sentó, rígidamente, y se puso a maldecir, aunque sabía que nada podía ir mal.

Pero había algo; la puerta de la mampara estaba abierta.

Giraba despacio, sólo un poco, dejando ver oscuridad al otro lado. La débil doble luz, procedente de las dos pequeñas lunas de Marte, pasaba por los ojos de buey. Quintal pudo ver Júpiter, oro ardiente contra el negro del cielo.

Frunció el ceño sentándose en el catre. No tenía miedo porque no había nada que temer. Sólo estaba sorprendido.

Butch moviéndose lentamente sobre las ventosas retráctiles que tenía en sus cuatro patas, podía haber pasado por el ventilador, podía haber llegado hasta la puerta y haber abierto la cerradura, sujetándola con dos patas mientras daba la vuelta con las otras.

Pero ¿para qué? Supongamos que hubiera establecido contacto mental con Hjan. Supongamos que había planeado todo esto... ¿qué pretendían hacer?

Detrás de la puerta que giraba lentamente no se oía el menor sonido.

Quintal se levantó, cruzó la cabina sin hacer ruido, y pasó al otro lado de la puerta. Era un hombre alto, mientras que la apertura era baja. Se detuvo para aclararse la cabeza del golpe que se había dado.

Algo cayó sobre su cuello desde encima de la puerta.

Sorprendido gritó:

—¡Butch!

Luego intentó agarrarlo.

En la oscuridad, unas manos agarraron sus muñecas. Cuatro pequeñas manos peludas, fuertes, con la fuerza que da el odio. Se produjo una punzada de dolor, violenta y rápida, en su cuello, justo encima de la columna vertebral. Gritó y volvió hacia atrás, al espacio abierto de la cabina, en donde podría sacudirse lo que tenía en el cuello y ser libre otra vez.

Supo lo que estaba sucediendo. ¡Butch estaba sumergiendo sus fibras prensiles hambrientas en su cuello!

Las desesperadas manitas colgaban alrededor de sus muñecas. Cosas pequeñas sujetas a su alrededor. Ahora podía ver rostros, a la luz de las lunas.

El rostro de Hjan, el rostro de Chika.

El horrible fuego de los ácidos quemaba su cuello. Hinchó su pecho y notó como las uñas le desgarraban la carne; luego notó que tenía las manos libres. Se levantó para quitarse a Butch.

Ahora era demasiado tarde, pero recordó el traje de vacío que, en la esclusa de entrada, le había parecido más pesado que el otro. Chika debía haber estado oculto allí. Cuando vio que su pueblo estaba perdido, que no les podía ayudar, pasó a la parte de atrás de la nave. Mientras Quintal estaba luchando con Hjan, cegado por sus alas.

Ahora le volvieron a cegar. Cuerpos ágiles le pinchaban y se retiraban agarrándole con sus manos desesperadas. El dolor le bajaba desde el cuello a toda la columna vertebral y le subía hacia arriba hasta el cráneo.

Butch le dijo con su mente.

—Quintal, estás acabado.

En aquel pensamiento, lleno de calma y sin excitación, había algo horrible.

—¿Seguro?

Quintal se rio a pesar de la agonía que sufría. Lanzó un golpe cuidadosamente dirigido. Chika lanzó un quejido, y cayó a lo lejos. Había

sangre en los nudillos del terrestre. Cogió a Hjan a mitad de un salto y la lanzó sobre la cubierta. Ahora sus manos estaban libres.

Tomó a Butch.

Los pelos rígidos y transparentes pincharon las palmas de sus manos. Hjan se levantó, seguida de Chika. Quintal se acurrucó intentando mantenerlos apartados luchando con una sola mano. Sus dedos agarraron el abdomen de Butch. Podía sentir las fibras de Butch saliendo, como si fueran gusanos saliendo de sus agujeros. No eran simples raíces inmóviles; eran bocas tan vivas y activas como la suya propia.

El dolor que padecía le hizo apretar los dientes y tirar de aquella criatura.

Las ventosas aguantaron, testarudamente. La mente de Butch le dijo:

—Quintal, es demasiado tarde.

Luego se rio; fue una onda de pensamiento, divertida, que cruzó a través del cerebro de Quintal.

Quintal gruñó al notar el corte que hacían las ventosas aplicadas a su carne. Contestó:

—Nunca volverás a ver Venus; tu compañera morirá en la soledad.

Tan grande era el daño que notaba en su interior, que apenas sintió el golpear de alas contra su cuerpo. Sabía que sus muñecas estaban desgarradas y sangrando, pero no podían liberarse de sus garras. Era fuerte, demasiado fuerte para ellos. Notó las olas de sufrimiento en la mente de Butch. Rio a carcajadas, descubriendo sus dientes desnudos y sin piedad. Butch susurró:

—No tengo derecho a volver a ver Venus. No tengo derecho a nada después de las cosas que he hecho por ayudarte. Para mi compañera, es mejor morir sola y nunca volver a leer mi mente.

Una de las fibras terminadas en ventosa desgarró la carne y quedó libre, luego otra, poniéndose rígidas dentro del cuello de Quintal. Con suavidad, Butch prosiguió:

—Quintal, mi pecado es peor que el tuyo. Yo sabía cosas que tú nunca supiste. Tú habías nacido sin corazón, pero yo... yo sólo era egoísta y cobarde.

Las dos últimas patas quedaron libres, las fibras quedaron rotas y en tensión.

Quintal oyó el grito en la mente de Butch, aunque no tenía boca con la que gritar. Se levantó triunfante y las alas se apartaron de donde se encontraba. Se produjo el silencio en el interior de la *Starhope*.

El terrestre rio roncamente.

—Butch, no eres tan listo; fue un truco inteligente intentar alimentarte de mí, como si fueras un vampiro, pero no funcionó.

Miró a los marcianos y dijo:

—Ahora tengo un par de estas criaturas. Todo lo que tengo que hacer es contactar con Larkin, dirigirle a la ciudad y esperar allí, hasta que traiga la nave grande. Júpiter aún será mío, aunque tenga que compartirlo. Y tú Butch... sé lo que te pasará al tener rota tu línea de alimentación.

Los años de entrenamiento habían hecho a su mente lo bastante sensible como para poder oír la débil risa de Butch.

—Sí, Quintal, moriré, y tú tendrás Júpiter.

Quintal frunció las cejas; no comprendía la risa del pequeño ser. El dolor estaba disminuyendo un poco; se había reducido a una pequeña bola de fuego en su cuello.

De repente estaba ansioso de encontrar a Larkin. En la base donde aterrizaban las naves, había un médico. Las fibras rotas que tenía en su interior, debían extraerse lo antes posible.

Quintal se dirigió hacia los controles, sus piernas le parecían lejanas y apartadas. Observó sus botas que rayaban la cubierta y empezó a pensar que eran alguna otra cosa en vez de sus botas.

De repente, cayó.

Butch se arrastró escapando de su mano. Quintal podía ver sus dedos que permanecían abiertos, extendidos sobre la cubierta y que no podía cerrar.

Susurró:

—Butch, ¿qué me has hecho?

La respuesta llegó débilmente a su mente, una mente que ahora estaba clara y aguda, envuelta el helado acero del miedo.

—Los tejidos humanos contienen las mismas sustancias que yo extraigo de la tierra: fósforo orgánico, potasio, magnesio. Mis raíces, como tú las llamas, segregan productos químicos que disuelven estas sustancias y las hacen útiles para mí.

»Quintal, yo no estaba intentando alimentarme de ti; sabía que me podías arrancar en pocos momentos. Chika y Hjan sabían que sólo te podían sujetar por muy poco tiempo.

»Pero este poco tiempo era todo lo que yo necesitaba. Los productos químicos ya están actuando en tu interior. Tú conoces mis percepciones; podía ver exactamente lo que ibas a hacer. ¿Comprendes ahora, Quintal? Los nervios de tu espina dorsal se están disolviendo.

La pequeña cosa peluda yacía junto a los dedos abiertos de Quintal. Podía ver a los marcianos con sus alas bajadas, observándole, y podía ver Júpiter, un faro dorado, mandando destellos desde más allá del puerto. Butch prosiguió:

—Me fijé en lo que tú no viste. Vi la ciudad enterrada... vi morir al pueblo de Chika.

»Pasarán muchos años antes de que la ciudad y su secreto sean encontrados de nuevo. Todos los hombres no son como tú, Quintal; quizá, los próximos que vengan aquí, empleen el secreto de la antigraedad para el bien, en vez de para el mal. Entre tanto, los pueblos débiles de los planetas exteriores serán libres de vivir sin jaulas ni cadenas.

Se produjo una larga pausa. Luego una voz muy débil y muy muy cansada prosiguió:

—Será bueno morir, será el fin del pensamiento.

Chika se encorvó. Su rostro infantil estaba lleno de golpes, y su pálida piel oscura con manchas de sangre. Cogió a Butch y lo depositó, gentilmente, sobre su cuello, de forma que sus dos cerebros estuvieran próximos el uno al otro; actuando bajo las instrucciones de Butch, él y Hjan se dirigieron a los controles. El *Starhope* volvió a dirigirse a la superficie de Marte.

No tocaron a Quintal. Le dejaron donde estaba, torpemente doblado, con su ancha cabeza caída hacia atrás y su mirada dirigida hacia delante, más allá del ojo de buey.

Les observó como hacían descender a la *Starhope* y la posaban en el desierto; observó como abrían los controles automáticos de la cámara de aire; observó como Butch sufría escalofríos y se deslizaba, siendo recogido por las manos de Hjan.

Abrieron las válvulas de la compuerta y le dieron al escudo toda la fuerza de repulsión que tenía; luego, durante un breve instante, antes de lanzarse con las alas desplegadas, miraron a Quintal, con sus grandes ojos brillantes, sus cuerpos delgados y dispuestos para el vuelo, mientras llevaban a Butch, un pequeño bulto de piel en las manos de Hjan.

Se giraron y salieron por la escotilla; durante un instante, antes de que las puertas de la misma se cerraran, Quintal pudo oír el batir de las alas en el aire frío y tenue.

La *Starhope*, silenciosa y suave como un pájaro, se alejó de Marte; la atmósfera y las lunas quedaron atrás. Júpiter era una llama, una joya ardiente, colocada sobre el oscuro pecho del espacio.

Quintal yacía inerte sobre el suelo de la cabina. Una nueva frontera se extendía ante él, vasta e inexplorada. Un nuevo mundo, un nuevo horizonte.

Su nombre no era Júpiter. Su nombre era Muerte.

Sin peso por la antigravedad, feliz y rápida, la Starhope le llevaba en su interior.

FIN

No todas las ciudades que encontraron los terrestres, junto a los canales cubiertos de arena, estaban abandonadas como Ptakuth; otras estaban habitadas por sus antiguos pobladores, pobladores que tenían una tecnología superior a la conseguida por los hombres de la Tierra.

La vida de un pequeño grupo de personas en una ciudad medio destruida, y en la que ocurren muy pocas cosas debe ser insoportablemente aburrida, a no ser que la tecnología superior que poseían, o que habían adquirido de especies no humanas, les haya permitido materializar de alguna forma sus ideas, a fin de que se vean habitando, no en medio de unas ruinas, sino en la floreciente ciudad que existió en el pasado.

Extrañas profecías hablaban de la llegada de seres de más allá del cielo y de cómo debía materializarse la alianza entre unos y otros...

Aquí se narran las aventuras de Eric, el terrestre que visitó la más fabulosa de las ciudades perdidas de Marte, la ciudad de la belleza, de la fantasía y de la música y de lo que encontró en ella.

Acompañemos a Eric North de la Tierra, llamado el Bronce, en la más onírica de las historias de Leigh Brackett; pienso que la influencia de Lord Dunsany en esta historia es manifiesta. El vigilante de la puerta está inspirado directamente por el vigilante de la puerta de la ciudad de Mandaroon, tal como se describe en «Días de ocio en el país del Yann» y este no es el único detalle dunsaniano... pero no olvidemos que esta es una historia de ciencia ficción, los sueños, las profecías y leyendas deberán tener su explicación.



LA CIUDAD ENCANTADA DE MARTE

La ciudad era extraña, fantástica, hermosa; el terrestre nunca había estado allí con anterioridad y, sin embargo, era una leyenda de la ciudad, una leyenda horrible, fabulosa y cargada de odio.

El terrestre yacía tendido en el suelo, observando detenidamente desde la orilla del canal. Se trataba de un hombre delgado, vestido con un mono de una sola pieza, completamente descolorido, y que llevaba en la cabeza un extraño yelmo metálico.

Detrás de él, los vientos del desierto, aunque no demasiado fuertes, levantaban pequeños remolinos de arena rojiza y la introducían por el cuello

de la vestimenta del observador; sin embargo, el hombre no podía moverse; lo más que alcanzaba a hacer era sentarse en el lugar donde se encontraba y fijar su mirada en las espiras y los minaretes que centelleaban en la distancia, allá a lo lejos, en el fondo del canal.

Una parte de su mente pensó:

Al fin llegué; esta es la fabulosa ciudad de Marte; esta es la legendaria ciudad de la belleza, de la fantasía y de la música; debo bajar, para llegar hasta ella.

Pero de alguna otra parte, más profunda de su mente, en donde anidaban los instintos e impulsos primarios, destinados a mantenerle con vida, le llegaba un mensaje tenso y urgente que le avisaba perentoriamente:

¡Vete! Ellos ya tienen ahora una parte de tu mente. Vete, antes de que la pierdas totalmente. Vete, antes de que tu cuerpo se transforme en un cadáver viviente, un simple caparazón vacío y sin alma que pasee a lo largo de las orillas de los canales inferiores^[11], con ojos que no ven, como le sucedió a aquellos que te antecedieron.

Arrastrándose nuevamente sobre el pretil del canal, se esforzó para procurar volver a conseguir la visión de aquella perspectiva de fantástica e insólita belleza; luchó contra los párpados de sus ojos; luchó para mantenerlos cerrados mientras volvía a arrastrarse, pero los ojos, como si tuvieran vida propia, le desobedecieron y permanecieron abiertos, mirando fascinados las torres cubiertas de joyas; cabalgando sobre la brisa del desierto, le alcanzó el débil lamento de la música que le decía:

Ven a la ciudad, baja y entra dentro de esta urbe de fábula.

Se deslizó sobre el pretil del canal y siguió deslizándose hacia abajo por la pendiente que formaba el borde del antiguo acueducto, en sus dos lados. El roce con la áspera roca de arenisca, de la que estaba construida esta parte del canal, desgarró su mono y también desgarró su codo, allí donde se rozaba al deslizar, pero el terrestre no sintió ningún dolor. Su rostro se encontraba vuelto hacia las torres; el sonido de su respiración no llegaba a ser humano.

Mientras descendía, sus pies se golpearon con un trozo de piedra que sobresalía de la superficie del pretil, haciendo que, durante un tiempo, el descenso fuera más lento; entonces el terrestre giró de lado y cayó dando vueltas al seco fondo del canal; quedó yaciendo con la cara pegada a la arena rojiza del fondo, mientras el barboquejo que le sujetaba el extraño yelmo metálico que llevaba en la cabeza le cortaba en la barbilla produciéndole un intenso dolor.

Yació tumbado únicamente durante un breve lapso de tiempo, sabiendo que ahora tenía una oportunidad de salir con bien de la aventura; dado que al conservar la cara pegada al suelo, como la tenía, y con el polvo rojizo del fondo del canal cegándole los ojos, la visión de la ciudad fabulosa había desaparecido, al menos por un instante.

Tenía que marcharse, lo sabía; tenía que subir al pretil del canal y no mirar nunca hacia atrás, hacia la ciudad.

El terrestre se dijo a sí mismo:

Yo soy Eric North, de la Tierra, el tercer planeta del Sol y esto que veo ante mí, no puede ser real.

Se removió sobre su lecho de polvo, notando como la arena le mordía sus mejillas, y prosiguió, removiéndose sobre el polvo, hasta que consiguió ponerse en pie; allí, lo único que podía ver, eran los muros de arenisca rojiza del canal. Corrió hasta los muros, con el apresuramiento de un animal salvaje. Desde allí no podía volver a ver la ciudad fabulosa.

El viento fresco transportó los acordes de la música que comenzó a hablarle a Eric de nuevo. Le habló de paseos con los pies descalzos por las largas calles de la ciudad cubiertas de pieles; le habló de joyas, de vino, de mujeres tan hermosas como la misma primavera.

Esto y muchas más cosas, se encontraban en la ciudad, esperando únicamente que el terrestre llegara y las reclamara para sí.

Eric sollozó, se arrastró hacia delante y subió hasta el borde del pretil para proseguir por allí su camino. En su momento se detuvo a descansar y, lentamente, su cabeza comenzó a darse la vuelta. Se volvió y las espiras y minaretes volvieron maliciosamente a parpadear ante su vista, hermosas y seductoras, haciendo que las lágrimas que habían comenzado a manar de sus ojos y a deslizarse a través de sus mejillas, dejaran de brotar. Después, bajo nuevamente al fondo del canal y cuando lo alcanzó, comenzó a correr hacia la ciudad.

Cuando llegó a la ciudad, se encontró con que estaba rodeada por una elevada muralla, en la que se encontraba una pesada puerta, en la cual se hallaban grabadas flores de loto. El terrestre golpeó la puerta y gritó:

—¡Ah de la muralla! ¡Dejadme entrar! ¡Dejadme entrar en la ciudad!

Ahora, la música que se escuchaba era más complicada, como si surgiera de todas las partes. La puerta comenzó a girar, abriéndose, sin que se oyera el más mínimo ruido.

Un centinela se encontraba delante de la oquedad que había dejado la puerta al abrirse, al final de una calle de suelo color azul. Estaba vestido de

seda roja, con mangas terminadas en ribetes de piel de leopardo azul. Llevaba un cinturón del que pendía una espada corta de puño enjovado. Desenvainó la espada de su tahalí y la agachó hasta que su punta tocó el suelo de la calle, cubierto de piel azul. El centinela dijo:

—Te doy la bienvenida de mi espada y la bienvenida de la ciudad. Declara tu nombre y cualquier otra cosa que pueda ser recogido en los archivos de los soñadores.

Los acordes de la música sonaron y las espiras centellearon. Entonces Eric dijo:

—¡Yo soy Eric North!

La punta de la espada tembló y el centinela se puso rígido. Su rostro era pálido. Gritó en voz alta:

—Eres Eric llamado el Bronce, eres el Eric de la Leyenda.

El centinela levantó su espada y la hizo girar, después golpeó con su arma el yelmo de metal. El odio dibujó una llama azulada en ojos del marciano.

Cuando Eric recuperó el conocimiento, la gente de la ciudad se encontraba a su alrededor.

Eran muy, pero que muy hermosos; las mujeres aún eran más bellas que la música. Sin embargo, la gente de la ciudad le miraba mostrando un odio encendido en sus ojos. Un hombre, ya anciano, se aproximó a donde se encontraba y le golpeó el yelmo de cobre con una vara.

El sonido metálico hizo ensordecera a Eric. El anciano gritó:

—Tienes razón; este es Eric, llamado el Bronce, traed los látigos y expulsémosle de la ciudad, después de haberle azotado.

El hombre volvió a empuñar la vara y golpeó nuevamente. Eric notó como su espalda, al ser golpeada, le dolía como si el fuego la abrasara.

La multitud comenzó a cantar:

—Látigos, traed los látigos.

El miedo forzó a Eric a ponerse en pie. Después huyó, corriendo sobre los pies sin talones del pánico, sobrepasando a aquellos que se encontraban tras él hasta que atravesó las grandes puertas y alcanzó la roja arena del canal.

Las puertas se cerraron tras él y el polvo rojo le golpeó, se detuvo con el corazón latiendo a toda velocidad dentro de su pecho, como si fuera el badajo de una gran campana. Se volvió y miró hacia atrás para asegurarse de que se encontraba a salvo.

Las torres seguían parpadeando ante sus ojos y la música proseguía susurrando en sus oídos, diciéndole:

—Vuelve Eric North, vuelve a la ciudad.

Se giró y caminó dando tumbos hasta llegar, de nuevo, al portón; una vez allí comenzó a golpearlo con fuerza y continuó haciéndolo hasta que se desolló los puños, suplicando que le abrieran las puertas y le permitieran volver al interior de la ciudad.

Una parte de su mente, en un lugar muy profundo de su interior le decía:

Es una locura que vuelvas; no podrás escapar; la ciudad es perversa, con una perversión como tú nunca has conocido otra igual.

Un terror tan antiguo como el tiempo se apoderó de su alma.

Se quitó de la cabeza el yelmo de cobre y golpeó con él los grabados de flores de loto del portón gritando:

—¡Dejadme entrar! Por favor dejadme entrar en la ciudad.

Mientras el terrestre aporreaba la puerta, la ciudad se modificó, llegando a ser aburrida, sórdida y perversa, una ciudad desagradable, siendo todas sus partes ofensivas a la mirada. Las espiras y minaretas se transformaron en gárgolas horribles, quebradas y contrahechas, que destilaban odio. El sonido de la ciudad llegó a ser una macabra canción llena de rencor.

Miró; su espina dorsal estaba helada con el temor irracional provocado por supersticiones, que databan de los tiempos en que el hombre comenzó a existir. La ciudad fluctuaba, cambiando nuevamente ante sus ojos, hasta que volvió a ser nuevamente hermosa.

Permaneció erguido, asombrado. Volvió a colocarse en la cabeza el yelmo de metal. Al realizar este movimiento volvió a producirse la modificación de la ciudad que pasó de la hermosura a la más horrenda fealdad. Asombrado, miró hacia la ilusión y llegó a la conclusión de que, a pesar de todo lo sucedido, el yelmo de metal no le había fallado por completo.

Se volvió y comenzó a caminar alejándose de la ciudad; cuando esta comenzó a llamarle con su música encantada, se despojó del yelmo y encontró la paz, momentáneamente.

Luego, cuando la ciudad volvió a llamarle, el terrestre se colocó nuevamente el yelmo de cobre, de forma que el odio abandonó el sendero que dejaban sus huellas. Así, poniéndose y quitándose el yelmo prosiguió su camino sobre el arenoso fondo del canal y luego ascendió por las paredes de roca del acueducto hasta alcanzar el desierto marciano, de forma que el canal se convirtió en una línea delgada situada a sus espaldas.

En ese momento respiró con alivio, porque comprendió que se encontraba fuera del alcance de las ilusiones que emanaban de la ciudad encantada.

El terrestre, ahora que su mente era otra vez suya, comenzó a estudiar el problema que tenía planteado y a comprender algo de la naturaleza de las

fuerzas contra las que estaba luchando.

El yelmo contenía un circuito eléctrico, diseñado para actuar como un escudo, contra las ondas eléctricas emitidas por la ciudad, las cuales se encontraban sintonizadas a una frecuencia adecuada para afectar a su cerebro^[12].

Pero el yelmo había fallado, porque la ciudad, fuera lo que fuera, cuando el terrestre se aproximó portando el dispositivo aislante, había ajustado su emisión, enviando ondas que seguían un nuevo patrón de frecuencias. Por ello el yelmo no le había servido como defensa frente a la ilusión. Sin embargo, cuando de golpe, se había desprendido del casco para poder golpear la puerta de la ciudad, su patrón mental se había modificado tan rápidamente que la máquina no pudo seguirlo de inmediato, tardando un determinado tiempo en realizar el ajuste a un nuevo patrón de frecuencias. Durante este breve lapso de tiempo pudo ver la otra imagen de la ciudad. Luego las frecuencias se ajustaron nuevamente, pero como el terrestre se volvió a colocar el yelmo, volvieron a quedar inútiles, de ahí que poniéndose y quitándose el casco de cobre podía evitar, en cierta manera, el influjo de las ondas eléctricas emitidas por la ciudad.

Una mueca irónica apareció en su rostro.

Le hubiera gustado aprender muchas más cosas sobre la ciudad, fuera lo que fuera. Le hubiera gustado conocer mucho más sobre la gente que había visto en ella; saber si eran personas reales o una mera ilusión.

Y también conocer si ellos eran tan horrorosos como aparecían en la segunda visión de la ciudad que había tenido.

Sin embargo el peligro todavía era demasiado grande. Volvería a su nave y haría los preparativos necesarios para destruir la ciudad. La nave estaba armada y realizar fuego indirecto desde el borde del canal sería algo muy sencillo.

Su hermano, Garve North, esperaba su retorno, en la nave. Si llegara a conocer sobre la ciudad fabulosa intentaría llegar a ella. Eric no quería correr riesgos sobre esta cuestión. Una vez que hubieran destruido la ciudad, fuera lo que fuera aquello que se encontraba en el fondo del canal, con apariencia de ciudad, sería el momento de decirle a Garve que bajara al suelo a ver lo que quedaba de ella.

La nave reposaba sobre una zona llana constituida por piedra arenisca; junto a ella habían establecido su campamento base. Sus líneas y su aspecto familiar hicieron que una sonrisa se dibujara en el rostro de Eric, reflejo de la

confianza que sentía ahora que había comprobado que las herramientas y las armas se encontraban nuevamente en sus manos.

Abrió la puerta y penetró en la nave. Las escotillas habían sido dejadas abiertas para que el terrestre pudiera entrar directamente en el interior de la parte principal de la nave. Entró dando un salto rápido y diciendo:

—¡Hey Garve! ¿Garve, dónde estás?

La nave siguió muda, sin emitir ningún sonido. Eric la recorrió por completo llamando a su hermano:

—¡Garve!

Eric se preguntó a donde podía haber ido el atolondrado de su hermano; luego vio una nota sujeta al panel de control de la nave. La tomó con impaciencia y comenzó a leer lo que Garve le había escrito:

Eric, me ha sucedido algo divertido, hace un poco de tiempo me pareció que estaba oyendo música. Fui caminando hacia abajo, al canal y me pareció que allí había luces y a lo lejos, al fondo, algo parecido a extraño tipo de ciudad.

Quiero investigar esto, pero pienso que sería mejor esperar a que volvieras. Sin embargo, desde hace horas, algo se ha introducido en mi mente, voy a bajar a ver lo que es esto. Si quieres seguirme, voy bajando, directamente, por el fondo del canal.

Eric miró la nota detenidamente y el borde de su mandíbula empalideció hasta volverse blanco. A lo que parecía, Garve había visto la ciudad desde un punto de observación más alejado, por lo que el efecto producido no había sido tan fuerte.

Pero aun así, la curiosidad natural de Garve, había hecho el resto.

Garve se había ido caminando, bajando hacia la ciudad y no tenía ningún yelmo protector. Eric tomó del arsenal de la nave dos granadas de mano de elevado poder explosivo. Eran pequeñas de tamaño, pero contenían en su interior una potencia de fuego inmensa.

Eric llevaba una pistola de perdigones del mismo explosivo que llevaban las granadas; además, tenía el yelmo. Esto sería suficiente; volvió a colocarse el yelmo de bronce (sic) sobre su cabeza y comenzó caminar, dirigiéndose a la ciudad encantada.

El recuerdo del camino de regreso a la ciudad siempre permanecería en su recuerdo como si se tratase de una fantasmagoría, una estructura construida a partir de odio retorcido sobre una belleza incomparable.

Cuando el terrestre alcanzó nuevamente la puerta, no hizo ningún signo que pusiera de manifiesto su intención de entrar en la ciudad, sino que comenzó a caminar circunvalando la muralla, quitándose y poniéndose alternativamente el yelmo de cobre; caminaba con las piernas rígidas, como si fuera una marioneta, bailando la misma pieza musical una y otra vez.

Finalmente encontró un lugar desde el cual podía escalar la muralla, se colocó el yelmo sobre su cabeza y trepó ascendiendo por la fortificación de forma extraña. Esto fue todo lo que podía hacer para conseguir introducirse, sin ser descubierto, dentro de la horrorosa ciudad.

Mientras saltaba al interior de la ciudad oyó la voz que le decía.

—Eric. Eric, has vuelto.

La voz era la voz de su hermano, así que comenzó a dar vueltas buscando el origen de aquellas palabras.

Ante él apareció una figura, una retorcida caricatura de su hermano. La figura lanzó un grito diciendo:

—¡El casco imbécil, quítate el casco!

La caricatura que era su hermano agarró el casco y tiró de él, con tanta fuerza, que el barboquejo se rompió debajo de la barbilla de Eric. Garve arrojó el yelmo a lo lejos, describiendo una trayectoria por las alturas, para atravesar la muralla y caer, a lo lejos, al otro lado de la misma.

El fantasma brilló con una luz parpadeante, y la ilusión se modificó. Ahora su hermano era más guapo que nunca y la ciudad era un sueño delicioso, Garve le dijo:

—Ven, acompáñame; vamos a visitar la ciudad encantada de Marte.

Eric le siguió, bajando por las calles pavimentadas de piel azul. No tuvo voluntad para resistirse. Garve dijo:

—Mantén la cabeza agachada y el rostro lo más oculto que puedas, para que si nos encontramos con alguien no te reconozca. No esperaban que entraras por este lado de la ciudad.

Entonces Eric preguntó:

—¿Sabes que he venido a buscarte?

—Sí; la leyenda proclama que volverías a la ciudad.

Eric se detuvo y se volvió para encararse con su hermano, diciéndole:

—¿La Leyenda? ¿Eric el Bronce? ¿Qué quiere decir esa extraña fantasía de la que me estás hablando?

La voz de Garve le advirtió:

—¡No hables en voz tan alta! Por supuesto, la multitud te llamó así desde el principio, a causa del yelmo de cobre que llevabas y del tono bronceado

oscuro de tu piel. Pero los Ancianos también creen lo mismo, Eric; no sé qué podrá ser: reencarnación, profecía, superstición... Yo sólo sé que cuando me encontraba con los Ancianos, creía en sus enseñanzas. Tú eres una parte de la Leyenda, tú eres Eric el Bronce.

Eric miró hacia abajo, a sus manos bronceadas por el sol y las flexionó; después colocó la pistola de proyectiles explosivos, que llevaba en la cintura, de forma que pudiera ser extraída fácilmente de su funda; pensó que al menos iba a ser una Leyenda bien armada y bien preparada para afrontar lo que se le viniera encima.

Mientras una parte de su mente se maravillaba de ver la ciudad encantada y se relajaba, cayendo en un estado placentero tan profundo como un sueño, la otra parte de su mente luchó contra el deseo casi olvidado de rescatar a su hermano perdido, y escapar. Preguntó:

—¿Quiénes son los Ancianos?

La voz de Garve contestó:

—Ahora vamos a verlos, en el centro de la ciudad, —la voz prosiguió, pero, de repente, el tono se hizo bruscamente más agudo—. Mantén la cabeza despejada; me parece que los dos hombres con los que nos acabamos de cruzar nos están siguiendo. No mires hacia atrás.

Transcurrió un instante y Garve dijo:

—Me parece que es seguro que nos están siguiendo; prepárate para correr; si nos tenemos que separar, no te pares hasta alcanzar el centro de la ciudad. Los Ancianos estarán allí esperándote.

Garve miró hacia detrás y, con voz aguda, dijo:

—¡Ahora! ¡Corre!

Ambos echaron a correr, pero, conforme iban tomando velocidad, las imágenes que les seguían comenzaron a converger hacia los fugitivos. Más allá, en la parte de arriba de la calle, aparecieron otras figuras, de forma que cortaban su camino de fuga.

Garve lanzó un grito diciendo:

—Aquí dentro, —y empujó a Eric dentro de una grieta que se encontraba entre dos edificios. Eric empuñó su pistola, y una chispa de barbarie comenzó a brillar en sus ojos. Los suaves sonidos de la persecución, amortiguados por el pavimento de cuero, comenzaban a sonar cada vez más próximos.

Garve colocó una de sus manos sobre la mano de Eric que empuñaba la pistola y le dijo:

—Espera aquí; y, por favor: si te importa mi vida, no uses la pistola.

Tras decir esto se fue, corriendo calle abajo como un gamo.

Por un instante Eric consideró que su astucia había tenido éxito. Se oyeron diversos gritos y dos hombres pasaron, persiguiéndole, corriendo a su lado. Sin verlo. Pero luego se oyó un grito que decía:

—Dejad escapar a ese; detened al otro, al otro.

Un instante después, Eric fue descubierto y la gente de la ciudad comenzó a converger hacia él. El terrestre podía haberlos destruido con las descargas de su pistola, pero el aviso de su hermano seguía gritando en sus oídos:

Por favor, si te importa mi vida no uses la pistola.

No había nada que pudiera hacer. Eric permaneció tranquilamente en pie, hasta que fue hecho prisionero. Luego le llevaron hasta el centro de una calle ancha tapizada de cuero. Dos hombres le sujetaron los brazos y se los retorcieron de forma dolorosa. La multitud les miró, con aspecto frío y calculador; uno de los habitantes de la ciudad dijo:

—Traed los látigos; si lo azotamos adecuadamente no volverá a nuestra ciudad.

La ciudad parpadeó, en ese momento; la música sonaba tan débil que apenas era posible escucharla. Sólo quedaba un arma que Eric pudiera emplear. Había deducido de las palabras de Garve que esta gente era supersticiosa.

El terrestre se rio; lanzó una gran carcajada que le estremeció el pecho y que atravesó el tenue aire marciano. Se rio y gritó en alta voz.

—¿Os podéis deshacer tan fácilmente de una Leyenda? Sí, yo soy el Eric de la Leyenda. ¿Pueden los látigos evitar que se cumpla una profecía?

Durante un instante el terrestre pudo haber escapado. La gente permanecía de pie, paralizada por el miedo que les había infundido las palabras de Eric. Pero no había lugar donde ocultarse y, si no empleaba sus armas, el terrestre no podría llegar muy lejos. Por tanto, su baladronada no produjo ningún resultado.

Un tiempo después, uno de los hombres gritó diciendo:

—¡Imbéciles! Es verdad que emplear los látigos no nos conducirá a ninguna parte; este hombre podría volver, pero si muere, aquí, ahora, ante todos nosotros, podemos olvidarnos de la profecía.

La multitud comenzó a murmurar, luego, una segunda voz lanzó un nuevo grito diciendo:

—¡Traed las espadas! ¡Que vengan los guardias y matémosle de una vez!

Eric se tensó para huir, pero ahora era demasiado tarde. Sus captores se encontraban alerta vigilándole. Apretaron los lazos que le sujetaban los brazos hasta que casi gritó de dolor.

La multitud se dividió dejando un camino, a través del cual llegó el guardia, con su traje de seda roja brillando al sol y su espada resplandeciente y mortal. Se detuvo ante Eric y la espada remolineó como si fuera un sable, preparándose para acuchillar y cortar el cuello del terrestre. Una voz de mujer, suave pero con autoridad, dijo en voz alta:

—¡Detente!

A través de la inquieta multitud, se extendió un murmullo cargado de respeto que decía:

—¡Nolette! Viene La Hija de la Ciudad.

Eric giró la vista hacia un lado y vio a la mujer que había hablado. Montaba sobre un caballo^[13] negro con bridas enjovadas. Era joven, su pelo era largo y el viento hacía que ondeara libremente.

Había cabalgado con tanta suavidad lo largo de la calle tapizada en piel, que nadie había advertido su presencia. La mujer dijo:

—Dejadme tocar a este hombre, dejadme sentir el latido de su corazón, para que pueda averiguar si él es el verdadero Bronce del que habla la Leyenda. ¡Extranjero, dame tu mano!

La mujer se agachó desde su caballo y extendió su mano para poder estrechar la del terrestre. La gente de la ciudad liberó al prisionero.

Eric sacudió sus brazos libres y levantó su mano para poder tomar la que le ofrecía la mujer, a la vez que pensaba:

Si tiro de ella y la derribo, quizá pudiera emplearla como escudo.

Tensó sus músculos y comenzó a tirar de la mujer. Esta gritó:

—¡No! ¡Imbécil! Sube a la grupa de mi caballo.

La mujer tiró del terrestre con una energía tan fiera y orgullosa como la suya. Después de que el hombre se hubo acomodado en el caballo, el animal saltó hacia delante, iniciando un galope hacia la libertad, que aunque amortiguado por la piel que tapizaba las calles, resonaba como una marcha militar.

Eric se agarró con fuerza a la cintura de la joven; allí donde apretaban a muchacha, sus manos podían percibir, la joven flexibilidad de su cuerpo, las elegantes trenzas de su peinado, que caían oscilantes sobre su rostro.

Un débil perfume la rodeaba: un aroma limpio y embriagador que hacía más agradable la caricia de su cintura. El terrestre respiró profundamente mientras cabalgaba, extrañamente feliz.

Tras galopar durante unos cinco minutos, llegaron ante un edificio que se encontraba en el centro de la ciudad. El edificio era de forma cúbica, con un aspecto severo, tanto en sus líneas como en su estructura arquitectónica; el

edificio contrastaba, de forma extraña, con la exquisita ornamentación que exhibían los demás edificios de aquella ciudad de fábula.

Era como si se encontraran ante un monolito propio de otras épocas, un edificio extraño agazapado, rodeado de enemigos. La joven se detuvo ante el edificio y le dijo al terrestre.

—Desmonta aquí, Eric.

Eric saltó al suelo; todavía sentía en sus brazos el placer de haber abrazado la cintura de la muchacha. Ella le dijo:

—Llama tres veces a la puerta. Te volveré a ver de nuevo en el interior del edificio. Dale las gracias a tu hermano por enviarme para que te trajera aquí.

Eric llamó a la puerta; esta era plana y se encontraba tan desprovista de ornamentos como el resto de la construcción. La puerta había sido fabricada de un plástico luminoso. Tenía toda la belleza de un gran portón que cerrara una muralla, pero su belleza era de un tipo más intemporal y más funcional.

La puerta se abrió y en el hueco que dejó al abrirse apareció un anciano que le dio la bienvenida a Eric:

—Entra, el Consejo te espera; sígueme por favor.

Eric le siguió, descendiendo a lo largo de un corredor hasta llegar a un gran salón. La estancia estaba diseñada obviamente para ser empleada como sala de conferencias. En ella se observaba una gran mesa, fabricada de la misma sustancia luminosa de la puerta del edificio. Seis hombres se encontraban sentados en la sala de conferencias.

El guía de Eric lo condujo hasta la mesa en forma de T y le hizo sentarse en un sillón que se encontraba en un lado de la misma. Quedaba un sitio vacante en la cabeza de la T; mientras Eric observaba la habitación y a sus ocupantes, la joven que le había rescatado penetró en la habitación y ocupó aquel lugar.

La recién llegada sonrió a Eric, lo que hizo que a partir de ese momento el salón tomara, para el terrestre, un aspecto cálido y acogedor, que no había tenido anteriormente, cuando sólo los ancianos se encontraban allí presentes. El hombre que se encontraba a la derecha de la mujer, que obviamente era el presidente, miró a Eric, tomó la palabra y dijo:

—Soy Kroon, el más anciano de los Ancianos. Te hemos traído aquí para verificar nosotros mismos tu identidad. Dado el riesgo que has corrido en la Ciudad, te debemos una explicación de algún tipo.

Miró alrededor del salón y preguntó:

—¿Cuál es la decisión de los Ancianos?

Eric se percató de que los allí presentes, habían hecho una señal, casi imperceptible, con la cabeza. Kroon hizo, asimismo una señal semejante y un gesto como de satisfacción. El anciano se volvió hacia la joven y le preguntó:

—Hija de la Ciudad. ¿Cuál es tu opinión?

La expresión de Nolette seguía siendo triste. Como si estuviera mirando hacia un lejano futuro. La joven dijo:

—El es Eric el Bronce; no tengo ninguna duda.

En ese momento Eric preguntó:

—¿Qué dice la Leyenda de Eric el Bronce? ¿Por qué soy tan odiado en esta ciudad?

Kroon respondió:

—De acuerdo con la Antigua Leyenda, tú destruirás la ciudad. La Leyenda dice esto y otras muchas cosas.

Eric se quedó boquiabierto por la sorpresa. No le extrañó que la multitud le hubiera manifestado tanto odio; sin embargo había algo que no comprendía. ¿Por qué los ancianos eran tan amigables? Los ancianos constituían, obviamente, el órgano de gobierno de la ciudad; si hubiera habido algún tipo de enfrentamiento entre ellos y el pueblo, la multitud no le habría manifestado a Nolette el respeto de que el terrestre había sido testigo. Kroon dijo:

—Te veo sorprendido; déjame contarte la historia de la Ciudad.

El marciano comenzó a relatarle a Eric, la antigua historia de aquella ciudad encantada.

—La ciudad es antigua; fue fundada hace mucho mucho tiempo, y proviene de una época cuando los canales de Marte se veían verdes debido al agua clara que los llenaba y fluía a su través. Los desiertos de hoy, en aquellos días, eran campos de vides y jardines. Llegó la sequía, y el clima se modificó; llegó el cambio climático, y pronto se hizo evidente que la población de Marte se encontraba condenada.

»Tenían naves y podían construir más, así que, gradualmente comenzaron a abandonar Marte^[14] y a colonizar otros planetas. No podían llevarse la mayor parte de su ciencia, con lo que esta cayó en el olvido. El miedo y los motines destruyeron mucho.

»También había personas que estaban llenas de amor a su tierra natal. Todas las habilidades y conocimientos de los antiguos padres de Marte se emplearon en la construcción de una máquina gigantesca; dicha máquina es la Ciudad, diseñada para la protección de la pequeña población que iba a permanecer en Marte.

—¿Toda esta ciudad es una máquina? —preguntó Eric.

—Sí, o mejor dicho, el producto de una máquina. El corazón de este ingenio se encuentra bajo nuestros pies, alojado en las cavernas que se encuentran bajo este edificio. La máquina tiene una naturaleza tal, que le permite transformar el pensamiento en realidad.

Eric se quedó mirando sorprendido; la idea que acababa de expresar el anciano era alucinante.

A continuación Kroon dijo:

—Esencialmente se trata de una cuestión bastante simple, aunque la tecnología que implica es compleja. Es preciso disponer de un dispositivo registrador que recoja y grabe el pensamiento, de un dispositivo transmutor, que sea capaz de transformar la arena rojiza del desierto, en el tipo de material que se desee y, por último, de un dispositivo constructor, que pueda, a partir de los materiales generados por el segundo dispositivo, construir aquellos entes que se encuentran en el pensamiento, reuniendo para ello estos materiales de acuerdo con un patrón, obtenido a partir del propio pensamiento.

Kroon se detuvo un instante y luego prosiguió:

—Amigo mío, todavía dudas; quizá, después de tu fuga, te encuentres sediento. Piensa, con toda la intensidad que puedas, en un vaso de agua fría; visualízalo en tu mente, el aspecto de su carácter fluido, el tacto que tiene...

Eric hizo como le indicaron. Sin ningún tipo de aviso, un vaso de agua apareció encima de la mesa. Acercó suavemente el agua a sus labios; estaba fría y la encontró satisfactoria en todos los aspectos. La bebió de un trago y esto lo convenció por completo. Eric preguntó.

—¿Yo estoy destinado a destruir la Ciudad?

—Sí, y el tiempo ya se ha cumplido.

Eric preguntó.

—¿Pero por qué?

Por un instante pudo ver la belleza chispeante y maravillosa de la ciudad, la pudo ver tan claramente como si se encontrara fuera de los muros del edificio. En ese momento Kroon dijo:

—Hay dificultades; la máquina construye de acuerdo con la voluntad mayoritaria de nuestra gente, si bien es sensible a los deseos individuales en áreas en las cuales no se presenta ningún conflicto con la imaginación general. Hemos tenido visitantes extraños, e incluso nuestra propia población, embriagada con el poder de la máquina, soñó cosas cada vez más avariciosas y lujuriosas, por lo que llegaron a existir cosas que no debían.

»Estos sueños fueron prohibidos y sus causantes expulsados de la ciudad, pero tan grande es la fuerza de esta máquina y su llamada, que muchos de estos soñadores que llegaron a ser víctimas de su propia maldad, ahora caminan, sin mente ni rumbo, sin ningún otro pensamiento que buscar la belleza que perdieron aquí.

Kroon suspiró y dijo:

—La gente ha perdido la voluntad de aprender; muchos ni siquiera conocen la existencia de la máquina, nuestra ciencia prácticamente ha desaparecido, solamente unos pocos de entre nosotros, los soñadores, los ancianos, hemos mantenido vivo el antiguo conocimiento de la máquina y de su historia. Mediante los poderes unidos de nuestras imaginaciones, somos capaces de construir y determinar la apariencia de nuestra ciudad tal como es vista desde el exterior.

»Hemos ido pasando este conocimiento de padres a hijos. Una parte de la Antigua Leyenda dice que los constructores de la ciudad hicieron provisiones para que la máquina fuera destruida, cuando volviera a realizarse el encuentro con seres de otros planetas, a fin de que nuestro pueblo tenga que luchar y esforzarse nuevamente para conseguir el conocimiento y el poder.

»El instrumento de la destrucción será un hombre llamado Eric el Bronce; esto no quiere decir que tú te hayas reencarnado, sino que, alguna vez, un hombre con estas características, debe llegar a la ciudad.

En ese momento Eric dijo:

—Puedo llegar a comprender la parte de el Bronce. Posiblemente habían llegado a la conclusión de que un piloto espacial, fácilmente se encontraría bronceado por la exposición al sol desde el espacio. Posiblemente habían pensado que una ciencia lo bastante poderosa para que fuera capaz de protegerlos contra esta bella ilusión, debería permitir construir un escudo de algún tipo de metal, o algo parecido. Pensaron probablemente en un dispositivo de cobre, o algo de naturaleza semejante. Que tal hombre llegara antes o después era inevitable. Pero ¿porqué el nombre era Eric? ¿Por qué precisamente Eric?

Por primera vez Nolette habló, la joven, con tono tranquilo, dijo sin ningún tipo de apresuramiento:

—El nombre de Eric era un nombre honorable entre los antiguos padres. Ellos debieron considerar que el nuevo comienzo que anunciaba su llegada, debería estar relacionado con ellos mismos, como si se tratara del retorno anunciado de alguno de los antiguos padres.

Eric asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Nada; quédate a vivir aquí con nosotros y estarás a cubierto de las iras de nuestro pueblo. Si la predicción no se cumple en un breve lapso de tiempo y resulta que tú no eres el Eric el Bronce que anuncia la Leyenda, te puedes quedar entre nosotros tanto tiempo como desees; nada te fuerza a abandonar nuestra ciudad.

—¿Qué le ocurre a mi hermano Garve?

—Tu hermano ama la ciudad; él también querrá permanecer aquí, aunque seguramente preferirá habitar fuera de este edificio.

En ese momento Kroon batió sus palmas y dijo:

—Nolette, muéstrale a Eric sus habitaciones.

Eric siguió a Nolette a lo largo de un impresionante corredor hasta llegar a una habitación elegantemente amueblada. El terrestre caminaba tras la joven, El gracioso cimbreo de su cintura mientras caminaba, le hacía recordar cuando, al cabalgar anteriormente hacia el edificio, le había estado acariciando las caderas. Eric sintió como la sangre comenzaba a correr más y más deprisa por sus venas. Estuvo tentado de pararla, sujetarle el hombro, hacer que se diera la vuelta para que estuviera frente a sí, y tomarla en sus brazos.

La joven le señaló la habitación con un ademán, a la vez que le decía:

—Aquí te encontrarás muy confortable; si quieres agua o comida, basta con que simplemente lo desees con mucha intensidad. Si tus deseos no entran en contradicción con los de los Ancianos, aparecerá de la nada aquello que te has imaginado.

Entonces Eric le preguntó a la joven:

—¿Esto funciona para cualquier tipo de deseo? Supongamos por ejemplo que yo te deseara a ti...

Ella le miró fijamente durante un tiempo y luego apuntó:

—Eso depende de la naturaleza de tu deseo; si tú quisieras tomarme como tu mujer, los Ancianos lo aprobarían.

Eric la miró; apenas hacía dos horas que la conocía, y, sin embargo, el ambiente de locura en el cual se encontraba inmerso en aquel momento, le hizo comportarse con brusquedad; así que le preguntó:

—¿Y qué hay de tus deseos Nolette?

Ella contestó:

—Yo soy la Hija de la Ciudad, y por tanto virgen. Si la Leyenda ha de ser cumplida, debo casarme y después morir.

Eric dio un paso adelante hacia la joven, con el fin de llegar junto a ella y tomarla en sus brazos, pero Nolette le eludió apartándose de él, mientras decía tranquilamente:

—Ahora no; me iré y te dejaré meditar. Cuando hayas tomado una decisión, llámame con tu pensamiento y la máquina me lo hará conocer.

La joven le sonrió brevemente y le dejó a solas en la habitación a la que le había conducido. Eric era apenas consciente de las acciones que realizaba o de sus pensamientos; mientras tanto, se sentó en un confortable sillón. Comenzó a buscar a tientas su pipa. Debía tener mucho cuidado y no actuar como un tonto. Era posible que si meditaba tranquilamente y se fumaba una buena pipa pudiera averiguar si se encontraba sumergido en un sueño o si se encontraba a bordo de su nave espacial y se había vuelto, poco a poco, loco, o bien, si era víctima de extrañas alucinaciones.

El sillón en el que se había sentado tenía un tacto real cuando lo tocó; su pipa había desaparecido; entonces recordó que la había dejado en la nave, en la sección de los navegantes, cuando, anteriormente, había vuelto a la misma en busca de su hermano.

Los recuerdos parecían bastante reales. Volvió a desear con intensidad nuevamente la pipa y entonces se percató de que la tenía en la mano.

No se trataba de un espejismo. La máquina de la ciudad había creado, a partir del polvo rojo del desierto marciano un tabaco agradable colocado en la cazoleta de la pipa. El humo de este tabaco era tan oloroso como siempre lo había sido. Entonces se dio cuenta de que un lujo como este podía hacer que una raza degenerara.

Cuando las volutas de humo comenzaron a rodearlo, se percató de que dos horas o dos años allí no tenían ninguna importancia. Entonces se dio cuenta de lo que quería. Quería a Nolette.

Ella apareció en la habitación, observándole con tranquilidad. De repente la joven parecía tímida. El terrestre dijo:

—Me he dado cuenta de que te amaba. ¿Me concederás el honor de ser mi esposa?

Ella le contestó:

—Sí, Eric, de verdad que sí, —y se dirigió corriendo a donde se encontraba el terrestre.

Eric la besó con toda la pasión de que fue capaz.

Una hora más tarde, ella se deslizó de sus brazos, a la vez que le decía:

—Debo ir a hablar con los ancianos soñadores. Debemos casarnos hoy mismo, rápidamente. Tenemos muy poco tiempo. Esta noche debemos ser

marido y mujer.

Nolette se deslizó suavemente, saliendo de la habitación donde se encontraba el terrestre. Eric la observó, maravillándose de la suerte que había tenido. De repente se percató de que no había visto a su hermano desde el momento en que había llegado a la casa de los ancianos soñadores.

Se preguntó en donde se encontraría Garve. Eric deseaba hablar con su hermano. Era posible que este deseo fuera lo suficientemente fuerte como para que la máquina pudiera transmitir un mensaje mental a Garve. Se concentró en ello.

Diez minutos después Garve penetró en la habitación en la que se encontraba Eric y dijo:

—Me pareció sentir que me estabas llamando. ¿Qué tal te fue con los soñadores?

—Bastante bien, Garve. No pienses que estoy loco, pero Nolette y yo nos vamos a casar esta noche.

El rostro de Garve se volvió primero rojo y un poco después pasó a ser tan blanco como un río de arena. Luego dijo amargamente:

—Debería haber dejado que la multitud te matara en la calle. ¿Pero cómo iba a haberlo permitido? Después de todo somos hermanos.

—¿Tú también la amas?

—¡No! Pero yo amo a esta ciudad. Esta ciudad es un paraíso, y tú vienes a destruirla; yo no lo consentiré mientras pueda evitarlo.

Entonces Eric dijo:

—¡Otra vez la Leyenda! Por lo que se ve, todo el mundo cree en ella. Sin embargo no es más que una simple predicción. En estos días ha llegado un hombre, que se asemeja al predicho en la Leyenda; ha venido, pero es posible que otro día venga otro más ansioso que yo por destruir esta ciudad, porque yo no tengo intención de hacerlo. Es muy posible que yo rechace el llevar a cabo esta destrucción.

Garve rio con una risa amarga y cínica, luego gritó:

—¡Imbécil! ¿Cómo puedes evitar destruir la ciudad? Todo el mundo cree que eres el Bronce; la máquina dará como buena esta suposición, y actuará; dime: ¿Cómo puedes derrotar a la máquina?

Eric quedó sorprendido por la lógica de esta observación, en la que él no se había fijado anteriormente. Garve dijo:

—Fragmento a fragmento la predicción se va realizando. Ahora te vas a casar con Nolette; esto también es parte de la Leyenda.

—¿También esto fue predicho?

—Sí, y esto no es el final de la Leyenda, —la voz de Garve se hizo aguda, como el mordisco de un látigo—. ¿Sabes que otra hazaña realizarás?

—¡No! —Un espantoso horror comenzó a introducirse lentamente en el cerebro del terrestre.

—Tú destruirás a la Hija de la Ciudad.

Los ojos de Eric se abrieron de par en par. Tembló y gritó a la vez que sollozaba:

—¡No! ¡No! ¡No puedo hacerlo!

El rostro de Garve tomó un aspecto como de locura; miró a su hermano y dijo:

—A pesar de todo, yo te detendré, aunque para ello sea preciso matarte.

Se volvió y salió de la habitación. Caminando con tristeza.

El horror que le había producido la conversación con su hermano, todavía se encontraba fresco cuando regresó Nolette; la joven dijo:

—Todo está listo; ven, mi futuro marido.

Eric la siguió a la habitación donde se había encontrado con los ancianos soñadores. Kroon se encontraba en la puerta y le saludó cuando entró en la habitación. Le dijo:

—No se puede luchar contra la verdad; por eso hemos consentido en que se realice este matrimonio. ¿Queréis unir vuestras manos?

La ceremonia fue muy simple, pero hermosa; muy semejante a una boda terrestre; mientras se desarrollaba la ceremonia, la ciudad interpretaba una música que era increíblemente adorable. Durante todo este tiempo, Eric sintió como su mente se encontraba trabajando; cuando llegó el momento de besar a la novia, al final de la ceremonia, ya sabía lo que tenía que hacer. Caminó hacia su habitación con su brazo alrededor de la cintura de la joven, y con cada paso que daba, se debilitaba la resolución que había tomado.

A pesar de todo, cuando llegaron a la habitación, tuvo la fuerza de voluntad de decir:

—Te debo dejar durante un tiempo; cuando regrese comenzará nuestra vida en común —la besó nuevamente y añadió—. No tardaré mucho en volver.

Se marchó y la dejó sola. Cuando llegó al pasadizo tocó sus bolsillos para estar seguro de que las granadas explosivas todavía se encontraban allí. Hasta ahora, la máquina había controlado su destino; hasta ahora, la creencia de los soñadores en la Leyenda había hecho que sus pasos se adaptaran a las predicciones. Esto iba a cambiar. Destruiría la máquina, pero no obligado por los soñadores que creían en la Leyenda. La destruiría ahora, antes de

consumar la otra parte de la horrible predicción. Después volvería con Nolette y comenzaría su luna de miel.

Corrió a lo largo de los pasadizos, siempre dirigiéndose hacia abajo, hasta que, por fin, encontró unas escaleras; siguió buscando el área central, debajo del lugar que le había indicado Kroon en su primera reunión. Al fin llegó a una galería desde la que se veía una enorme habitación, en cuyo suelo se encontraba extendido un verdadero laberinto de aparatos electrónicos; comprendió que había llegado a su objetivo. Sacó la granada de su bolsillo.

Sin embargo, antes de quitarle el seguro al explosivo, no pudo dejar de maravillarse de la intrincada ciencia que se encontraba allí debajo. Mucho le era familiar, pero también mucho le era ininteligible.

Conforme se encontraba de pie, observando la habitación, alguien le agarró por la espalda. Eric se giró y vio que había sido atrapado por los brazos, fortalecidos por el odio, de su hermano. El dolor subía por su brazo, cuando Garve gritó:

—¡Suelta la granada!

Eric dejó caer la granada que cayó entre ellos. Eric se sintió repentinamente satisfecho de no haberle quitado el seguro; después comenzó a luchar salvajemente contra su hermano.

Él era más viejo y estaba más acostumbrado a las sucias tretas de los luchadores de los planetas. Tras un poco de tiempo, fue capaz de colocarse en una buena posición y atacar a su hermano. Al rato, Garve ya no se encontraba detrás de él, sino casi encima de su hermano; arqueó la espalda y arrojó a su contrincante encima de la máquina. Se sintió oscilante por un momento y luego oyó el ruido del cuerpo al impactar en el delicado corazón la máquina que se encontraba debajo. El vidrio se rompió y los resplandores de las luces iluminaron la habitación.

Eric cerró los ojos; tenía miedo de mirar, porque Garve se debía de haber electrocutado.

Eric abrió los ojos y se encontró con que la habitación se encontraba sutilmente cambiada. A grandes líneas era la misma habitación que había visto anteriormente, pero las paredes eran de arenisca; el encanto de la habitación había desaparecido. Oyó sonidos y descubrió a Garve removiéndose en el destrozo que había realizado abajo en la máquina.

Los dos sabían que la máquina había sido destruida, que ya no era posible llevar a cabo su reparación.

Garve se detuvo y dijo:

—Todo se ha consumado; supongo que dentro de uno o dos años habré olvidado todo esto; me voy; hasta que pueda perdonarte, tú y yo permaneceremos separados. Dios te conceda la paz, porque has perdido mucho más que yo.

Los pasos de Garve repiquetearon con un sonido hueco sobre la piedra del corredor, a través del cual desapareció en la distancia.

Eric permaneció tranquilamente erguido; no estaba contento; lo único que sentía era un terror innominado producido por las últimas palabras de su hermano; el miedo le decía que había olvidado algo importante.

De repente se dio cuenta de qué era lo que había olvidado. Recordó la ciudad horrorosa. Cuando saliera de aquel corredor y después de aquel edificio, se encontraría con la ciudad que volvía a ser nuevamente una sucia pocilga.

¿Y la gente? Él no había visto el aspecto real de los habitantes de la ciudad, pero sin lugar a dudas tendrían una apariencia horrible. ¿Y Nolette, su mujer? No podía evitar pensar en cual sería su aspecto. Parecía ser que Garve tenía razón y que la última predicción también se había cumplido. Todo había terminado, incluso la Hija de la Ciudad había sido destruida.

Comenzó a caminar hacia arriba para salir de la habitación subterránea y volver a la ciudad exterior.

Finalmente alcanzó la puerta que comunicaba el edificio con la calle de la ciudad; no se detuvo para ver cómo era Nolette; apretó sus mandíbulas y comenzó a caminar por las calles de la ciudad.

Aquí tuvo su primera sorpresa. No se trataba de una ciudad horrible, sino de una ciudad normal; realmente era una ciudad ordinaria, llena de personas ordinarias, que iban y venían por sus calles, con aspecto de estar sorprendidos por los cambios.

La estructura de la ciudad seguía siendo la misma; sin embargo las joyas han sido sustituidas por simples cristales.

Eric intentó comprender. Luego, de repente, recordó el odio que había sentido por la ciudad cuando fue rechazado por ella; recordó sus ideas subconscientes que representaban a la ciudad como el mal absoluto. Se había quitado el yelmo y, por un instante, se había encontrado fuera de contacto con los ancianos, sintiéndose desorientado.

En ese momento la ciudad le había mostrado su propio concepto de fealdad, el concepto que se encontraba en la mente de Eric. La ciudad horrible era tan irreal como la ciudad fantásticamente hermosa que habían creado los ancianos.

Eric se dio la vuelta y se dirigió nuevamente al edificio a buscar a Nolette.

La encontró, junto con Kroon, en la gran habitación en la que se habían reunido previamente. La mesa era sencillamente un mueble de madera laminada. La mujer era una joven delgada, de ojos grises, de aspecto agradable, pero sin la belleza y la música y el aire encantador de su imagen en el mundo de los sueños.

Nolette dijo tranquilamente:

—Esto se ha terminado Eric; nosotros no somos los dos que han contraído matrimonio hace poco tiempo. Todo se ha consumado; el sueño ha terminado.

Eric la observó, y se limitó a contestar:

—Si.

Ella le dijo:

—Te libero de tu matrimonio; este será un recuerdo para nosotros dos, un sueño maravilloso que terminó, sin llegar a consumarse. Un sueño del que despertamos pronto, demasiado pronto.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Eric.

Su voz no había cambiado apenas, y, al observar a la joven, sintió un extraño placer. No sintió el salvaje correr de la sangre por sus venas, pero se le había despertado el interés en la muchacha. Nolette le contestó.

—Irme; supongo que me iré tan lejos como pueda de este lugar.

A Eric le gustó la forma en que la joven estaba aceptando los acontecimientos; sin dramatismo, sin lágrimas. Le dijo:

—Puedo llevarte conmigo a la Tierra, como pasajera; es posible que te guste mi planeta.

Eric se sintió extrañamente ansioso, mientras ella consideraba su oferta.

De repente, él no pudo aguantar más y las palabras, temblorosas, salieron atropelladamente de sus labios. Eric dijo:

—Nolette, debes venirte conmigo; no sé que nos deparará la vida, pero, de alguna forma, siento que si seguimos juntos las cosas nos irán bien.

Eric esperó a que la joven tomara una decisión sobre la oferta que le había hecho. El terrestre se encontraba medio asustado medio ansioso, hasta que vio aparecer una ligera sonrisa en los labios de Nolette, que rompió la seriedad de su rostro.

La joven dijo con gentileza.

—Si de verdad es eso lo que deseas, una esposa debe seguir a su marido; incluso yo sé esto.

Entre tanto, la sonrisa inicial se fue extendiendo en el rostro de Nolette.

Eric avanzó y le tomó su mano, diciéndole:

—La nave nos está esperando. ¡Nos vamos a casa!

FIN



En las antiguas ciudades de Marte no sólo hay restos arqueológicos, también restos de cultos inmemoriales y escalofriantes drogas; el shanga es la más dañina de todas.

En esta historia, el capitán Winters acudirá a Valkis, para liberar a su prometida terrestre; allí encontrará, entre otras muchas cosas, una princesa de Marte que no tiene nada que envidiar a ninguna otra.

Esta ciudad, Valkis, es una metrópoli antiquísima, que ya era famosa cuando Marte estaba cubierto por las aguas y uno de cuyos habitantes, Boghaz Hoi, tuvo una actuación destacada en la guerra que opuso a los Reyes del Mar con los diluvianos; será el primer centro de reunión de los ejércitos de los pueblos marcianos que planean atacar a la Federación de Ciudades Estado, es decir al embrión de estado unificado marciano al que ya se hace referencia al final de este relato. La antiquísima ciudad no debió cambiar prácticamente nada con la colonización terrestre, pues en el año 2418 d. C en que se desarrolla «El pirata del agua» la descripción de la misma es análoga.

Por cierto que esta historia se desarrolla un poco antes de la novela corta de Stark. «La reina de las catacumbas marcianas», en la que se encuentran referencias a los sucesos narrados en este relato.

LA JOYA DE MARTE

I

Los colonos comenzaron a asentarse en su nueva Tierra Prometida, tuvieron hijos, cultivaron la tierra y trajeron la civilización a aquellos lugares que antes no la habían conocido.

Burk Winters permanecía en la sección de pasajeros mientras la *Starflight* realizaba las maniobras de aterrizaje en el puerto de Kahora. No creía poder soportar el ver como otro hombre manejaba los controles de la nave durante la maniobra, como él había hecho durante tanto tiempo. Ni siquiera aunque se tratara de Johnny Niles, que le resultaba especialmente simpático.

Ni siquiera deseaba decirle adiós a Johnny, al contrario, estaba intentando evitarlo pero no lo consiguió. El joven oficial esperaba que bajara la rampa, su gesto, normalmente cariñoso, ocultaba la profunda preocupación que sentía.

Johnny le dio un apretón de manos y le dijo:

—Hasta que nos volvamos a ver, te has ganado este permiso; diviértete.

Burk observó la inmensa pista que se extendía millas y millas a través del desierto ocre. Allí pudo ver una ordenada confusión de camiones, coches de fondo plano, hombres y naves, naves que transportaban óxidos, cargueros, naves cargadas de chatarra, estilizadas naves de pasajeros, como el *Starflight*, todas las naves llevaban los colores de los tres planetas^[15] y la docena de colonias existentes, sin embargo predominaban los terrestres.

Johnny le siguió con la mirada y murmuró:

—El ver esto siempre te produce un escalofrío ¿verdad?

Winters no respondió. Alejada varias millas de aquel lugar, a salvo de los truenos de los cohetes al despegar, se encontraba la cúpula de *glasita* de Kahora, la Ciudad Comercial de Marte.

La cúpula se alzaba como una joya rodeada de arena rojiza. El pequeño sol miraba hacia abajo con cansancio, inundando la viejas colinas, mientras el antiquísimo viento seguía vagabundeando entre ellas.

Era como si todo el planeta soportara a Kahora y a su espaciopuerto con gran paciencia, como si se tratara de una pequeña infección local que pronto desaparecería.

Se había olvidado de Johnny Niles, se había olvidado de todo, salvo de sus oscuros pensamientos. El joven oficial le miró con lástima disimulada, de forma que el otro no se percatara.

Burk Winters era un hombre corpulento, y también un hombre duro, templado por los años que había pasado navegando en el espacio profundo. El mismo brillo de luz desnuda que había quemado su piel, dándole un tono oscuro, y había blanqueado sus cabellos, que ahora eran casi blancos; además, en los últimos meses, sus ojos grises parecían haber atrapado una chispa del implacable brillo de las estrellas.

Su buen carácter que le hacía tan agradable, había desaparecido. Las líneas de expresión que la risa había formado alrededor de su boca, se habían transformado en amargas cicatrices.

Un hombre corpulento, un hombre duro, pero un hombre que ya no era capaz de controlarse a sí mismo. Durante todo el viaje que le había traído desde la Tierra, había estado fumando uno tras otro los pequeños cigarrillos venusianos con efecto sedante.

En ese momento se estaba fumando otro, pero ni aun así era capaz de mantener sus manos quietas y detener el tic nervioso que continuamente estremecía su mejilla derecha.

La voz de Johnny le llegó desde lo que le pareció una gran distancia, diciéndole:

—Burk, Burk, ya sé que no es algo de mi incumbencia, pero...

La voz vaciló y luego de golpe terminó:

—¿Crees que Marte te conviene? ¿Ahora?

Con un tono más bien desabrido, Winters le contestó:

—Cuida bien de la *Starflight*, adiós Johnny.

Inmediatamente después prosiguió su camino descendiendo por la rampa de la nave. El piloto observó como se marchaba.

El segundo oficial se acercó a Johnny y le dijo:

—Este tipo está totalmente destrozado.

Johnny asintió con la cabeza. Estaba triste, porque había aprendido mucho trabajando a las órdenes de Winters y apreciaba a aquel hombre. Le dijo:

—Pobre tonto; no debería haber venido aquí.

Miró a la inmensidad de Marte y añadió:

—Su novia se perdió aquí, en algún lugar desolado de Marte. Nunca encontraron su cadáver.

Un taxi del espaciopuerto llevó a Burk Winters a Kahora, Marte se esfumó; nuevamente se encontraba en el mundo de las ciudades comerciales, que pertenecían a todos los planetas y a ninguno.

Vhia en Venus, N'York en la Tierra, la Ciudad del Sol en el Cinturón Crepuscular de Mercurio son todas iguales. Los refugios de *glasita* de los planetas exteriores, son todos iguales. Dedicadas a atesorar la riqueza y estimular el ansia de riquezas, pequeños paraísos en donde se ganaban y perdían millones en un ambiente cómodo, en donde hombres y mujeres procedentes de todo el Sistema Solar, pueden emplear sus febriles energías sin preocuparse de tonterías como el tiempo atmosférico o la gravedad.

En las ciudades comerciales se hacían otras cosas además de ganar, o perder dinero. Los hermosos edificios de plástico, las terrazas y jardines, la brillante telaraña de aceras rodantes, que se extendía por todas partes, ofrecían todos los placeres y vicios admitidos por las civilizaciones de todos los mundos conocidos.

Winters odiaba las ciudades comerciales. Estaba acostumbrado a la sencilla honradez del espacio. Aquí, lo que se hablaba, la ropa que se vestía y hasta el aire que se respiraba eran artificiales.

Además, tenía una poderosa razón que justificaba su odio.

Había abandonado N'York muy apresuradamente para llegar a Kahora cuanto antes y ahora que había llegado sentía que no podría aguantar ni siquiera el retraso que suponía cruzar la ciudad. Estaba sentado, en tensión, sobre el borde de su asiento y el tic nervioso de su mejilla empeoraba minuto a minuto.

Cuando finalmente llegaron a su destino, no pudo mantener en la mano el dinero necesario para pagar el trayecto. Las piezas de plástico cayeron al suelo, dejó que el conductor las recogiera.

Se detuvo un momento observando la fachada, color marfil, que tenía frente a él. Era totalmente lisa, el ejemplo de cómo algo podía no tener pretensiones y sin embargo ser muy caro. Encima de la puerta, con letras pequeñas de plata verdosa estaba escrita una única palabra marciana: *shanga*.

Su traducción venía a ser algo así como: «el retorno», la «vuelta atrás». Una sonrisa extraña y más bien terrible cruzó rápidamente su rostro. Luego abrió la puerta y penetró en el interior.

Una iluminación encantadora, sofás confortables, música suave, el perfecto salón de espera. Allí se encontraba media docena de hombres y

mujeres, todos terrestres. Vestían la sencilla túnica blanca que estaba de moda en las ciudades comerciales, estas túnicas ponían de manifiesto el magnífico brillo de las joyas que llevaban y el exótico estilo en el que peinaban sus cabellos.

Sus rostros eran pálidos y afeminados, además, se encontraban marcados con esquivas señales que ponían de manifiesto una vida sometida a la tensión de los tiempos modernos.

Una mujer marciana se encontraba sentada en un sofá detrás de un escritorio de *glasita*. Era morena y sofisticadamente hermosa. Su vestido era una adaptación moderna de la túnica corta del antiguo Marte, no llevaba ningún tipo de adorno. Sus ojos oblicuos de color topacio miraron a Burk Winters con una simpatía profesional, pero en su interior más profundo, se podía percibir el desprecio por los hombres de la Tierra y el orgullo de una raza tan vieja como que para ellos, los elegantes terrestres de las ciudades comerciales, sólo eran niños mal educados. Le dijo:

—Capitán Winters, qué placer volver a verle nuevamente.

El terrestre no estaba de humor para cumplidos convencionales por lo que le dijo:

—Quiero ver a Kor Hal, ahora mismo.

La mujer comenzó a disculparse.

—Me temo...

Luego volvió a mirar al rostro de Winters y se dirigió al intercomunicador. Luego le dijo:

—Puede pasar dentro.

Empujó la puerta entreabierta que le conducía al interior del edificio, que consistía casi en su totalidad en un inmenso solarium. Paredes de *glasita* lo rodeaban.

Alrededor de los muros había muchas celdas pequeñas que contenían únicamente una mesa acolchada. Los techos de las celdas eran de cuarzo y actuaban como lentes inmensas.

Mientras rodeaba el solarium para llegar al despacho de Kor Hal, los labios de Winters se torcieron, dibujando en su rostro una mueca de desprecio por lo que veía a través de las paredes transparentes.

Un bosque exótico florecía en aquel lugar. Árboles, helechos, flores de brillantes colores, suave césped verde y una infinidad de pájaros. A través de este decorado de primitivo campo de juegos, vagabundeaban hombres y mujeres, los devotos del *shanga*.

En primer lugar yacían en las mesas acolchadas y dejaban que la radiación actuara sobre ellos. Winters sabía que esto era lo que los doctores llamaban una terapia neuropsíquica, patrimonio de la sabiduría perdida del antiguo Marte. Adecuada para los nervios en tensión y las sobrecartadas emociones del hombre moderno, que vivía demasiado rápidamente en un ambiente demasiado complejo.

Te acuestas allí y la radiación actúa a través de ti. Tu equilibrio glandular se modifica ligeramente. Tu cerebro comienza a funcionar con más lentitud. Multitud de cosas extrañas y placenteras suceden en tu interior, mientras tanto, la radiación actúa sobre tus nervios, reflejos y metabolismo. En poco tiempo, vuelves a ser un niño y te encuentras frente a un nuevo camino hacia el futuro.

Shanga, la vuelta atrás. Mentalmente e incluso un poco físicamente, la vuelta a lo primitivo, hasta que el efecto desaparecía y se restauraba, por sí mismo, el equilibrio normal. Incluso entonces, durante un corto período de tiempo, te sentías mejor y más feliz, porque habías descansado, muchísimo, de todo.

Sus cuerpos blanquecinos y bien cuidados resultaban incongruentes al estar vestidos con pieles y harapos de telas coloreadas. Los terrícolas de Kahora jugaban y luchaban entre los árboles. Sus únicas preocupaciones eran sencillas, estaban relacionadas con la comida, el sexo y los collares de hermosas cuentas rojas.

Fuera de su vista, se encontraban ocultos varios hombres con pistolas aturdidoras. Algunas veces, ciertos individuos descendían un poco más de lo conveniente por el camino de la evolución. Winters lo sabía. Él mismo había sido aturdido durante la última visita que realizó. Recordaba que había intentado matar a un hombre.

Mejor dicho, le habían dicho que había intentado matar a un hombre. Uno mismo no solía recordar mucho del tiempo que había estado sometido al *shanga*. Esta era una de las razones por las que le gustaba a la gente, uno se encontraba libre de inhibiciones.

Era un vicio de moda, hecho respetable al haberse cubierto con el manto de la ciencia. Se trataba de un nuevo tipo de excitación, una nueva clase de huida de las brillantes complejidades de la vida. Los terrestres estaban locos por el *shanga*.

Pero únicamente los terrestres. Los bárbaros venusianos todavía se encontraban demasiado cercanos al salvajismo para tener necesidad de shanga y los marcianos eran lo bastante viejos y sabios en el arte de pecar como para utilizarlo. Winters pensó:

Además, ellos hacen el shanga, y por tanto lo conocen.

Mientras caminaba hacia la oficina de Kor Hal, el director, un profundo escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Kor Hal era delgado, de piel oscura y edad indeterminada. Su origen nacional se había perdido en el anonimato de la túnica blanca convencional. Era marciano, su cortesía era únicamente la capa de terciopelo que cubría el frío acero. Más allá de esto, todo en él era una incógnita. Dijo:

—Capitán Winters, siéntese por favor.

Winters se sentó.

Kor Hal le estudió y continuó:

—Está nervioso capitán Winters, pero me da miedo volver a tratarle; su atavismo está demasiado cerca de la superficie.

Se encogió de hombros y dijo:

—¿Recuerda la última vez?

Winters asintió con la cabeza y le contestó:

—Lo mismo me sucedió en N'York, —se inclinó hacia delante y continuó—. No quiero volver a tratarme nunca más; lo que tiene aquí no es bastante para mí. Sar Kree me dijo, en N'York, que viniera a Marte...

Con tranquilidad Kor Hal dijo:

—Se comunicó conmigo.

—¿Entonces usted...?

Winters se detuvo bruscamente, no tenía palabras para terminar la pregunta.

Kor Hal no respondió. Se reclinó cómodamente sobre los cojines de su sillón; se le veía hermoso, sin mostrar ninguna preocupación.

Sólo sus ojos, que habían sido verdes y salvajes, mantenían enterrada una chispa de diversión. De la diversión cruel que siente el gato cuando ha destrozado con sus garras a un ratón. Finalmente preguntó:

—¿Está seguro de que sabe lo que está haciendo?

—Sí.

—Capitán Winters, la gente es muy diferente entre sí. Aquellos monigotes que están ahí fuera, —señaló al solárium—, ni tienen sangre ni tienen

corazón. Son criaturas casi artificiales producidas por un ambiente artificial. Pero los hombres como usted, Winters, cuando juegan con el *shanga* están jugando con fuego.

Winters le contestó:

—Escuche. La joven con la que iba a casarme, un día tomó su avión, voló sobre el desierto y nunca más volvió. Sólo Dios sabe que le pasó. Usted conoce mejor que yo las cosas que le pueden pasar a la gente en los fondos secos de los mares muertos. La busqué, encontré el avión donde había caído, pero nunca la encontré a ella. Después de esto nada me importó gran cosa, salvo olvidar.

Kor Hal inclinó su cabeza estrecha y oscura y dijo:

—Lo recuerdo capitán Winters, fue una tragedia. Conocía a la señorita Laland, una hermosa joven. Frecuentaba este lugar.

Winters le dijo:

—Lo sé; ella, en realidad, no era como las demás gente de las ciudades comerciales, pero tenía mucho dinero y demasiado tiempo libre. En cualquier caso, no me preocupa jugar con fuego. Kor Hal, me he estado atormentando demasiado tiempo con esto; como usted ha dicho, la gente es muy diferente entre sí. Esos imbéciles en su jungla de juguete, no pretenden retroceder más, no tienen ni el valor ni las pasiones necesarias para querer volver más atrás. Yo sí.

Los ojos de Winters ardían con un brillo que parecía animal, le dijo:

—Kor Hal, quiero volver hacia atrás, tan atrás como el *shanga* sea capaz de llevarme.

El marciano le contestó.

—A veces hay que recorrer un largo camino para alcanzar la meta que deseamos.

—No me importa.

Kor Hal le dirigió una mirada llena de significado y añadió.

—Para algunos no hay retorno a la vida normal.

—Yo no tengo nada a lo que volver.

—Winters, no es tan fácil; el *shanga*, el verdadero *shanga*, del cual los solariums de lentes de cuarzo son una mala copia, fue prohibido hace siglos por las Ciudades Estado de Marte. Hay riesgos y molestias, lo cual significa que acceder a él es caro.

Rápidamente, perdiendo el control de sí mismo, Winters le contestó.

—Tengo dinero, malditos sean tus argumentos; en cualquier caso son hipócritas. Conoces perfectamente quiénes vienen a tomar el *shanga*; les

mantienes aquí hasta que se convierten en adictos. Hasta que están medio locos por tomar el *shanga* real, y tú sabes, condenadamente bien, cómo darles lo que quieren, tan pronto como llenen tus sucias manos con plata.

Colocó un talonario de cheques sobre la mesa de Kor Hal. La cantidad estaba en blanco, pero los cheques estaban firmados. Luego le dijo.

—Aquí puedes escribir hasta cien mil créditos universales.

Kor Hal dijo lentamente:

—Preferiría que cambiaras tu cheque en dinero.

Luego le devolvió a Winters el talonario de cheques.

—Como anticipo dame toda la cantidad que has dicho.

Burk Winters únicamente dijo una palabra:

—¿Cuándo?

—Si quieres, esta noche. ¿Dónde te encuentras hospedado?

—En el Tres Planetas.

—Cena allí como de costumbre; luego te quedas en el bar. En algún momento de la noche tu guía se acercará a buscarte.

—Estaré esperando, —le contestó Winters y salió.

Kor Hal sonrió, sus dientes eran muy blancos, muy puntiagudos. Tenían el aspecto de colmillos hambrientos.

II

Finalmente, cuando salió Fobos y pudo adivinar hacia donde se dirigían, Burk Winters tomó sus pertenencias.

El terrestre y el joven marciano que se le había unido, sin problemas, en el bar de los Tres Planetas, habían salido silenciosamente fuera de Kahora. Un avión les esperaba en un aeropuerto privado, también Kor Hal les estaba esperando.

Partieron junto con un cuarto hombre, que al parecer era uno de los corpulentos bárbaros de las norteñas colinas de Kesh. Kor Hal tomó los mandos del avión.

Winters estaba seguro que se dirigían hacia los Canales Inferiores, los antiguos acueductos, hacia las antiguas y perversas ciudades: Jekkara, Valkis, Barrakesh. Ciudades que se encontraban fuera de las leyes de las dispersas

Ciudades Estado. Se dirigían hacia el mercado de ladrones, el mercado de esclavos y el mercado de vicio de todo un mundo.

A los terrestres se les avisaba de que se mantuvieran apartados de estos lugares.

Millas y millas iban quedando tras ellos. La desolación absoluta del paisaje que tenían debajo, excitaba los nervios de Winters. El silencio en el avión llegaba a ser insoportable, ya que producía la impresión de que allí existía algo amenazador.

Kor Hal, el corpulento *keshi* y el joven delgado parecía que compartían, en su interior, algún pensamiento que les producía un placer vicioso. Las sombras se extendían sobre sus rostros.

Finalmente Winters rompió el silencio diciendo.

—¿Está allí tu cuartel general?

No hubo ninguna respuesta.

Con un cierto aire de petulancia Winters dijo:

—No tenéis ninguna necesidad de ser tan reservados; después de todo, ahora, soy uno de los vuestros.

Con una voz aguda, el joven delgado contestó:

—¿Duermen juntas las bestias con sus amos?

Winters comenzó una respuesta, cuando el bárbaro puso su mano sobre la pequeña piqueta, de terrible aspecto, que llevaba en su cinturón. En ese momento Kor Hal dijo fríamente.

—Capitán Winters, quieres practicar el *shanga* en su forma auténtica; por esto es por lo que has pagado y eso es lo que tendrás, todo lo demás es irrelevante.

Con aire taciturno Winters se encogió de hombros. Se sentó fumando tabaco sedante y no volvió a hablar.

Después de un tiempo muy muy largo se produjo un cambio en el desierto que parecía interminable. Pequeñas filas de colinas se alzaban de la arena y poco a poco llegaban a ser cadenas de montañas, que en la actualidad estaban reducidas a rocas desnudas.

Más allá de las montañas se encontraba el fondo del mar muerto. Este se extendía bajo la luz de las lunas, descendiendo, siempre descendiendo, hasta llegar a ser un pozo de oscuridad. Piedras de caliza y corales brillaban aquí y allá, empujando los líquenes, como los huesos perforan la piel de un hombre muerto hace mucho tiempo.

Winters vio que había una ciudad entre el pie de las colinas y el fondo del mar.

La ciudad había seguido el camino de las aguas menguantes, bajando por las cuestas que llegaban al mar. Winters pudo ver las estructuras de cinco puertos, abandonados uno detrás del otro, conforme las aguas se retiraban. Todavía se mantenían en pie los grandes muelles de piedra. Se habían construido casas para llenar sus extensiones vacías y luego también estas casas fueron abandonadas, para pasar al nivel inferior.

Ahora, la ciudad vagabunda, se había extendido a lo largo de la orilla del canal que mantenía la débil corriente de vida que producían los manantiales enterrados en su fondo.

Había algo infinitamente triste en esta fina línea oscura, lo que quedaba de un poderoso océano.

El avión voló en círculo y descendió. El *keshi* dijo rápidamente algo en su propio dialecto, lo único que pudo comprender Winters fue la palabra Valkis. Kor Hal le respondió, se volvió hacia Winters y le dijo:

—Ya casi hemos llegado, no te alejes mucho de mí.

Los cuatro hombres abandonaron el avión. Winters se daba cuenta de que se encontraba vigilado y que esta guardia no tenía como único objetivo el protegerle.

El viento soplaba frío y seco. El polvo levantaba nubes alrededor de sus pies. Valkis se encontraba frente a él, una oscuridad de piedra que se extendía hacia arriba, hacia los acantilados, fría a la luz fantasmal de las lunas gemelas. Winters vio, arriba en la cresta de la montaña, las derruidas torres de un palacio.

Caminaban junto al agua, negra y fría, sobre piedras pulidas, en las que los pies calzados con sandalias de incontables generaciones, habían tallado surcos. Incluso a una hora tan tardía como aquella Valkis no dormía. Las antorchas ardían emitiendo su resplandor amarillo en medio de la oscuridad de la noche. En algún lugar un arpa doble emitía su extraña música. Las calles, los callejones, los soportales y los tejados planos de las casas se encontraban llenos de vida.

Hombres delgados e inclinados hacia el suelo y mujeres de aspecto felino, todos observaban a los extranjeros, con los ojos cansados y en silencio. Por encima de todo, Winters percibió el peculiar sonido de las ciudades del Canal Inferior, el sonido, mitad susurro mitad tañido de las pequeñas campanillas que llevan las mujeres, colocadas en el peinado de sus oscuros cabellos, colgando de sus orejas o encadenadas a sus tobillos.

En aquella ciudad se percibía el mal. Un mal antiguo y perverso, pero que seguía existiendo. Winters podía sentir el pulso de la vida que latía allí, fuerte

y cálido. Tuvo miedo, sus ropas de hombre civilizado y las túnicas blancas de sus compañeros resaltaban allí de forma manifiesta, entre pechos desnudos, brillantes faldellines y diademas enjoradas.

Nadie les molestó. Kor Hal les mostró el camino hacia un gran edificio, una vez dentro cerró, tras ellos, la puerta de bronce forjado. Winters sintió un gran alivio. Se volvió a Kor Hal y le preguntó, intentando ocultar el temblor de sus manos:

—¿Tan pronto?

—Winters, todo está dispuesto. Halk, enséñale el camino.

El *keshi* asintió con la cabeza y salió con Winters pegado a sus talones.

Lo que allí vio era muy diferente del Salón de Shanga en Kahora.

Dentro de aquellas paredes de piedra de cantera, hombres y mujeres habían vivido, amado y muerto en medio de la violencia. La sangre y las lágrimas de siglos se habían secado en las grietas que aparecían entre las banderas, las alfombras, los tapices y los muebles, que dada su antigüedad valían una fortuna. Su belleza estaba gastada, pero aún así resplandecía.

Al final de un pasillo se encontraba una puerta de bronce, ante la cual se extendía una verja formada por una estrecha fila de barrotes.

Halk se detuvo y le dijo a Winters:

—¡Desnúdate!

Winters dudó. Llevaba una pistola y no le gustaba abandonarla, por ello preguntó:

—¿Por qué? Aquí fuera, prefiero llevar mis vestidos conmigo.

—Desnúdate, aquí es la norma, le contestó Hal.

Winters obedeció.

Penetró desnudo en una estrecha celda. Allí no había una mesa confortable, sólo unas pocas pieles arrojadas sobre el suelo desnudo. A través de una abertura cerrada por barras, se podía ver, en medio de la oscuridad, la pared opuesta.

Se oyó el sonido que producía la puerta de bronce al cerrarse tras él; asimismo oyó el sonido producido por la gran verja de bronce al ocupar nuevamente su posición. Estaba totalmente a oscuras; la realidad era que entonces estaba asustado de verdad. Se encontraba terriblemente asustado, pero ahora ya era demasiado tarde; aunque, pensándolo bien, había sido demasiado tarde durante mucho tiempo.

Desde el momento en que Jill Laland había desaparecido en los páramos marcianos.

Estaba tumbado sobre las pieles; arriba, encima de donde se encontraba, en la bóveda del techo, podía percibir un brillo débil y borroso que, por instantes, se hacía más intenso. Observando con cuidado, descubrió que se trataba de un conjunto de prismas, colocados en la piedra; los prismas eran alargados y tallados sobre una sustancia cristalina que tenía el color del fuego.

La voz de Kor Hal le llegó desde más allá de la verja.

—¡Terrestre!

—¿Si?

—Este prisma es una de las joyas del *shanga*, los sabios de Caer Dhu^[16] la tallaron hace medio millón de años; únicamente ellos conocían el secreto de esta sustancia y la forma de sus facetas. Sólo existen en la actualidad tres de estas joyas.

Unas chispas, compuestas más por energía que por luz, revoloteaban por las paredes de piedra de la celda. Los colores del oro, de la naranja y del azul verdoso, formaban pequeñas llamas; era el fuego del *shanga*, para quemar el corazón.

Como estaba asustado, Winters dijo:

—Dime: la radiación... el rayo que pasa a través del prisma... ¿es la misma que en Kahora?

—Sí; el secreto de los proyectores también se perdió con Caer Dhu. Posiblemente empleaban rayos cósmicos. Sustituyendo los cristales de cuarzo por prismas, podemos hacer que la radiación sea lo suficientemente débil para nuestros propósitos en las ciudades comerciales.

—Kor Hal. ¿Quiénes sois vosotros?

Se oyó una risa suave y perversa.

—Terrestre... ¡Nosotros somos Marte!

El fuego bailaba y crecía, crecía sobre su carne, pasaba raudo a través de su sangre y de su cerebro. Lo que le sucedía no tenía nada que ver con lo que ocurría en los solariums, con sus bonitos árboles. Sintió que aquello producía placer un placer que atormentaba, un placer que se subía a la cabeza. Aquello era excitante, pero esto...

Su cuerpo comenzó a moverse, a doblarse formando curvas retorcidas. El terrestre pensó que no podría soportar aquel maravilloso, verdaderamente maravilloso, éxtasis de dolor.

La voz de Kor Hal se oyó potente, sonaba como si procediera de una enorme distancia.

—Los sabios de Caer Dhu no eran tan sabios; descubrieron el secreto del *shanga* y escaparon a sus guerras y demás problemas huyendo hacia atrás por

el sendero de la evolución. ¿Sabes lo que les sucedió? ¡Se extinguieron, Terrestre! En una generación, Caer Dhu desapareció de la faz de Marte.

Winters no sabía que responder, ni qué pensar, en tono ronco dijo:

—¿Le importa a alguien? Mientras vivieron fueron felices.

—Terrestre, ¿tú eres feliz?

Suspiró y contestó:

—Sí, sí.

Las palabras estaban medio articuladas. Contorsionándose, dando vueltas sobre las alfombras de piel, estaba totalmente sometido a aquella magnífica y demoníaca sensación como nunca antes lo había estado. Burk Winters era feliz. El fuego del shanga ardía dentro de él, fundiéndolo, quitándole todos sus pensamientos y dejándole únicamente alegría.

Nuevamente Kor Hal rio.

Después de aquello Winters no estaba seguro de nada. Su mente comenzaba a fallar y tuvo períodos de oscuridad. Cuando estaba consciente, sólo se daba cuenta de que percibía una sensación de extrañeza. Con todo seguía conservando la memoria, al menos en parte del fantasmal camino que seguía.

Durante un período de lucidez, que duró sólo uno o dos minutos, le pareció ver que una de las piedras se había caído y dejado al descubierto una pantalla de cuarcita y que a través de la pantalla un rostro le observaba, mirando como se bañaba desnudo en aquella hermosa llama.

Se trataba de un rostro de mujer, marciana, de alta cuna, con huesos fuertes y delicados, arrogantes cejas y una boca roja que parecía la dulce fruta del beso. Sus ojos eran dorados como el fuego e igual de calientes, orgullosos y llenos de desprecio.

Debía haber un micrófono en la pared, por el que pudo hablar y oír la voz de la mujer, llena de una magia dulce y cruel. Ella le llamó por su nombre; el terrestre no podía levantarse, pero consiguió arrastrarse hacia la mujer; para su cerebro, que no llegaba a concentrarse en nada, la marciana era parte de una fuerza fantasmal que jugaba con él. Se trataba de una fascinación destructiva, tan fuerte como la muerte.

Para sus extraños ojos, aquella mujer no era tan adorable como Jill, pero notaba que el poder fluía de la dama marciana, su boca roja le tentaba, la curva de sus hombros desnudos le volvía loco. La mujer dijo:

—Eres fuerte; vivirás hasta el fin; eso está bien Burk Winters.

El terrestre procuró hablar, pero no alcanzó a formar las palabras.

La mujer sonrió y dijo:

—Terrestre, me has desafiado; lo sé; has desafiado al *shanga*. Eres valiente; a mí me gustan los hombres valientes. También eres tonto y a mí me gustan los hombres tontos, porque me divierten. Terrestre yo miro hacia el futuro, ¡hacia el momento en el que alcances el fin de tu búsqueda!

Winters procuró nuevamente hablar y no pudo conseguirlo, luego la noche y el silencio llegaron para no marcharse, aún llegó a oír, en la oscuridad, el sonido de una risa burlona.

Ahora no pensaba de sí mismo como el capitán Burk Winters, sino que sólo se veía como un ser simple, reconociéndose por el nombre, más corto y personal, de Burk. La piedra sobre la que estaba acostado era fría y dura. Estaba rodeado de una oscuridad tan negra como la pez, pero sus ojos y oídos estaban aguzados. Por el sonido de su respiración podía decir que se encontraba en un espacio cerrado, esto era algo que no le gustaba.

Su garganta emitió un débil gruñido, se le erizaron los pelos de la nuca. Intentó recordar como había llegado hasta allí. Algo había sucedido, algo que estaba relacionado con el fuego, pero no sabía qué o por qué. Sólo sabía una cosa. Estaba buscando algo. Algo se había ido y él quería que volviera, este deseo le producía dolor. No podía recordar qué objeto era el que deseaba, pero la necesidad que sentía era más grande que cualquier obstáculo, incluso más grande que la muerte.

Se levantó nuevamente para explorar su prisión.

Casi inmediatamente encontró una abertura. Tanteó de la forma más cuidadosa que pudo y llegó a la conclusión de que se trataba de un pasadizo hacia alguna parte. No podía ver nada, el aire que penetraba en sus pulmones estaba muy cargado de extraños olores. El instinto le dijo que se trataba de una trampa. Con resolución se agachó, sus manos se abrieron y cerraron ansiosas de empuñar un arma, pero no tenía ninguna. Al poco tiempo alcanzó un pasadizo y continuó moviéndose en silencio.

Llegó a un pasillo largo, en una de sus paredes, sus hombros se rozaron con la piedra. Luego vio luz delante de donde se encontraba, roja y oscilante, el aire le trajo el olor del humo y el olor de los hombres.

Muy muy lentamente, la criatura llamada Burk se arrastró hacia la luz.

Llegó cerca del final del túnel y, de repente, con un sonido metálico, una puerta recubierta de barras cayó tras él. Ya no podía retroceder.

El no quería retroceder, sus enemigos estaban delante de él y lo que pretendía era luchar. Ahora sabía que no podría llegar en secreto a donde se encontraban. Flexionando sus piernas, saltó directamente desde la boca del túnel.

El fluctuante brillo de las antorchas deslumbró sus ojos, a la vez que el aullido de la multitud le ensordeció. Aunque no lo sabía, se encontraba solo, sobre un gran bloque de piedra^[17], en el antiguo mercado de esclavos de Valkis. La gente miraba hacia arriba burlándose del terrestre, que había saboreado la fruta prohibida, que ni los desalmados habitantes de los canales inferiores se atrevían a tocar.

La criatura llamada Burk todavía era un hombre, pero un hombre en alguna forma disminuido por el mono que llevaba dentro. Durante horas se había bañado en la luz del Shanga y había cambiado físicamente. Los huesos y la carne se habían alterado por las urgentes necesidades de las glándulas que habían acelerado su metabolismo.

Anteriormente, era un hombre corpulento, pero ahora su fuerza había aumentado, pareciéndose a la fuerza bruta de una criatura salvaje. Sus mandíbulas y los bordes de sus cejas sobresalían de la cabeza. Un vello espeso cubría su pecho, sus piernas y se extendía, formando una crin rudimentaria a lo largo de su columna vertebral.

Sus ojos profundos mostraban un destello de inteligencia a la vez duro y astuto, pero se trataba de la inteligencia de una mente primitiva, que había aprendido a hablar, a encender fuego, a fabricar armas y algunas otras pocas cosas más.

Medio acurrucado miró hacia abajo a la multitud. No sabía quienes eran aquellos hombres, pero los odiaba. Eran de otra tribu, su olor era extraño. Ellos también le odiaban. El aire desprendía chispas con el choque de su enemistad.

Su mirada se dirigió a un hombre que caminaba con ligereza, orgullosamente, en medio de un espacio vacío. No recordaba que aquel hombre fuera Kor Hal. No se percató de que el marciano había sustituido la túnica blanca de las ciudades comerciales por el faldellín y la faja de los canales inferiores, ni de que llevaba en sus orejas perforadas aros de oro de Barrakesh, ni de que ahora se encontraba en paz consigo mismo, era un bandido, nacido y criado en medio de una raza de bandidos, que habían estado civilizados tanto tiempo que se podían permitir el olvidarlo.

Lo único que sabía Burk era que aquel hombre era su enemigo personal.

Kor Hal le dijo:

—Capitán Burk Winters, hombre de la tribu de la Tierra, señores de las rutas del cielo, constructores de las ciudades comerciales, amos de la envidia y de la rapiña.

Su voz, aunque no gritaba, llenaba la plaza cuadrada. Burk le observó sus ojos, a la luz de las antorchas, semejaban carbones chispeantes. Arrastrándose sobre sus manos y pies, cayéndose y sintiéndose hambriento, no comprendía aquellas palabras, pero sí que eran una amenaza y un insulto.

Kor Hal gritó.

—¡Miradle hombres de Valkis! Ahora él es nuestro señor. Su gobierno impera sobre las Ciudades Estado de Marte, nuestro orgullo es pisoteado, nuestras riquezas robadas, ¿qué nos queda, hijos de un mundo moribundo?

La respuesta que llegó desde las murallas de Valkis fue suave y sin palabras. Fue el acorde inicial de un himno escrito en el infierno.

Alguien tiró una piedra.

Con un gran esfuerzo Burk bajo del bloque de piedra, dio un salto y echó a correr, cruzando la plaza, directo a la garganta de Kor Hal.

Se oyó una carcajada, un grito de alegría, que en parte era el maullido de un gato completamente salvaje. La multitud se movió como si fuera una criatura obediente. La luz de las antorchas brillaba en las hojas de los cuchillos, en las joyas, en los ojos resplandecientes de color verde y topacio y en las cantarinas campanillas, y en las puntas de los mortales puños claveteados. Las largas lenguas negras de los látigos lamieron a la masa con sus silbidos y golpes secos.

Kor Hal esperó hasta que Burk casi le alcanzó, luego giró y lanzó un elegante ataque de lucha marciana. Su pie alcanzó a Burk debajo de la barbilla y le hizo caer extendido al suelo.

Cuando se dio la vuelta, medio aturdido, Kor Hal cogió un látigo de la mano de un hombre y gritó:

—Terrestre, ¿sabes lo que es esto? ¡Arrástrate boca abajo! ¡Lame las piedras que estaban aquí antes de que los monos de la Tierra aprendieran a caminar!

El largo látigo cantó su canción y mordió, dibujando surcos sobre el cuerpo peludo, que los gritos de la embrutecida multitud, cada vez más potentes, no cesaban de reclamar.

—¡Arrástrale! ¡Arrastra a las bestias del *shanga*, como nuestros padres arrastraron a las bestias invasoras!

Y le arrastraron, a través de las calles de Valkis, con látigos, cuchillos y palos, le arrastraron bajo las dos lunas que recorrían el cielo, le arrastraron a la vez que se burlaban de él.

El terrestre luchó. Loco por la furia luchó contra ellos, pero no pudo llegar a agarrar a ninguno. Cuando lo intentaba, desaparecían ante él, cada vez que

intentaba seguir un camino lo único que encontraba eran látigos, cuchillos y fuertes patadas. Brotó sangre, pero toda era del terrestre. La risa de la altiva mujer, que le producía escalofríos, le persiguió a lo largo del camino.

Quería matar, el ansia de matar que tenía en su interior era más fuerte y más roja que su sangre. Bajo la lluvia de golpes que recibía comenzó a dar traspiés y su vista se oscureció. Cuando sus manos conseguían hacer presa en carne intentaba desgarrarla, su misma carne fue desgarrada por la multitud que le hizo retroceder, a golpes de látigo, látigos que le rodeaban la garganta.

Al final, lo único que le quedó fue miedo y deseo de escapar.

Le dejaron correr, junto a los derruidos muelles de Valkis y bajar por los retorcidos callejones que olían a antiguos crímenes. Le dejaron correr, pero no alejarse demasiado. Le cortaron el camino que conducía al canal y, más allá, a la libertad del fondo del mar muerto. Una y otra vez empujaron a la criatura jadeante y cubierta de sangre, que antes había sido Burk Winters, capitán de la *Starflight*, haciéndole subir por una cuesta, cada vez más arriba.

Ahora Burk se movía lentamente, gruñía y su cabeza oscilaba ciegamente de un lado al otro, en un patético intento de desafío. Su sangre caliente goteaba sobre las piedras. Los latigazos seguían cayendo continuamente sobre él, empujándole hacia alguna parte.

Cada vez más arriba, pasó por los inmensos muelles que surgían en medio de la oscuridad, vio las argollas y las cicatrices que habían dejado los barcos, vio el polvo, en que la podredumbre los había transformado, polvo que cubrió sus pies. Cuatro niveles sobre el canal, cuatro puertos, cuatro ciudades, cuatro épocas cuyas letras, grabadas en la piedra, iban desapareciendo.

Incluso el hombre primitivo que ahora era Burk, se sintió oprimido y asustado.

Allí no había vida, durante mucho tiempo no había habido vida, ni siquiera en el primer nivel. El viento había azotado y pulido casas vacías, suavizando esquinas hasta dejarlas redondeadas. Había azotado las puertas y las ventanas, hasta casi borrar el trabajo del hombre. Sólo habían permanecido las cosas extrañas, cosas que parecían haber sido talladas por el mismo viento sobre las cimas de las pequeñas montañas.

La gente de Valkis ahora se encontraba en silencio, seguían empujando a la bestia y su odio no solo no se había extinguido, sino que se había intensificado.

Aquí caminaban sobre los mismos huesos de su mundo. La Tierra era una estrella verde, joven y rica. Aquí los marcianos caminaban sobre las losas de mármol, las mismas desde las que los reyes de Valkis habían contemplado

como sus galeras navegaban, estos mismos mármoles ahora se encontraban deshechos bajo paso del tiempo.

En lo más alto del promontorio, encima de la ciudad más antigua, se encontraba el palacio de los reyes, como si observara en la zona inferior, el castigo del intruso. Ahora en todo Valkis, el único sonido que se escuchaba en aquellos lugares en donde las mujeres corrían, pisando el polvo con sus pies, pequeños y desnudos, era el tañido de las pequeñas campanas, semejante al suspiro del viento en otros mundos.

Burk ascendía, con la agilidad del mono que ahora era, por la historia de Marte. Sus huesos se helaban de terror al cruzar por aquellos oscuros lugares que no olían a nada, ni siquiera a muerte.

Pasó por un lugar en el que las casas habían sido construidas sobre la curva de un arrecife de coral. Trepó por un arrecife y sobre él pudo ver una pared de roca inclinada con los pequeños agujeros que había hecho el mar. Subió por la pared sin importarle o preocuparle qué era aquello.

En el nivel superior atravesó los muelles destrozados, muelles que una vez habían hecho segura la navegación en la bahía. Allí se detuvo para mirar hacia atrás.

Todavía le estaban persiguiendo. Su pecho estaba agitado y sus ojos miraban con desesperación. Siguió huyendo, caminando por las destrozadas y estrechas callejuelas, de las que las losas del pavimento habían desaparecido y las casas se habían transformado en montones sin ninguna forma. Sus manos y pies iban dejando señales rojas en dondequiera que las apoyara.

Finalmente llegó a la montaña.

La gran masa del palacio se elevaba por encima de él, recortándose contra el cielo. La sabiduría primitiva le dijo que aquel lugar era peligroso. Fue rodeando la elevada muralla de mármol que lo rodeaba, de repente sus inquietas narices captaron el olor del agua.

Su lengua se encontraba hinchada en su boca, su garganta estaba llena de polvo. Su necesidad de agua era tan grande, con la sangre salada que había vertido y la fiebre que sentía en sus heridas, que olvidó a sus enemigos y la amenaza de la cosa de la montaña que se encontraba tras la muralla. Comenzó a subir por una cuesta irregular, siguiendo adelante llegó a la cima del acantilado y finalmente alcanzó un corredor, se introdujo en él, de pronto se percató de que había turba, húmeda y fría, bajo sus pies. Allí había arbustos, flores que se veían pálidas a la luz de las lunas. Pesadas y dulces las ramas de los árboles se recortaban contra el cielo.

Silenciosamente la puerta se cerró tras él. No se percató de ello sino que corrió a través del césped entre filas de árboles podados.

Se veían formas fantásticas, como atraídas por el olor del agua. Aquí y allí se percibían extraños brillos y reflejos de estatuas, talladas en mármol y piedras semipreciosas. A Burk se le puso la carne de gallina al percibir el peligro, pero estaba demasiado cansado y demasiado enloquecido por la sed para importarle.

La caminata terminó. Más allá se encontraba un espacio abierto y en su centro una gran cisterna de agua, labrada y decorada, el chorro de agua parecía estar tallado en piedra pulida.

Nada se movía en aquella extensión abierta. Un ala del palacio se elevaba más allá del tanque de agua, como si fuera una muralla negra. Parecía que nada ni nadie vivía allí. Pero los nervios de Burk, que se disparaban por nada, le advirtieron lo contrario. De detuvo, protegido por los árboles, oliendo y escuchando.

Nada, oscuridad y silencio. Burk miró hacia el agua que le estaba esperando y que ocupaba todos sus sentidos. De repente comenzó a correr hacia el agua. Se tumbó sobre su vientre sobre las losas de turquesa que rodeaban el borde de la cisterna y sepultó su rostro en el agua helada y bebió. Después se tumbó allí, jadeando, estaba destrozado.

Aún no se movía nada.

Luego, de repente, se oyó como un aullido se alzaba en la noche, desde algún lugar más allá del ala del palacio. Burk se puso rígido, sintió sus manos y sus rodillas, todos los pelos de su cuerpo estaban erizados de miedo.

Un extraño grito, semejante al de un reptil, respondió al aullido. Ahora que había apagado su sed, pudo percibir los muchos olores que le traía la noche. Eran demasiado numerosos y mezclados como para poder ser identificados, salvo uno, un olor a almizcle particularmente fuerte, que, conforme se arrastraba le producía una sensación instintiva de odio. No sabía que tipo de criatura podía producir aquel olor, pero le había producido un terror espantoso, ya que le parecía que, casi sabía lo que era y no le gustaba.

Lo único que quería era alejarse de aquel lugar, que estaba lleno de vida secreta, y en el que, en medio del silencio, se ocultaba una amenaza silenciosa.

Comenzó a moverse hacia los árboles, deshaciendo el camino por el que había venido, lo hizo con lentitud pues estaba herido y muy débil, luego, de repente, la vio.

La mujer había llegado desde su refugio entre los arbustos al espacio abierto sin hacer ningún ruido. Se encontraba no muy lejos iluminada por el brillo parpadeante de las dos pequeñas y veloces lunas, observándole. Parecía tímida, tenía los ojos grandes y parecía estar preparada para huir. Sus cabellos caían sobre la espalda, el vestido brillante que cubría su cuerpo era del mismo color que la luz de las lunas.

Burk se detuvo, un temblor recorrió todo su cuerpo, todo el sentimiento de pérdida que había tenido y el recuerdo de la búsqueda desesperada que había emprendido, y olvidado, volvió a su mente. También tuvo el deseo de aproximarse a aquella mujer delgada.

Un nombre le habló desde alguna oscura cámara de su cerebro ¿*Jill*?

Ella le miró, le pareció que iba a echar a correr, por ello volvió a decirle.

—¡*Jill*!

Luego, paso a paso, dudando, ella se le aproximó; era hermosa como una cierva en primavera.

La mujer emitió un sonido que constituía una pregunta, a la que el terrestre respondió «Burk». Ella permaneció inmóvil durante un momento, repitiendo esta palabra, luego susurró algo y comenzó a correr hacia el hombre, lo que le llenó de gran alegría. El terrestre rio y gritó el nombre de la mujer una y otra vez. Había lágrimas en sus ojos cuando echó a correr hacia ella.

Una lanza brilló y cayó, vibrando, entre ellos.

Ella le lanzó un grito de aviso y huyó, desapareciendo entre los arbustos. Burk intentó seguirla, pero sus rodillas cedieron, se volvió al oír un ruido.

Guardias *keshi*, de elevada estatura y con brillantes arneses, habían salido de entre los árboles y se habían desplegado a su alrededor. Llevaban lanzas y una red hecha con fuertes maromas. En un instante estuvo rodeado. Las puntas de las lanzas le empujaron hasta que estuvo en la red, donde quedó atrapado indefenso.

Mientras se lo llevaban oyó dos cosas: el gemido de la mujer plateada y, en algún lugar próximo a donde se encontraba, una risa burlona.

Esa risa la había oído con anterioridad, pero no podía recordar ó o cómo. A pesar de todo le produjo una furia tal que un guardia, finalmente, tuvo que golpearle con el regatón de su lanza, para que se tranquilizara.

III

Recuperó su conciencia, el conocimiento de que era el capitán Burk Winters, se percató de que se encontraba en una habitación muy parecida a la última que recordaba de Valkis; la única diferencia era que las paredes eran de una roca verde oscuro y no había ningún prisma.

Winters no podía recordar nada de lo que le había sucedido desde que estuvo en la otra habitación, salvo que había tenido un fuerte choque emocional. El nombre de Jill se había sobreimpuesto sobre su mente.

Comenzó a temblar con una profunda excitación, se puso en pie y entonces se dio cuenta de que estaba encadenado. Las cadenas unían las esposas de sus muñecas con las de sus tobillos, pasando a través de anillos sujetos al cinturón de metal que ceñía su cintura. Esta era toda su ropa.

También se percató de que había cicatrices en su cuerpo, de heridas recién curadas. Una puerta pesada se abrió antes de que pudiera apoyarse en ella. Cuatro bárbaros, con magníficos arneses de metal trabajado y joyas formaron una guardia a su alrededor, un oficial les ordenó el camino que debían seguir. No hablaron con Winters; el terrestre sabía que era inútil intentar obtener alguna información de aquellos hombres.

No tenía la más remota idea de donde se encontraba, o de cómo había llegado hasta allí; lo único que le quedaba eran vagos recuerdos de dolor y huida, como en un sueño.

En algún lugar, durante aquel sueño, había visto a Jill, le había hablado. Estaba tan seguro de esto como del peso de sus cadenas.

Caminaba dando tumbos, porque su vista estaba dificultada por las lágrimas. Más allá de esto, no estaba seguro de nada. Había visto los restos retorcidos de su avión, y no creyó que estuviera muerta; sin embargo siempre existía la posibilidad de que estuviera realmente muerta y la hubiera perdido para siempre, sin ninguna esperanza de recuperarla.

Ahora sabía que estaba viva, si Winters hubiera estado solo hubiera llorado como un niño.

En vez de llorar, estudió los corredores y los grandes salones por donde lo llevaron los guardias. Por el tamaño y esplendor de la construcción se dio cuenta de que se encontraba en un palacio; adivinó que debía ser el que había visto sobre los acantilados sobre Valkis. Esta idea se confirmó cuando, a través de una aspillera, pudo echar un vistazo a la ciudad.

El palacio era más antiguo que cualquier otra cosa que hubiera visto en Marte, salvo las ruinas enterradas de Lhak, en los desiertos del norte. Pero esto no eran ruinas. Aquel palacio había ido envejeciendo envuelto en una sombría belleza. Los patrones de los suelos de mosaicos estaban borrosos, las

pedras preciosas se habían gastado, llegando a ser finas como la porcelana. Los tapices, conservados por el empleo de una maravillosa fórmula marciana, que se había perdido hace siglos, como todo en Marte, habían llegado a ser extraordinariamente finos y frágiles, sus colores se habían suavizado hasta ser débiles matices infinitamente tristes y hermosos.

Aquí y allá, sobre las paredes, o sobre las altísimas bóvedas del techo, había murales que constituían un desfile de las glorias perdidas, oscurecidos como la memoria de un anciano. Representaban mares, profundos y azules, las naves eran de altas bordas y las cotas de malla de los guerreros estaban adornadas con gemas. Las reinas cautivas^[18] eran hermosas, como perlas negras.

La orgullosa arquitectura compaginaba la belleza con la resistencia, mostrando una extraña mezcla de cultura y barbarie, típicamente marciana.

Winters reflexionó sobre el tiempo que debía haber pasado desde que estas piedras fueron sacadas de la cantera y talladas para reflejar la civilización de su tiempo, cultura que había sido destruida por una serie de guerras atómicas, que habían transformado a los orgullosos reyes de Valkis en poco más que jefes de bandidos, en un mundo que se deslizaba hacia la noche.

Finalmente llegaron ante unas puertas de oro repujado, de más del doble de altura que Burk, que medía seis pies; los guardias *keshi*, que se encontraban allí le empujaron hacia el interior, allí Burk vio el salón del trono.

La luz de poniente penetraba inclinada desde las aspilleras que se encontraban en lo alto, extendiéndose a través de las columnas y del suelo teselado. La pálida luz, al reflejarse sobre los escudos y las armas de los reyes muertos, producía resplandores vagabundos. Calentaba las antiguas banderas, prestándoles una breve sensación de vida, en cualquier lugar de aquel palacio inmenso siempre se encontraba un rincón oscuro, lleno de susurros y pequeños y débiles ecos.

Un rayo de oro frío, cayó directamente sobre el trono, en el lugar más alejado de la habitación.

El gran trono estaba tallado en un único bloque de basalto negro, cuando Winters se aproximó, sus oscilantes cadenas hicieron un gran ruido, que rompió el silencio, se percató de que la piedra ya había sido medio tallada por el mar. Había sido trabajada y suavizada por la paciente erosión de la arena arrastrada por las mareas. En el lugar de los brazos del trono, en que se habían

apoyado las manos, había huecos profundos, como también los había en el escalón de basalto que se encontraba debajo.

Una mujer anciana se sentaba en el trono, estaba vestida con una capa negra y su cabello formaba una especie de moño blanco sobre su cabeza, varias joyas formaban parte de su peinado. Miró al terrestre con unos ojos medio ciegos y, de repente, le habló, en alto marciano, una lengua tan antigua en Marte como el sánscrito lo era en la Tierra.

Winters no pudo comprender ni tan sólo una palabra. Pero se dio cuenta, por su tono y su expresión, de que estaba completamente loca.

Alguien estaba sentado en medio de las densas sombras que se extendían a los pies de la mujer, por ello Winters no podía ver quién o qué era. Sólo podía descubrir, vagamente, el blancor de una piel color marfil, por alguna razón sus nervios tuvieron una premonición.

Cuando se aproximaba al gran trono, la anciana se levantó y extendió su brazo hacia él, una arrugada Casandra lanzando maldiciones sobre su cabeza. Los salvajes ecos de su voz sonaron a través de la habitación abovedada, sus ojos estaban llenos de un odio ardiente.

Los guardias colocaron los regatones de sus lanzas en la espalda del terrestre y le empujaron, de forma que fue arrojado al suelo frente al trono de basalto; una risa burlona, dulce y suave le llegó de entre las sombras; sintió la presión de un pequeño pie, calzado con una sandalia, sobre su cuello.

Reconoció la voz que le dijo:

—Saludos capitán Winters; el trono de Valkis te da la bienvenida.

Retiró el pie de su cuello. El terrestre se levantó. La anciana se había derrumbado sobre el trono y estaba entonando una canción que parecía la letanía de una iglesia; su rostro, vuelto hacia arriba tenía el aspecto de la cara de un demente.

La voz, desde la oscuridad le dijo:

—Mi madre está repitiendo los ritos de la coronación, pedirá el tributo anual a las Islas Exteriores y a las tribus de la costa. El tiempo y la realidad no le molestan; le gusta jugar a ser una reina. Por lo tanto, como ves, Fand gobierna Valkis desde la sombra de un trono.

Winters le contestó:

—Algunas veces, debes salir a la luz.

—Si.

Se oyó un suave y rápido crujido y la mujer se encontró bajo el rayo de luz solar. Su pelo era del color de la noche después de ponerse las lunas, e intrincadamente rizado. Llevaba un vestido de moda antigua y arrogante,

propio de los reinos de bandidos; la larga falda se abría hasta la cintura por ambos lados, de forma que se podían ver sus muslos mientras caminaba; el ancho cinturón estaba cubierto de joyas, el collar estaba formado por placas doradas.

Sus pechos, pequeños y enhiestos, estaban desnudos apareciendo en toda su hermosura; su cuerpo era delgado, rebosante de una gracia felina.

Su rostro era como él lo recordaba. Fino y orgulloso, ojos dorados, una boca parecida a un fruto carmesí que mezclara miel con veneno. Detrás de su belleza se percibía un poder perezoso y somnoliento; la fascinación que ejercen todas las cosas que son hermosas y mortales.

La mujer miró a Winters y sonrió.

—¿Así que finalmente has alcanzado el fin último de tu búsqueda?

El terrestre miró a sus cadenas y a su desnudez y contestó.

—Es una forma extraña de alcanzarlo. Le pagué a Kor Hal una gran suma por este privilegio.

Dirigió una mirada llena de interrogaciones hacia la mujer y le preguntó.

—¿Gobernas el *shanga* como gobiernas Valkis? Si es así no eres muy cortés con tus huéspedes.

—Por el contrario, los trato muy bien, como podrás ver.

Sus ojos dorados se burlaban del terrestre, mientras proseguía diciéndole.

—Capitán Winters. ¿No viniste aquí a practicar *shanga*?

—¿A qué habría venido si no?

—A encontrar a Jill Laland.

Realmente el terrestre no se sorprendió; de forma subconsciente, se había dado cuenta de que ella lo sabía; de todas formas, se esforzó en mirar mostrando una completa sorpresa.

—Jill Laland está muerta.

—¿Lo estaba cuando la viste en el jardín y hablaste con ella?

Fand rio y prosiguió diciendo:

—¿Te crees que somos tontos? Todos los que acuden a los salones del *shanga* de las ciudades comerciales son cuidadosamente estudiados y examinados; tuvimos especial cuidado contigo, capitán Winters, porque psicológicamente tú no eres el tipo adecuado para introducirte en el *shanga*. Hombres como tú son demasiado fuertes para sentir la necesidad de escapar.

»Por supuesto sabías que tu prometida había sido introducida en esta práctica; a ti no te gustaba e intentaste que la abandonara. Kor Hal sabe que tuvo terribles trastornos siete veces. Pero Jill había ido demasiado lejos para parar. Suplicó que se le aplicara toda la potencia, el verdadero *shanga*. Ella

fraguó un plan que incluía su falsa muerte en el fondo del mar muerto. Nosotros se lo hubiéramos proporcionado en cualquier caso pues la joven tenía parientes y relaciones muy influyentes y no podemos permitir que la gente siga a nuestros clientes. Pero ella quería que tú creyeras que estaba muerta, para que la olvidaras. Decía que no tenía derecho a casarse contigo, que arrumaría tu vida. ¿No te llega esto al corazón?. ¿No hace que tus ojos lloren?

Lo que le habían dicho hizo más que sus ojos lloraran, le trajo un ansia inmensa de agarrar a aquella hermosa diablesa con sus manos, desgarrarla en pedazos y luego aplastarlos contra la tierra.

Sus cadenas hicieron un sonido metálico, luego le brotaron lágrimas que caían sobre su piel como tristes besos de color rojo. Permaneció rígido y dijo:

—¿Por qué has hecho esto? ¿Por dinero? ¿Por odio?

—¡Por las dos cosas terrestre! Y por algo más importante que cualquiera de las dos.

Sus labios se curvaron dibujando una breve mueca que ponía de manifiesto su diversión.

—Además, yo no le he hecho nada a tu pueblo, es cierto que he construido los salones del *shanga*, pero los hombres y las mujeres de la Tierra acuden a ellos a degradarse voluntariamente. ¡Ven aquí!

La mujer hizo que la siguiera hacia la ventana, mientras cruzaba el gran salón dijo:

—Has visto parte del palacio; los créditos de la Tierra han reconstruido y restaurado la casa de mis padres; los créditos de los semimonos que quieren retornar a su estado natural, porque la civilización que han desarrollado es demasiado para ellos. Mira afuera; el dinero de la Tierra también ha hecho esto.

Winters miró y pudo contemplar una vista que casi había desaparecido de la faz de Marte. Un jardín, un jardín lleno de flores variadas, semejantes a joyas brillantes; el jardín que correspondía a un palacio como este. Anchos prados llenos de turba de color verde bronce, plantaciones cuidadas, estatuas...

Por alguna razón que no podía recordar completamente, el jardín le produjo a Burk Winters un fuerte escalofrío.

Pero el jardín solo era una parte de aquella vista, una pequeña parte. Debajo de la ventana, el terreno descendía en rampa hacia abajo, hasta una vasta depresión cóncava, que se encontraba, aproximadamente a un cuarto de milla del palacio.

Winters miró hacia abajo y vio un anfiteatro en ruinas, que a pesar de todo seguía siendo magnífico, con sus gradas y asientos, semejantes a escalones tallados en la roca que descendían desde las murallas interiores.

Pensó como habría sido el anfiteatro cuando, en los viejos días, se desarrollaban los juegos, con los miles de localidades ocupadas.

Ahora, en la arena, se encontraba otro jardín; un jardín salvaje y con las plantas apelotonadas, rodeado por una elevada pared para proteger a los espectadores de las bestias allí encerradas.

Había árboles y espacios abiertos; podía percibir que algunas cosas se movían por entre las sombras, formas extrañas, a causa de la distancia y de la inclinación de la luz no podía verlas claramente, pero un escalofrío recorrió su cuerpo; el frío aliento que le avisaba de que algo iba a pasar.

En el centro de la arena se encontraba un lago, no muy grande y, posiblemente, no muy profundo; había criaturas que nadaban en su interior; llegó a oír un grito de reptil. Un eco de lo que había oído antes.

Fand estaba mirando hacia fuera, hacia el anfiteatro, con una extraña y lenta sonrisa en su rostro. Winters se percató de que ya había gente en las gradas más bajas del anfiteatro y que más público estaba acudiendo.

Le preguntó a la mujer:

—¿Qué es esa cosa? Es más importante que el dinero o tu odio a los hombres de la Tierra.

Cuando le respondió, todo el orgullo de la raza y de la estirpe de la mujer brilló en sus ojos. Por un momento, debido a la sinceridad de la respuesta, Winters olvidó el odio que sentía por la marciana. Ella sólo dijo una palabra: Marte.

La anciana la oyó y gritó desde el trono, luego se refugió en la esquina de su negra chimenea y quedó en silencio.

Con tranquilidad Fand dijo:

—Marte, es un mundo al que no le dejan ni tan siquiera morir con decencia y honor, ya que los pájaros carroñeros han venido volando a picotear en sus huesos y las ratas, llenas de gula, sorben lo que queda de sangre y de orgullo.

Winters dijo:

—No lo comprendo. ¿Qué tiene que ver el *shanga* con Marte?

De repente, la mujer se volvió y le contestó:

—Lo aprenderás; tú, terrestre, desafiaste al *shanga*, al igual que tu pueblo ha desafiado a Marte. ¡Veremos quién es más fuerte!

Fand se dirigió hacia el oficial de la guardia, que se había alejado, explicándole algo. Luego le dijo a Winters:

—Quieres que la joven vuelva; quieres pasar a través del fuego del *shanga* por ella, aunque lo aborreces. Quieres arriesgar tu propia identidad sometiéndote a los cambios que produce el rayo, *sabiendo que a partir de un punto son irreversibles*, y todo por Jill Laland. ¿Quieres que ella vuelva?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—De acuerdo.

Fand miró por encima del hombro del terrestre y asintió con la cabeza.

—Aquí la tienes.

Durante un momento que pareció eterno, Burk Winters no se dio la vuelta. Fand se alejó un poco, observándole con un interés cruel y divertido. La espalda de Winters se puso rígida mientras se giraba.

Allí estaba ella, permanecía a la luz del sol, estremecida y asustada, una criatura esplendorosa del amanecer del mundo, con una cuerda alrededor de su cuello. Los guardias observaban.

Con desesperación Winters pensó: *No ha cambiado demasiado, ha vuelto al estado primitivo, pero todavía no es una mona; sus ojos todavía muestran un alma y brillan con la luz de la razón. ¡Jill, Jill por qué has hecho estas cosas!*

Ahora se dio cuenta de por qué lo había hecho; recordó la amarga disputa que habían tenido a causa del *shanga*; él había pensado que esto era una cosa estúpida e infantil, muy por debajo de la inteligencia de su prometida y tan degradante como cualquier otra droga. Pero Winters no había comprendido.

Ahora comprendía, y un miedo mortal llenaba su cuerpo, porque comprendía demasiado bien.

Porque él mismo estaba contado ahora entre las bestias del *shanga*. Y bajo los efectos de este horror miró a la criatura que era Jill y sin embargo no era Jill, y se percató que, a través de algún mecanismo perverso, ahora la encontraba más bella y más deseable de lo que la había encontrado anteriormente. Despojada de todas las falsedades y convenciones de la sociedad, liberada de toda complejidad, ante él tenía su cuerpo, fuerte y poderoso. Como una cierva vibrante con todas las sensaciones de la vida...

Hace falta una pareja de esta clase: una mujer primitiva y un hombre primitivo, con fuertes tendones, con fuertes pasiones, con el valor que las ciudades les han robado.

Fand dijo:

—La mujer todavía puede ser salvada, si eres capaz de encontrar un procedimiento para hacerlo.

Luego, con astucia, añadió.

—¡El problema es que tú necesitas a alguien que te salve a ti, capitán Winters!

Una fuerte sensación de repugnancia le asaltó, pero en sus ojos se podía percibir una extraña luz.

La mujer plateada se estaba aproximando a donde él se encontraba; su mirada estaba dirigida a Burk. Vio que Jill no era arrastrada. Mientras luchaba para comprender el por qué, se dio cuenta de que ella no hablaba y, en ese momento, un nudo doloroso se formó en la garganta del hombre, de forma que quedó como mudo.

El guardia que sostenía la cuerda le dejó moverse tanto cuanto quiso. Ella llegó cerca de Winters, dudando, como lo haría un animal. Luego se detuvo y miró a su rostro; las lágrimas brotaron de sus ojos oscuros abiertos de par en par. Después, ella susurró algo en voz muy baja y cayó de rodillas a sus pies.

La anciana lanzó un grito cortante. Los ojos de Fand eran semejantes a copas de oro fundido. Winters se agachó y tomó a Jill en sus brazos. Hizo que se levantara y permaneció sujetándola, protegiéndola con su amor posesivo. Muy suavemente le dijo a Fand.

—Ya lo has visto todo, ¿podemos marcharnos?

La marciana hizo un gesto con la cabeza diciendo:

—Llevadlos al jardín del *shanga*, —luego añadió—, deprisa, que ya casi es la hora de comenzar.

Los guardias les cogieron y separaron. Burk Winters y la mujer, se habían encontrado y perdido nuevamente; pasaron a través de los grandes portones a los salones del palacio y descendieron, a través de una larga cuesta sembrada de césped, hasta el anfiteatro.

Una puerta formada por barrotes de metal pesado cerraba la boca del túnel. Los guardias la abrieron, tomaron a Winters y lo arrojaron al interior junto con Jill, luego cerraron la puerta tras ellos.

Sujetando con fuerza la mano de Jill, Winters siguió bajando por el túnel, hasta que llegó a la arena, en el jardín del *shanga*.

Se detuvo; sus ojos parpadearon a causa de la luz que, repentinamente, cayó sobre él; la mano de Jill apretaba la suya con fuerza. Ella estaba temblando por la tensa espera, mientras que su cabeza oscilaba, manteniéndose en actitud de escuchar.

Un momento después, sonó un gong; emitió unas notas suaves y sonoras, que podían haber sido la fría llamada de algún perverso sacerdocio para realizar oscuras plegarias. Sólo un momento después se pudieron vislumbrar entre los árboles las siluetas de horribles antropoides que se ocultaban entre ellos; también se pudo oler la corrupción de las distintas clases de bestias y oír el chapoteo y el silbido de los animales ocultos en la piscina.

En sólo un momento todo estuvo lleno de horror y miedo enfermizo. Era imposible negarse a reconocer la realidad de aquel jardín de pesadilla, salvo que se estuviera ciego, sordo, o peor aún: muerto.

En las localidades que se encontraban encima de la pared de protección, filas y filas de rostros de marcianos miraban hacia abajo. Eran las caras de hombres y mujeres que observan las gracias de los animales que hay en un zoo, animales peligrosos por los que sienten un odio personal.

Luego el gong volvió a sonar y Jill se alejó de un salto, estirando de su mano. Durante un momento, todo el jardín quedó en un tenso silencio; luego se desató un diabólico coro de gruñidos y gritos, producidos por voces que eran horriblemente humanas y a la vez inhumanas. Junto a él, la voz de Jill se les unió, gritando una y otra vez: *¡Shanga Shanga!*

Como si fuera un relámpago, Winters recordó lo que Fand le había dicho sobre Marte. Cuando Jill le empujó precipitadamente entre los árboles y a través de los espacios abiertos cubiertos de hierba, comprendió que aquel jardín de *shanga* era realmente un zoológico, una exposición, a donde la gente de Marte podía acudir para ver qué clase de bestias eran sus conquistadores económicos. Una vergüenza cálida y horrible llenó su espíritu. *Semimonos corriendo desnudos por entre los árboles, esclavos del fuego del shanga.*

Le gritó a Jill para que se detuviera.

De repente se encontró en medio de la horda, de forma que tuvo que luchar para mantener sus pies en el suelo. Ella se volvió hacia Burk diciéndole con un gruñido. *¡Shanga!*

Un gran antropoide macho se les acercó corriendo; había retrocedido más allá del estado en que podía hablar; de su garganta únicamente salían sonidos sin modular; detrás de él venían otros machos y hembras, jóvenes, en el mismo nivel evolutivo.

Winters, y la mujer plateada que había sido Jill, fueron atrapados y empujados hacia delante por el embite de aquella tribu. Winters luchó para poder alejarse de allí, pero fue inútil; una muralla de cuerpos peludos se lo impidió.

Conforme se aproximaban al centro del jardín otros muchos se les fueron uniendo; todos ellos, a lo que se veía, citados por el sonido del gong. Al mirarles, el estómago de Winters se revolvió.

Aquello era la noche de Walpurgis, un festival de blasfemias y abominaciones. ¡Y él estaba unido a ellos de forma indisoluble, hasta su destrucción!

Aquellos como Jill, que habían retrocedido un poco en el camino de la evolución, no estaban mal del todo. Todavía eran humanos. Winters sabía que él mismo había sido como aquellos; no le producían ningún horror. Pero luego estaban los otros, vueltos hacia el pasado de su línea evolutiva, más allá de los neandertales, más allá de los *pythecantropus erectus*, más allá del eslabón perdido, más allá del antecesor común.

Informes bestias peludas, sedientas de sangre, cráneos deformados, ojos rojos llenos de astucia, amarillentos colmillos que aparecían en horribles muecas, cosas que ni los antropólogos habían visto, ni soñado jamás. Cosas que no eran humanas, ni simiescas, ni pertenecían a ninguna forma de vida que hubiera sido clasificada alguna vez.

Todos los secretos de la evolución sobre la Tierra, se pusieron de manifiesto al desnudo, en aquel jardín, para que los marcianos pudieran verlos. Incluso el terrestre Winters se estremeció al pensar que cuerpos como los que veía habían sido sus antepasados y al final lo habían engendrado. ¿Qué respeto podían tener los marcianos por tal raza, que todavía se encontraba tan próxima a sus inicios?

Pero iba a ver más cosas, muchas más cosas y peores que aquellos seres...

El gong emitió su última llamada. La marea de espaldas peludas encorvadas, de cejas prominentes, de seres horribles que caminaban a cuatro patas, arrastraron a Winters y a Jill al interior del claro que se encontraba en el centro, en donde desde la ventana de palacio había visto el lago. Un fuerte olor semejante al del almizcle llenaba el aire; tenía un matiz enfermizo, parecido al de una madriguera de serpientes. Winters se percató de que el lago estaba agitado por las criaturas que se estaban reuniendo en respuesta a la llamada del gong.

Atrás, hasta el antecesor común y más allá, más allá de los mamíferos, de vuelta a las agallas y las escarnas, a los huevos depositados en el tibio lodo, ¡a las horribles criaturas ancestrales, que silban y se arrastran!

Jill jadeaba mientras gritaba *¡Shanga! ¡Shanga!* y miraba hacia arriba, Winters sintió que la oscuridad estaba llenando su cerebro. Notó como algo frío y húmedo se deslizaba entre sus piernas, y miró asustado a la superficie del lago que se agitaba, pero no pudo ver nada, nada en absoluto.

Sujetando a Jill, intentó hacerse camino a través de la multitud, pero no era posible; nuevamente fue atrapado por la masa de engendros.

Mirando hacia arriba, vio que los prismas se encontraban en lo alto, en el extremo de largos postes que se extendían horizontalmente sobre la arena, vio que comenzaban a brillar con el fuego que recordaba.

Ahora había llegado el fin; el fin de su búsqueda de Jill Laland, el fin de todo. El primer dulce escalofrío se produjo cuando un rayo tocó su carne; sintió despertar el ansia en su interior, un deseo profundo, que removía la bestia que se alojaba bajo su propia piel. Pensó en el lago y se preguntó como sería lo que se ocultaba en su húmedo interior, respirando con agallas, como las que tenía su cuerpo cuando aún era un embrión en el vientre de su madre.

Pensó: *en esto me convertiré yo. En el lago Jill y yo, y luego la ameba y más allá...*

Vio el palco real, en donde los reyes de Valkis habían observado cómo los gladiadores derramaban su sangre. Fand se sentaba allí. Apoyaba sus delgados codos sobre la piedra y observaba. A Winters le pareció que, incluso a esa distancia, podía percibir una sonrisa de desprecio en sus ojos dorados. Kor Hal se encontraba sentado a su lado, y también la anciana, una figura cubierta de negro.





Los fuegos del *shanga* brillaban y quemaban. Se produjo un silencio en el claro. Los sonidos que producían las cosas, los gemidos y los pequeños murmullos no llegaron a romper el silencio; únicamente le hacían parecer más profundo. Cálidas chispas bailaban sobre los rostros quemados y brillaban en sus ojos, que no dejaban de mirar. Todos los cuerpos, cubiertos de pelo o escamas parecían conservar un halo de hermosura. Vio como Jill se levantaba hacia las lunas gemelas como si fuera una llama plateada.

La locura ya se había extendido por su sangre, los músculos y los tendones se encontraban ya enloquecidos, encorvándose y doblándose. El cerebro se encontraba nublado por un brillante y suave olvido, que le producía una sensación de descanso. Jill y Burk, mujer primitiva y hombre primitivo, eran felices mientras vivieran, habían abandonado todo, salvo su propio amor, su propia satisfacción y ¿porqué no? Los dos estaban metidos en aquello, marcados con el mismo cuño.

Luego se oyó la risa y las burlas de los marcianos. Se habían reunido para observar la vergüenza de un mundo. Su mirada se apartó de la perversa luz del *shanga* y se dirigió al rostro de Fand de Valkis y luego al de Kor Hal y a otras mil caras, una expresión terrible y salvaje apareció en sus ojos.

Las filas de la horda se rompieron, los seres de aspecto bestial se retorcían en éxtasis del *shanga* sobre el césped del suelo. Jill, se encontraba a cuatro patas. Winters sintió que sus fuerzas le abandonaban. El dolor era algo hermoso, bello, salvaje, exultante...

Agarró a Jill y comenzó a tirar de ella, hacia fuera del círculo de luz.

Hizo lo que no quería hacer. Ella gritó, desgarró su rostro con las uñas y le dio patadas. Winters la golpeó hasta que perdió el conocimiento; después la cogió, desmayada, en sus brazos y prosiguió avanzando, tropezando sobre los cuerpos de aquellos seres, cayéndose, al final arrastrándose sobre sus manos y rodillas. Sólo por una cosa se mantuvo caminando, sólo una cosa le hizo soportar las torturas de los condenados, y seguir luchando contra el *shanga*. Esta cosa fue la sonrisa, cargada de desprecio, de Fand.

El efecto del rayo fue disminuyendo y finalmente desapareció; se encontraban seguros, más allá del círculo. Arrastró a la joven más allá entre los arbustos, para alejarla de la luz y volvió al claro, porque deseaba, más de lo que cualquier adicto a cualquier droga podía concebir volver a la luz, a pesar de que no osaba mirarla.

En vez de mirarla se colocó erecto frente al palco real. Sólo el orgullo le mantenía de pie. Miró a los distantes ojos de Fand, mientras podía oír su clara y plateada voz diciendo:

—Terrestre, volverás al fuego del *shanga*, mañana o pasado mañana; pero tú volverás, eso seguro.

La voz destilaba una seguridad total, como la seguridad que se podía tener en que el sol volvería a salir. Burk Winters no respondió, levantó su mirada hasta los ojos de Fand, pero luego el orgullo le falló y cayó al suelo. La última idea consciente de su pensamiento, fue que, juntos, Fand^[19] y Marte habían desafiado a la Tierra y, ahora, la cuestión no era simplemente salvar a una joven de la destrucción.

IV

Cuando volvió en sí, era de noche. Jill se sentaba tranquilamente a su lado; le había traído algún alimento y, mientras él se lo comía ansiosamente, ella estaba sentada, un poco alejada, viendo el agua que había traído en una hoja ancha y cóncava.

Intentó hablarle pero existía un abismo demasiado profundo entre los dos para poder trazar un puente entre sus orillas; la mujer parecía agotada y enfebrecida y no se le acercaba. Le había robado el fuego del *shanga* y eso ella no lo había olvidado. Obviamente era inútil intentar escapar con ella, así que al rato se levantó y la abandonó; ella no pretendió seguir a Burk.

El jardín todavía estaba iluminado por la luz de la luna inferior. Al parecer las bestias del *shanga*, siguiendo su herencia de simios estaban durmiendo; moviéndose con infinito cuidado Winters comenzó a merodear alrededor de la arena buscando una salida. Había desarrollado un plan en su mente; no era un gran plan; además, sabía que posiblemente estaría muerto antes de la mañana siguiente, pero no tenía nada que perder. Además no le importaba nada.

Era un hombre, un terrestre, y en su interior tenía un odio más profundo que cualquier miedo.

Los muros que encerraban la arena eran altos y estaban pulidos; ni un mono hubiera podido ascender por ellos. La salida de todos los túneles estaba bloqueada, salvo la de aquel por la que había entrado, bajó arrastrándose y encontró que la puerta de los barrotes no podía ser abierta. Además, descubrió que había dos centinelas alrededor de un fuego para la guardia.

Winters volvió a la arena.

No podía ver señales de ningún guardia en las gradas vacías; tampoco había ninguna razón para que los hubiera; el anfiteatro era una prisión perfecta; además, las criaturas del jardín no querían escapar de los excitantes placeres del *shanga*.

Estaba derrotado antes de empezar. Winters miró amargamente los muros que le mantenían prisionero; entonces su mirada se fijó en los postes que sujetaban los prismas del *shanga*.

Aproximándose al más cercano, lo estudió. Se trataba de una larga barra de metal que se encontraba a una distancia tal que él no podía alcanzar. Se extendía de un lado al otro de la arena y por encima del muro, junto con otro, concentraba los rayos del *shanga* sobre la arena del circo. Estaba muy alejado de su alcance, pero si un hombre tuviera una cuerda...

Winters se dirigió hacia el interior de los árboles; encontró plantas trepadoras y enredaderas, las arrancó y las fue tejiendo juntas. Encontró un leño pequeño en una trampa, lo bastante pesado para sujetarlo a un extremo de su cuerda y hacer contrapeso, lo bastante ligero como para poder lanzarlo, luego retornó a donde se encontraba la barra.

Al tercer intento el leño pasó al otro lado de la barra, dejó que la cuerda se deslizara hacia abajo y luego hizo un nudo que unía los dos cabos. Una mano tras otra, rezando para que las plantas trepadoras no se deshicieran, comenzó su ascenso.

Cuando llegó a la barra le pareció haber recorrido un largo camino. Se sintió desnudo y débil a la luz de la luna.

Mientras ascendía, las plantas trepadoras resistieron, y no se oyó ninguna voz que le diera el alto. Llegó a la barra, caminó sujetándose a la misma y luego se dejó caer de la cuerda que había tejido. Finalmente se encontró a salvo en las gradas.

Evitando la guardia que se encontraba en el túnel, salió del anfiteatro y dio la vuelta por donde se encontraba la cuesta, manteniéndose siempre a cubierto, arrastrándose como un gusano cuando no tuvo más remedio. Las sombras cambiantes que producía la luz de las lunas le ayudó, ya que hacía que la visibilidad fuera algo traicionero.

El palacio se elevaba sobre él, enorme y oscuro, aplastado por el peso del tiempo.

Sólo se veían dos luces. Una en la planta baja, posiblemente la luz del cuerpo de guardia, la otra en la tercera planta, era débil, como producida por una única antorcha. Supuso que se trataba de la habitación de Fand.

En la parte alta de la cuesta había una gran masa de ruinas que servía como contrafuerte a un borde del jardín de palacio y al mismo palacio. Esta masa no podría haber sido vigilada, ni aunque hubiera habido allí guardias, lo que no era el caso. Caminando en silencio, con sus pies descalzos, Winters pasó a través de grandes salones vacíos, intentando desarrollar un plan en su mente.

Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad; por las aspilleras penetraba la luz necesaria para ver por donde caminaba. Habitaciones, corredores, salones, todo olía a muerte, a sueños sobre sus descoloridas banderas y sobre los trofeos que recordaban glorias pasadas.

Winters sufrió un escalofrío; algo, con el frío aliento de la eternidad, vivía en aquel lugar.

Encontró una rampa, luego otra, y finalmente llegó a la planta tercera y vio la luz: un breve parpadeo de luz tras una puerta.

No había ningún guardia; esto le supuso un alivio; no sólo porque era una dificultad que se había eliminado, sino porque confirmaba su presentimiento de que Fand era una persona que no quería que sus idas y venidas fueran públicas. Situado en aquel lugar un guardia sería un adorno inútil. Allí Fand se encontraba en su terreno, no tenía enemigos.

Salvo uno.

Winters abrió la puerta sin hacer ruido; una doncella dormía sobre un lecho bajo; ni se movió cuando él pasó. Más allá de un arco, cubierto de pesadas cortinas, encontró a su señora Fand.

La mujer dormía sobre un enorme lecho tallado, el lecho de los reyes de Valkis. Parecía un niño perdido en la inmensidad de aquella cama. Era muy bella, muy malvada y condenablemente hermosa.

Winters la golpeó sin piedad, por lo que pasó del sueño a la inconsciencia, y no lanzó ningún grito. Con las sedas y las hermosas fajas que encontró en la habitación la ató y amordazó; luego huyó con el ligero peso sobre su hombro. Volvió silenciosamente por el camino que había recorrido, hasta salir del palacio.

Salir de allí fue increíblemente fácil; nunca se llegó a imaginar que así fuera, pero así fue. Pensó que, después de todo, los hombres rara vez intentan lo imposible.

Fobos ya se había puesto tras completar su rápida trayectoria alrededor de Marte. Deimos estaba demasiado baja para proporcionar mucha luz. Unas veces llevaba a la inconsciente Fand, otras la arrastraba a través de espacios

abiertos, hasta que volvieron al anfiteatro; luego atravesaron las gradas llenas de asientos hasta llegar al muro.

Fue una caída de veinte pies, en la que Winters puso cuidado para que la mujer no se lastimara. No la quería muerta; luego se deslizó por la barra, sujetándose con las puntas de los dedos, para finalmente dejarse caer sobre el terreno acolchado que formaban los arbustos.

Una vez que recuperó el aliento, volvió a comprobar que Fand no había sufrido ningún daño; luego la llevó, con rapidez, al refugio que ofrecía aquel demoníaco jardín. Recordando un lugar, próximo al claro central, en el que los arbustos eran especialmente densos, se arrastró hacia allí, agradecido por haber encontrado un lugar así para ocultar a la heredera de los reyes de Valkis.

Luego esperó.

Los ojos de la mujer se abrieron, en medio de la tenue luz, mirándole por encima de la mordaza de seda escarlata que llevaba puesta. El terrestre contestó a su pregunta sin palabras:

—Sí, estás aquí, en el jardín del *shanga*; te traje aquí, Fand; tenemos que tratar de un asunto.

El terrestre le quitó la mordaza, manteniendo su mano cerca de su boca, para que no gritara. Ella le dijo:

—Terrestre, no habrá ningún trato entre nosotros.

—Tu vida por la mía, la de Jill y la de todos los demás que aún puedan salvarse. Destruye los prismas y detén esta locura; así podrás vivir para llegar a ser tan vieja como tu madre.

Ella no sentía miedo, tenía un orgullo indomable y odio, pero no miedo; rio.

Burk le puso la mano alrededor de la garganta y extendió sus dedos alrededor de su cuello, luego dijo:

—Es muy esbelto, suave y tierno, se quebrará con facilidad.

—Rómpelo; el *shanga* seguirá sin mí. Kor Hal lo continuará. Y tú, Burk Winters, no puedes escapar.

Mostró sus blancos dientes en una sonrisa burlona y continuó:

—Tú correrás con las bestias; ningún hombre puede liberarse del *shanga*.

Winters asintió con la cabeza y dijo tranquilamente:

—Lo sé; por eso debo destruir el *shanga*, antes de que el *shanga* me destruya a mí.

La mujer miró al terrestre, desnudo y desarmado, arrastrándose entre los arbustos y volvió a reír una vez más.

El terrestre se encogió de hombros y explicó:

—Quizá sea imposible; en cualquier caso, no lo sabré hasta que sea demasiado tarde. Fand, lo que verdaderamente me preocupa no es esto. Yo podría ser totalmente feliz corriendo a cuatro patas en tu jardín; quizá pudiera ser totalmente feliz silbando y revoleándome en el lago. Ahora, el sólo pensarlo me enferma, pero bastaría un toque de la radiación del *shanga* para que todo cambiara. No, no soy yo lo que importa, ni siquiera Jill.

—¿Entonces, qué es lo que te importa?

Con un tono grave, Winters le dijo:

—También la Tierra tiene su orgullo, un orgullo más joven y más primitivo que el vuestro; un orgullo que, en algunas ocasiones, ha podido ser implacable y desagradable. Lo admito; pero en conjunto, la Tierra es un buen planeta, y su gente es buena gente. Los terrestres han hecho más por el avance del Sistema Solar que todos los habitantes de los demás planetas juntos. Como terrestre, no me gusta ver a mi mundo despreciado.

Miró hacia arriba, alrededor del anfiteatro y prosiguió:

—Pienso que la Tierra y Marte pueden aprender mucho uno del otro, siempre y cuando los fanáticos de ambos lados cesen de plantear problemas. Fand, tú eres la peor fanática de que he oído hablar; tú vas más allá del fanatismo.

La miró interrogativamente y terminó diciendo:

—Pienso que estás tan loca como tu madre.

Ella no comenzó a arder de ira al oír esto; lo que convenció a Burk de que no estaba loca en absoluto; sólo tenía deformada su manera de pensar por la forma en que había vivido y las cosas que le habían enseñado. La marciana le dijo:

—¿Qué planeas hacer sobre todo esto?

—Esperar. Voy a esperar hasta que amanezca, o quizá un poco más. En cualquier caso tendrás tiempo de reflexionar sobre lo que te he dicho. Luego te daré una última oportunidad. Si no la tomas te mataré.

Ella estaba sonriendo cuando le volvió a colocar la mordaza. En sus ojos no aparecía ninguna duda.

Pasaron las horas, la oscuridad dio paso a la aurora y luego a la luz del día. Winters se sentó inmóvil, con la cabeza agachada sobre las rodillas. Los ojos de Fand estaban cerrados, parecía como si estuviera durmiendo.

Con el sol el jardín despertó a la vida; alrededor de la espesura en la que se encontraban, Winters oyó las pisadas acolchadas y los gruñidos de las bestias del *shanga* provenientes de todas las direcciones. Los seres gritaban

en el lago poco profundo y su olor, que recordaba al del almizcle, corrompió el viento, agriándolo. Winters sufrió un escalofrío, como un hombre que tuviera fiebre; sus ojos pensativos se veían atormentados.

Tras un rato llegó Jill, que le había encontrado con su instinto animal. Como un animal, llegó deslizándose por entre los matorrales sin hacer ruido.

Iba a gritar al ver a Fand, pero el terrestre la calló. La joven se acostó a su lado, observándole. Ella le temía, y sin embargo no podía alejarse. Burk le dio un golpecito en su hombro. Cogió su mano y la notó suave, fuerte y temblorosa. Su mirada era como la de una cierva, llena de tristeza y anhelos salvajes.

El rostro de Winters llegó a ser tan triste y sin piedad como las desoladas estrellas que observaba en el espacio exterior.

El tiempo pasó rápidamente. Jill comenzó a mirar a lo alto, hacia los prismas. Winters notó como el nerviosismo crecía en la mujer.

Sacudió a Fand para que se despertara. La mujer abrió los ojos y le miró. Burk conocía la respuesta a su pregunta antes de que la formulara.

—¿Y bien?

Ella negó con la cabeza.

Al principio, Winters sonrió y dijo:

—He decidido, que después de todo no te voy a matar.

Lo que hizo a continuación fue hecho de forma rápida y eficiente. Nadie pudo verlo, con la excepción de Jill y la misma Fand.

Jill no comprendió nada. La heredera de los reyes de Valkis lo comprendió todo demasiado bien.

El público comenzó a entrar en el anfiteatro. Los marcianos acudían a ver un espectáculo, venían a aprender a despreciar y a odiar a los hombres de la Tierra. Winters les estaba observando. Todavía seguía riendo.

De repente se volvió hacia Jill. Cuando se levantó de allí, un poco después, lleno de arañazos y jadeando, la joven se encontraba fuertemente atada con trozos de tela desgarrados de las ataduras de Fand. Ahora no podría acudir, sin ayuda, a los fuegos del *shanga*.

Los marcianos iban llenando las gradas. Kor Hal llegó al palco real, trayendo del brazo a la vieja dama.

Sonó el gong.

V

Winters observó de nuevo la reunión de las bestias del *shanga*. Ocultos en la espesura, más allá del alcance de los rayos, pudo ver cuerpos peludos precipitarse y empujar hacia el claro central. Pudo ver el brillo de sus ojos drogados. Les oyó gruñir y lanzar quejidos, a lo largo y ancho de todo el jardín corría el grito de ¡*Shanga!* ¡*Shanga!*

Jill se retorció y golpeaba sumida en la agonía de su deseo. Sus gritos no se oían debido a la mordaza de seda que apretaba su boca. Winters no podía soportar el mirarla ya que sabía cuanto estaba sufriendo. El estaba sufriendo también.

Vio que Kor Hal se encontraba apoyado hacia delante en la pared del palco, mirando hacia el jardín. Burk sabía lo que el marciano estaba buscando.

Las últimas notas del gong se extinguieron, un silencio mortal cayó sobre el claro. Antropoides peludos, bestias sangrientas que corrían a cuatro patas, criaturas innominadas más allá del mono, cosas que se arrastraban, húmedas y con escamas brillantes, todos en silencio, todos aguardando.

Los prismas comenzaron a brillar. El hermoso y perverso fuego del *shanga* llenó el aire. Burk Winters se colocó la mano entre sus dientes y se mordió hasta hacerse sangre.

Le pareció oír un suave y tenue sonido que se levantaba de entre los floridos arbustos que rodeaban el lago. Arbustos de tallos gruesos, que se encontraban completamente expuestos a los rayos de los prismas.

¡*Shanga!* ¡*Shanga!*

Tenía que ir al claro, bajo la luz orgullosa que no podía soportar. Debía volver a sentirla quemando su carne, debía sentir la locura y la alegría. No podía permanecer alejado.

Desesperado, huyó hacia donde se encontraba Jill y allí, agarrado a la joven comenzó a tener espasmos de tormento.

Oyó la voz de Kor Hal que le llamaba por su nombre.

Se forzó a sí mismo a dejar de temblar y se puso en pie, a la vista del palco real. Los marcianos se colocaron en filas, a ambos lados, mirándolo con interés, desviando momentáneamente su atención, de la orgía de las bestias del *shanga*. Winters dijo:

—Aquí estoy, Kor Hal.

El hombre de Barrakesh le miró y rio diciendo:

—¿Por qué luchas Winters? Sabes que no puedes dejar el *shanga*.

Winters le respondió:

—¿Dónde está tu suma sacerdotisa? ¿Se ha cansado de este deporte?

Kor Hal se encogió de hombros y dijo:

—¿Quién es capaz de conocer la mente de Fand? Ella va y viene según su voluntad.

Se apoyó hacia delante en la pared del palco y dijo:

—¡Sigue Winters! El fuego del *shanga* te está esperando. ¡Mirad como suda, intentando ser un hombre! ¡Sigue, únete a tus hermanos simios!

Las frías risas burlonas de los marcianos cayeron sobre Winters, tan agudas como si fueran lanzas.

Permaneció allí, desnudo, a la luz del sol, su cabeza testarudamente erecta y sin moverse. No podía controlar el temblor de sus miembros ni que su respiración se fuera acelerando, el sudor corría por sus ojos y le cegaba. El fuego del *shanga* se ponía de manifiesto en los cuerpos retorcidos.

Pensó que se iba a volver loco, pero no se movió.

Los marcianos le observaron.

Kor Hal dijo:

—Entonces, terrestre, irás mañana, o quizá al día siguiente.

Winters sabía que le estaba diciendo la verdad, que terminaría acudiendo al *shanga*, que no podría soportar aquello otra vez. Si todavía estaba vivo en aquel jardín diabólico, la próxima vez que sonara el gong iría con todos los demás.

Finalmente el fuego del *shanga* murió al apagarse el último prisma. Las criaturas yacían rígidas en el suelo. Los marcianos suspiraron y comenzaron a removerse para abandonar el anfiteatro. Entonces Burk Winters gritó:

—¡Esperad!

La voz se extendió hasta las gradas superiores que estaban vacías e hizo que todos los ojos se dirigieran hacia él. Había desesperación en aquella voz y triunfo y la rabia de un hombre llevado más allá de los límites de la razón.

—¡Esperad hombres de Marte! Habéis venido a ver un espectáculo; muy bien, yo os proporcionaré uno. Tú Kor Hal me dijiste algo cuando vinimos a Valkis; me hablaste de los habitantes de Caer Dhu que inventaron el *shanga* y de cómo se destruyeron en una generación. ¡En una generación!

Caminó hacia delante, notando que su denuncia había supuesto un alivio para sus torturados nervios. Prosiguió:

—Nosotros, los terrestres, somos una raza joven; todavía próximos a nuestros comienzos, por eso nos odiáis y os burláis de nosotros y nos llamáis

monos. Muy bien. Pero la juventud da fuerza; bajamos lentamente por la cuesta del *shanga*.

»Pero vosotros, los de Marte sois viejos. Habéis recorrido un largo camino en el círculo del tiempo. El fin siempre está más cercano que el principio. En una generación, los hombres de Caer Dhu desaparecieron. Nuestras fibras son de acero, las vuestras solo de algodón.

»Esta es la causa por la que ningún marciano practica el shanga, y por lo que fue prohibido por las ciudades estado. No os atrevéis a practicarlo porque os arroja precipitadamente, siguiendo el camino evolutivo hacia vuestro fin, ¿o quizá hacia vuestro principio, quién sabe? Pero no tenéis el valor de emprenderlo, tenéis miedo.

Un aullido de burla y enfado se alzó de entre la multitud.

Kol Hal gritó:

—¡Escuchad al mono! ¡Escuchad a la bestia que hemos arrastrado por las calles de Valkis!

Winters le respondió:

—¡Sí escuchadle! Porque la Dama se ha ido y... ¡sólo el mono sabe dónde se encuentra!

Se produjo el silencio y entonces Winters rio y dijo a continuación.

—Quizá no me creáis, pero os diré como lo hice.

Se lo explicó; la gente le escuchó y comenzó a gritar a llamarle mentiroso y a burlarse. Kor Hal se rio, mirándole directamente a la cara. El terrestre gritó:

—Esperad, os traeré a la mujer.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el claro; fue deprisa, pues las bestias estaban ya comenzando a removerse conforme se iba desvaneciendo el atontamiento transitorio que les habían producido los prismas. Recordaba, de sus experiencias con el *shanga*, que antes de que retornara completamente la conciencia, se producía un período de delirios, por lo que, incluso en los solariums de las ciudades comerciales, no se dejaba marchar a la gente hasta que pasaba un tiempo.

Abriéndose camino entre los cuerpos de las bestias, saltando sobre ellos, evitando rozar las cosas escamosas llegó a un macizo de arbustos con flores, próximo al lago y buscó en su interior.

A partir de lo que le había dicho Koal Hal, Winters había supuesto, aunque no lo sabía con seguridad que la metamorfosis era rápida. Pero nunca sospechó que era vertiginosa hasta ese extremo, hay cosas que es mejor que un hombre ignore.

A pesar de intentar evitarlo gritó; no quería mirar a la cosa que yacía allí, ni siquiera quería saber que tal forma de vida hubiera existido, o pudiera existir. Pero aun así y todo miró. Estaba muy cerca de la cosa, así que podía deshacer los lazos de seda que la mantenían sujeta a las raíces de los arbustos, tuvo que tocarla y poner sus manos sobre aquella cosa suave y mover su flácido peso, evitar que no se retorciera y se le escurriera y tocara su propio cuerpo.

Tenía ojos, eso era lo peor de todo, tenía ojos y miraba con ellos.

Se alejó de la espesura llevando su bulto, volviendo a través del claro. Allí se encontraban ya dos grandes machos luchando por ella, en el espacio abierto frente al palco real, en donde todos pudieran verlos.

Elevó la cosa en alto sobre su cabeza, a la luz del sol y gritó:

—¿La reconocéis? Es la última de la casa real de Valkis. ¡La Dama Fand!

Mostró una parte de la anatomía de aquel ser que no cesaba de moverse; podía tratarse del cuello, porque un collar de placas de oro lo rodeaba.

Durante un tiempo mantuvo así a la criatura; los rostros de los marcianos miraban como si fueran máscaras de hombres muertos hacía mucho tiempo. Kor Hal se levantó y agarró a los bordes de la barandilla de piedra.

Luego el terrestre dejó en el suelo su carga y retrocedió hacia el césped de donde había sacado aquella cosa terrible. Dijo en voz alta:

—¡Mirad aquí, marcianos! ¡Este es vuestro origen!

En medio del completo silencio que se produjo, la anciana se levantó; durante un instante permaneció mirando hacia abajo; parecía que iba a hablar o a llorar, pero no emitió ningún sonido. Entonces cayó por encima del muro del palco real directamente hasta la arena. Ya no se volvió a mover.

Como si la anciana les condujera los marcianos se levantaron y lanzaron un gran grito, y la siguieron, lanzándose desde el muro, no a la muerte, sino a la venganza.

Winters corrió, liberó a Jill en un instante, y la arrastró a las partes donde la vegetación era más densa; la boca del túnel no estaba muy lejos de allí.

Los marcianos se amontonaron en el claro; las bestias del *shanga* les vieron; lanzando gritos y gruñidos se lanzaron a enfrentarse con sus atacantes.

Cuchillos, espadas cortas y puños claveteados se enfrentaron a los colmillos, garras y poderosos músculos de los brutos. Las criaturas escamosas atacaron aquí y allí, silbando, azotando a sus enemigos con sus filas de dientes de reptil, finos como agujas. Unas manos inmensamente grandes machacaban y desgarraban quebrando huesos como si fueran cerillas,

rompiendo cráneos. Las delgadas hojas de los cuchillos y espadas brillaron a la luz del sol, lenguas brillantes que hablaban de muerte.

Aquel día se vengaron en el jardín del *shanga*.

La venganza de la Tierra sobre Marte y la venganza de los hombres sobre la vergüenza de sus antecesores.

Winters vio a Kor Hal atravesar con su espada el horror reptante que una vez había asido Fand. La acuchilló una y otra vez hasta que paró de moverse. Luego gritó el nombre de Winters.

Nadie habló, no había nada que decir. Con las manos desnudas Winters se enfrentó con la espada del marciano. A pesar de la carnicería de pesadilla que era aquella batalla que se estaba desarrollando a su alrededor, los dos se enfrentaron a solas. Los dos tenían un asunto pendiente que debían resolver a solas.

Winters recibió una profunda cuchillada en el pecho, por encima de su corazón, antes de poder agarrar el brazo de Kor Hal y romperlo. El marciano no emitió ningún quejido; con su mano izquierda, intentó alcanzar el cuchillo que llevaba en su cinturón, pero este nunca llegó a salir de su funda. Winters colocó una rodilla debajo del cuerpo de Kor Hal y su muslo encima de su cintura, mientras que con el codo le apretaba la garganta.

Tras apretar durante un corto espacio de tiempo, abandonó aquel cuerpo destrozado y se alejó para coger la espada.

A través del túnel los guardias venían corriendo hacia la arena.

La lucha seguía extendiéndose hacia el lago. Encerrados por la pelea, formando grupos que se desplazaban de un lado a otro, las bestias del *shanga* mataban marcianos y eran muertas por ellos.

Las aguas del lago se habían teñido de rojo, desde el barro de la orilla, el cadáver de un marciano, estaba siendo arrastrado con fuerza hacia el interior de las aguas. Había algo oculto bajo su superficie, algo que no era capaz de luchar en tierra, sino que simplemente esperaba tranquilamente en su interior para obtener su alimento.

Ahora los guardias habían llegado con sus largas picas. Winters sabía que finalmente no quedaría ninguna criatura viva en el jardín. Eso estaba bien.

Tomó a Jill de la mano y la condujo hacia el túnel, corriendo entre los árboles. La lucha ocupaba ahora la atención de todo el mundo. Los machos eran difíciles de matar, ya que luchaban por lo que amaban: el *shanga*.

El túnel estaba vacío, la puerta abierta, y los guardias se encontraban fuera, en la arena, muy atareados. Winters y la joven huyeron a través del

pasadizo subterráneo, ocultándose fuera del anfiteatro, justo antes de que otro grupo de guardias, procedentes del palacio, llegara.

Desde allí con muchísima prisa pero con infinito cuidado, fueron haciendo su camino, descendiendo por los acantilados a través de las ruinas muertas de Valkis y luego, a través del desierto, llegaron a ciudad viva que había sido construida junto al canal. El avión de Kor Hal se encontraba en el campo donde Winters recordaba que lo había dejado.

Introdujo a Jill dentro del aparato y mientras la miraba, vio a una multitud enfurecida salir de Valkis, a donde habían llegado con demasiado retraso noticias de su crimen y huida.

El avión despegó y Winters lo situó en dirección a Kahora. Ahora que todo había terminado sintió un gran cansancio y un invencible deseo hasta de olvidar el nombre del *shanga*, aunque sabía que nunca lo podría olvidar. El fuego dorado le había quemado demasiado hondo. Sabía que siempre estaría hechizado por el hermoso rostro de Fand, amarrada en el claro y por el grito que emitió cuando la luz de los prismas se derramó sobre ella. Ni siquiera los psiquiatras serían capaces de hacerle olvidar.

Los gobiernos de la Tierra y Marte^[20] se ocuparían ahora de que el *shanga* fuera prohibido para siempre. Se encontraba feliz, pero no orgulloso, de lo que se había obligado a hacer; pero aun así...

Miró a Jill, y rezó para que algún día, en poco tiempo, volviera a ser dueña de sus actos. El estigma del *shanga* la abandonaría y volvería a ser Jill Laland, la mujer a la que le había dado su corazón.

Pero *¿lo olvidaría por completo?* Por un momento le pareció oír la voz burlona de Fand, diciéndole a su alma. *¿Olvidarás el shanga Burk Winters? ¿Puede alguien, que ha corrido con las bestias del shanga, volver a ser el mismo otra vez?*

No lo sabía, miró hacia abajo y vio como el humo comenzaba a elevarse desde el demoníaco jardín del *shanga*. No lo sabía.

FIN

Los arqueólogos siguieron buscando tumbas, sin pensar que en el antiguo Marte vivieron seres semejantes a dioses, los quiru; en «La espada de Rhiannon» se narra lo que aconteció al arqueólogo que descubrió su tumba; pero otro arqueólogo, Max Brandon, la visitó.

Allí se encontraban depositados los instrumentos científicos que Rhiannon había entregado a los reptiloides dhuvianos y que largo tiempo después de su derrota pasaron a poder de otra raza culta y humana, los prira cen.

Conforme transcurría el tiempo, parte de los instrumentos seguían en la cripta, una edad sucedía a otra, el archipiélago donde se encontraba la antigua tumba pasó a llamarse islas de Rhiannon, pasó más tiempo, el mar se secó, los prira cen y sus enemigos se extinguieron, al menos en apariencia... no hay que olvidar que una de las técnicas de los quiru permitía que el espíritu de un ser ocupara el cerebro de otro, junto con su propietario o sin él, como se describe en la precitada novela.

En ese momento llegó un arqueólogo terrestre, más o menos perseguido por las autoridades marcianas y dos enemigos, ¿o amantes?, se encontraron más allá de la muerte.



EL HECHICERO DE RHIANNON

Los marcianos habían sobrevivido, manteniendo su antigua pujanza, empleando, para ello, sus propios métodos. Hasta que una nueva raza había alcanzado su moribundo planeta.

Tenían métodos para sobrevivir, sobre el antiguo Marte, que entrelazaron las vidas de tres personas, de una raza ajena a su época, su planeta y a todo su esquema vital.

I

Había pasado tres días sin beber agua. En medio de la tormenta que le había sorprendido, muy alejado de su nave, había perdido casi toda la comida concentrada que le quedaba. Además aquel vendaval le había empujado todavía lejos de ella, haciéndole perder toda esperanza de encontrarla de nuevo.

Los restos de comida concentrada que le quedaban se encontraban en el bolsillo del cinturón y resonaban al tocarlos, completamente inútiles, ya que su garganta estaba tan seca que rehusaba tragarlos.

En ese momento, Max Brandon se colocó de pie en lo alto de una duna, del polvo de color ocre que se extendía hasta el infinito, y observó como se aproximaba una nueva tempestad.

La tormenta se extendía, pegada a la tierra, a través de las ilimitadas extensiones del desierto, aparecía de color rojo sangre al ser iluminada por el pequeño y lejano sol que iluminaba Marte.

Brandon oyó, por encima de donde se encontraba, el agudo quejido de los vientos que proseguían su eterno vagabundeo a través de los fondos de los mares muertos de Marte.

El rostro de Brandon, con las facciones nítidamente cinceladas, era hermoso. Tenía los ojos azules como el mar y la piel bronceada. También tenía grabadas las cicatrices provenientes de las heridas sufridas en la batalla. Estas en vez de disminuir aumentaban con el paso del tiempo, haciendo que una mueca pareciera dibujarse en su rostro.

El hombre susurró para sí mismo:

Esta vez, parece que el ladrón de tumbas va a ser enterrado, por fin.

El viento le golpeaba, incesantemente, en el rostro, llenando de polvo color ocre sus ojos, su boca y el mechón, de color rubio rojizo, que constituía su barba. El hombre increpó a la tormenta gritando:

—¡De acuerdo! ¡Veremos si eres capaz de vencerme y hacer que me arrastre por el suelo!

Hizo oscilar su mano, de forma burlona, y luego descendió tambaleándose, a la parte inferior de la duna que se encontraba bajo sus pies.

Se dijo a sí mismo, con ironía.

Brandy, no te esfuerces, no hay nadie por aquí que vea como actúas. No hay hermosas señoritas, ni televisores interestelares. A la tormenta no le

importa lo que te suceda, Y tú, tú, vas a morir, pronto estarás muerto, como cualquier persona ordinaria.

Las rodillas se doblaron bajo su peso, arrojándolo, cuan largo era, sobre el polvo sofocante. La cosa más sencilla que podía hacer era permanecer tumbado allí mismo. Ahogarse en aquellos fondos secos de los mares marcianos era exactamente igual que ahogarse en el mar.

Lo único que tenías que hacer era respirar.

El terrestre pensó en todos los navíos que se habrían ido a pique cuando allí, en aquel lugar, se extendía un mar; pensó en como, finalmente, los huesos de los antiguos marcianos ahogados en el mar y sus propios huesos se unirían para siempre, transformándose en polvo rojo, que volaría por toda la eternidad, siguiendo el vagabundeo del viento.

Hizo una mueca enseñando sus blancos dientes, que brillaron durante un instante, luego prosiguió diciéndose a sí mismo:

Siempre lo he dicho, Brandy, sabes demasiado para pedirle consejo a cualquier persona.

Todo el mundo con el que había hablado, le había aconsejado que no fuera a aquel lugar. Jarthur, director de la Sociedad para la Preservación de las Reliquias Marcianas, Sylvia Eustace y Dhu Kar de Venus.

Jarthur quería enviarle a las minas de Fobos por saqueo; esto, ciertamente, era un mal asunto. Sylvia quería casarse con él, lo cual era todavía peor. Dhu Kar, su mejor competidor, y más mortal enemigo, quería ser el primero que fuera a las Islas Perdidas, y esto último era, con diferencia, lo peor de todo.

Brandon aún pudo reflexionar y pensó:

Así fue como vine aquí, justo en medio de la estación de las tormentas, y a lo que se ve, aquí sigo.

Pero el terrestre no pudo seguir tendido; algo le empujó y le hizo intentar ponerse en pie nuevamente y caminar; algo que no escuchaba lo que su mente le estaba diciendo a sí mismo, sobre su inutilidad e inconsciencia que le iba a costar la vida.

Siguió intentando levantarse, arrastrándose sobre sus manos y rodillas, camino de ninguna parte. La sed del desierto marciano le quemaba como si fuera un fuego viviente y los primeros y oscuros velos rojos de la tormenta soplaban a su espalda.

Comenzó a ver cosas a través de nubes, vio barcos con todas sus velas desplegadas, vio las antiguas galeras marcianas de alta proa, pudo oír el tañido de las campanas de sus aparejos, se dio cuenta, con la última porción

de su mente que permanecía cuerda, que el sonido era producido por su propia sangre que latía en sus oídos.

El viento gritaba sobre el terrestre y el polvo rojo fluía, como si fuera agua. Ya había caído el crepúsculo y las galeras avanzaban impetuosas cada vez más deprisa.

Las galeras avanzaban por en medio de la claridad, por ello se dio cuenta de que se estaba muriendo, sin embargo no quiso tenderse y esperar la muerte.

En ese momento, a través de aquellos navíos fantasma, vio que un pecio se removía. Había perdido sus mástiles, su casco estaba agujereado, su elevada popa resplandeciente, se mantenía en alto, en un último desafío a los vientos.

Max Brandon sabía que estaba casi muerto, pues pudo ver claramente el pájaro de amplias alas que en Marte era su representación.

Sus ojos llenos de polvo, incluso perdieron de vista a los barcos fantasmas. El terrestre se preguntó, pero de forma distante, como si no tuviera nada que ver con él, la causa de que imaginara el naufragio de aquellos navíos.

El viento siguió empujándole, hasta que finalmente cayó al suelo. Entonces se sintió arrastrado por una fuerza ciega, que le había atrapado y que de forma obstinada no estaba dispuesta a soltar su presa. Luchó contra ella una y otra vez.

El viento le arrastró con una energía malsana, siguió arrastrándole hasta que chocó con algo. Se trataba de algo sólido, algo inmóvil, algo duro, algo situado en el corazón del inmutable desierto marciano.

El golpe le hizo daño, le derribó y hubiera permanecido tendido allí si no hubiera sido porque el ánimo indomable que se alojaba en su interior le forzaba a continuar. Encontró que bajo sus manos había metal, metal que cantaba bajo el impacto de la tormenta. Miró hacia arriba, forzándose a sí mismo a hacerlo.

La cubierta inclinada de un navío se extendía ante su vista en medio del polvo del desierto, estaba completamente vacía, salvo por los restos de los mástiles rotos. Miró al barco y no pudo dar crédito a su vista, pero su cuerpo, lleno de dolor, le dijo que era real, que estaba aquí. Tocó con sus manos el metal de la campana y está comenzó a emitir un débil tañido.

El navío no le servía verdaderamente para nada, ya que allí no había agua. Pero el ánimo indomable que le había impulsado hasta allí, le obligó a subir por la rota barandilla de la nave hasta la cubierta inclinada y le condujo al amplio camarote de la popa.

Aunque débil y distante, su corazón latía con la excitación. Un navío, hundido hacía eones en el Mar de Kesh^[21], navegando sobre las arenas rojas de una tormenta...

Esto era imposible, era un sueño delirante. Pero ante él se encontraba la puerta cerrada del camarote, en ese momento, intentó abrirla.

No había cerradura.

Esto hizo que su enfado fuera en aumento, había llegado hasta aquí lejos, no podía ser detenido por este obstáculo. Se colocó en pie, con su rojizo cabello suelto, azotado por los vientos de la tormenta y llamó a la puerta, ordenando que abrieran.

Y se abrió. Max Brandon pasó al interior y la puerta se cerró silenciosamente.

El camarote estaba iluminado por una luz suave, percibía, así mismo, un débil aroma picante. Una mesa de teka marciana, con adornos de oro, se encontraba en el centro de la habitación cuya forma seguía la curva de la popa del navío. El camarote estaba amueblado con una riqueza y un lujo sombrío.

Un hombre se encontraba sentado, junto a la mesa, en un sillón tallado en madera. Era rubio y delgado, vestido con una túnica completamente negra, sin llevar más ornamentos que una curiosa corona formada por una banda de metal gris que le rodeaba la cabeza y soportaba la figura de un pájaro de amplias alas.

Su rostro era gentil, grave y tenía un aspecto más bien juvenil. Únicamente las arrugas alrededor de su boca y la oscuridad, de la profundidad insondable de sus ojos, podía proporcionar una pista sobre la edad de...

¿La edad de qué?

Max Brandon, aun notando que se moría siguió en pie, se percató de que aquel hombre no se encontraba en aquel lugar. La cosa era así de sencilla, aquel hombre no estaba allí, por que no podía estar.

Parecía estar vivo, pero era demasiado rígido; además, sus ojos no pestañeaban. Ni pestañeaban ni se movían, miraban fijamente a la joven que se encontraba frente a él.

Ella era poco más que una niña, en líneas generales ponía de manifiesto la fuerza flexible de una cierva que se encontrara durmiendo. Su rostro, bellamente cincelado, reflejaba la impronta de un orgullo, ardiente y vital.

La joven iba ataviada con una túnica blanca corta, ceñida con una guirnalda enjorada. El vestido no era más blanco que la piel de la joven. Sus ojos miraron al hombre, que se mantenía inconquistable, incluso al borde de la muerte.

La muchacha tenía los ojos dorados y claros, como el más puro de los metales. Su cabello caía sobre sus hombros formando un pico entre ellos; no era uniforme, estando más levantado en unos lugares que en otros, y lleno de rizos que se derramaban formando una cascada a su espalda.

Max Brandon la miró, tambaleándose, aun cuando se mantenía sobre sus pies, sintiendo como la sangre hinchaba sus sienes y formaba un nudo en su garganta.

El cabello de la joven era azul.

Azul. El azul profundo y animado de un mar terrestre, con toques de azul cobalto en los rizos y con el pálido color azulado producido por la distancia, en aquellos lugares en los que el cabello de la joven se encontraba con la luz.

Prosiguió su observación, en sentido descendiente, mirando los brazos de la joven; entonces se percató de los grilletes que sujetaban sus muñecas. Tenía las manos, delgadas y fuertes, descansando sobre la mesa. Sobre el pulgar de la mano izquierda llevaba un anillo engastado con una piedra de color azul mate.

El cerebro de Brandon se ocupaba de más cosas, además de la sed que le consumía, por ello susurró:

—¡*Los prira cen!* ¡Los hombres de cabellos azules! La raza más antigua^[22] de Marte. Esta raza es considerada casi como perteneciente a la mitología. Cuando los Hechiceros de las Islas Perdidas constituían el cerebro que gobernaba el planeta, ellos estaban ya casi extinguidos. ¡Y han transcurrido al menos cuarenta mil años desde entonces!

Una ola de oscuridad se cerró en torno al terrestre; provenía tanto de su mente que se estaba tambaleando, como de la desesperante debilidad de su cuerpo. Luchó contra ella, intentando mantenerse con vida, aunque sólo fuera un instante más.

Algo chisporroteó, sin brillo, sobre la mesa, junto al brazo del hombre que se encontraba vestido de negro. Se trataba de una pequeña botella transparente llena de un líquido ámbar.

En alguna forma, medio andando medio arrastrándose, el terrestre cruzó la cubierta. La botella estaba sellada con una curiosa sustancia. Golpeó el cuello del recipiente contra la mesa.

Una gota del fluido se vertió sobre su mano. Le dio un calambre, como si la sustancia estuviera cargada con alguna corriente eléctrica fuerte, pero Brandon estaba más allá de todo. Bebió.

Era un licor fuerte, quemaba y helaba simultáneamente. Algo de la locura que llenaba los ojos del terrestre desapareció. Permaneció en pie, durante

algún tiempo, observando a aquella joven bella, increíble e imposible, que tenía el cabello azul como el mar.

De repente, un veloz rayo de fuego cruzó su cuerpo, comenzó una temblorosa agonía en medio de la cual se encontraba un perverso sentimiento de placer. Sintió que su cerebro se detenía, justo como un motor al que se le hubiera roto una de sus bielas.

Luego se produjo en torno suyo una gran oscuridad y un inmenso silencio. Llegó arrastrándose a la parte más elevada de un montón de polvo. Por un momento, pensó que nuevamente había vuelto al desierto. Luego, la sensación de locura que había sentido desapareció. Se puso en pie, parpadeando, en medio de una oscuridad absoluta. Se dio cuenta de que al final, el mecanismo de la luz había fallado.

En aquella habitación cerrada se levantó un polvo que le asfixiaba. Se colocó, moviéndose con torpeza, en una esquina de la mesa; algo cayó a sus espaldas, produciendo un sonido, parecido a *uooooosh*. No podía ver, en absoluto, donde se encontraba la puerta.

Cuando, finalmente, sus manos la localizaron, se dio cuenta de que no tenía cerradura. Durante un instante le sacudió un pánico ciego. Luego recordó como había entrado en el camarote. Con un poco de incredulidad le gritó a la puerta:

—¡Ábrete!

No ocurrió nada; por ello Brandon permaneció en pie en medio de la oscuridad, como si fuera una rata atrapada en una ratonera.

Desde alguna parte, un pensamiento llegó a su mente, sin que él lo hubiera deseado en absoluto.

Coloca tus manos encima y empuja, así se abrirá.

Actuó en esa forma. Sus palmas desnudas tocaron el metal; sus músculos reunieron con dificultad toda la energía que les quedaba para realizar este esfuerzo.

La puerta se rompió por el lugar en donde se encontraban las bisagras y cayó sobre la cubierta con un ligero ruido.

II

La pálida luz del día marciano inundó el camarote. Brandon se percató de que los cojines y cortinas se habían transformado en polvo. La mesa de madera de teka todavía existía, pero su grano se había suavizado y, en parte desaparecido.

El hombre de negro había desaparecido completamente, a excepción de la corona de metal gris que yacía en el suelo, en medio de un montón de polvo.

Brandon se dio cuenta de que se había caído al suelo después del apagón. Miró directamente a la mujer y su corazón se contrajo, atravesado por una débil cuchillada de dolor.

De la joven, únicamente encontró un esqueleto desnudo que, incluso ahora, era hermoso en la blanca perfección de sus curvados huesos. Pudo ver los grilletos, la piedra azul del anillo que llevaba, brillando tenuemente sobre los huesos sin carne; la guirnalda enjoyada brillaba a través de los destrozados huesos de la pelvis.

El pequeño golpe de aire que se había producido al abrir la puerta, debía ser el causante de lo que había pasado. Cualquiera que fuera el mecanismo que controlaba la puerta había desaparecido junto con todo lo demás. Aunque sin mucha base, supuso que el mecanismo de la puerta funcionaba mediante una célula de selenio sensitiva a las corrientes de aire, no a la luz.

Recordando el débil olor picante que había percibido. Se preguntó si esto no estaría relacionado con la conservación de los cadáveres.

El camarote parecía estar cerrado herméticamente. El metal de la nave era una aleación con la que no estaba familiarizado, increíblemente fuerte para haber resistido durante eones la inmersión en el fondo del mar, y luego otros eones de sequedad, viento y mordiente arena.

El metal se notaba desgastado, cuando lo tocaba con sus dedos, parecía tener el grosor del papel, pero no estaba corroído en absoluto.

Brandon miró hacia delante, a lo largo de la cubierta. La tormenta de arena había vuelto a casi enterrar de nuevo al navío, pero las alas del pájaro que constituía el mascarón, situado en la parte más alta de la proa, todavía brillaban lanzando un desafío al tiempo.

Hizo una mueca, medio despectiva, para burlarse de sí mismo, de la excitación que sentía.

Brandon estaba considerado como un osado explorador, atacado en público por los científicos, pero secretamente apoyado por ellos mismos; también era muy apreciado por los ricos coleccionistas; todo lo anterior provenía de los tesoros arqueológicos que él robaba bajo las narices de los gobiernos planetarios y luego les vendía.

Todo este negocio le proporcionaba dinero, fama y grupos de personas que le adoraban, sobre todo mujeres. También le proporcionaba el placer que da el riesgo de estar bailando siempre sobre el filo de la navaja.

Esta situación prestaba a todas las actividades en que se veía envuelto, el glamour y la alegre extravagancia propia del teatro.

Pero, bajo todas estas apariencias, había algo que le empujaba hacia los antiguos lugares olvidados y hacia las cosas que se encontraban enterradas. Este impulso le provocaba un sentimiento que era verdadero y sincero y que, a decir verdad, no llegaba a comprender del todo. Lo único que podía decir es que le gustaba atrapar los destellos que cruzaban el velo del tiempo, encontrando los restos de la verdad que se encontraban adheridos al fondo de las leyendas.

Volvió a penetrar en el camarote. Sacó del polvo la corona de metal gris y la colocó apretada sobre su cabello rubio rojizo. Se detuvo sobre el esqueleto de la mujer, sin decidirse a tocarlo. Pero ardía en deseos de apoderarse de la guirnalda.

La alcanzó y entonces, sin saber por qué, tomó el anillo de brillo azul mate en lugar de la guirnalda.

Se puso la joya en el dedo anular y de repente, se sintió mareado. Se tragó una tableta de alimento concentrado y se encontró mucho mejor. El pequeño rozamiento que había tenido con el esqueleto de la mujer, provocó que este se desintegrara en polvo grisáceo.

Recogió del suelo la guirnalda, se la abrochó alrededor de su delgada cintura y prosiguió su búsqueda en el interior del camarote.

Había cofres llenos de rollos de fino metal, grabados con ácido, que se ennegrecían y comenzaban a escamarse simplemente con que los mirara. Tuvo un vislumbre de que las letras escritas en los rollos eran más antiguas que ninguna otra de las que había visto.

Había instrumentos y objetos de diseño totalmente inexplicable, demasiados para llevárselos. De cualquier modo, los más frágiles estaban totalmente destruidos. Recogió unos pocos de los más resistentes, los introdujo en sus bolsillos y salió del camarote.

Al cruzar la puerta rota, se detuvo al sentir un desagradable escalofrío. El hecho de romper una puerta sólo por tocar la... Hizo una mueca y se contestó a sí mismo:

Tranquilo Brandy, este metal era tan fino que un niño podría hacerle agujeros con sus dedos.

Conforme pensaba en la burlona respuesta que se había dado a sí mismo, la puerta que se encontraba junto a la barandilla se rompió y una ola de arena roja barrió la cubierta. El pájaro que constituía el mascarón de proa tembló, por un instante Brandon pensó que iba a emprender el vuelo.

El pájaro del mascarón cayó al suelo y fue enterrado por la arena.

Se alejó de allí, observando como el barco encontraba su última muerte en el mar seco de rojas arenas. Luego se dijo a sí mismo:

¿Y ahora qué? No tengo agua, casi tampoco comida y no tengo ni idea de donde me encuentro. Por cierto, hablando de agua...

El licor de la botella había sido, sin lugar a dudas, una bebida poderosa. Le había revivido como si hubiera sido una dosis de adrenalina, pero ahora...

Nuevamente se encontraba sediento.

Procuró olvidarse de la sed que le asaltaba haciendo planes. Había pensado que se encontraba cerca de las Islas Perdidas. De hecho, había aterrizado al creer que había visto el perfil de puertos secos y muelles de piedra.

—Pero estaba equivocado, la situación de las Islas Perdidas estaba sujeta a discusión. No había dos especialistas que estuvieran de acuerdo sobre el lugar en el que se encontraban.

Permaneció allí en pie, con su hermoso rostro, lleno de cicatrices, mostrando una mueca desafiante; una mueca que comprendió, se encontraba tan vacía de significado como su estómago. El pájaro de amplias alas sujeto al metal gris de su corona, brillaba sobre su frente.

Entonces, con un gentil encogimiento de hombros, se obligó a sí mismo a comenzar a caminar sobre la arena de color ocre.

El seco roce del polvo hizo que la sed creciera en su interior. El viento gemía a su alrededor; al cabo de un tiempo comenzó a oír una voz en medio de su ulular. Se dio cuenta de que estaba delirando y, por ello, se negó a escuchar.

Las nuevas fuerzas que le había insuflado el extraño fluido ámbar, se estaban extinguendo. Cayó sobre el polvo y lo maldijo con un susurro cortante. Entonces la voz del viento le dijo:

—Golpea la arena con tu mano.

Brandy hizo lo que le ordenaba la voz; lo hizo porque pensó que la voz era su propio deseo que hablaba. Golpeó el lateral de la duna que tenía ante sí, golpeó con el puño cerrado pero débilmente.

Se produjo un pequeño relámpago seguido de un trueno a su medida, y, enseguida, comenzó a llover.

Recogió el agua con el cuenco formado con sus manos y bebió como un animal, chapoteando, llorando. Luego, alzó su mano y se quedó contemplando alternativamente sus manos mojadas y el húmedo lugar que antes había sido polvo del desierto. Se retiró hacia atrás lentamente, con sus ojos azules abiertos de par en par y su cara curtida totalmente pálida. Sintió un escalofrío y se pasó una mano por su barba mojada, luego se susurró a sí mismo:

—¡Cielos misericordiosos!

El terrestre intentó dominar el terror que iba creciendo en su interior. Un pensamiento agradable llegó a su cerebro procedente del exterior.

—*El poder no es tuyo, únicamente se transmite a través de tu cuerpo.*

Brandon cerró los ojos y apretó sus puños cerrados contra sus sienes. Luego dijo:

—No, me moriré decentemente de sed si no tengo otra solución; pero no me volveré loco.

La voz le contestó en el interior de su cerebro:

—*Tú no estás loco, no tengas miedo.*

La última parte de la frase parecía como si el ser con el que hablaba condescendiera con él; por esto, Brandon se enfadó. Retiró su cabeza hacia atrás de forma que su silueta se parecía al pájaro de presa que llevaba en su corona. Le preguntó:

—¿Quién eres? ¿de dónde vienes?

—*Soy Tobul, Señor de los Siete Reinos. Mi cuerpo se ha transformado en polvo. Pero las frecuencias^[23] esenciales que activaban mi cuerpo, ahora se encuentran en el tuyo.*

De forma brusca Brandon le preguntó:

—Eso de lo que hablas es brujería, es una locura.

Fríamente, la voz murmuró en su interior.

—*Es brujería para los ignorantes, ciencia normal para la gente instruida. La vida es, fundamentalmente, una cuestión de frecuencias eléctricas, un consumo y una emisión de energía. No hay nada extraño en cargar un metal con vida eléctrica; entonces, ¿por qué ha de ser extraño cargar cualquier otra sustancia con otra fase de la esencia del Universo?*

Brandon miró al desierto que se extendía sin límites. Cató el polvo con su lengua, escuchó el gemido del viento. Se estiró un cabello de su barba rojo oscuro y sintió que le dolía. Aspiró una profunda bocanada de aire y dijo.

—De acuerdo, pero dime ¿cómo conseguiste introducirte en mi interior?

III

Nuevamente la voz susurró en lo más profundo de su interior, pero no para él, sino para sí misma.

—*Desolación; muerte y desolación. El mar las nubes, la fuerza y la potencia de la vida, todo se ha marchado. ¿Este planeta es Marte? ¿De verdad?*

Max Brandon sintió como una ola de tristeza pasaba a través de su cuerpo; inmediatamente después notó la punzada del miedo, todo ello de forma muy débil, como los recuerdos de un sueño, ya medio olvidado. La voz de Tobul le dijo:

—*Debo ir a Rhiannon lo más pronto posible.*

Brandon no pudo notar ninguna emoción en los pensamientos que llegaban a su cerebro, pero sintió en su interior un control de hierro que mantenía sobre él una fuerza casi bárbara. Susurró.

—*Rhiannon^[24], este es el nombre antiguo de las Islas Perdidas. Señor de los Siete Reinos, era el título del mago —científico que gobernaba medio Marte, desde su trono en Rhiannon.*

Antiguos reyes, seres profundamente enterrados, casi olvidados, cuyos recuerdos confusos eran alterados por la superstición y la leyenda. Habían pasado cuarenta mil años...

Brandon se sentó en el suelo rígidamente, todavía dudando de su cordura. Finalmente repitió en voz baja la pregunta que había realizado.

—*¿Cómo entraste en mi interior?*

—*Cuando se hundió el barco, tan repentinamente que no se pudo hacer nada para evitarlo, yo transferí lo más esencial de mi yo al líquido de la botella, preparado para ese propósito. Se trataba de un medio suspensivo ligeramente radiactivo. Aquellos eran tiempos revueltos, uno debía estar preparado.*

Las frecuencias colectivas que constituían mi frecuencia, permanecieron allí sin ser dañadas, hasta que te bebiste el líquido. Afortunadamente no era venenoso; tú me proporcionaste una fácil entrada a un huésped satisfactorio.

La figura del hombre que había estado junto a la botella, volvió a la mente de Brandon; su cara blanca y grave, sus ojos impenetrables. Aquel hombre llevaba muerto cuarenta mil años.

Brandon se humedeció los labios secos con la lengua y le preguntó a Tobul.

—¿Cuándo saldrás de mi interior?

—*Posiblemente nunca. Podría haberme construido otro cuerpo; el secreto de cómo realizarlo es conocido únicamente por... ¡Brandon, te lo aviso, mira bien lo que haces!*

La sensación fue semejante a la de una mano agarrando el cerebro. El impacto que se produciría sería horrible. Brandon sintió que su mente era completamente puesta al desnudo, comprobada, investigada y sacudida; luego se derrumbó. Tobul murmuró en su interior.

—*Tomó el cinturón cubierto de joyas de la mujer, y también mi corona y algunos otros instrumentos. El cinturón no es más que metal y joyas... ¡mira tus manos!*

Brandon las miró, lleno de rabia, pero incapaz de hacer nada por sí mismo.

—Brandon, el anillo azul que tomaste del pulgar de la mujer, ¿se encuentra allí?

El anillo brilló ligeramente al sol. Brandon lo miró y preguntó de forma directa.

—No comprendo, ¿de qué anillo hablas?

Tobul suspiró y a continuación dijo:

—*Sus ojos no ven, no tiene memoria. Sin embargo no puedo estar seguro de que sea así. El esfuerzo que tuve que realizar para abrir la puerta, después de muchos siglos de completo reposo, me ha debilitado mucho. Ella debe haber vaciado su mente. Pero es una apuesta que debo aceptar —ordenó—: Brandon, vámonos a Rhiannon.*

Brandon se levantó del suelo; podía observarse algo ominoso en la forma de sus anchos hombros. Antes de comenzar a caminar dijo, sin mayor énfasis:

—Espera un momento, yo también quiero encontrar las Islas Perdidas. Ciertamente esta cuestión de la posesión tiene sus ángulos fascinantes. Si tuviera que ser tolerante contigo estaría dispuesto a reconocerlo. Pero yo no estoy dispuesto a seguir tus órdenes sobre a donde tenemos que ir.

Se oyó la voz de Tobul que decía, sin poner de manifiesto, en absoluto, ninguna emoción:

—*Saca el instrumento que llevas en el bolsillo de tu izquierda y mira en él.*

—¿Me has entendido Tobul? No quiero que se invada la privacidad de mi mente y tampoco quiero que se me den órdenes.

Se detuvo, nuevamente la mano de hierro se cerró sobre su cerebro. La fuerza tranquila y aguda de esta sensación lo dejó mudo, como si fuera una

rama arrastrada por una avalancha.

El terrestre luchó, hasta que el sudor formó regueros a través de su rostro y su delgado cuerpo comenzó a dolerle por todas partes. Luchó para evitar que su mano se introdujera en el bolsillo y cogiera el instrumento que Tobul le había ordenado.

Pero el oscuro poder de la mente de Tobul, fuerte como el hierro, actuó de nuevo sobre su cerebro, se introdujo con paciencia en su interior y, como si se tratara de una caja, lo desenvolvió, lo suavizó y quebró todas las defensas.

Caminando con dificultad, sobre el desierto de color ocre, siguiendo la dirección indicada por la misteriosa aguja, del instrumento que le había indicado Tobul y que no dejaba de vibrar, todavía tuvo tiempo para susurrarse a sí mismo un pequeño chiste.

—Brandy, Brandy, siempre te he dicho que la bebida te causaría grandes problemas.

Transcurrieron dos frías noches marcianas junto con sus dos días. Brandon se estaba acostumbrando a obtener agua a partir de la arena mediante un golpe de su puño. Esto le gustaba, como a un niño pequeño puede gustarle el encender una cerilla.

Tobul, en un raro arrebato de locuacidad, le había explicado que la formación del agua era una simple cuestión de liberación de energía mental, la cual causaba que el oxígeno y el hidrógeno del aire se unieran para formar agua.

El golpe actuaba, simplemente, como un medio de dirigir la concentración mental.

El Señor de los Siete Reinos se había retirado completamente al interior del terrestre. Brandon no sentía ninguna sensación desagradable, ni diferente de las sensaciones a las que estaba acostumbrado por su salud de hierro. Únicamente, cuando pretendía desobedecer las órdenes recibidas y apartaba su camino de la dirección indicada por la brújula, era obligado a volver a la obediencia.

Esto le incomodaba, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Era terrible pensar en tener que vivir el resto de su vida hospedando en su interior aquella inteligencia parásita. El hecho ofendía su orgullo y su individualidad.

Sin embargo, tener contacto con una mente de cuarenta mil años de antigüedad, ser conducido a las Islas Perdidas de Rhiannon, el mayor misterio arqueológico de Marte...

Preguntó sobre la brújula, Tobul le contestó sin darle mayor importancia:

—*Sigue el impulso direccional emitido por la bóveda*^[25].

Luego, con todavía menos interés prosiguió dándole explicaciones a Brandon.

—*La bóveda sigue existiendo, y con ella todo lo demás.*

Durante un instante fugitivo, a través de la propia excitación que sentía, Brandon captó un sentimiento de tristeza manifiesta en Tobul, al mencionar la bóveda, mientras miraba, a través de ojos extraños, la momia de lo que había sido su mundo.

La mente de Brandon, conforme se acostumbraba a las extrañas condiciones de su presente existencia, pensaba cada vez más en la joven de pelo azul, sentada orgullosa, aunque encadenada, frente al lugar en el que se encontraba Tobul. Una vez le preguntó:

—¿Quién era la mujer?

La furia desatada de la respuesta de Tobul le sorprendió:

—*La criatura más peligrosa de Marte; en un poco más de tiempo podría haberla destrozado. Pero no fue así; en algún lugar su mente, al igual que la mía, se encuentra viva, y me desafía. ¡Brandon, sigamos adelante!*

Pero Brandon se mantuvo quieto en el lugar donde se encontraba, mientras un extraño escalofrío le recorría la espina dorsal. Luego le dijo a Tobul.

—Disculpa, pero la brújula se ha estropeado.

En ese momento, por un instante, la armadura que rodeaba la mente de Tobul desapareció, y Brandon pudo sentir por un segundo lo que sentiría un viejo planeta arrancado de su sol. Nunca olvidaría aquella sensación.

—*¡Kymra! En alguna forma, ella avanza delante de mí. ¡Brandon, sigamos adelante!*

Brandon se encogió de hombros y prosiguió su camino, diciendo:

—Lo mismo me da morir caminando que sentado.

Justo entonces, antes de que finalizara el breve crepúsculo, una nave aérea descendió del cielo, describiendo grandes círculos sobre la arena ocre; buscando a algo o a alguien.

El terrestre continuó diciendo:

—Puede que no sea Kymra de los *prira cen*; sin embargo puede que sea Dhu Kar de Venus, lo cual es mucho peor.

Brandon estaba bailando como un loco en la cima de una duna; estaba obedeciendo las órdenes de Tobul, pero también sus propios deseos.

La nave aérea descendió hacia el suelo.

Una figura alta y delgada, vestida con un traje de vuelo manchado por la grasa, saltó por la puerta de la nave y corrió hacia él, levantando una nube de polvo. Una voz clara gritó:

—¡Brandy! ¡Idiota!

Brandon la reconoció y dijo:

—¡Dios mío, es Sylvia!

La mujer cayó en sus brazos, le besó, le maldijo y bailó con él, todo ello a la vez.

—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? Llevo tres días buscándote sin parar.

Brandon la apartó y miró la ansiosa cara de la joven, semejante a la de un muchacho, encuadrada, como siempre, por la mata de pelo negro rizado. Sus ojos azules como el mar indicaban su gusto por la aventura, como los suyos. Cerca de sus ojos podían verse algunas manchas de grasa. Le dijo a la mujer:

—Syl, por una vez estoy contento de verte.

La joven le contestó en broma:

—Algún día comprenderás lo mucho que valgo y te casarás conmigo; así no tendré que estar siempre discutiendo con mamá, que está empeñada en que sea una chica glamorosa^[26], ni con papá que no para de decir que eres un bandido al que lo único que le importa es conseguir el dinero de los Eustace.

—Y ya no podré robar tumbas en paz.

De repente la joven se apretó contra él, apretándole los brazos con sus dedos hasta hacerse daño, a la vez le daba palmadas en los hombros. La joven le susurró.

—¡Oh, mi Brandy! Pensaba que estabas muerto.

En ese momento, Tobul le habló con rudeza a la mente de Brandon, diciéndole:

—*Deprisa, vamos a esa nave aérea; procuraremos encontrar a Rhiannon desde el aire. ¡Deprisa!*

Brandon, no estaba completamente de acuerdo con las órdenes recibidas, la causa era que la brújula había dejado bruscamente de funcionar.

Si Kymra, la del cabello azul, estaba realmente delante de ellos, eso querría decir que Tobul tendría problemas, lo cual, a su vez, significaba que Max Brandon tendría problemas, y en consecuencia Sylvia también los tendría. Como Sylvia le viera dudar sobre qué hacer, dijo:

—Brandy, harías bien en dejar de buscar las Islas Perdidas. Jarthur se está volviendo loco, porque sabe que tú sabes, lo que las reliquias que se encuentran allí pueden significar para Marte. Además está Dhu Kar.

Brandon, sorprendido, repitió el nombre preguntando.

—¿Dhu Kar?

—El venusiano partió el día después de que tú lo hicieras, tan pronto como se enteró. Jarthur también ha partido, con un montón de policías dispuesto a deteneros, tanto a él como a ti.

Llena de esperanza, Sylvia añadió:

—Claro que unos y otro se pueden haber perdido en medio de la tormenta de arena.

Brandon negó con la cabeza.

—Este es un gran desierto, y no creo que hayan sido tan tontos como yo, que me alejé demasiado de la nave.

Si quien había penetrado en la bóveda de Rhiannon era Dhu Kar, esto también significaba que habría problemas. El venusiano jugaba duro. Brandon había tenido anteriormente algunos roces con él y lo sabía.

Además, por si no fuera suficiente, Brandy no iba a permitir que aquel pirata semihumano, procedente de los pantanos del carbón de Venus, le robara Rhiannon.

Permaneció allí en pie, meditando sobre estas cuestiones, su perfil en forma de halcón, con el pájaro de amplias alas brillando sobre él, a la roja luz del sol, su barba rubia y su mata de pelo, le daban un gran parecido con un vikingo.

Sylvia Eustace, con una curiosidad que se mostraba claramente en sus ojos azules llenos de sorpresa, tomó el anillo que Brandon llevaba en su dedo y se lo puso en el suyo. Luego, con tranquilidad, dijo:

—Vamos Brandy, dirijámonos hacia Rhiannon.

IV

El terrestre la siguió, sin darse cuenta de que la mujer llevaba puesto el anillo. Tobul seguía enfadado y silencioso en su interior, viendo únicamente a través de sus ojos, sin haberse percatado de lo que había sucedido.

La nave aérea era pequeña, rápida, construida con sumo cuidado y manejada de forma experta. Sylvia se colocó directamente en donde se encontraban los controles.

Brandon, con ceño preocupado, analizó cuál sería la ruta más adecuada, combinando sus propias conjeturas sobre la posición de las Islas Perdidas, con

el camino que había mostrado la brújula de Tobul.

Sylvia dirigió rápidamente la nave hacia arriba. Cuando Brandon comenzó a hablar sobre el camino que debían seguir, ella le cortó en seco diciendo.

—Creo que conozco el camino.

Brandy miró sorprendido hacia la mujer y dijo:

—Nadie lo conoce; lo único que hay son suposiciones.

Ella le cortó nuevamente:

—De acuerdo, ¿yo no puedo hacer mis propias suposiciones?

Brandy se encogió de hombros y se sentó, en la parte de atrás, en una butaca tapizada. La elevada figura de Sylvia, semejante a la de un muchacho, para desesperación de su madre que la quería introducir en sociedad, se agachó sobre los controles del aparato. La nave vibró con el potente empuje de sus cohetes, el tenue y frío aire de Marte gimió a lo largo de su casco.

Sylvia siempre volaba con mucha rapidez, pero en ese momento la mujer había adoptado una actitud tensa, que no se correspondía a su forma de ser. Brandy dijo con dulzura:

—No vamos a encontrar gran cosa si buscamos en esta dirección.

Entonces la joven le respondió; había en sus palabras una nota de mando que le sorprendió.

—Te digo que he estudiado esta cuestión y conozco el camino.

Después la mujer miró al hombre por un instante; los ojos de ambos se cruzaron y él quedó sorprendido y asustado por lo que vio en los de Sylvia. Sin embargo, esta sensación pasó como un relámpago; la nave prosiguió su camino a gran velocidad, volando bajo las lunas que estaban saliendo.

En la tercera hora antes del amanecer, con la pequeña Fobos siguiendo su trayectoria por delante de ellos y Deimos, una bola de fuego helado sobre sus cabezas, Brandon vio una sombra que presentaba más consistencia que las dunas.

Sylvia dirigió la nave hacia tierra y dijo:

—Ya hemos llegado.

Luego rio y golpeó a Brandy en los hombros. De sus ojos azules salían chispas. Continuó:

—¡Piensa en esto Brandy! ¡Hemos encontrado las islas perdidas! ¡Y las hemos encontrado juntos!

—Sí.

Brandon contestó; mientras lo hacía, las arrugas de su cara morena, llena de cicatrices, parecían hacerse más profundas. En ese momento estaba

pensando en su interior.

—*Es curioso que conociera el camino.*

De repente, apareció en su mente la imagen de un rostro lleno de vida, con unos ojos dorados inconquistables y una descuidada mata de pelo semejante a una catarata viviente. Con suavidad Tobul le dijo:

—*Estoy dándome cuenta de lo que piensas; Kymra puede haberla poseído, como yo te he poseído a ti. No me atrevo a correr ningún riesgo de forma que... ¡Mátala!*

—¡No!

Sylvia le miró sorprendido. Brandon se agarró a su asiento con sus manos puestas en tensión, y con desesperación, comenzó a argüir con Tobul.

—Esto no nos haría ningún bien. Si Kymra se encuentra en el interior de Sylvia, al matarla, ella volvería simplemente al lugar en el que se encontraba anteriormente.

Tobul le respondió:

—*Brandon, volvería a algún objeto inanimado. Quizá en este estado podría ser vencida... Se encontraría imposibilitada para moverse, como estábamos ella y yo en el barco. Las frecuencias de cohesión de una inteligencia desencarnada, sufren un cambio profundo al ser sometidas al bombardeo solar, salvo que se encuentren protegidas por una materia densa.*

Brandon susurró:

—¡No la mataré!

Se sujetó al asiento, luchando contra el inexorable mandato de la mente de Tobul. Miró el rostro vital y lleno de ambición de Sylvia. El esfuerzo hizo que los tendones sobresalieran en su piel, al igual que los demás músculos de su cuerpo sometidos a tensión.

Todo esto fue fútil. Con lentitud, empuñó la pequeña pistola de agujas que siempre llevaba consigo, y colocó las agujas^[27] envenenadas como proyectiles, dispuestos para el disparo.

Levantó la pistola y apuntó hacia la joven, que ni se movía ni hablaba.

Disparó.

Las agujas desaparecieron en mitad del aire, despidiendo unas pequeñas chispas llameantes. Sylvia rio, luego dijo:

—*Tobul, no quieras hacerlo tan fácil. Tobul, lucharé contra ti tal y como lo hicimos en los antiguos tiempos, ¡hasta la última trinchera!*

Nuevamente, las notas de la voz de la mujer que hablaba no eran de Sylvia.

Se oyó la voz de Brandon, que en este momento no obedecía a su voluntad. Sonaba gentil y extraña a los oídos del terrestre y tenía un toque de bárbaro acero envuelto en terciopelo.

—Kymra, esta bóveda es todo lo que queda de Marte para mí; es mía por derecho de conquista, por la sangre que mi pueblo vertió para conquistarla.

Sylvia removi6 su cabeza como si fuera la de un caballo de guerra que oliera la batalla y contest6:

—¡Bárbaro! Lo que hay en esa bóveda es mío, por el derecho que me da el haberla construido^[28], y por la sangre que mi pueblo vertió defendiéndola. El secreto de los objetos que nos robaste se encuentra encerrado en mi cerebro. Tampoco tendrás las cosas de la civilizaci6n que adoptaste como tuya.

»¡Esta cáscara polvorienta todavía es Marte! Aunque mi raza est6 muerta, sus pueblos me pertenecen. No permitiré que sean mal gobernados por un perro n6mada con s6lo cuatro siglos de cultura prestada, tras él.

A pesar de la barrera que había en su mente, Brandon sintió, como Tobul sufría una ciega cuchillada de rabia. Cuando habl6 había desaparecido del tono de voz parte del terciopelo que envolvía el acero.

—Prestado o no, tengo el conocimiento. Tengo una gran ansia de gobernar, al igual que tú, mujer de los *prira cen*.

—Tu pueblo se debilit6 con el paso del tiempo y con la cultura; ciertamente nos conquistasteis porque teníais conocimientos superiores, pero nuestra sangre era fuerte. Tomamos lo que quisimos y lo empleamos contra vosotros. ¡Nosotros no estábamos sujetos por escrúpulos sobre el derramamiento de sangre!

—Estoy empezando a encontrarme a mí mismo de nuevo. A partir de lo que he aprendido de la mente de este hombre, he llegado a la conclusi6n de que Marte precisa un nuevo gobierno, una nueva fuerza, el conocimiento que yo puedo darle. Marte puede volver a vivir pero ¡a mi manera Kymra! Siguiendo el camino de la fuerza y de la hombría.

Sylvia contest6, su voz sonaba profunda, afectada por alguna poderosa emoci6n.

—¡El camino de la estupidez, bestias enloquecidas!

—Vosotros exterminasteis a los *prira cen*, la raza m6s gentil, amable y sabia que ha habido sobre Marte, porque estabais celosos de sus conocimientos. Le llamabais «dominaci6n extranjera», aunque nosotros jam6s matamos un solo hombre de tu pueblo y os hicimos m6s bien en diez ańos del que vosotros pudierais haberos hecho en un siglo.

—Porque nosotros guardamos nuestra raza pura; vosotros estábais celosos de nosotros. Porque guardamos el secreto de un arma mortal, vosotros nos temíais, aunque el arma estaba fabricada únicamente para nuestra protección.

Tobul contestó:

—Sin necesidad de emplear esta arma os aplastamos.

—Únicamente porque nosotros no la utilizamos cuando debíamos; esperamos, no deseando destruirlos, y fuimos traicionados. Tú Tobul, me estabas transportando a Rhiannon encadenada, pero te dije que ninguna tortura sería capaz de forzarme a revelarte el secreto de esta arma.

Luego, con deliberada malicia añadió:

—Ni tampoco el otro secreto que te gustaría conocer ahora y que tampoco te revelaré.

Tobul no le respondió. Silenciosamente le dijo a Brandon en su mente.

—*Coge el tubo pequeño que llevas en el bolsillo de la derecha.*

La poderosa presa que la voluntad de Tobul ejercía sobre su cerebro, hacía imposible incluso el más mínimo amago de resistencia. Brandon dejó caer al suelo su inútil pistola de agujas e hizo lo que se le había ordenado. Tobul le murmuró en el interior de su mente.

—*Ella no puede oponerse a la fuerza del proyector largo. ¡Dispara Brandon!*

Con un conocimiento que no era suyo, presionó un botón. Salió un débil rayo de luz, que se disolvió formando una niebla incandescente al alcanzar la barrera de fuerza que Kymra había construido alrededor del cuerpo de Sylvia.

La niebla incandescente siguió ardiendo y brillando, pero la muralla de fuerza se mantuvo con firmeza. Los ojos azules de Sylvia le miraban a través del fuego.

Sylvia habló, y ahora su voz sí que era la suya.

—¿Tú también Brandy? Ella me hizo comprenderlo todo con la velocidad de un relámpago. Ella no puede mantenerse en mi interior durante mucho tiempo. ¡Todo esto es una locura! Brandy, ella se está debilitando, Brandy ¡Haz algo por favor!

Brandon no podía hacer nada, a pesar del sudor de agonía que inundaba su rostro. Fuera, a una distancia borrosa de donde se encontraba, notaba como crecía el calor y el brillo, pensó que calor y brillo eran producidos por el choque de las poderosas energías de los antiguos enemigos ante su presencia, luego se percató de que sus pensamientos iban en la dirección equivocada.

Los fuertes paneles de la nave estaban empezando a brillar y a tomar un color rojo cereza. En alguna forma, pudo recuperar su voz y gritó:

—¡Los tanques de combustible! ¡Vámonos de aquí! ¡Alguien nos ha alcanzado con un rayo calorífico!

De forma milagrosa, las dos inteligencias que estaban peleando comprendieron. La ardiente batalla de energías se detuvo, las placas del casco empezaron a perder su color rojo.

Corrieron, con todas sus fuerzas saltaron a través de la escotilla y se apresuraron por el desierto, dibujando sombras enloquecidas bajo la luz de las dos lunas.

La baja gravedad y sus largas piernas apenas fueron suficientes para apartarlos del peligro. Brandon hizo que Sylvia se tumbara justo cuando los tanques explotaron.

Un viento aullante, como si fuera un trueno, arrastró sobre ellos una sólida muralla de polvo, una gran llamarada ascendió hacia el cielo.

Durante un instante de tiempo, increíblemente largo, la llamarada tiñó cada detalle de la escena de un color rojo malévolamente. Pudo verse que se encontraban entre las piedras alargadas y gastadas de un cono volcánico, muerto y enterrado por incontables siglos y en el que la arena había desenterrado caprichosamente unos cuantos bloques ciclópeos de mármol *terrellano*, reducidos a masas sin forma por el paso de los años, tumbados alrededor de un agujero abierto.

Directamente en frente del agujero se encontraba una rápida nave espacial convertible. De ella había partido el rayo de calor. Mientras tosía por el polvo, Brandon dijo:

—Dhu Kar.

Tobul le preguntó:

—¿Por qué te quiere matar ese Dhu Kar?

Con amargura, Brandon le contestó:

—Por la misma razón por la que a mí me gustaría matarle a él. Lo único que nos diferencia es que él es un vándalo y un cerdo, mientras que yo soy un muchacho encantador. Espera un poco y verás.

Se levantó y, como era lo habitual, Sylvia se puso en pie antes de que pudiera ayudarla. Su cara estaba pálida y parecía algo asustada, pero sus ojos azules estaban bailando. La joven dijo moviendo los labios con una ligera sonrisa:

—Siempre he querido vivir aventuras de verdad, ¡y voy a vivirlas!

Se dirigieron hacia la nave espacial. Saliendo del gran pozo negro, semejante a un demonio contrahecho a la luz de las dos lunas, apareció una

forma cuadrada, cargada con un bulto. Se trataba de un robot transportador controlado por radio.

Brandon sintió los tentáculos de la mente de Tobul buceando en la mente del hombre que bloqueaba su camino a la bóveda. El marciano le susurró:

—Está saqueando mi bóveda, mi bóveda construida y sellada contra el tiempo hace cuarenta mil años. ¡Maldito perro extramarciano!

»Lo que no pueda llevarse lo destruiré, en parte para ocultar sus huellas, pero sobre todo para evitar que nadie pueda beneficiarse.

La rojiza cabeza de Brandon se levantó, mientras le decía a Tobul.

—Deja que me ocupe de Dhu Kar yo sólo.

—*Brandon, no puedo permitir que arriesgues tu cuerpo.*

Con enfado, Brandon le contestó.

—Mira aquí Tobul.

Si hiciera algo, la mano de hierro de Tobul se cerraría sobre su mente, por ello se encogió de hombros y siguió en silencio, con el firme hombro de Sylvia a su lado, próximo a él.

Dhu Kar de Venus salió de la escotilla de su nave.

A la luz de las lunas parecía enorme. El color blanco pescado de su rostro y de sus manos, brillaba con intensidad, resaltando en medio de las pieles oscuras que llevaba para protegerse del frío marciano. Tenía la cabeza desnuda según la costumbre de su pueblo, su pelo, blanco como la nieve, se encontraba peinado de forma complicada.

Tenía una pistola de agujas en su mano, sus ojos eran fríos, semejantes a trozos de luz de luna, engastados en su ancho rostro blanquecino. Les dijo con una voz dura y cargada de desprecio:

—Brandon, no sabía que hubiera una mujer a bordo. Sí, la conozco a usted, señorita Eustace; me congratula que no haya sufrido ningún daño.

El terrestre añadió:

—Querida, este tipo estará feliz de llevarte de vuelta a casa, a cambio de un pequeño detalle, digamos un millón de créditos más o menos.

Mientras hablaba, Brandon estaba avanzando con lentitud, haciendo contrapeso sobre las palmas de los pies. Dhu Kar hizo una mueca y dijo:

—Eres una buena persona, Brandon, por una vez me traes un negocio en vez de quitármelo. Puedes relajarte Brandon, no tienes por qué preocuparte.

Alzó ligeramente la pistola. Sylvia gritó e hizo un movimiento para dirigirse hacia Brandon. La pistola produjo un suave silbido.

Las agujas chocaron, sin producir ningún daño, contra una muralla de fuerza, tal y como le había sucedido anteriormente a Brandon en la nave.

Sylvia Eustace se volvió y echó a correr. Con sus largas piernas brillando por entre las dunas, gritó:

—Yo no he hecho esto Brandy. ¿Estás bien?

En contestación, el terrestre respondió con un grito diciendo.

—¡Todo está en orden!

Inmediatamente, corrió tras ella, impulsado por la furiosa orden de Tobul de ser los primeros en alcanzar el túnel que conducía a la bóveda.

Dhu Kar, asombrado, miró boquiabierto, alternativamente a su pistola y al hombre que corría. Luego cerró con dureza sus mandíbulas. No le importaba la joven, podría capturarla después, pero Brandon...

Si su pistola tenía algo estropeado, lo intentaría de otra forma. Comenzó a buscar en su enorme bolsillo, extrajo algo y comenzó a flexionar su poderoso brazo.

La cápsula de gas explotó justo a los pies de Brandon. Tobul, que estaba empleando todas sus energías en alcanzar a Kymra, estaba desprevenido. Antes de que pudiera detenerse, Brandon había respirado el suficiente gas como para hacerle caer mareado sobre la arena.

Dando traspiés, se apartó para tomar el aire, entonces comprendió que Tobul, al encontrarse asociado con Brandon como su médium físico, también se encontraba momentáneamente afectado por el gas.

La figura de Sylvia, que no paraba de correr, desapareció en la boca del pozo. Dhu Kar, rio y corrió, de forma muy rápida y ligera para un hombre tan pesado, en dirección a Brandon.

Brandon se puso en pie y permaneció alzado, titubeando, perdido en una niebla que se extendía, con las manos levantadas ciegamente, aguardando a ver que pasaba.

Un par de inmensas manos blanquecinas salieron de la oscuridad y se dirigieron hacia su garganta. Las agarró y luchó por mantenerlas alejadas, pero sus tendones tenían la fuerza del agua.

Las manos se acercaron más, ahora tras ellas se encontraba un rostro, ancho y pálido, sonriendo de contento. Brandon mostró sus blancos dientes a través de la barba rojiza. Tragó el limpio aire del desierto, reuniendo en sus brazos las fuerzas que se le escapaban, para poder mantener alejadas aquellas manos.

Pero la sustancia que estaba respirando, envió una negra marea a través de su cerebro. Las manos y la cara sonriente que se encontraba detrás le estaban ahogando.

El pájaro de amplias alas de su corona brilló a la fría luz de Deimos. Las facciones de su hermoso rostro lleno de cicatrices eran fuertes y profundas. Soltó las muñecas de Dhu Kar.

El último y desesperado esfuerzo, antes de la pérdida de conocimiento, consistió en arrojarse hacia delante, impulsando sus manos a la garganta de Dhu Kar.

El venusiano rio y le apartó de un golpe. Brandon cayó a la arena y parecía como muerto. En su rostro aparecía una mueca, la mueca que continuamente miraban las mujeres en las pantallas de televisión.

En su cerebro, casi inconsciente, pudo percibir un susurro en el que se decía a sí mismo:

—*¡No hay audiencia Brandy! Debes salir de aquí.*

Pero no lo hizo, y la muerte descendió en forma de dos manos blancas.

De repente todo desapareció en un brillante remolino de luces.

V

La voz de Tobul habló a través de su mente atontada y oscurecida. Todo el terciopelo había desaparecido de la misma. Ahora, claramente, sólo era acero, un acero bárbaro.

—Sólo fui afectado durante muy poco tiempo; podría haberte evitado esto, pero en ese caso Kymra se habría escapado; quería ver como era capaz de pelear en el día de hoy. La corona que llevas fue la de mis padres, de cuando eran nómadas que vivían del grano y del ganado robado. Consérvala Brandon y créeme cuando te digo que lamento haber tenido que emplear tu cuerpo. Procuraré que no sufra ningún daño.

Brandon sintió como si un fuego chispeante pasara a través de su interior, inmediatamente, los efectos del gas desaparecieron por completo. Alguna vibración, causada por Tobul, estimuló el proceso natural de recuperación de su cuerpo. Se puso en pie y dijo:

—Tobul, ¿dijiste que Kymra conoce el método de construir un cuerpo para ti?

Tobul respondió:

—*Sí, pero no hay forma de obligarla a hacerlo; la joven lucha bien, como no se podía esperar menos de una de cabellos azules.*

Brandon le dijo:

—Yo encontraré la forma de que te lo haga.

La voz de Tobul llegó profunda y fuerte a su cerebro, diciéndole:

—*Te admiro Brandon, quisiera ayudarte en todo lo que pueda. Pero esta lucha es entre Kymra y yo. Somos dos razas opuestas, dos creencias opuestas. La voluntad de poder, la necesidad de gobernar, es tan inherente a nosotros dos como a ti lo es la necesidad de respirar. No es el simple deseo de gobernar, sino de guiar a millones de personas en la dirección que creemos es la mejor para su vida.*

Kymra y yo seguimos diferentes caminos; no hay lugar en Marte para los dos.

Marchemos Brandon, bajemos a la bóveda; Kymra ya se encuentra allí delante de mí, pero todavía tengo algunos poderes. Uno de nosotros dos no saldrá de allí.

Brandon comenzó a caminar, bajando por un túnel envuelto en una oscuridad propia de la laguna Estigia. En algún lugar, delante de él, se encontraba Sylvia, Kymra de los *prira cen* y los poderosos instrumentos de la bóveda, cuyas capacidades únicamente podía intentar adivinar.

Tras él, en el exterior, se encontraba durmiendo Marte, resignado al lento avance de la muerte, viviendo en paz los pocos días que le quedaban.

También detrás de él, muy por encima del techo del túnel, que amortiguaba el sonido, avanzaban cuatro naves bajo la luz de las lunas, descendiendo hacia el suelo, guiados por el resplandor de la gran pira en que se había transformado la nave de Sylvia.

Jarthur, presidente de la Sociedad para la Conservación de Reliquias Marcianas, miraba hacia el cráter del volcán. Era un hombre alto y amargado, con los tristes ojos de los marcianos. Tenía una autoridad semimilitar. Le dijo a su asistente:

—Esas cosas que ves ahí son todo lo que queda de nuestro pasado, son los huesos de nuestros antepasados y los restos de nuestra historia; los extramarcianos nos quieren despojar incluso de esto.

Abrió la conexión de radio con las otras naves y dijo:

—Cubrid esta área por completo. Tengo órdenes de arrestar a cualquiera que se encuentre por aquí. Si alguien se resiste disparad agujas anestésicas. No se puede permitir que escape nadie.

Hacía frío en el túnel y había moho; se podía oler el aroma muerto del tiempo. También estaba oscuro, pero Brandon no tenía ningún problema en encontrar su camino. El corredor, de forma cuadrada se extendía en línea

recta hacia delante y hacia atrás. Se encontraba cubierto de metal, de alguna aleación desconocida, semejante a la del barco de Tobul.

Tobul le explicó respondiendo a la pregunta de Brandon.

—*Aquellos eran tiempos revueltos. Me daba cuenta de que Rhiannon podía ser destruido en cualquier momento. Por ello construí la bóveda, forrándola de metal que no se corroyera y tan duro como el más fino acero. La bóveda es estanca y está llena de un gas que preserva a los objetos que se encuentran en su interior... bueno o lo era antes de que el venusiano entrara en este lugar.*

»*En su interior se ha acumulado la suma de nuestros conocimientos, en ciencias, en artes y placeres, junto con ellos se encuentran los dos secretos que arrancamos a los piras cen, pero que no fuimos capaces de utilizar, la máquina de regeneración y el arma.*

»*Estas cosas todavía se encuentran aquí esperándonos, poseerlas significaría gobernar Marte.*

Al cabo de un tiempo Brandon llegó a unas inmensas puertas de metal, que le cortaron el camino. Los controles se encontraban a uno de los lados. Tobul le dijo:

—*Usa el proyector Brandon, el mismo de antes.*

Presionó el botón y enfocó el débil rayo de luz sobre la puerta. El metal sobre el que había enfocado el rayo brilló, osciló y luego colapso cayendo al suelo convertido en finas partículas de polvo. Tobul explicó:

—*El rayo hace desaparecer la cohesión molecular^[29], reduciendo el metal a finas partículas de sus elementos originales.*

Brandon tuvo un escalofrío, pensando en lo que le podría haber sucedido a Sylvia. El rayo seguía comiéndose el metal de la puerta, haciendo un agujero junto a los inmensos aparatos de control.

Prosiguió hasta conseguir un agujero en el sólido metal de casi un pie, luego el rayo se apagó.

—*Es por la antigüedad, y durante todo este tiempo Kymra...*

Luego ordenó fieramente:

—*Brandon. ¡Pon las manos en el agujero!*

Obedeció, recordando la puerta del camarote del barco y preguntándose si, nada más penetrar en la bóveda sería destruido por el arma secreta de Kymra, o si podría vivir lo suficiente para poder despedirse de Sylvia.

El debilitado metal de la puerta se derrumbó bajo los impulsos que emitía el cerebro de Tobul. Las inmensas hojas de la puerta giraron abriéndose hacia dentro.

Brandon quedó, inmóvil por el asombro, en el umbral.

La bóveda se extendía a lo largo de distancias brillantemente iluminadas; se encontraba llena de máquinas, con barras de metal y rollos y objetos de un millón de formas y tamaños. Toda la vida y la sabiduría del antiguo Marte, se encontraba allí; los poderes científicos de los hechiceros de Rhiannon habían sido preservados por la previsión de un solo hombre.

Pero no fue este panorama, por grandioso que fuera, el que hizo que la sangre de Brandon comenzara a latir con fuerza en su garganta y en sus muñecas.

Directamente enfrente de la puerta, como si hubiera sido llevada allí justo antes de que se cerrara, se encontraba una enorme cabina de cristal, colocada en medio de una intrincada red de bobinas, que brillaban formando un halo de luz, que parecía a la vez sumisa y orgullosa.

Debajo de la cabina se encontraban varios contenedores de cierre automático. En el interior había bandejas con recipientes y productos químicos.

Encima de los contenedores, en el mismo centro de un brillo suave y profundo, se encontraba una cosa, cuya forma sólo podía percibir vagamente.

Luces embrujadas bailaban sobre los productos químicos, subiendo hacia el techo en forma de un espiral de incandescencia. Como pintada por un simple trazo de pincel, las líneas y el color iban tomando forma.

Las luces se extinguieron, la puerta se abrió y una joven salió caminando fuera de la cabina.

La joven era alta, con largas piernas, desnuda como la luna e igual de blanca que ella. Se movía con una gracia vital. Sus ojos, que eran como pedazos de oro viviente, orgullosos e inconquistables, se enfrentaron con los de Bradon.

Su cabello era azul, cayendo, ondulado, sobre sus hombros, como si fuera un remolino formado por una onda viviente al romper sobre blanca espuma del coral.

Brandon sintió, a través de su propia mente, un suspiro largo y tembloroso. Tobul dijo:

—¡*Kymra!*

VI

La joven asintió, agitando la cabeza y se volvió hacia un extraño dispositivo que se levantaba sobre un trípode de metal. En principio parecía ser un prisma cristalino que formaba el núcleo de una hélice, que era del mismo material, a medio camino entre el cristal y el metal, parcialmente transparente y tallado en forma de innumerables facetas.

La hélice se rompió por su parte inferior, formando un montón de astillas brillantes, que se esparcieron formando un círculo.

De repente, Sylvia Eustace habló desde el lugar en que se encontraba, a un lado de Kymra, un poco más atrás de la marciana.

—¿Qué vas a hacer?

La voz de Kymra sonó muy grave cuando dio su respuesta. Sus ojos dorados miraron a Brandon con una pesadumbre sombría. La mujer dijo con tranquilidad:

—Voy a matarle.

Su voz, clara y tranquila, resonó suavemente sobre la bóveda de metal, se la notaba cargada de pesadumbre.

—Por primera vez en la historia, uno de los *prira cen* va a matar y a matar con alegría. Lo siento Max Brandon, porque vas a ser una víctima inocente; lo siento doblemente por lo que he leído sobre ti en la mente de esta joven.

»Pero tú, y también yo, somos menos importantes que Marte.

Tobul, hablando en alta voz a través de la garganta de Brandon, dijo con dureza:

—De forma que finalmente has aceptado mis métodos.

Ella negó con la cabeza, haciendo ondular aquellos gloriosos cabellos azules, semejantes al olvidado mar que, en otro tiempo, había abrazado aquella isla.

—No, Tobul; porque para mí no supone ninguna gloria, sólo tristeza. Si mi pueblo hubiera comprendido que debía tratar a los bárbaros, como trataban a las manadas de bestias salvajes, humanamente pero con firmeza...

Sus hombros blancos brillaban a través de la sombra azulada de sus cabellos. Tobul le cortó la frase diciendo:

—Pero no lo hicieron.

En su tono se podía percibir una amarga satisfacción.

—Kymra, tú ahora te encuentras sola, en un mundo extraño.

—¡No, Tobul! Tú no eres el único que mira hacia delante. Mis siete consejeros más doctos tomaron refugio en las piedras sensitivas, que tú trajiste aquí, a esta bóveda. Sabían que yo podría sobrevivir, como ellos lo han hecho. Fueron los impulsos de sus mentes los que me condujeron hasta

aquí, después de que Dhu Kar rompiera el mecanismo que te conducía a este lugar.

»Sus patrones atómicos son inherentes a las frecuencias de su conciencia. Tobul, este es el secreto que permite reconstruir los cuerpos. Si se posee la conciencia y los productos químicos necesarios, la máquina puede crear una réplica idéntica al original, como puedes ver al observarme.

Luego añadió con gentileza:

—Sylvia querida, no sufriré nada. Si tuviera alguna otra arma diferente que emplear contra la fuerza de Tobul, la emplearía y luego reconstruiría el cuerpo de Brandon. Pero esta fuerza proyecta la conciencia en alguna dimensión desconocida, al igual que hacen los rayos solares. Esta conciencia no puede ser recuperada.

Apartó sus manos de la vista de Brandon, ocultándolas tras el prisma. Brandon podía ver la forma de los firmes músculos a lo largo de los brazos de la joven, mientras efectuaba alguna complicada operación. Con suavidad dijo:

—Adiós Tobul; es extraño que tengamos que terminar así, sobre un mundo tan diferente del que conocimos.

El prisma comenzó a brillar con alguna extraña luz pervertida, que más que luz parecía oscuridad. Esta luminosidad recorrió las facetas de la hélice, cada vez más veloz, más extraña, más oscura y más perturbadora.

Brandon sintió que cada gota de sangre de su cuerpo se detenía por un instante, y luego comenzaba nuevamente a fluir, siguiendo el ritmo de aquella luz oscura enloquecida. Un terror frío le atrapó, y sintió una sensación que no había llegado a sentir cuando tenía las manos de Dhu Kar sobre su garganta.

Sintió como el espíritu de Tobul surgía dentro de él, orgulloso, rebelde y amargado. No daba mucho miedo. Se percibía en él una rabia triste en su derrota, y el pensamiento de que su pueblo sería gobernado por Kymra y los *prira cen*.

Se oyó la voz de Kymra, resonando a través de las grandes salas de la bóveda, semejante al sonido de un cuerno de caza con sordina, que decía:

—Energía negativa; es capaz de contrarrestar el mismísimo poder que hace girar la rueda cósmica, actuando contra la fuerza cohesiva del espacio. Es una energía tan próxima a la primera que se generó en la creación, que únicamente necesita el más pequeño impulso para que su parte positiva actúe sobre la negativa, es el efecto de la balanza que existe en toda la Naturaleza.

La voz triste y grave, volvió a golpear los oídos de Brandon

—Tobul, no existe ninguna defensa contra esto; todas tus pantallas de fuerza y proyectores son aún menos que inútiles. Atraen a esta energía en vez

de repelerla. ¿Me preguntas ahora porqué mantuvimos este arma en secreto?

Unas pequeñas hebras de oscuridad formaron una espiral alrededor del cono y comenzaron a crecer.

El corazón de Brandon latía con fuerza en su garganta. El demonio burlón que tenía en el cerebro río, a la vez que una mueca burlona seguía permanentemente en sus labios. Seguía representando su obra ante una audiencia, reducida a una sola persona: Sylvia que le observaba con los ojos afligidos.

Estaba triste por Sylvia. La joven ahora se encontraría sola en medio de un mundo extraño, de riqueza y etiquetas sociales de las que únicamente él podría haberla arrancado.

Sola en un mundo extraño...

Brandon notó su corazón en la garganta. Una esperanza desesperada surgió, como una llamarada, en su interior. Era inútil, pero debía intentarlo. El ánimo indomable que le había empujado a través del desierto, le hizo intentarlo.

Comenzó a proferir un grito.

—¡Kymra...!

Pero la voluntad de Tobul amarró su lengua, imponiéndole el silencio. Mentalmente le dijo al terrestre:

—Yo no suplicaré por mi vida.

Entonces, de repente, varias cosas sucedieron a la vez. Sylvia, con sus largas piernas, dio un salto hacia delante, en dirección a la oscuridad que rodeaba y se retorció alrededor de la hélice. En un instante más la oscuridad le habría rozado; pero Brandon, moviéndose instintivamente para que Tobul no tuviera tiempo de capturar su pensamiento consciente y bloquear su acción, saltó al encuentro de Sylvia.

Chocó con ella, apartando a la joven de su trayectoria, de haber seguido su camino habría sufrido un grave daño. Kymra recuperó el aliento y rápidamente comenzó a mover el proyector para enfocar nuevamente.

De repente, mirando hacia arriba, Brandon gritó:

—¡Jarthur!

El marciano alto y delgado se encontraba allí, con sus ojos tristes. Tenía una pistola de agujas en la mano y un grupo de seis o siete policías vestidos de negro justo detrás de él.

Miró, momentáneamente sorprendido, a la bóveda y a Kymra, cuyos cabellos azules caían como una cascada sobre sus hombros desnudos.

Kymra realizó un movimiento brusco. La luz oscura en el Interior del prisma se modificó. El cono negro se desenredó y volvió a adoptar la forma de una hélice. El corazón de Bradon latía con violencia, pero lleno de alivio. Sabía que a Kymra no le agradaba tomar vidas ajenas.

El terrestre se alzó, sintiendo que Tobul se encontraba en una situación de alerta y por tanto era peligroso.

Jarthur se obligó a sí mismo a mantenerse firme, a pesar del asombro que sentía. Dijo:

—Max Brandon, estás detenido.

Tobul actuó desplegando el escudo de fuerza, con la rapidez de sus antepasados bárbaros. Apenas las agujas anestésicas estallaron en llamas al tocar el escudo de fuerza que rodeaba el cuerpo de Brandon, saltó en medio del grupo de Jarthur.

La sorpresa que les produjo la inmunidad de Brandon a las agujas los desmoralizó. Además la mente de Tobul rodeó sus mentes con tentáculos que tenían la fuerza del hierro. Les ordenó:

—¡Rodeadme! ¡Caminad hacia adelante!

Brandon vio la mirada que aparecía en los ojos de Jarthur, una mirada que se encontraba a medio camino entre la contemplación de una pesadilla y la de aquel que no está dispuesto fácilmente a aceptar que está loco. Obedeció.

Tobul se movió hacia delante rodeado por su escudo viviente.

Kymra permaneció, detrás del proyector, sin tomar una decisión, no deseando destruir a más personas de su pueblo. En ese momento Sylvia se movió.

La joven se lanzó desde el suelo, empleando hasta la última onza de su flexible fuerza, y golpeó a Kymra. El escudo mental de Kymra debía haber sido disuelto momentáneamente, debido a la sorpresa causada por la súbita entrada de Jarthur y la imprevista maniobra de Tobul.

Sylvia había golpeado a Kymra, cortándole el camino al proyector. La joven gritó:

—¡Brandy! ¡Haz algo!

Pero fue Tobul quien intervino, abandonó a sus forzados protectores y alcanzó el panel de control que se encontraba detrás del proyector. Kymra se levantó, incluso entonces, bella y llena de dignidad, poniéndose en pie detrás del regenerador dijo:

—Es inútil Tobul; tú no puedes usar este mecanismo.

Brandon oyó su propia voz que decía con suavidad:

—Te olvidas de la joven; ella se encontraba en el mismo lugar que tú y pudo ver tus manos y como manipulabas los controles... y ella no ha borrado de su mente lo que vio.

Las manos de Tobul se movieron a través de los intrincados controles. Como si hubiera tenido una idea repentina, le dijo a Jarthur a través de la boca de Brandon:

—Ya no eres necesario. ¡Vete!

Los tristes ojos de Jarthur se pusieron furiosos. Contestó:

—¡Mírame Brandon! No se qué clase de locura es esta, posiblemente sea algún conocimiento secreto de los antiguos que has robado de este lugar, que has saqueado por completo. Te voy a mandar a la prisión de Fobos, ¡aunque perezca en el intento!

Tobul dijo con calma, a la vez que se encogía de hombros.

—En ese caso perecerás; haz lo que quieras.

Kymra dijo con firmeza:

—Tú no sabes como controlar la fuerza. Antes de que puedas detener el proyector, incluso aunque lo destrozaras, todos los seres vivos que se encuentren alrededor del foco serán destruidos, y también parte de las sustancias inanimadas.

Tobul le contestó:

—Kymra, tú misma has dicho que Marte es más importante que cualquiera de nosotros.

El prisma comenzó a brillar con la extraña luz oscura.

Con desesperación Brandon gritó:

—¡Tobul!

—Brandon, lamento tener que quedarme para siempre en tu cuerpo, pero lo que voy a hacer es necesario que alguien lo haga.

Una rabia ciega se apoderó de la mente de Brandon, una rabia que no le dejaba ni ver los fogonazos que producían las agujas de Jarthur al chocar contra la pantalla de fuerza. Respondió con un grito:

—¡Imbécil! ¿Eres incapaz de ver que el mundo ha cambiado? ¡Las cosas por las que has luchado ya no existen!

—¡Brandon, cállate!

Las hebras negras estaban tejiéndose, por sí mismas, alrededor del foco del proyector; doblándose se dirigían hacia Kymra de los *prira cen*. En pocos segundos la borrarían del mundo de lo existente, y con ella el regenerador.

Si esto ocurría, desaparecería la última oportunidad de Brandon de desembarazarse de la presencia de Tobul y volver a ser, nuevamente, una

persona normal.

Podía prever como la mente de Tobul se movía en silencio dentro de la suya. En ese momento, sus manos se habían apartado del proyector.

Con su característica jactancia, se quitó la corona de la cabeza y dijo con altanería:

—¡Tobul, por esta corona, me he ganado el derecho a hablar!

El ser que Brandon tenía injertado en su cerebro, dijo con un cierto sentido del humor.

—*¡Eres un artista de los pies a la cabeza!*

Detrás de la frase humorística, pudo percibir la lucha que se llevaba a cabo en la mente de Tobul. Le pareció que había transcurrido una eternidad antes de que le llegara la tranquila y tortuosa respuesta de Tobul.

—*En ese caso, ¡habla!*

Brandon habló en voz alta, dirigiéndose a Kymra tanto como se dirigía a Tobul.

—Tú has dicho que Marte es tu principal preocupación, y te creo. Sin embargo, tú todavía vives en el pasado. ¿No eres capaz de comprender que la guerra entre tu pueblo y los priva cen, está tan muerta como el polvo en que se han transformado vuestros cuerpos?

»¿Qué derecho tiene cualquiera de vosotros para robar el Marte del otro? Si vosotros dos trabajarais juntos, uniendo vuestras fuerzas, en vez actuar como enemigos, podríais hacer que Marte fuera el mejor planeta del sistema solar. Podríais proporcionarle agua nuevamente y también el aire que está perdiendo, y sobre todo, el valor y la voluntad de vivir, que este mundo ha perdido.

»Podríais proporcionarle el conocimiento alcanzado por las Islas Perdidas y él de los priva cen, el conocimiento completo, no fragmentos medio olvidados. Los consejeros de Kymra tienen un valor incalculable para toda la humanidad. ¿Qué derecho tienes tú, Tobul, a destruirlos?

»El mundo ha cambiado, Para cada uno de vosotros dos, el otro es el único nexo que le une al mundo que vosotros conocisteis. Ninguno de vosotros dos puede tener ningún sentimiento de camaradería con nadie, salvo con el otro.

»¿Qué ser humano podría desear unirse con alguien de cuarenta mil años de edad?

»Sin embargo, vosotros aún sois jóvenes. Pensad en esto por un instante. Tendréis que vivir años sin fin, sin nadie con el que compartir una intimidad

adecuada, sin nadie con quien hablar, sin nadie que os comprenda. Lo único que inspiraréis será respeto, miedo... y quizá odio.

»¡Por amor del Cielo Tobul! Si eres el hombre valiente, el gran hombre que tú te consideras, ¡enfrentate con la realidad y reconoce la verdad de lo que te estoy diciendo!

Las pequeñas hebras negras comenzaron a destejarse. Los ojos de Kymra parecían hechos de oro ardiente, orgullosos y sin humillarse.

Silvyá habló con furia diciendo:

—Tiene razón y vosotros la sabéis; os estáis engañando a vosotros mismos. ¡No os importa a quien podéis dañar con tal de que no tengáis que compartir el poder!

Con gentileza Kymra dijo:

—Lleva razón.

Como si fuera su eco Tobul dijo:

—No...

Brandon sintió como la mente de Tobul se replegaba sobre sí misma, pensando. Por un instante su cuerpo se encontró libre del control que ejercía el marciano. Aprovechó las circunstancias para darle una patada al proyector y enviarlo, roto, al suelo.

El proyector se rompió, convirtiéndose en un montón de fragmentos brillantes que no tenían ningún sentido. Los fragmentos se encontraban sobre un agujero que los pequeños gusanos negros habían construido.

Jarthur había detenido sus inútiles disparos, sus ojos estaban medio mareados, y sorprendidos; pero su espalda seguía orgullosamente rígida, en ese momento dijo:

—No comprendo; soy un juguete en tus manos Brandon, pero si de verdad existen seres del pasado que pueden ayudar a Marte a vivir de nuevo, les ruego a ambos que lo hagan.

Tobul susurró en la mente de Brandon:

—*¿Qué te importa todo esto a ti?, al fin y al cabo tú eres terrestre.*

Se encogió de hombros y contestó:

—Soy un ser humano, creo que estoy contemplando lo que yo deseaba contemplar. Lo que, de forma subconsciente, me había empujado a buscar lo antiguo, en los lugares olvidados. Estoy viendo como el pasado va a actuar de nuevo, un pasado que es tan real como el futuro y el presente.

Con rudeza Jarthur dijo:

—Brandon, tú eres un saqueador.

—Sin embargo, yo jamás he destruido nada. No me estoy disculpando, por el contrario, estoy empezando a ver lo equivocado que era mi camino.

Con astucia Tobul le dijo:

—Quizá porque esta nueva perspectiva parece más excitante.

Con suavidad Kymra dijo:

—Tobul, tus antepasados bárbaros se orgullecían de ser honestos consigo mismos; seámoslo nosotros.

EPÍLOGO

Brandon pudo sentir la lucha que se libraba en la propia mente de Tobul. Le parecía que todo el Universo había detenido su respiración, esperando, dijo:

—Lo que dice Brandon es verdad. Es cierto que te odio mucho, pero lo que el terrestre dice es cierto. Maldito seas Brandon, ¿por qué te daría mi corona para que la llevaras?

—Te la puedo devolver cuando quieras.

Brandon se sintió, de repente, débil, casi histérico, con el alivio que le invadió todo el cuerpo. Luego prosiguió:

—Ya no lo quiero más.

—¿No lo quieres más?

Brandon le contestó:

—Mi cuerpo te ha servido como un animal de carga, haciendo todo lo que has deseado que hiciera; he abandonado una beneficiosa carrera como ladrón de tumbas para actuar como tu embajador, tu nexo de unión entre el pasado y el presente.

Kymra, volviendo su dorada e imperiosa mirada hacia él le dijo con aspecto de profunda sorpresa:

—¡Embajador! ¿Quién te ha solicitado que lo seas?

Brandon contestó:

—Hum, hum, tú también necesitarás un diplomático personal, no puedes esperar recibir amor y besos en unos minutos después de cuarenta mil años... ¿Se le ocurre a alguien quien sería el mejor compañero para esta mujer?

Kymra miró la hermosa cabeza de Brandon, echada hacia atrás, con el pájaro de anchas alas brillando encima y sus blancos dientes resplandeciendo;

ella rio.

—Además de estar loco eres un insolente, pero dime... ¿qué opina Tobul sobre esto?

—¿Por qué no ha de ser nuestro embajador? Kymra. Por supuesto, tú restaurarás mi cuerpo. Pero antes de que abandone el de Brandon, hay algo que quiero hacer... para domarlo.

El corazón de Brandon, sufrió un pequeño sobresalto de aprensión. Luego preguntó:

—¿Qué...?

Pero la mano de hierro de Torbul había atrapado nuevamente su mente.

Se encontró a sí mismo caminando hacia donde se encontraba Sylvia, se encontró a sí mismo abrazándola y susurrándole algo al oído, luego...

Tobul le dijo:

—De forma que así es como esto se hace ahora. ¡Parece ser que el mundo no ha cambiado tanto!

FIN



En los páramos marcianos se ocultan grandes misterios. Los remanentes de antiguos pueblos se esconden del odio de los bárbaros. En este relato asistiremos, en medio de un ambiente crepuscular, a una extraña historia ¿de amor? Entre un terrestre y una representante de un pueblo antiquísimo, y con características reptiloides, probablemente una evolución de la antiquísima raza de los diluvianos. También en esta ciudad existen dispositivos de la antigua tecnología, la misma que ya conocimos en la ciudad encantada de Marte, que permiten visualizar personas y cosas que no existen, a través de estas máquinas podemos obtener un atisbo de cómo fue el antiguo Marte, el que se encontraba cubierto por la aguas.

Asistiremos a los últimos días de una civilización y una cultura, destruidos por los bárbaros. No nos apresuremos a condenarlos, ya que pretendían vengar milenios de opresión y esclavitud sufrida por los seres humanos a manos de la raza escamosa que habita Shandakor. Quizá en estos tiempos, esta triste historia, el final de una civilización decadente a manos de los mismos pueblos que gobernaron y explotaron, posiblemente con buena voluntad, pudiera tener una segunda lectura que no sé hasta que punto complacería a nuestra autora.



LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SHANDAKOR

I

Entró solo en la taberna, envuelto en una capa de color rojo oscuro y con la capucha bajada sobre su cabeza. Durante un momento permaneció parado en el umbral de la puerta; inmediatamente una de las mujeres delgadas y oscuras, que se suelen encontrar en estos lugares, siempre al acecho de hombres, se dirigió hacia él. La acompañaba el repiqueteo plateado de las pequeñas campanas en que se envolvía, que eran prácticamente lo único que llevaba, pues por lo demás estaba prácticamente desnuda.

Vi como la mujer le sonreía al recién llegado. Luego, de repente, su sonrisa quedó helada en su rostro; algo sucedió en los ojos de la mujer; ella ya no miraba al hombre de la capa, sino a través de él, de una manera extraña; era como si el hombre se hubiera transformado en invisible.

La mujer se alejó del recién llegado. No podría decir si ella le dijo al hombre alguna palabra o no, pero lo cierto es que la gente que se encontraba alrededor se fue apartando dejando un espacio vacío.

Nadie le miraba. Simplemente se negaban a verlo.

El hombre comenzó a caminar lentamente a través de la atestada sala de la taberna. Era muy alto y se movía de una forma fluida, poniendo de manifiesto una potencia y una gracia que eran agradables de contemplar.

La gente se apartaba de su camino, realmente no parecía que lo hicieran intencionadamente, pero se apartaban.

El aire estaba pesado, lleno de olores sin nombre, vibrando con la risa de las mujeres.

Dos bárbaros altos, que habían bebido más vino de la cuenta, comenzaron a reñir por algún agravio entre sus tribus, la multitud gritando y animándolos había dejado un espacio vado para que pudieran pelear sin dañar a los concurrentes.

En el local había un grupo de músicos que tocaban una gaita de plata, un tambor y un arpa de doble arco, interpretando una música antigua y salvaje. Cuerpos ágiles de color pardo, saltaban y giraban en medio de las risas los gritos y el humo.

El extraño caminó a través del enmarañado local, solitario, sin que nadie le tocara y como si nadie lo viera.

Pasó cerca de donde yo me encontraba sentado. Me lanzó una mirada con sus ojos oscuros ocultos bajo la sombra de su capucha, quizá porque de todas las personas que llenaban el lugar yo era el único que no sólo le veía sino que además miraba hacia él.

Los ojos que me miraron semejaban carbones al rojo, brillantes de sufrimiento y rabia.

Sólo pude dirigir una breve mirada a su cara embozada. Durante un brevísimo instante de tiempo, pero fue suficiente.

¿Por qué me tuvo que mostrar su cara en aquella taberna de Barrakesh?

Siguió caminando, no había sitio en la sombría esquina a la que se dirigió, que se encontraba atestada, pero rápidamente se despejó, se formó en torno al hombre un círculo despejado, un foso entre él y la multitud. Se sentó, le vi depositar una moneda en el borde más exterior de la mesa. Al poco tiempo se aproximó una moza de la taberna, tomó la moneda y depositó en la mesa una copa de vino. Toda la acción se desarrolló como si la moza dejara la copa en una mesa vacía.

Me volví en dirección a Kardak, el jefe de los cuidadores de las bestias de mi caravana, un *shunni* con anchos hombros, que llevaba el pelo sin cortar, con trenzas que formaban un complicado moño propio de su tribu y le pregunté:

—¿Qué significa esto?

Kardak se encogió de hombros y contestó:

—¿Quién sabe?

Luego comenzó a levantarse y dirigiéndose a mí dijo:

—Vamos, JonRoss; ya es hora de que volvamos al caravanserai.

—Todavía faltan horas para que partamos. No me mientas, he estado en Marte durante mucho tiempo. ¿Qué es ese hombre? ¿De dónde viene?

Barrakesh es la puerta que comunica el norte con el sur. Hace mucho mucho tiempo, cuando había océanos en las zonas ecuatoriales y meridionales de Marte, cuando Valkis y Jekkara eran las orgullosas sedes de sendos imperios y no cuevas de ladrones como son ahora. Las grandes caravanas habían llegado y partido de aquí, de Barrakesh situada en el borde de las Tierras Secas, por un millón de años. Esta ciudad, desde siempre, había sido un lugar para extranjeros.

En las calles de roca, desgastadas por el paso del tiempo, puedes ver *keshi* de las colinas, de elevada estatura, nómadas de las tierras altas del Shun Superior, hombres delgados y oscuros del sur, que intentan vender el producto de sus saqueos de tumbas y templos olvidados, los sofisticados y cosmopolitas habitantes de Kahora y de las demás ciudades comerciales, en las que hay espaciopuertos y todos los bienes proporcionados por la civilización moderna.

El extraño de la capa roja no era ninguno de estos.

Para saberlo, me bastó darle un simple vistazo a su rostro. Soy un antropólogo planetario.

Se supone que estoy haciendo un mapa etnológico de Marte financiado por una subvención concedida por una universidad de la Tierra, lo bastante ignorante para saber que la inmensa duración de la historia marciana hace imposible este proyecto.

Estaba en Barrakesh, reuniendo un equipo que preparara el estudio durante un año de las tribus del Shun Superior. De repente había pasado junto a un hombre con piel dorada, unos ojos negros totalmente no marcianos y una estructura facial que no se correspondía a ninguna raza marciana que yo conociera. Había visto caras grabadas de faunos que me recordaban ligeramente el rostro del extraño.

Kardak volvió a decirme:

—¡JonRoss, es tiempo de que nos vayamos!

Miré al extranjero bebiendo su vino, solo y en silencio y le dije:

—De acuerdo, yo iré a preguntarle.

Kardak me miró y dijo impaciente mientras me abandonaba:

—Terrestre, no es muy sabio lo que vas a hacer.

Crucé la sala y me coloqué de pie al lado del extraño. Luego me dirigí a él, cortésmente, en alto marciano, el idioma que se habla en todas las ciudades

de los Canales Inferiores, pidiéndole permiso para sentarme.

Aquellos ojos llenos de rabia y sufrimiento se encontraron con los míos. Había odio en ellos y también burla y vergüenza, luego dijo:

—¿Qué clase de ser humano eres?

—Soy terrestre.

Cuando oyó esta declaración, pareció como si hubiera oído anteriormente este nombre e intentara recordar.

—Terrestre, entonces es cierto lo que han dicho los vientos que recorren el desierto, que Marte está muerto y los hombres de otros mundos profanan su cadáver.

Miró la sala de la taberna y a toda la gente que no admitía su presencia y susurró:

—Cambio, muerte. El cambio y la extinción de las cosas es la regla del Universo.

Los músculos de su rostro se pusieron rígidos. Bebió y me di cuenta de que llevaba mucho tiempo bebiendo, días, quizá semanas. Se notaba una locura apacible en aquel hombre extraño.

—¿Por qué te esquivo la gente?

—Sólo un hombre de la Tierra necesita preguntar esto, —dijo mientras hacía un sonido que podía ser una risa, seca y amarga.

Yo estaba pensando: *¡Una nueva raza, una raza desconocida!*

Pensaba en la fama que alcanzan aquellos hombres que descubren cosas nuevas, en la cátedra de la universidad que ocuparía si añadía una nueva y brillante pieza al sombrío mosaico de la historia marciana.

Me había traído mi vaso de vino así que bebí un poco más. El sillón de catedrático me parecía de una milla de alto y hecho de oro. El extranjero dijo con suavidad:

—Voy de lugar en lugar en esta ciudad de Barrakesh, que se revuelca en el vicio, y en todas partes sucede lo mismo, he cesado de existir.

Por un instante brillaron sus dientes blancos, dentro de la sombra de la capucha.

—Mi pueblo es más sabio que yo. Cuando Shandakor esté muerta, nosotros también estaremos muertos, vivan nuestros cuerpos o no.

—¿Shandakor? —pregunté. Para mí esta palabra tenía el sonido de lejanas campanas.

—¿Cómo lo iba a saber un terrestre? Sí ¡Shandakor! ¡Pregúntale a los hombres de Kesh y a los de Shun! ¡Pregúntale a los reyes de Mekh^[30] que dominan casi medio mundo! ¡Pregúntale a todos los hombres de Marte, ellos

no han olvidado Shandakor! Pero no te contestarán, constituye una vergüenza amarga para ellos, el recuerdo y el nombre.

Miró a través de la turbulenta masa de gente que llenaba la taberna y entraba y salía a la ruidosa calle que había en el exterior y dijo:

—Y yo en medio de ellos... perdido.

—¿Shandakor está muerta?

—Moribunda, había tres de entre nosotros que no quieren morir. Vinimos al sur cruzando el desierto, uno se volvió a la ciudad, otro pereció en el desierto, yo estoy aquí en Barrakesh.

El metal de la copa de vino se dobló entre sus manos. Yo dije:

—¿Lamentas haberte ido de la ciudad?

—Me debería haber quedado y morir con Shandakor, eso lo sé ahora, pero no puedo regresar.

—¿Por qué no?

En ese momento pensaba como quedaría el nombre de JonRoss inscrito con letras de oro en la lista de los descubridores más famosos.

—Terrestre, el desierto es muy grande, demasiado grande para uno sólo.

—Tengo una caravana, salgo para el norte esta noche, —le dije.

Una luz brilló en sus ojos, tan extraña y mortífera que me dio miedo, él mismo susurró:

—No. ¡No!

Estaba sentado en silencio, observando a través de la multitud que me rodeaba y que también se había olvidado de mí por haberme sentado con el extraño. *Una nueva raza, una ciudad desconocida, estaba ebrio de emoción.*

Tras un largo rato, el extraño me preguntó:

—¿Qué puede querer un terrestre de Shandakor?

Se lo dije y el se rio.

—¿Tú un hombre de estudios? —lo repitió y rio de nuevo, de forma que la capa roja formó ondulaciones.

—Si quieres volver te llevaré conmigo. Si no quieres volver dime donde se encuentra la ciudad y yo me ocuparé de encontrarla. Tu raza y tu ciudad deben tener su sitio en la Historia.

El extraño no dijo nada, el vino me había hecho muy astuto y podía adivinar las ideas que corrían por el cerebro de mi compañero de mesa; proseguí diciéndole:

—Considéralo detenidamente; puedes encontrarme en el caravanserai que está cerca de la puerta norte antes de que salga la luna menor, luego habré partido.

—Espera —me dijo, agarrándome la muñeca con sus dedos, y apretándome hasta hacerme daño. Le miré a la cara y no me gustó lo que vi en ella. Como Kardak me había dicho anteriormente, no son muy sabias las cosas que hago.

—Supongo que sabrás que tus hombres no te seguirán más allá de los Pozos de Karthedon, —dijo el extraño.

—En ese caso proseguiré sin ellos.

Un pesado silencio cayó sobre nosotros, al cabo de un tiempo él dijo:

—Iré contigo.

Me percaté claramente de lo que estaba pensando, lo cual era distinto de lo que significaban las palabras con las que me había hablado. El extraño estaba pensando que yo no era más que un terrestre y que cuando llegáramos a la vista de Shandakor me mataría.

II

El sendero de las caravanas se bifurca nada más pasar los Pozos de Karthedon. Uno de los caminos se dirige hacia occidente, por Shun y el otro se dirige hacia el norte a través de los pasos del Kesh Exterior. Sin embargo, existe una tercera senda, más antigua que las otras dos.

Este tercer camino se dirige hacia el oriente y no se emplea nunca. Los profundos pozos escavados en la roca se encuentran secos y los albergues, contruidos con piedra, hace largo tiempo han desaparecido, bajo las ondulantes dunas del desierto. Ahora no existe ningún sendero que comience la ascensión de las montañas, ni siquiera en el recuerdo de los viajeros.

Kardak rechazó cortésmente proseguir el viaje más allá de los Pozos. Dijo que me esperaba un cierto período de tiempo, si yo regresaba, en ese intervalo, iríamos hacia Shun, si no volvía... Bien el resto de su paga la tenía el representante terrestre, iría a recogerla y se iría a su casa. No le había gustado llevar al extraño con nosotros. Para que viniera con nosotros había sido preciso doblarle el precio que habíamos convenido.

En toda la larga marcha desde Barrakesh, no había sido capaz de conseguir una sólo palabra sobre Shandakor ni de Kardak ni de ninguno de los hombres de la caravana. Prácticamente, tampoco el extraño había hablado. Me había dicho su nombre, que era Corin, y nada más.

Envuelto en su capa y con la capucha bajada cabalgaba solo y meditaba. Sus demonios personales, todavía le acompañaban. Ahora tenía un nuevo demonio: la impaciencia. Si le hubiéramos dejado, nos habría hecho cabalgar tan rápidamente que todos hubiéramos perecido.

Así pues, Corin y yo partimos solos desde Karthedon hacia el oriente, con dos animales de carga, además de nuestras monturas, que llevaban toda el agua que podíamos transportar. A partir de ese momento ya no podía volver hacia atrás. El extraño dijo:

—No hay tiempo para detenernos; los días de Shandakor están llegando a su fin. ¡No nos queda tiempo!

Cuando llegamos a las montañas ya sólo nos quedaban tres animales, cuando cruzamos la primera cresta ya marchábamos a pie, conduciendo de las bridas a la única bestia que nos quedaba, cargada con los pellejos de agua, muy disminuidos en su contenido.

A partir de ese momento comenzamos a seguir un camino, parcialmente tallado en la piedra y parcialmente abierto por el desgaste producido por incontables viajeros de la antigüedad.

Este camino nos conducía hacia arriba, hacia las montañas, aquellas montañas pobres y desnudas, llenas de silencio y pobladas únicamente con las siluetas que el viento del desierto había tallado sobre las piedras rojizas.

Corin dijo:

—En la antigüedad, los ejércitos transitaban por este camino y los reyes y las caravanas y los mendigos y los esclavos humanos, las jóvenes cantantes y danzarinas y los embajadores de los príncipes: este era el camino de Shandakor.

Proseguimos por este camino con un ritmo de paso propio de locos.

La bestia cayó y se rompió el cuello al resbalarse sobre una roca. Tuvimos que llevar la poca agua que nos quedaba entre nosotros dos. No era una carga muy pesada, luego se hizo más ligera y al fin terminó casi por desaparecer.

Una tarde, mucho antes de la puesta del sol, Corin dijo bruscamente:

—Nos detendremos aquí.

El camino se elevaba ante nosotros con una fuerte pendiente. No se veía ni oía nada. Corin se sentó en un montón de arena. Yo me agaché también a poca distancia de él.

Le observé; su cara se encontraba oculta bajo la capucha y no hablaba.

Las sombras se fueron espesando en el camino que seguíamos, profundo y estrecho. Encima de nosotros, la franja de cielo que veíamos estaba coloreada

primero de azafrán y luego de rojo... después aparecieron las estrellas brillantes y crueles.

El viento realizaba, como siempre, su trabajo de picapedrero, cortando y puliendo las piedras mientras se susurraba a sí mismo; era un viento antiguo, ya senil, lleno de disgusto y de quejas. Se oía el débil y seco sonido producido por el caer de los guijarros.

Sentía la pistola fría en mi mano, cubierta con mi capa. No quería usarla, pero tampoco quería morir aquí, en este sendero silencioso de ejércitos desaparecidos y reyes y caravanas que ya no existían.

Un rayo verdoso de luz de las lunas se arrastró entre los acantilados que rodeaban el camino, Corin se puso en pie y dijo.

—Por dos veces he ido en pos de mentiras; ahora, aquí, al menos me he encontrado con la verdad.

—No te comprendo —le contesté.

—Pensé que podría escapar a la destrucción de la ciudad, esto era una mentira; luego pensé que podría volver para ser partícipe de la destrucción; esto también era otra mentira. Ahora veo la verdad, Shandakor está muriendo. Hui de esta muerte, que es no sólo el fin de la ciudad sino también el fin de mi raza; la vergüenza de esta huida está sobre mí. Nunca podré retornar.

—Entonces ¿qué harás?

—Moriré aquí.

—¿Y yo?

Con suavidad Corin le preguntó:

—¿Pensaste que traería a una criatura extraña a observar el fin de Shandakor?

Me moví primero. No sabía qué armas podía tener mi compañero, ocultas bajo su capa rojo oscuro. Me lancé cuerpo a tierra sobre la piedra cubierta de polvo. Algo pasó silbando junto a mi cabeza, después se oyó un tableteo y se vio un brusco rayo de luz.

Yo le agarré por las piernas desde abajo y él cayó hacia delante al suelo. Rápidamente me coloqué encima del extraño.

Tenía mucha vitalidad, tuve que golpearle dos veces la cabeza contra la roca antes de poder arrebatarle de las manos el temible instrumento formado por varillas de metal. Arrojé lejos el arma desconocida. No pude descubrir que llevara encima otras armas, salvo un cuchillo que también le quité, luego me incorporé y le dije:

—Te llevaré a Shandakor.

Permanecía rígido en el suelo, envuelto en los pliegues desordenados de su capa. Su respiración entrecortada sonaba áspera en su garganta cuando dijo:

—Como tú quieras —luego pidió agua.

Fui a donde se encontraba el pellejo y lo cogí, pensando que todavía quedaba la suficiente para llenar una copa. No le oí moverse, lo que el extraño hizo, lo hizo muy silenciosamente, empleando un ornamento afilado. Cuando le llevé el agua estaba moribundo.

Procuré incorporarle, sus ojos me miraron con una mirada brillante y llena de curiosidad, luego susurró tres palabras, en un lenguaje desconocido para mí, y murió. Nuevamente lo deposité en el suelo y así lo dejé.

Su sangre que manaba mezclándose con la arena, incluso a la luz de las dos lunas podía ver que no tenía el color de la sangre humana.

Durante un largo período de tiempo me senté allí, dominado por un extraño malestar. Luego me dirigí al cadáver y le bajé la capucha roja para dejar su rostro al desnudo.

Era una hermosa cabeza, como yo nunca había visto antes, si lo hubiera hecho no hubiera ido solo con Corin por las montañas desérticas, si la hubiera visto antes hubiera comprendido muchas cosas, si la hubiera visto, ni por fama ni por dinero habría ido a buscar Shandakor.

Su cráneo era estrecho y arqueado, la forma de sus huesos era delicada. La parte superior de este cráneo se encontraba recubierto de unas cortas fibras ensortijadas que, a la luz de las lunas, tenían un brillo plateado casi metálico. Al tocarlos se revolvían en mi mano como suaves y finos cables de seda que respondían, por sí mismos, a un toque extraño. Cuando retiré mi mano, el brillo de las fibras se desvaneció y cambió su estructura.

Cuando las volví a tocar ya no se movieron. Las orejas de Corin eran puntiagudas y tenían penachos plateados en su parte superior. En las orejas, en los brazos y en su pecho se veían ligeros, muy ligeros, vestigios de escamas^[31], como partículas brillantes a través de la piel dorada.

Le miré los dientes; no eran humanos.

Comprendí el porqué se había reído Corin cuando le dije que estudiaba a los hombres.

La noche era muy silenciosa, podía oír la caída de los guijarros, el sonido de las pequeñas piedras que rodaban y caían por los solitarios acantilados y el ruido que hacía la arena arrastrada por el viento, al introducirse en las grietas existentes en las rocas.

Los Pozos de Karthedon se encontraban muy lejos, a una distancia de varias vidas para un hombre que marchaba a pie y que tenía únicamente una copa de agua como toda reserva.

Miró hacia delante, hacia el camino empinado y estrecho, luego miró a Corin. El viento era frío, un rayo de la luz de las lunas iluminaba el cadáver. No quería permanecer sólo en la oscuridad con Corin.

Se levantó y comenzó a caminar por el camino que conducía a Shandakor.

Era un camino con una gran pendiente, pero no muy largo. El camino llegaba ante dos pináculos de roca y allí se encontraba una arcada, pasada la arcada, el terreno descendía y debajo, muy debajo, a la luz de las pequeñas lunas que tan rápidamente pasan a través del cielo de Marte, se encontraba un valle entre las montañas.

Rodeando este valle, hacía mucho tiempo, se encontraban picos elevados, coronados por la nieve, había grietas color negro y carmesí en las paredes de piedra, en donde los lagartos voladores anidaban, los lagartos-halcón de ojos rojos. En el valle, debajo de las grietas de las paredes rocosas había bosques, de distintos colores entre los que destacaban el púrpura, verde y el oro. En el valle se veía también un profundo lago de montaña que desde la altura se veía negro.

Pero cuando yo llegué todo esto se encontraba muerto. Los picos se habían derrumbado, los bosques habían desaparecido y el lago de montaña sólo era un pozo excavado en la roca desnuda.

En medio de esta desolación se encontraba una ciudad amurallada.

En medio de la ciudad se veían luces, luces suaves de muchos colores. Las murallas exteriores seguían levantadas, negras e imponentes formando una barrera contra la arena que se arrastra por el valle, allí dentro de los muros se encontraba una isla de vida.

Las altas torres no se encontraban en ruinas, entre ellas brillaban las luces y se percibía movimiento en sus calles. Una ciudad viva, y eso que Corin había dicho que Shandakor era una ciudad moribunda.

Una ciudad viviente y rica. No lo comprendía, pero sabía una cosa. Los que se movían por las distantes calles de Shandakor no eran humanos.

Permanecí temblando en el paso barrido por los vientos. Las brillantes torres de la ciudad me hacían guiños, pensé que había algo innatural en lo relativo a la vida, llena de luz y color, que se desarrollaba en aquel valle mortecino.

Entonces pensé que los habitantes de Shandakor, fueran o no humanos, podían venderme agua y una bestia de carga para transportarla, de forma que

podiera deshacer el camino que había hecho, recruzando las montañas hasta volver de nuevo a los Pozos.

El camino se ensanchaba y formaba curvas al descender por la cuesta. Caminaba por en medio de la carretera, no esperando encontrarme con ningún peligro, de repente dos hombres salieron de ninguna parte y me cortaron el camino.

Grité y salté hacia atrás con el corazón latiéndome con fuerza y el sudor humedeciendo mi cuerpo. Observé como brillaban sus anchas espadas a la luz de las lunas. Los dos hombres se rieron.

Eran humanos. Uno de ellos era un bárbaro, alto y pelirrojo, de las tribus de Mekh, que habitualmente se encuentran hacia oriente en el otro hemisferio de Marte. El otro era un hombre más flaco y más oscuro, de Taarak, que se encuentra más lejos todavía. Yo estaba asustado, enfadado y asombrado por ello les hice una pregunta estúpida:

—¿Qué hacéis aquí?

El hombre de Taarak dijo:

—Te estábamos esperando.

Luego describió un círculo con su mano que abarcaba todas las oscuras cuevas que descendían hacia el valle y prosiguió diciendo:

—De Kesh y de Shun, de todos los países de las Tierras del Norte y de las Marcas han venido hombres a esperar. ¿Y tú, a qué has venido?

Le contesté:

—Estoy perdido; soy un terrestre y no soy enemigo de nadie.

Estaba sorprendido por la aparición de los dos hombres, pero ahora la consideraba con alivio, no sería necesario que fuera a Shandakor. Si había un ejército de bárbaros acampado alrededor de la ciudad, tendría que tener suministros y yo podría negociar con ellos.

Les dije lo que necesitaba añadiendo:

—Puedo pagar por lo que necesito y pagar bien.

Se miraron entre sí y uno de ellos dijo:

—De acuerdo, ven con nosotros y negocia con el jefe.

Se colocaron uno a cada lado, caminamos tres pasos y de repente me encontré con la cara en la arena y mis dos enemigos sobre mí, como si fueran dos grandes gatos salvajes, comenzaron a despojarme de mis pertenencias.

Cuando terminaron, ellos lo tenían todo y yo no tenía nada, salvo aquellas ropas que no tenían uso para ellos. Me puse de pie enjugándome la sangre que manaba de mi boca. El hombre de Mekh dijo:

—Para uno de fuera de Marte, luchas bien.

Mientras lo decía, movía hacia arriba y hacia abajo mi bolsa llena de dinero, colocada en la palma de su mano, valorando su peso, luego me tendió la botella de cuero que llevaba en su cadera y me dijo:

—Bebe, esto es una cosa que no te puedo negar, pero ten en cuenta que nuestra agua viene de muy lejos; debe ser transportada a través de estas montañas, y no tenemos bastante para desperdiciarla dándosela de beber a los terrícolas.

No estaba muy orgulloso, pero vacié la botella, el hombre de Taarak dijo sonriendo:

—Sigue para Shandakor; quizá ellos te den agua.

—¡Me habéis robado todo mi dinero!

—En Shandakor son ricos, no necesitan dinero, sigue y cuando llegues les pides agua.

Siguieron allí, de pie, como riéndose de algún chiste del que sólo ellos conocían la gracia, no me agradaban los sonidos que hacían.

Antes podía haber matado a los dos y después haber bailado sobre sus cuerpos, pero ahora, me habían dejado únicamente las manos desnudas como arma con la que luchar. Así que me volví y proseguí bajando hacia la ciudad, dejándoles detrás, en la oscuridad, burlándose de mí.

La carretera conducía hacia abajo y luego a través del llano. Sentía que había ojos que me observaban, los ojos de los centinelas en las cuevas que escudriñaban a la tenue luz de las dos lunas.

Las murallas de la ciudad comenzaban a verse cada vez más altas, ocultando completamente la ciudad, salvo la parte más alta de una torre, que estaba terminada en un globo macizo y extraño. De este globo se proyectaban varillas de cristal, mientras giraba lentamente, las varillas chisporroteaban con una especie de fuego blanco que era todo lo que se podía ver del interior de la ciudad.

La carretera, que había llegado a ser amplia al aproximarse a la ciudad, se elevaba hacia la Puerta de Occidente, subí por este camino, caminando muy muy despacio, como si no estuviera completamente decidido a entrar en la ciudad, entonces pude ver que la puerta estaba abierta ¡La puerta estaba abierta y la ciudad sitiada!

Permanecí parado durante algún tiempo, procurando resolver la adivinanza que suponía el hecho de que la puerta estuviera abierta, intentando hallar qué significado podía tener... un ejército que no atacaba una ciudad con las puertas abiertas.

No podía encontrar el significado de este hecho.

Había soldados sobre las murallas, pero estaban riendo y bromeando con tranquilidad, bajo brillantes banderas.

Más allá de la puerta mucha gente se movía y se dedicaba a sus negocios, pero yo no podía oír sus voces.

Me aproximé más a la puerta, no sucedió nada, los centinelas no me dieron el alto y ninguno se dirigió a mí.

Ya se sabe que la necesidad puede forzar a un hombre a actuar contra su juicio y contra su voluntad.

Entré en Shandakor.

III

Más allá de la puerta se encontraba un amplio espacio despejado, una plaza lo bastante grande como para contener un ejército.

Alrededor de sus bordes se encontraban los puestos de los comerciantes, sus toldos estaban confeccionados de ricas telas espléndidamente tejidas y las mercancías que vendían eran de una clase que no se habían visto en Marte desde hace más siglos de los que un hombre puede recordar.

Había frutas y pieles extrañas, y tintes, cuya fórmula se había perdido desde la más remota antigüedad, que nunca perdían su color y muebles tallados en maderas provenientes de bosques desaparecidos hace eones y había especias y vinos y telas maravillosas.

En un sitio, un mercader, procedente del lejano sur, ofrecía una alfombra de ceremonia, tejida burdamente a partir del largo y brillante pelo de las vírgenes.

Todo lo que vendían era nuevo.

Los mercaderes eran humanos en su totalidad. Por su aspecto podía determinar la nacionalidad de algunos de ellos con base a su experiencia, la nacionalidad de otros la podía adivinar por mis estudios históricos. Algunos le eran completamente desconocidos.

De las multitudes que deambulaban entre los puestos, había una fracción que también estaba compuesta por seres humanos. Había príncipes comerciantes que habían venido a negociar y también grupos de esclavos que se dirigían al lugar de la subasta, pero los otros...

Les miraba desde mi posición, escondido en la sombría esquina de la puerta y el frío que sentí no provenía en su totalidad del viento que había estado soportando durante toda la noche.

Al haber visto a Corin, conocía bastante bien el aspecto de los señores de Shandakor, de piel dorada y cresta plateada. Les llamo señores porque así es como se comportaban, caminando orgullosamente, poniendo de manifiesto que aquel lugar era suyo, servidos por esclavos humanos.

Los humanos que no eran esclavos les cedían el paso y demostraban una gran deferencia en sus modales, como si supieran que debían estarles muy agradecidos por haberseles permitido penetrar en la ciudad.

Las mujeres de Shandakor eran muy bellas, hadas delgadas de piel dorada, con ojos brillantes y orejas puntiagudas.

Además estaban los otros. Criaturas delgadas con grandes alas^[32], otros que también eran muy delgados y se encontraban cubiertos de pelo^[33], otros que carecían de pelo, eran horribles y se movían con un sinuoso^[34] deslizar, algunos con unas formas tan extrañas y de colores tan exóticos que era imposible adivinar de qué línea de evolución procedían.

Las razas perdidas de Marte, las razas antiguas de cuyo orgullo y poder nada había quedado, salvo leyendas ya semiolvidadas, que se contaban en los lugares más apartados del planeta.

Yo que había dedicado mi vida al estudio antropológico del planeta, nunca había oído hablar de su existencia, excepto en forma de leyendas muy distorsionadas, equivalentes a las que hablan de los sátiros y gigantes de la Tierra.

Sin embargo, aquí se encontraban, vestidos con ropas maravillosas, servidos por seres humanos desnudos, amarrados con cadenas forjadas de metales preciosos. Ante ellos, los mercaderes también se apartaban a un lado y hacían reverencias.

Las luces multicolores ardían, no las antorchas y las lámparas del Marte que yo conocía, sino una radiación fría que procedía de globos de cristal. Las paredes de los edificios que flanqueaban la plaza del mercado se encontraban cubiertos de mármoles llenos de vetas, las elevadas torres que los remataban, tenían incrustadas turquesas y cinabrio, ámbar y jade, así como los maravillosos corales de los océanos del sur.

Los seres ataviados con maravillosos vestidos, así como los cuerpos desnudos, se movían siguiendo intrincados caminos a través de la plaza. Se compraba y se vendía y se podía ver como las bocas de la gente se abrían y cerraban, las bocas de las mujeres reían.

Sin embargo, no se oía ningún sonido proveniente de la atareada multitud del mercado, no se oía ni la más mínima voz, ni el más ligero escándalo, ni el más mínimo sonido del metal rozando con la piedra. Sólo había silencio, el terrible silencio de los lugares desiertos.

Comencé a comprender por qué no era necesario cerrar las puertas. Ningún bárbaro supersticioso se atrevería a penetrar en una ciudad poblada por fantasmas vivientes.

Yo, que era un hombre civilizado, que era un científico, aunque lo fuera en ciencias sociales no especialmente viculadas a la tecnología, habría huido a todo correr hacia el valle, si no hubiera sido por mi necesidad de agua y suministros. Pero como no tenía alternativa para elegir un lugar al que ir, me detuve ante la puerta sudando y saboreando el gusto acre del miedo.

¿Qué eran estas criaturas que no emitían ningún sonido? ¿Fantasmas, imágenes, sueños? Los humanos y los no humanos, los antiguos, los orgullosos, los desaparecidos y olvidados que de una forma demencial se encontraban presentes en la ciudad: ¿Tenían alguna sutil forma de vida de la que yo no sabía, ni adivinaba, nada? ¿Podían verme como yo les veía a ellos? ¿Tenían pensamiento y voluntad propia?

Lo que más me sorprendía era su solidez, los negocios a los que se dedicaban, con gran interés y perfectamente prosaicos. Los fantasmas no se dedican al comercio, no ponen collares llenos de joyas en el cuello de sus mujeres, no regatean por el precio de un arnés lleno de remaches de metal.

La solidez y el silencio... esto era lo peor de todo, con solo que hubiera habido el más mínimo silencio que indicara la existencia de algún ser viviente...

Corin había dicho que se trataba de una ciudad moribunda, también había dicho que «los días se estaban terminando». ¿Y si ya se hubieran agotado? ¿Y si él se encontrara aquí solo con las extrañas luces y los fantasmas silenciosos, solo dentro de estos inmensos edificios de piedra, con sus innumerables habitaciones, sus calles, sus galerías, sus pasadizos ocultos?

El terror puro es algo desagradable, él lo estaba experimentando.

Comencé a moverme, con mucha precaución, a lo largo de la muralla. Pretendía alejarme de la plaza del mercado.

Uno de los extraños de aspecto escurridizo, estaba regateando por una esclava. La joven gritaba, podía ver incluso los músculos contraídos de su rostro y el movimiento espasmódico de su garganta, pero no llegaba a percibir ni el más débil sonido.

Encontré una calle que seguía paralela a la muralla y seguí a lo largo de ella, mirando de reojo a la gente, humana o no humana, que se encontraba en el interior de los edificios iluminados. De vez en cuando me cruzaba con hombres de los que yo me ocultaba. Sin embargo seguía sin haber oído el más mínimo sonido.

Ponía mucho cuidado en la forma en que colocaba mis pies al caminar, procurando que no hicieran ningún ruido. De alguna forma tenía el presentimiento de que si hacía ruido sucedería algo terrible.

Un grupo de comerciantes se dirigió hacia mí, me volví hacia atrás y me oculté en una arcada, de repente desde detrás de mí salieron tres mujeres del caravanseraí, adornadas con lentejuelas. Me encontraba rodeado entre unos y otras.

No deseaba que ninguna de aquellas mujeres sonrientes me tocara, por ello me volví, deshice mi camino y salí a la calle, en ese momento los mercaderes se pararon y volvieron sus cabezas. Pensé que me habían visto, dudé, las mujeres siguieron su camino hacia donde yo me encontraba. Sus ojos pintados brillaban, sus labios rojos echaban chispas. Los ornamentos que cubrían sus cuerpos despedían relámpagos de luz. Caminaban directas hacia mí.

En ese momento hice ruido, gritando con toda la fuerza que tenía en mis pulmones. Las mujeres pasaron a través de mí, les hablaron a los mercaderes y estos rieron, luego se fueron juntos bajando por la calle. No me habían visto ni me habían oído. Cuando me interpuse en su camino, yo para ellos no era más que una sombra, pasaron a través mío.

Me senté sobre las losas de piedra de la calle y procuré pensar sobre lo que me había sucedido. Estuve sentado mucho tiempo.

Los hombres y las mujeres pasaban a través de mí como si fuera a través del aire vacío. Intenté recordar si había sentido algún dolor repentino, como el producido por una flecha en mi espalda, que hubiera podido matarme en dos segundos sin que yo me hubiera dado cuenta. La verdad es que me parecía más verosímil que yo fuera el fantasma y no los que se encontraban a mi alrededor.

No pude recordar ningún dolor, además mi cuerpo, al palparlo con las manos, seguía pareciendo sólido, como las piedras sobre las que me sentaba. Estas piedras se encontraban frías, finalmente el frío hizo que me pusiera nuevamente en pie. No había ninguna razón para que me ocultara, de forma que comencé a caminar por el medio de la calle y no me apartaba a un lado cuando me cruzaba con alguien.

Llegué a otra muralla que hacía ángulo recto con la que seguía y se internaba hacia el interior de la ciudad. Seguí esta nueva muralla, me di cuenta de que se curvaba poco a poco, al cabo de un tiempo me encontré nuevamente en la plaza del mercado, en su extremo interior. Había una puerta, encontrándose la mayor parte de la ciudad más allá de ella, pasada la puerta la muralla continuaba.

Los no humanos pasaban, sin problemas, por esta puerta, pero ningún humano, salvo los esclavos, lo hacía.

Me di cuenta que la plaza del mercado y sus alrededores eran un ghetto para los humanos que llegaban a Shandakor con las caravanas.

Recordé lo que Corin había sentido sobre mí y me pregunté que sentirían los habitantes de Shandakor si yo traspasaba esa puerta. Supuesto, claro está, que yo estuviera vivo y que también algunos de los habitantes de esta ciudad lo estuvieran.

Había una fuente en la plaza del mercado. Las gotas de agua, teñidas de muchos colores por las luces, caían salpicando en la parte inferior de la fuente, tallada en piedra. Hombres y mujeres bebían de esta fuente. Me dirigí a la fuente, pero cuando introduje mis manos, lo único que noté fue piedra seca, llena de arena.

Levanté mis manos y dejé caer el polvo que las había manchado. Podía ver claramente el polvo, pero igual de claramente el agua. Un niño saltó sobre la fuente, salpicando y mojando los vestidos de los que se encontraban alrededor, lo podía ver nítidamente. La gente golpeó al niño que empezó a llorar, pero no se oyó ningún sonido.

Me dirigí hacia la puerta que se encontraba vedada a los humanos.

Las avenidas eran anchas, había árboles y flores, amplios parques y villas ajardinadas. Había grandes edificios, tan agradables como altos.

Una ciudad sabia y orgullosa, de antigua cultura, pero no decadente, tan hermosa como Atenas, pero más rica y extraña, con un toque ajeno a la humanidad en cada una de sus líneas.

¿Podéis imaginar lo que es caminar por una ciudad así en el más absoluto silencio, rodeado por masas que no eran humanas y ver una gloria que tampoco era humana?

Ver las torres de jade y cinabrio, los minaretes dorados, las luces y las sedas multicolores, las joyas y el poder de la ciudad.

¡Y la gente de Shandakor! No importa lo lejos que se hayan ido sus almas, seguro que nunca me perdonarán.

No se cuanto tiempo estuve vagabundeando por la ciudad. Ya casi había perdido el miedo a preguntarme sobre la naturaleza de las cosas que veía, cuando de repente, en aquel mortal silencio oí un sonido, el ruido suave y rápido de unos pies con sandalias caminando.

IV

Me quedé quieto en el lugar en que me hallaba, en medio de una plaza. Un grupo de extraños, con altas crestas plateadas, bebían vino bajo unos emparrados de flores oscuras y en el centro, un puñado de jóvenes con alas, tan adorables como cisnes, bailaban con un extraño ritmo, sus movimientos tenían más de vuelo que de danza.

Miré en todas direcciones y vi que había mucha gente. ¿Cómo podría saber cual de ellos había hecho el ruido?

Silencio.

Me volví y corrí a través del pavimento de mármol. Corrí a mucha velocidad y luego, de repente, me detuve y me puse a escuchar, se oyó un *plaf* *plaf*... sólo un susurro muy ligero y rápido. Giré rápidamente sobre mí mismo, pero el sonido había desaparecido. La gente silenciosa paseaba y las danzarinas seguían evolucionando y saltando a la vez que desplegaban sus alas blancas.

Alguien me estaba observando, alguna de aquellas sombras indiferentes que aparecían ante mis ojos, no era una sombra.

Proseguí mi camino. Amplias calles partían de la plaza, tomé una de ellas. Intenté el truco de cambiar de paso dos o tres veces y en estas ocasiones pude oír el eco de pasos que no eran los míos.

Al cabo de un tiempo me percaté de que me estaban siguiendo deliberadamente. Quien quiera que fuese quien me perseguía, se deslizaba sin ruido por entre la multitud silenciosa, mezclándose con ella, protegiéndose en su interior, revelando su existencia sólo por el ruido de sus pisadas en algunas raras ocasiones. Este ruido espoleaba mi imaginación.

Le hablé a la presencia desconocida. Le grité, pero sólo escuche el eco de mi voz, que después de rebotar contra las paredes de la plaza, sonaba a hueca. Los grupos de personas seguían fluyendo y arremolinándose a mi alrededor, pero no hubo ninguna respuesta.

Intenté dar saltos, aquí y allá con los brazos extendidos, entre las personas que se cruzaban conmigo. Pero lo único que conseguí tocar fue el aire vacío. Quería un lugar donde ocultarme y no había ninguno.

La calle era larga, la recorrí en toda su longitud y el desconocido me siguió. Había muchos edificios, todos iluminados y llenos de gente, pero envueltos en un silencio de muerte. Pensé ocultarme en el interior de un edificio, pero no podía soportar la idea de encontrarme encerrado entre unas paredes con esa gente que no era gente.

Llegué a una gran plaza circular, en donde se cruzaban varias avenidas y en cuyo centro se encontraba una torre elevada. Anteriormente, cuando me aproximaba a la ciudad, había visto esta torre coronada por un globo que giraba. En ese momento dudaba, pues no sabía que camino tomar ahora. Oí llorar a alguien y me di cuenta que quien lloraba era yo a la vez que jadeaba por el esfuerzo que me había supuesto hacer aquel camino. El sudor corría por las comisuras de mi boca, un sudor frío y amargo.

Un guijarro cayó a mis pies haciendo un pequeño clic.

Me volví y comencé a cruzar la plaza, la crucé cuatro a cinco veces, sin ninguna razón, como un conejo atrapado en el campo. Cambié mi camino y luego me puse a descansar con mi espalda apoyada en un pilar ornamental.

De algún lugar me llegó el sonido de una risa.

Comencé a gritar, no sé lo que decía. Por último me callé y sólo quedó el silencio y las masas que seguían transitando por la ciudad, que ni me veían ni me oían.

Ahora me parecía que el silencio se encontraba lleno de susurros, de un volumen justo por debajo del umbral auditivo.

Un segundo guijarro golpeó el pilar donde me apoyaba por encima de mi cabeza. Otro impactó en mi cuerpo. Me aparté del pilar, se escuchó una risa y yo eché a correr.

Había infinidad de calles, todas brillantes y llenas de luces de colores. Me crucé con muchos seres de rostros extraños y vestidos que se ondulaban con el viento nocturno, me crucé con literas de cortinas escarlata, con bellos carros, semejantes a carrozas tiradas por animales. Cruzaba a su través como si fueran de humo, sin sonidos, sin sustancia. La risa me perseguía y yo seguía corriendo.

Cuatro hombres de Shandakor se dirigieron hacia mí, me lancé para pasar a su través... pero sus cuerpos se opusieron al mío, sus manos me agarraron y pude ver sus ojos, sus brillantes ojos negros que me miraban...

Luché brevemente y luego, de repente, todo se hizo muy oscuro a mi alrededor.

La oscuridad me atrapó y me llevó a algún sitio. Oía voces que me hablaban desde lejos. Una de las voces tenía un tono ligero, joven y hermoso. Este tono era muy parecido, si no igual, al de la risa que me había perseguido por las calles. Lo odiaba.

Lo odiaba con tal intensidad que luché desesperadamente para librarme de la corriente de oscuridad que me transportaba. Se produjo un repentino torbellino de luz y sonido que apartó a la tenaz oscuridad. Las cosas volvieron a su ser y yo me avergoncé de haberme desmayado.

Estaba en una habitación. Era bastante grande pero hermosa y muy muy antigua. Era el primer lugar que había visto en Shandakor que parecía arcaico, arcaico en el sentido marciano, es decir de un tiempo muy anterior a que la historia hubiera comenzado en la Tierra.

El suelo, hecho de alguna magnífica piedra oscura, del color de la noche sin lunas y los delgados pilares pálidos, que mantenían los arcos que sujetaban el techo mostraban los deterioros y la suavidad de los siglos. Las pinturas de la pared se habían oscurecido y suavizado y las alfombras, extendidas sobre el oscuro suelo, resplandecientes con su tejido brillantes colores, se veían gastadas y tan delgadas como si fueran de seda.

En la habitación había hombres y mujeres, la gente extraña de Shandakor. Pero a diferencia de los que se encontraban en el exterior, estos respiraban y hablaban, estaban vivos. Una de ellos era una joven aniñada con estrechas caderas y unos pequeños pechos puntiagudos, se encontraba apoyada en un pilar detrás de mí. Me miraba con sus ojos negros, llenos de luces que danzaban.

Cuando ella vio que ya me había recuperado del mareo, sonrió y me arrojó un guijarro a los pies.

Me levanté. Quería tener ese cuerpo dorado entre mis manos para hacerle gritar. Ella preguntó empleando el alto marciano:

—¿Eres humano? Nunca había visto antes uno tan de cerca.

Un hombre vestido con una túnica negra dijo:

—Estate callada, Duani.

Luego se aproximó y quedó de pie a mi lado. No parecía estar armado, pero los otros lo estaban. Recordaba la pequeña arma de Corin. Me quedé quieto y no hice ninguna de las cosas que quería hacer. El hombre de la túnica oscura me preguntó:

—¿Qué estas haciendo aquí?

Le hablé sobre mí mismo y sobre Corin, omitiendo únicamente el hecho de que el había intentado matarme antes de que muriera. También les conté como los hombres de las colinas me habían robado. Terminé diciendo:

—Ellos me enviaron aquí, a pedir agua.

Alguien hizo un ronco sonido de disgusto. El hombre que tenía delante de mí dijo:

—Están de buen humor.

—Supongo que podréis proporcionarme una bestia y agua.

—Matamos a nuestras bestias hace mucho tiempo y en lo que se refiere al agua...

Hizo una pausa y luego preguntó con amargura:

—¿No lo comprendes? ¡Nos estamos muriendo de sed!

Miré al hombre y a la chica llamada Duani y también a los otros, luego dije:

—No aparentáis estar muriendo de sed.

—Has visto como las tribus humanas se han reunido en las colinas como si fueran lobos. ¿Qué crees que están esperando? Hace un año descubrieron y cortaron el acueducto enterrado que traía el agua a Shandakor desde el casquete polar. Lo único que necesitan es tener paciencia, su tiempo ya está muy próximo, el agua que tenemos almacenada en las cisternas casi se ha terminado.

Un cierto enfado ante su pasividad me hizo decir:

—¿Por qué permanecéis aquí para morir como ratones atrapados en una jarra? Yo hubiera luchado para salir de aquí, he visto vuestras armas.

—Nuestras armas son antiguas y nosotros somos muy pocos. Supon que algunos de nosotros sobreviviera... terrestre, dime otra vez. ¿Cómo le fue a Corin en el mundo de los hombres? —Movi6 su cabeza y prosigui6 diciendo:

»Hace mucho tiempo, nosotros fuimos grandes y Shandakor poderosa. Las tribus humanas de medio mundo nos pagaban tributo. Somos la última y miserable sombra de nuestra raza ¡Pero, así y todo, no mendigaremos a los humanos!

Duani dijo con suavidad:

—Además. ¿D6nde podríamos vivir que no sea Shandakor?

Entonces les pregunté algo que deseaba conocer desde que llegué a la ciudad:

—¿Qué me contáis de los otros, de los silenciosos?

El hombre de la túnica oscura, con una voz que sonaba como una lejana fanfarria de trompetas dijo:

—Son el pasado.

Seguía sin comprender, no comprendía nada en absoluto, pero antes de que pudiera plantear más cuestiones, un hombre se me aproximó y dijo:

—Rhul, el terrestre debe morir.

Los penachos que se alzaban en la parte superior de las orejas de Duani temblaron y su cresta de rizos plateados se puso casi erecta. Luego gritó:

—¡No Rhul! Por lo menos no ahora mismo.

Se produjo un clamor entre las personas que llenaban la sala. Hablaban preferentemente en un idioma angular y rápido que debía haber antedatado a las sílabas de los hombres. Uno que había hablado previamente con Rhul repitió:

—¡Tendrá que morir! No tiene sitio aquí, nosotros no podemos desperdiciar el agua.

Entonces Duani contestó:

—Yo compartiré mi agua con él, al menos por un tiempo.

Como no quería ningún favor de la joven dijo:

—He venido aquí a buscar suministros; como vosotros no tenéis me iré a otra parte; todo es tan sencillo como eso.

No podía comprar suministros a los bárbaros, pero siempre podía intentar robarles.

Rhul movió su cabeza con aire de negación y dijo:

—Me temo que no. Nosotros únicamente somos un puñado, durante innumerables años nuestra única defensa han sido los fantasmas vivientes de nuestro pasado que pasean por las calles, las Sombras que guarnecen las murallas. Los bárbaros creen en encantamientos. Si te han visto entrar en Shandakor y luego te ven salir vivo de la ciudad, los bárbaros comprenderán que el encantamiento no puede matar, en ese caso ya no esperarán más para asaltar la ciudad.

Con enfado, porque me encontraba asustado, dije:

—No veo la diferencia entre que muráis ahora o cuando se os acabe el agua; en cualquier caso vais a morir dentro de muy poco tiempo.

Al oír esto Rhul me contestó secamente:

—Terrestre, no es lo mismo; moriremos a nuestra manera, en el tiempo que nos ha sido concedido; quizá tú, que eres un ser humano, no seas capaz de comprender esto. En el fondo es una cuestión de orgullo. La raza más antigua de Marte terminará honrosamente, como comenzó hace un tiempo inconmensurable.

Se volvió y se alejó haciendo una pequeña inclinación de cabeza.

Esta ligera inclinación significaba, sin ningún lugar a dudas, *matadle, todo es tan sencillo como eso*.

Vi como, poco a poco, se alzaban hacia mí las pequeñas y feas armas de la gente de Shandakor.

V

El siguiente instante me pareció que duraba un año. Pensé en muchas cosas, pero ninguna de ellas era buena. Era un lugar infernal para morir, ni siquiera había una mano humana que me pudiera ayudar en mi última hora. En ese momento Duani se aproximó a donde yo me encontraba y colocó sus delgados brazos alrededor de mi cuello. Luego gritó a sus conciudadanos:

—Estáis llenos de grandes pensamientos, ¡de pensamientos de moribundos! ¿Sois tan viejos o estáis tan cansados que no podéis hacer nada más que pensar? ¿Y yo? Yo no tengo nadie con quien hablar, me estoy volviendo enferma por estar siempre paseando sola, pensando únicamente en como voy a morir. ¡Dejádmelo tener por un tiempo! Ya os he dicho que compartiré mi agua con él.

En la misma forma en que hablaba Duani, habría hablado en la Tierra un niño para que le dejaran quedarse con un perro vagabundo. Está escrito en un antiguo Libro que un perro vivo es mejor que un león muerto. Esperaba que le dejaran a la joven que me mantuviera con ella.

Así lo decidieron finalmente.

Rhul miró a Duani con una especie de compasión cansada y levantó su mano ordenando a los hombres que empuñaban las armas:

—¡Esperad! Tengo una idea sobre como este humano nos puede ser de utilidad. Ahora nos queda poco tiempo y es una lástima el desperdiciarlo, sin embargo es necesario emplear mucho tiempo en atender a la máquina, él puede hacer este trabajo por nosotros. Además un hombre puede vivir con una pequeñísima cantidad de agua.

Los otros consideraron esta cuestión. Varios se opusieron violentamente, no tanto por la cantidad de agua que consumiría, sino porque era inconcebible que un intruso humano pudiera contemplar los últimos días de Shandakor.

Corin había dicho lo mismo. Pero Rhul era un anciano, los penachos que coronaban sus orejas puntiagudas eran incoloros como el cristal y su cara

estaba cortada por surcos profundos tallados por los años. La sabiduría se había destilado en su mente produciendo una amarga bebida.

—Un ser humano de nuestro propio mundo sí, pero este hombre es de la Tierra; los hombres de la Tierra llegarán a ser los nuevos señores al igual que nosotros fuimos los antiguos. Marte los amará, pero no más de lo que nos amó a nosotros, porque ellos son tan extraños como nosotros. Por ello no me parece inconveniente que pueda vernos partir, que sea testigo de nuestro fin.

No estuvieron contentos con esta decisión, pero pienso que se encontraban ya tan próximos a su final que ya nada les importaba realmente.

De uno en uno o de dos en dos fueron saliendo, ya que consideraban que habían malgastado demasiado tiempo apartados de las maravillas que había en las calles del exterior.

Algunos de los hombres todavía mantenían empuñadas sus armas, apuntándome. Otros salieron y volvieron llevando cadenas hechas de metales preciosos, semejantes a las que habían llevado los esclavos humanos, me pusieron grilletes de forma que no pudiera escapar, mientras me los ponían Duani rio. Entonces Rhul dijo:

—Vamos, te enseñaré la máquina.

Me condujo desde la habitación ascendiendo por una escalera de caracol. La torre tenía grandes ventanas semejantes a troneras, mirando a su través descubrí que nos encontrábamos en la base de la torre alta coronada por el globo. Me debían haber llevado nuevamente de vuelta a este sitio después de que Duani me había hecho seguirla con sus risas y sus guijarros.

Miré a las calles brillantemente iluminadas, llenas de esplendor de silencio y le pregunté a Rhul por qué no había fantasmas en el interior de la torre.

—¿Has visto el globo con las varillas de cristal?

—Sí.

—Nos encontramos en la zona cubierta por su núcleo; aquí podemos ver la realidad tal como es. Si salimos de aquí, en el área que se encuentra bajo la influencia de esta máquina nos encontraríamos perdidos en un sueño.

La escalera de caracol seguía ascendiendo, cada vez a mayor altura. La cadena que sujetaba mis tobillos, al golpear con la piedra, producía un sonido metálico que parecía armonioso. Varias veces tropecé con mis ataduras y finalmente me caí. Duani dijo:

—No tiene importancia; ya te irás acostumbrando a andar llevando las cadenas.

Finalmente llegamos a una habitación circular que se encontraba en la cima de la torre. Allí paré y observé.

La mayor parte del espacio de la habitación se encontraba ocupado por una red de vigas de metal que sujetaban un gran eje que brillaba. Este eje desaparecía por arriba, atravesando el techo de la habitación.

El eje no era muy alto pero si muy grueso, giraba lentamente y sin variar su velocidad. Había trampillas, se supone que para llegar al lugar desde donde se podía ajustar el funcionamiento del eje y de las ruedas dentadas que le hacían girar. Una escalera conducía a un escotillón en el techo.

Todo el metal que se encontraba a la vista estaba en buen estado, únicamente se percibía una ligera oxidación superficial. No sabía de qué aleación estaba constituido este metal, cuando se lo pregunté a Rhul, se limitó a sonreírse, de una forma más bien triste y me dijo:

—El conocimiento se descubre únicamente para nuevamente ser perdido. Incluso nosotros, el pueblo de Shandakor olvidamos.

Cada pieza de esta estructura enorme había sido conformada, pulida y ajustada para ocupar su posición a mano. Casi todos los pueblos marcianos trabajan el metal. Parecen tener un genio especial para hacerlo y aunque, aparentemente, no han desarrollado habilidades mecánicas, como han hecho algunas de las razas de la Tierra, han encontrado para el metal muchas aplicaciones en las que nunca se ha pensado en la Tierra.

Pero la máquina que se encontraba ante mí era ciertamente la cúspide insuperable de la habilidad de los artesanos que trabajaban el metal. Cuando miré hacia abajo y vi la planta que suministraba la energía, bella en su simplicidad y como el dispositivo giratorio estaba constituido por el menor número de piezas móviles que yo hubiera sido capaz de imaginar, aumento mi respeto por los artesanos que la habían fabricado. Le pregunté nuevamente a Rhul.

—¿Qué antigüedad tiene?

Y nuevamente este me respondió moviendo la cabeza:

—Existe un registro de hace varios miles de años en donde se habla de la reunión anual de las Sombras; este registro no era el primero.

Me indicó con la mano que le siguiera por la escalera, ordenándole con firmeza a Duani que permaneciera en el sitio en donde se encontraba, en cualquier caso ella no le hizo caso y se vino con nosotros.

Arriba había una plataforma rodeada por una barandilla, abierta al exterior. Directamente encima de la plataforma giraba el poderoso globo, con sus varillas de cristal que brillaban de forma extraña.

Bajo nosotros, semejante a un tapiz multicolor, yacía Shandakor, brillante y rígida. A lo largo de las pendientes oscuras que rodeaban el valle, los bárbaros de las tribus esperaban a que la luz se extinguiese. Rhul dijo:

—Cuando no quede nadie que atienda la máquina, esta se detendrá y los hombres que nos han odiado desde tiempos remotos, entrarán en Shandakor para tomar lo que deseen. Sólo el miedo la había defendido de los bárbaros durante este tiempo, no se te olvide que las riquezas de medio mundo pasaron a través de estas calles y una gran parte de ellas aún permanece en la ciudad.

Miró al globo y dijo:

—Sí, tenemos sabiduría; quizá más que ninguna otra raza de Marte.

—Sin embargo vosotros no compartís esta sabiduría con los humanos.

Rhul sonrió y me contestó:

—¿Le regalarías a un niño pequeño armas con las que pudiera destruirte? Les dimos a los hombres mejores arados y ornamentos más brillantes. Si ellos inventaban una máquina nosotros no se la quitábamos. Pero no los tentamos con nuestros descubrimientos y cargamos con el fardo de nuestro conocimiento, que no era el conocimiento de los humanos. Ellos estaban contentos con hacer la guerra con espadas y lanzas, a ellos les gustaba más y moría menos gente, con estas armas el mundo no podía destruirse.

—Y vosotros, ¿cómo hacíais las guerras?

—Nosotros defendíamos nuestra ciudad. Las tribus humanas no tenían nada que nosotros pudiéramos codiciar, de forma que no había razón para luchar contra ellos, salvo en casos de defensa propia; en estos casos, por supuesto, vencimos.

Hizo una pausa y después prosiguió:

—Las otras razas no humanas fueron más estúpidas, o tuvieron menos suerte; por ello se extinguieron hace mucho tiempo.

Volvió nuevamente a sus explicaciones sobre la máquina:

—Obtiene su energía directamente del sol. Parte de la energía solar obtenida es transformada y almacenada en el interior del globo, para servir como fuente de luz, otra parte es empleada en hacer que el eje gire.

En ese momento Duani le preguntó a Rhul:

—¿Qué ocurriría si se detuviera mientras todavía estamos vivos?

La joven tembló mirando a las hermosas calles que se encontraban debajo de ella. Rhul le contestó:

—Esto no ocurrirá si el terrestre quiere vivir.

—¿Qué iba a ganar si la detuviera? —pregunté yo.

—Nada, —dijo Rhul—, esta es la causa por la que confío en ti; mientras el globo gire, nos encontramos a salvo de los bárbaros; después de que nosotros hayamos muerto, podrás escoger lo que más te guste, antes de que empiece el saqueo de Shandakor.

Como podía irme después con lo que hubiera escogido fue algo que no me dijo:

Me indicó que bajáramos por la escalera y yo le pregunté:

—Rhul, ¿qué es este globo? ¿Cómo crea las Sombras?

El habitante de Shandakor frunció el ceño y dijo:

—Sólo te puedo decir lo que ha llegado a ser, me temo, un conocimiento vulgar entre nuestra gente. Nuestros sabios estudiaron con mucha profundidad las propiedades de la luz; descubrieron que la luz tiene un efecto definido sobre la materia sólida y creyeron que, a causa de este efecto, la piedra, el metal y los cristales poseen una especie de «memoria», de todo lo que han «visto». Cómo funciona esa memoria no lo sé.

No intenté explicarle la teoría de la mecánica cuántica, ni el efecto fotoeléctrico, ni los distintos experimentos de Einstein, Millikan y de los hombres que les siguieron. Yo no conocía bien estas cuestiones, además el alto marciano es deficiente en cuanto a terminología científica.

Lo único que dije fue.

—Los sabios de mi mundo también saben que el impacto de la luz arranca pequeñas partículas de las sustancias sobre las que incide.

Estaba comenzando a obtener un vislumbre de la verdad. Las imágenes luminosas habían sido grabadas en los «discos» del metal y de la piedra por métodos inconcebibles, mediante una «aguja» sumamente flexible. La máquina actuaba al igual que un tocadiscos, que recrea la melodía o la película grabada en el disco de plástico, con la ayuda de una aguja apropiada. Aquí la recreación, realizada por la máquina, ponía en escena las imágenes fantasmales que había visto. Rhul me dijo:

—Nuestros antepasados construyeron el globo, no se cuantas generaciones requirió esta construcción, ni cuantos errores debieron cometer, pero finalmente descubrieron la luz invisible que obliga a las piedras a revelarnos sus memorias.

En otras palabras, habían descubierto la aguja necesaria. No sabía cual era la longitud de onda o combinación de longitudes de onda del espectro electromagnético de la radiación que fluía desde las varillas de cristal, ni tenía forma de conocerlo. Pero en aquellos lugares en que esta radiación tocaba las paredes o las losas de piedra del pavimento de Shandakor, leía las imágenes

que se encontraban grabadas en ellas y las proyectaba con su forma y color... actuaba igual que la aguja del tocadiscos que da vida a las melodías grabadas en los surcos de un disco.

El cómo habían conseguido la secuencia y la selectividad de las imágenes era otra cuestión.

Rhul había dicho algo sobre las memorias que tienen distinta longitudes. Quizá había querido decir profundidades de penetración. Las piedras de Shandakor tenían una antigüedad que se medía por edades, las superficies exteriores deberían haber desaparecido hace tiempo por el desgaste de los elementos. Las grabaciones más antiguas deberían haber desaparecido hace tiempo, o al menos encontrarse fragmentadas y muy tenues.

Es posible que los rayos que barrían las superficies, pudieran diferenciar espesares de fracciones de micras, en el espesor de las capas de la piedra que se solapaban entre sí.

Los fotones sólo penetran estas distancias en algunas sustancias, pero si una sustancia va perdiendo su espesor, si va desgastándose poco a poco, los fotones pueden penetrar más profundamente en su interior. Pienso que el globo tenía una precisión de siglos, o de milenios, no de años.

Sin embargo, aunque no lo entendiera, funcionaba. Las Sombras provenientes de un pasado dorado paseaban por las calles de Shandakor, mientras los últimos miembros de aquella raza aguardaban tranquilamente su muerte, recordando su gloria.

Rhul me tomó de nuevo por el codo y me mostró cuales serían mis tareas, principalmente debía aplicar un extraño lubricante y observar detenidamente la pérdida de energía. Este trabajo me obligaba a estar en esa habitación casi todo mi tiempo, pero no todo. Durante los períodos de libertad Duani podía llevarme a donde quisiera.

El anciano se retiró; Duani se recostó en la barandilla y me estudió con un intenso detenimiento; luego me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—John Ross.

—JonRoss —repitió la joven, y sonrió.

Luego comenzó a pasear alrededor de mí, tocando mis cabellos, inspeccionando mis brazos y mi pecho. Descubriendo, con alegría infantil, todas las diferencias existentes entre ella y los que nos llamamos humanos.

Este fue el comienzo de mi cautiverio.

VI

Pasaron los días y las noches, tuvimos escasez de alimento y escasez de agua.

Allí, siempre mi lado, estaba Duani, para mí ella era Shandakor. Perdí el miedo. Estaba por ver si llegaría a vivir lo suficiente como para conseguir la cátedra que había soñado.

Duani era mi guía. Attendía a los deberes que me habían sido impuesto porque mi cuello dependía de que los cumpliera correctamente, pero quedaba tiempo para vagabundear por las calles, observar a la brillante multitud que no existía y sentir el silencio y la desolación que eran tan cruelmente reales.

Comencé a tener el conocimiento de lo que esta extraña cultura había sido y de como había dominado a la mitad de un mundo sin necesidad de conquistarlo.

En el Salón del Gobierno, construido de mármol blanco y decorado con frisos en las paredes, de austera magnificencia, observé la cuidadosa elección y posterior coronación de un rey. Vi los lugares de estudio. Vi a los jóvenes entrenarse en las artes de la guerra, con tanto interés como si hubieran estado entrenándose en las artes de la paz.

Vi los jardines del placer, los teatros, los foros, los campos de deportes... también vi los lugares de trabajo, en ellos los hombres y las mujeres de Shandakor trabajaban cuidadosamente en sus telares y en sus forjas, obteniendo cosas hermosas con las que comerciar con el mundo humano y obtener de él aquellas cosas que deseaban.

Los esclavos humanos eran traídos por sus semejantes para ser vendidos, en general parecían bien tratados, tal y como se trata a un animal útil en el que se ha invertido dinero. Los esclavos tenían un trabajo que realizar, pero este trabajo era una pequeña parte del total de las tareas que se realizaban en la ciudad.

Las cosas que no podían obtenerse en ninguna otra parte de Marte — herramientas, tejidos, trabajos delicados realizados sobre metal y piedras preciosas, cristales y porcelanas— eran fabricadas por el pueblo de Shandakor que estaba orgulloso de su habilidad.

Sus conocimientos científicos los guardaban exclusivamente para sí mismos, salvo en aquellas cuestiones concernientes a la agricultura o la medicina, o a mejores métodos de construir canales o edificios.

El pueblo de Shandakor eran los legisladores y los maestros. Los humanos tomaban todo lo que ellos les daban y les odiaban por los regalos recibidos.

Cuanto tiempo había tardado este pueblo en alcanzar este grado de civilización era algo que Duani no podía decirme, ni tampoco el viejo Rhul.

—Es seguro que vivíamos en comunidades, con algún tipo de gobierno civil, con un sistema de numeración y un lenguaje escrito antes que las tribus humanas. Sin embargo, existen tradiciones de una raza aún más antigua que la nuestra, de la cual aprendimos estas cosas. Si esto es o no verdad es algo que, desgraciadamente, yo no sé.

En sus orígenes, Shandakor había sido una ciudad inmensa y floreciente, poblada por innumerables millares de habitantes. Sin embargo no pude ver señales de pobreza o de la existencia de delitos. Ni siquiera llegué a encontrar una prisión. Cuando lo comenté Rhul me dijo:

—El asesinato se castigaba con la muerte. Pero era muy infrecuente. El robo sólo lo cometían esclavos; desde luego esto es algo que no podíamos tolerar.

Al decir esto último me miró con una sonrisa ácida, luego prosiguió:

—Lo que a ti te sorprende es que existiera una gran ciudad sin lugares de sufrimiento, sin crímenes y sin lugares de castigo.

Tuve que admitir que efectivamente me sorprendía, proseguí preguntándole:

—Seáis o no una raza antigua ¿cómo os arreglasteis para conseguirlo? Soy un estudiante de las culturas de los seres inteligentes, tanto de aquí como de mi propio mundo, conozco todas las estructuras usuales de desarrollo y he leído todas las teorías existentes sobre estas estructuras pero Shandakor no se corresponde con ninguna de ellas.

Rhul sonrió ampliamente y dijo:

—Tú eres humano. ¿Quieres conocer realmente la verdad?

—Por supuesto.

—En ese caso te la contaré; nosotros desarrollamos en los humanos la facultad de razonar.

Por un momento pensé que se trataba de un chiste y le contesté:

—Vamos, no digas eso; el hombre es un ser dotado de razón; sobre la Tierra, la única especie dotada de razón.

Me contestó lleno de precaución por lo que me iba a decir:

—No conozco la Tierra, pero, sobre Marte, el hombre siempre ha dicho «Yo razono; yo estoy por encima de todos los animales porque razono». Siempre ha estado muy orgulloso del hecho de que podía razonar. Esta era la

señal de la humanidad. Se encontraba convencido de que la razón actuaba de forma automática en el hombre en todos los órdenes de su vida y de su gobierno, que la razón se encontraba por encima de la emoción y de la superstición.

»El hombre odia y teme y cree, no empleando la razón sino a causa de lo que le dicen otros hombres o la tradición. El hombre hace una cosa y dice otra diferente, su razón no le indica la diferencia que existe entre la verdad y la falsedad.

»Sus guerras más sangrientas se han luchado a causa de simples caprichos—por esta causa no le dimos nuestras armas. Las mayores tonterías se presentan al hombre como si fuera la más elevada sabiduría, sus más despreciables traiciones se convierten en actos de nobleza— por esto no pudimos enseñarle la justicia. Nosotros aprendimos a razonar, los hombres sólo aprendieron a hablar.

Entonces comprendí la causa por la que las tribus humanas habían odiado a los habitantes de Shandakor. Le dije con enfado:

—Quizá esto haya sucedido así en Marte, pero únicamente mentes que razonen pueden desarrollar grandes tecnologías, nosotros, los humanos de la Tierra os hemos adelantado en un millón de aspectos. De acuerdo; vosotros conocéis, mejor dicho conocíais, algunas cosas que nosotros no hemos descubierto, en óptica, en alguna rama de la electrónica, quizá en metalurgia, pero...

Iba a contarle todas las cosas que nosotros habíamos desarrollado y que en Shandakor ni tan siquiera habían ni imaginado, por lo que dije:

—Vosotros nunca sobrepasasteis la época de la tracción animal y la de la rueda sencilla. Nosotros descubrimos el arte de volar hace mucho tiempo, conquistamos el espacio y los planetas, ¡llegaremos a conquistar las estrellas!

Rhul asintió con la cabeza a la vez que decía:

—Quizá nos equivocamos, al permanecer en nuestra ciudad y conquistarnos únicamente a nosotros mismos.

Miró hacia fuera, hacia las lomas, hacia donde el ejército bárbaro aguardaba para tomar Shandakor y suspiró diciendo:

—Al final dará lo mismo.

Pasaron los días y las noches, Duani me traía alimento, compartía conmigo su ración de agua y respondía a mis preguntas, llevándome de un lado a otro de la ciudad.

Lo único que no quiso mostrarme fue un paraje que ella denominaba el Lugar del Sueño. En cierta ocasión me dijo mientras temblaba:

—Muy pronto estaré allí para siempre.

Entonces yo le pregunté, dándome cuenta de que la pregunta que le hacía era terrible de contestar:

—¿Cuánto tiempo falta?

—No se nos ha comunicado exactamente. Rhul observa el nivel de las cisternas y cuando llegue la hora...

Duani hizo un gesto con sus preciosas manos y dijo:

—Vamos a subirnos a la muralla.

Fuimos allí y paseamos entre los fantasmales soldados y las espectrales banderas. Fuera, reinaba la oscuridad, la muerte y el presentimiento de la muerte. Dentro había luz y belleza, el último y orgulloso resplandor de Shandakor, bajo la sombra de la condenación que era su destino. En el parapeto se notaba una magia fantasmal, que a pesar de todo había comenzado a actuar sobre mí.

Observé a Duani, se encontraba apoyada sobre el adarve, mirando hacia el exterior. El viento rizaba su cresta plateada y empujaba a su ropa contra su cuerpo, haciendo que sus formas se pusieran de manifiesto. Sus ojos estaban llenos de la luz de las lunas y yo no podía leer en ellos. Entonces me di cuenta de que estaba llorando.

Rodee sus hombros con mi brazo. Sólo era una niña, una niña no humana, no pertenecía a mi raza ni a mi especie...

—JonRoss.

—¿Sí?

—Hay tantas cosas que yo nunca conoceré.

Era la primera vez que la había tocado. Sus exóticos rizos se removieron entre mis dedos, cálidos y vivos. Los penachos que nacían en sus puntiagudas orejas eran suaves como el pelo de una gatita.

—Duani...

—¿Qué?

—Yo no sé...

La besé. Se volvió y me dirigió una mirada de sorpresa con aquellos brillantes ojos negros; en ese momento dejé de pensar que era una niña y me olvidé de que no era humana —y no me importó.

—Duani, escucha, tú no tienes necesidad de ir al Lugar del Sueño.

Ella me miró, con su capa desplegada por el viento de la noche, con sus manos apoyadas contra mi pecho. Continuó:

—Hay todo un mundo fuera de aquí, en donde vivir, y, si allí no eres feliz te llevaré a mi mundo, a la Tierra. ¡No hay ninguna razón por la que tengas

que morir!

Ella siguió mirándome pero no me dijo nada. En las calles bajo la muralla, las silenciosas multitudes iban y venían, las torres brillaban con incontables colores. La mirada de Duani se movió lentamente hacia la oscuridad que reinaba fuera de las murallas, hacia el valle desolado y las rocas hostiles y dijo:

—No.

—¿Por qué no? Por Rhul, por todos esos cuentos de orgullo y de raza.

—Por la verdad. Corin llegó a aprenderlo.

No me gustaba recordar a Corin; por eso le dije:

—Corin estaba solo; tú no lo estás; tú nunca lo estarás.

La joven levantó sus brazos y los dejó, con gentileza, caer sobre mis mejillas, diciendo:

—Tu mundo es la estrella verde; suponte que fuera a desaparecer y tú fueras el último hombre de la Tierra; suponte que vivieras en Shandakor conmigo para siempre. ¿No te sentirías solo?

—No me importaría si estaba contigo.

Duani movió su cabeza en sentido negativo y me contradijo:

—Sí te importaría; nuestras razas están tan distantes como las estrellas; nosotros no tendríamos nada que compartir.

Recordando lo que Rhul me había dicho, no pude aguantar más y le dije algunas cosas desagradables. Me dejó hablar sin interrumpirme y luego me dijo sonriendo:

—No acepto nada de lo que has propuesto JonRoss.

Se volvió para mirar a la ciudad y siguió diciendo:

—Este es mi sitio; no tengo otro; cuando muera, yo moriré con él.

De repente comencé a odiar a Shandakor.

Después de esta conversación ya no dormí mucho. Cada vez que Duani me dejaba, tenía miedo de que nunca más volviera. Rhul no me diría nada y yo tampoco me atrevería a preguntarle gran cosa. Las horas pasaban como si fueran segundos. Duani era feliz, pero yo no. Mis argollas tenían cierres magnéticos. Yo no las podía abrir, ni romper las cadenas.

Una tarde, Duani vino a verme; la tristeza era manifiesta en su rostro. La forma en que caminaba me dijo la verdad mucho antes de que pudiera expresarla en palabras. Se dirigió hacia mí sin querer hablar, pero finalmente me dijo:

—Hoy hubo un sorteo y los cien primeros ya han partido para el Lugar del Silencio.

—Así pues, este es el comienzo.

Ella asintió con la cabeza.

—Cada día irán cien, hasta que hayamos ido todos.

No me pude aguantar más, le empuje hacia atrás me levanté y le pregunté:

—Tú sabes donde están las llaves. ¡Ayúdame a quitarme estas cadenas!

Movió negativamente la cabeza y me dijo:

—No discutamos ahora JonRoss; vamos quiero pasear por la ciudad.

Habíamos discutido más de una vez y ásperamente. Ella no quería abandonar Shandakor y yo no podía llevármela a la fuerza en tanto estuviera encadenado. Parecía que no iba a ser liberado hasta que todos, salvo Rhul, hubieran entrado en el Lugar del Sueño y se hubiera escrito la última página de la larga historia de Shandakor.

Paseé con ella por entre las danzarinas, los esclavos y los príncipes de ropas brillantes. No había templos en Shandakor. Si adoraban algo era la belleza y toda la ciudad era su santuario.

Los ojos de Duani se encontraban absortos en su mundo interior, en ellos se apreciaba ahora un sentimiento de lejanía.

La tomé por las manos y miré hacia las torres de turquesa y cinabrio, los pavimentos de cuarzo rosa y mármol, las murallas de coral blanco y rosa y rojo vivo, a mi, todas estas cosas, me parecieron repugnantes.

Las multitudes fantasmales, la imitación burlesca de la vida, los esplendores espectrales del pasado me parecieron algo repugnante, pensé que eran una droga y a la vez una cadena. Lo pensé y no vi ninguna razón en esta forma de actuar.

—¡Así que sólo ellos tienen la facultad de razonar!

Miré hacia arriba hacia donde el gran globo giraba y giraba, recortando su figura contra el cielo, manteniendo vivos a aquellos fantasmas, imitación de la vida. Le pregunté a Duani.

—¿Has visto alguna vez la ciudad como realmente es... sin Sombras?

—No; creo que sólo Rhul, que es el más anciano, recuerda como es realmente la ciudad. Pienso que debía ser un lugar muy solitario; incluso entonces no quedaban más de tres mil de los nuestros.

En verdad debía tener un aspecto solitario. La gente de Shandakor debía necesitar a las Sombras tanto para poblar sus calles vacías como para defenderlos de los enemigos del exterior, que creían en la magia.

Seguí mirando el globo; estuvimos paseando durante mucho tiempo, al fin le dije:

—Debo volver a la torre.

Me sonrió y me dijo muy tiernamente mientras me tocaba las cadenas:

—Pronto estarás libre de la torre y de esto; no estés triste JonRoss, me recordarás a mí y a Shandakor como se recuerda un sueño.

Levantó su rostro, que era tan hermoso y tan diferente a los rostros carnosos de las mujeres humanas; sus ojos estaban llenos de luces sombrías. La besé y la cogí en mis brazos llevándola de vuelta a la torre.

En la sala donde giraba el gran eje, le hablé:

—Tengo que atender algunas cosas aquí abajo. Duani, sube a la plataforma desde donde puedes ver todo Shandakor; enseguida estaré contigo.

No sabía si ella había llegado a adivinar algo de lo que tenía en mente, o si era simplemente la inminencia de la muerte lo que hacía que me mirara en la manera en que me miraba.

Pensé que me iba a decir algo; sin embargo no lo hizo; subió la escalera obedientemente, pero permaneció callada. Observé cómo su cuerpo delgado y dorado desaparecía en la habitación de arriba. Después me dirigí hacia la sala de abajo.

Aquí había una pesada barra de metal que era una parte de un sistema de control manual cuyo objeto era regular la velocidad de giro. Saqué la barra del lugar en que debía estar, luego apagué los sencillos interruptores de la central de energía.

Rompí todos los fusibles y machaqué las conexiones con la barra de metal. Hice todo el daño que pude a las ruedas dentadas y al eje de control. Trabajé con mucha rapidez. Cuando terminé volví a subir a la sala principal. El gran eje seguía girando, pero cada vez más despacio.

Oí un grito por encima de mí y vi a Duani. Subí por la escalera y la sujeté y le hice volver a la plataforma superior.

El globo seguía moviéndose debido a su gran cantidad de movimiento, pero cada vez lo hacía más despacio. Pronto se detendría pero los fuegos blancos todavía relampagueaban en las varillas de cristal. Comencé a subir hasta la barandilla mientras mis cadenas hacían un ruido metálico que me señalaba. El camino era difícil por las cadenas que me sujetaban muñecas y tobillos, pero al final pude llegar.

Duani intentó empujarme hacia abajo, pensé que ella estaba llorando. Una vez arriba, me colgué de las barandillas y comencé a romper las varillas de cristal con la barra metálica que llevaba, haciendo lo que tantas veces había pensado realizar.

Ya no había más movimiento, ni más luces, volví a la plataforma y dejé caer la barra de metal. Duani me había olvidado, ahora miraba con

detenimiento a la ciudad.

Las luces multicolores que habían brillado en Shandakor, todavía brillaban, pero ahora se las veían viejas y trémulas, como rescoldos fríos que casi no emitían luz. Las torres de jade y turquesa se alzaban bajo las pequeñas lunas, pero estaban rotas y agrietadas por el tiempo. No había ninguna gloria en ellas. Los dos estaban desolados y muy tristes, la oscuridad de la noche se extendía bajo sus pies.

Las calles, las plazas, los recintos de los mercados se encontraban vacíos, el pavimento de mármol era oscuro y estaba roto. Los soldados habían desaparecido de las murallas de Shandakor, llevándose sus banderas y sus brillantes cotas de malla. Ya no se percibía ningún movimiento dentro de las puertas de la ciudad.

Duani lanzó un grito en silencio. Como si respondieran a ese grito no emitido, de repente, de la oscuridad del valle y de las lomas que se levantaban más allá se oyó un grito que se alzaba, el agudo aullido de los lobos humanos. Entonces ella susurró:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Se volvió hacia mí; su cara daba pena; la cogí y la aproximé a mí.

—¡No podía permitir que murieras! No que murieras por sueños, por visiones, por nada. Mira, Duani, mira a Shandakor —quería forzarla a que comprendiera, y por eso proseguí—: Shandakor está destruida, es fea y se encuentra abandonada. Es una ciudad muerta... pero tú estás viva, hay muchas ciudades pero tú sólo tienes una vida.

Me miró y fue duro para mí aguantar su mirada, luego me dijo:

—Sabíamos todo esto JonRoss.

—Duani, tú eres una niña; sólo tienes una forma infantil de pensar. Olvida el pasado y piensa en el futuro. Podemos pasar a través de los bárbaros; no olvides que Corin lo hizo, y después...

—Y después tú seguirás siendo un humano y yo no.

Desde debajo de nosotros, por las calles oscuras y vacías, comenzaron a oírse lamentos. Procuré sujetarla pero ella se me escurrió de las manos a la vez que me susurraba:

—Y yo estoy contenta de que tú seas humano; nunca llegarás a comprender lo que has hecho.

Y se marchó, antes de que pudiera impedirlo, bajando hacia los pisos inferiores de la torre.

La seguí. Bajé los interminables tramos de la escalera de caracol, con las cadenas sujetándome las piernas y haciendo un tintineo metálico mientras

descendía. Llegué a las calles, las destrozadas y vacías calles de Shandakor. La llamé por su nombre y vi su cuerpo dorado y delgado huyendo rápidamente delante de mí, cada vez más lejos. Las cadenas me sujetaban los pies impidiendo que pudiera correr, por fin la noche engulló su cuerpo y yo la perdí.

Me detuve; el sobrecogedor silencio se cerró lentamente sobre mí. Notaba un frío amargo, temeroso de la oscura muerte de Shandakor, que yo no había llegado a comprender.

Nuevamente llamé a Duani y, como no me contestó, comencé su búsqueda en las sombrías y destrozadas calles de Shandakor. Ahora comprendo que me costó muchísimo tiempo llegar a encontrarla.

Cuando finalmente la localicé, ella se encontraba con los otros. Los últimos habitantes de Shandakor, los hombres y las mujeres.

Las mujeres iban en cabeza, caminando silenciosamente, formando una larga línea hacia un edificio de techo bajo; sin que nadie me lo dijera supe que se trataba del Lugar del Sueño.

Iban a morir; ahora no había ningún orgullo en sus rostros; lo único que aparecía en sus caras y en sus ojos era un aspecto enfermizo, de encontrarse enfermas y heridas. Conforme se desplazaban lentamente hacia delante, no miraban ni querían mirar hacia las sórdidas y viejas calles que yo había despojado de su apariencia gloriosa.

—¡Duani!

La llamé y corrí hacia ellos, pero ella no se apartó de su posición en la línea. Sin embargo vi que estaba llorando.

Rhul se dirigió hacia mí; su mirada ponía de manifiesto un desprecio lleno de cansancio, que para mí era más amargo que una maldición.

—¿De qué serviría matarte ahora?

—¡Has de saber que yo lo hice! ¡Yo lo hice!

—Tú solo eres un humano.

La larga línea seguía desplazándose; pude ver que los pequeños pies de Duani ya estaban a las arcadas del Lugar del Sueño. Rhul miró hacia arriba al cielo y dijo:

—Todavía hay tiempo antes de la salida del sol. A las mujeres al menos se les evitará la indignidad de ser atravesadas por las lanzas.

—¡Déjame ir con ella!

Procuré seguirla y ocupar un lugar en la línea; en ese momento el arma de Rhul se movió, noté un dolor, y me encontré yaciendo en el suelo, al igual

que me había pasado cuando luché con Corin. Mientras tanto, siguieron entrando silenciosamente en el Lugar del Sueño.

Cuando llegaron los bárbaros a la ciudad, después de la aurora, me encontraron todavía medio aturdido. Pienso que tuvieron miedo de mí; creo que me consideraban como un poderoso hechicero que había destruido a todo el pueblo de Shandakor.

Rompieron mis cadenas y curaron mis heridas; incluso me dieron, del botín de Shandakor, la única cosa que deseaba: un trozo de porcelana que tenía la forma de una joven, casi una niña.

Conseguí la cátedra que buscaba en la universidad y mi nombre ha sido añadido a la lista de los grandes descubridores. Soy una eminencia, soy respetable.

¡Yo, que he asesinado la gloria de una raza!

¿Por qué no me iría junto a Duani al Lugar del Sueño? Me podría haber arrastrado, podría haberme empujado sobre las losas de piedra. ¡Cómo deseo que Dios hubiera querido que yo muriera con Shandakor!

FIN

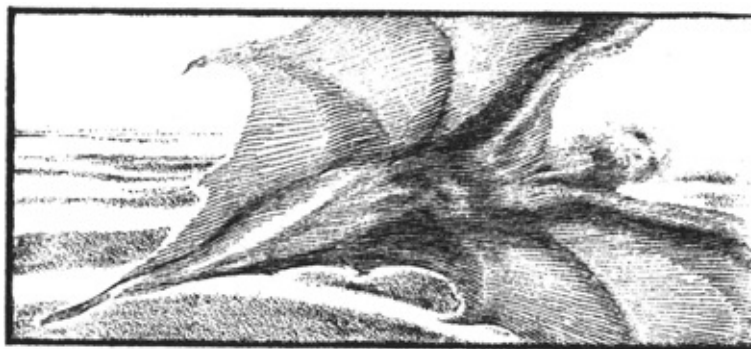
EL CAMINO A SINHARAT

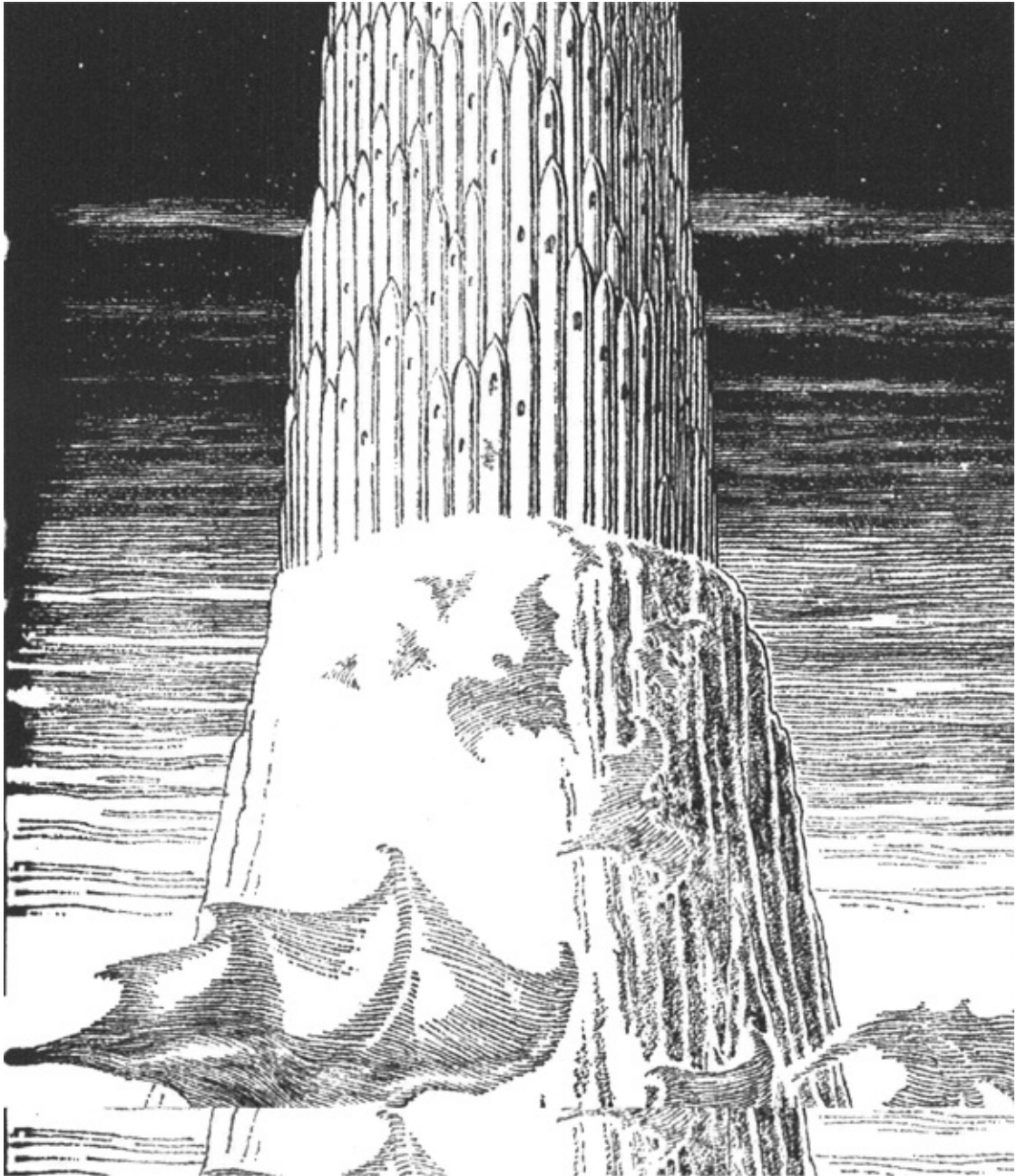
I

La puerta era baja, y profundamente hundida en la anchura del muro. Carey llamó con la mano y luego esperó, un poco inclinado para quedar en el interior del dintel, de forma que todo su cuerpo quedara dentro de aquella pequeña sombra, como si pensara que podía ocultarse allí.

Alejado unas pocas yardas, más allá de los grandes bloques de piedra horizontales y de las losas inclinadas que lo habían pavimentado, el Canal Inferior de Jekkara todavía mostraba sus negras aguas al cielo, todavía negro. Ambos estaban cuajados de estrellas.

Nada se movía a lo largo del canal. La ciudad estaba completamente cerrada. Este mismo hecho era en sí tan antinatural que hacía sentir escalofríos a Carey. Anteriormente había estado allí y sabía como debían ser las cosas en aquel lugar; la industria principal de las ciudades del Canal Inferior era el pecado, de una clase u otra, y esta industria estaba trabajando a todas horas del día.





Una persona podía haber pensado que toda la gente se había ido, pero Carey sabía que no era el caso. Sabía que él no había dado un solo paso sin que lo observaran cuidadosamente. Realmente no había pensado que le dejaran llegar tan lejos, y se preguntaba por qué no le habían matado. Quizá se acordaban de él.

Se produjo un sonido al otro lado de la puerta.

Carey, hablando en alto marciano, dijo:

—Aquí hay uno que solicita el derecho de hospitalidad.

Luego, en bajo marciano, la lengua vernácula de aquel lugar, y que hablaba con más soltura, añadió:

—Derech, déjame entrar. Tienes una deuda de sangre conmigo.

La puerta se abrió dejando una rendija por la que Carey se pudo deslizar en una sala iluminada por la luz de una lámpara, y relativamente templada. Derech cerró la puerta y la aseguró con una barra, a la vez que decía:

—Maldición Carey, si llego a saber que ibas a volver por aquí, balbuceando sobre deudas de sangre, te juro que no te habría dejado entrar.

Era un habitante del Canal Inferior, delgado, pequeño, oscuro y con aspecto de fiera carnícora. Llevaba una joya roja en el lóbulo de su oreja izquierda y un traje sintético de fabricación terrestre que le aislaba del frío y del calor. Era algo totalmente incongruente, pero confortable. Carey se sonrió y dijo.

—Hace dieciséis años que lo llevas; te morirás antes de que hayas gastado este traje.

Derech suspiró, y dijo:

—Corrupción; nada corrompe más que el bienestar, salvo la amabilidad. Sé que fue un error permitir que, en aquella ocasión, me salvaras el cuello. Sabía que antes o después me solicitarías una recompensa. De acuerdo; ahora que te he dejado entrar, también puedes sentarte.

Escanció vino en una copa de alabastro gastado por el tiempo, tan delgado como la cáscara de un huevo y se lo pasó a Carey. Los dos bebieron en silencio, con aire sombrío. La titubeante luz de la lámpara mostraba las sombras y las líneas profundas que aparecían marcadas en el rostro de Carey. Derech dijo:

—¿Cuánto ha pasado desde que dormiste la última vez?

Carey le contestó:

—Puedo dormir mientras sigo caminando.

Derech, le miró con sus ojos de color ámbar de una forma fría e interrogativa, como haría un gato. Carey no le presionó. La habitación era

grande y estaba ricamente amueblada, con las riquezas formadas por cosas simples y casi desaparecidas, de un mundo al que le había quedado muy poco como riqueza. Algunas de las cosas eran muy nuevas, hechas según los procedimientos tradicionales de los artesanos marcianos. Estas cosas eran casi indistinguibles de otras que ya eran antiguas cuando los reyes de las cañas y los reyes abeja eran niños pequeños jugando en las orillas del Nilo. Derech le preguntó:

—¿Qué sucederá si te atrapan?

Carey le contestó:

—En primer lugar me deportarán; luego el Tribunal de los Mundos Unidos me juzgará, y ese tribunal, necesariamente, me declarará culpable. Me llevarán a la Tierra para castigarme. Luego sufriré más investigaciones, castigos y multas, de forma que cuando terminen estaré completamente arruinado y destrozado. Lamentaré todo esto, pero pienso que será peor a largo plazo.

Derech dijo:

—Esto no te ayudará mucho, desde luego.

—No.

El marciano volvió a preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué no te quieren escuchar?

—Porque creen que tienen la razón.

Derech lanzó una maldición.

—Pero tendrán que escucharme. He saboteado el Proyecto de Rehabilitación tanto como he podido hacer. He malversado fondos y dirigido órdenes a destinatarios erróneos, de forma que he conseguido retrasar casi dos años el programa previsto. Estos son los hechos por los que me persiguen. Pero mi verdadero delito es que he puesto en cuestión la bondad de los trabajos que se ejecutan aquí. Me podrían perdonar un asesinato, pero eso no.

Con cansancio añadió:

—Tendrás que tomar tu decisión con rapidez; los muchachos de los M. U. están trabajando en estrecha colaboración con el Consejo de las Ciudades Estado, por lo que Jekkara ya no es intocable. Por el contrario es el primer lugar en el que me buscarán.

Derech frunció el ceño y dijo:

—Me hago la siguiente pregunta: no se te habrá ocurrido, que lo que más me molesta es que sé a donde quieres ir. Lo intentamos una vez ¿recuerdas? Para escapar con vida tuvimos que correr, durante cuatro días enteros con sus noches, a través del maldito desierto.

El marciano sintió un escalofrío.

—Hazme llegar hasta Barrakesh; allí desapareceré y me uniré a una caravana que se dirija al sur. Lo intentaré yo solo.

Derech dijo:

—Si lo que quieres es suicidarte, ¿por qué no te suicidas aquí, confortablemente y en medio de amigos? Déjame que cuente mis años y mis bienes y los compare con una muy posible yarda de arena.

Las llamas silbaban suavemente alrededor de los carbones del brasero. Fuera el viento arreciaba, comenzando su antiguo trabajo, puliendo las paredes de la casa con pequeños granos de arena, redondeando las esquinas y ahuecando las ventanas. En todos los lugares de Marte el viento hacía lo mismo, en las cabañas y en los palacios, en las montañas y en los pequeños montones de arena que servían de madriguera a los animales, el viento trabajaba pacientemente, hasta que llegara el día en que toda la superficie del planeta fuera un mar de polvo más o menos nivelado.

Sólo en los últimos tiempos, habían aparecido junto a las antiguas ciudades de piedra estructuras de metal y de plástico. Estas estructuras resistían el empuje de la arena, parecía que estaban preparadas para mantenerse para siempre. A Carey le parecía que podía oír la risa del viento burlándose de estas pretensiones.

Se produjo un roce contra una portezuela cerrada en la parte trasera de la pared, que fue seguido por un rápido tamborileo de las puntas de los dedos de una mano. Derech se levantó, con el rostro repentinamente alerta, golpeó dos veces en la portezuela para indicar que había comprendido el mensaje y luego se volvió a Carey diciéndole:

—Termina tu vino.

Tomó la copa y penetró en otra habitación con ella en la mano. Carey se puso en pie. Afuera, mezclado con el sonido del viento exterior, se hizo audible el rítmico latir de los motores, de una nave que se aproximaba, volando bajo, y que ya se encontraba muy cerca.

Derech regresó y le dio a Carey un empujón hacia la pared interior. Carey recordó la piedra giratoria que había allí, y el espacio que había detrás. Se arrastró a través de la apertura mientras le oía decir a Derech:

—No estornudes o tendrás encima a toda esta basura; las piedras de la construcción están un poco sueltas y te oirían.

Giró la piedra para que quedara cerrada. Carey se colocó tan confortablemente como pudo en aquel agujero irregular, cuyas paredes se habían suavizado por el roce con las cosas ilegales que allí se ocultaron

durante generaciones sin cuento. El aire y unos pocos débiles rayos de luz se colaban a través de los bloques de piedra, piedras que no estaban unidas con mortero, como en la mayor parte de las construcciones marcianas. Incluso podía ver, en vertical, una pequeña fracción de la habitación. Cuando sonó un golpe agudo en la puerta, descubrió que podía oír con mucha claridad.

Derech se movió hacia su campo de visión. La puerta se abrió. Se oyó la voz de un hombre que pedía entrar en nombre de los Mundos Unidos y del Consejo Marciano de Ciudades Estado. Derech le dijo:

—Entre, por favor.

Carey vio, más o menos fragmentariamente a cuatro hombres. Tres eran marcianos, vestidos con las indistinguibles ropas, de aspecto cosmopolita, de las ciudades estado. Eran el equivalente del FBI. El cuarto era un terrestre. Carey se sonrió al darse cuenta de su propia importancia. El terrestre era rubio, de buen aspecto, quemado por el sol, ojos azules y amistosos; podía haber sido un actor, un jugador de tenis, o un joven ejecutivo de vacaciones. Era Howard Wales, el mejor hombre en la Interpol de la Tierra.

Wales dejó que los marcianos realizaran el interrogatorio; mientras tanto el registró la casa, desplazándose por ella sin que nadie le molestara, mirando a través de los pasadizos, escuchando, tocando, sintiendo. Carey quedó fascinado por el hombre, pero de una forma desagradable. Una vez se detuvo delante de la grieta de la pared en la que se encontraba oculto Carey; tenía miedo de respirar, tenía la terrible impresión de que, repentinamente, Wales se daría la vuelta y le miraría directamente a él a través de hueco de la pared.

El marciano de más autoridad, un hombre de mediana edad, con aspecto de ser eficiente, le estaba dando una lección a Derech sobre las penas que le esperaban si acogía a un fugitivo u ocultaba información. Carey pensó que se estaba poniendo bastante duro; hace cinco años el policía no se hubiera atrevido ni a enseñar su cara en Jekkara.

Podía imaginarse a Derech escuchando amablemente, apoyándose contra algo y lugando con la joya que llevaba en la oreja. Finalmente Derech se aburrió del asunto y le dijo sin pasión.

—A causa de nuestra posición geográfica hemos estado expuestos a la Nueva Cultura (las mayúsculas eran suyas). Hemos modificado algo nuestras costumbres, pero, con todo, esto sigue siendo Jekkara; eres una molestia que soportamos, pero no más. Por favor no lo olvides.

Wales habló, previendo hábilmente cualquier comentario del policía de las Ciudades Estado.

—Durante muchos años has sido amigo de Carey, ¿verdad?

—En los viejos tiempos, asaltábamos tumbas juntos.

Howard Wales le corrigió.

—Yo hubiera dicho que hacíamos investigación arqueológica; es una forma más agradable de decir lo que has dicho.

—Mi gremio, que es antiquísimo y totalmente honorable no usó jamás esta expresión. Pero yo ahora soy un honrado comerciante; Carey no viene por aquí.

Podría haber añadido el adverbio «frecuentemente», pero no lo hizo.

El hombre de las Ciudades Estado dijo burlescamente:

—¿Ya ha venido aquí o todavía tiene que venir?

Derech le dijo:

—¿Por qué?

—Porque necesita ayuda. ¿En qué otro sitio podría encontrarla?

—En cualquier sitio; tiene muchos amigos y conoce Marte mucho mejor que la mayor parte de los marcianos; posiblemente mucho mejor que tú.

Con tranquilidad Wales le dijo:

—Pero, fuera de las ciudades estado, los terrestres, si son lo bastante imbéciles como para estar en esos lugares, son cazados como si fueran conejos. Por el interés de Carey, si sabes donde se encuentra, dínoslo. Si no lo haces es casi seguro que morirá.

Derech le dijo:

—Ya es un hombre hecho y derecho; debe aprender a llevar sus propias cargas.

—Su carga es demasiado grande...

Wales empezó a hablar y bruscamente se detuvo. Se produjo un repentino ruido de voces, tanto en la habitación como en el exterior. Todo el mundo se dirigió hacia la puerta, fuera del campo de visión de Carey, con la excepción de Derech que, relajado, lánguido y con una autosuficiencia que le hacía odioso, penetró en dicho campo.

Carey podía no oír el sonido que había sacado a los otros de la habitación, pero consideró que se trataba de otra nave aérea que estaba aterrizando. En pocos minutos Wales y los otros volvieron; ahora había otras personas con ellos. Carey se retorció y estiró el cuello, acercándose lo más que pudo a la grieta; pudo ver a Alan Woodthorpe, su superior jerárquico, administrador del Proyecto de Rehabilitación de Marte, y probablemente el hombre más influyente del planeta. Carey se dio cuenta de que, para estar allí en aquel momento, debía haber cruzado apresuradamente, desde su cuartel general en Kahora, miles de millas de desierto.

Carey se sintió orgulloso y profundamente conmovido.

Woodthorpe se presentó a sí mismo a Derech, era un hombre con un comportamiento sorprendentemente franco y amistoso, un hombre preocupado y cansado por muchas cuestiones importantes, pero que nunca olvidaba ser amable, simpático y humano. Lo peor de todo es que él era exactamente como parecía ser. Esto es lo que hacía tan inmensamente difícil tratar con él.

Sonriendo un poco Derech dijo:

—No te apartes de tus guardias.

Woodthorpe le preguntó:

—¿Por qué? ¿A qué se debe esta hostilidad? Si tu pueblo pudiera comprender que lo único que estamos haciendo es intentar ayudarles...

Derech le dijo:

—Esto lo saben perfectamente; lo que no pueden comprender es por qué os negáis a dejarnos a nuestro aire, después de que os hayan dado las gracias educadamente y explicado que ni necesitan ni quieren vuestra ayuda.

—¡Porque sabemos lo que podemos hacer por ellos! Ahora viven en la indigencia, podemos hacerlos ricos en agua, en tierra cultivable, en energía; cambiaremos toda su forma de vida. Los pueblos primitivos son notoriamente resistentes al cambio, pero comprenderán...

Derech le contestó:

—¿Primitivos?

Con rapidez, Woodthorpe rectificó.

—¡Por supuesto no me refería a los habitantes del Canal Inferior! Ya sé que vuestra civilización estaba floreciendo cuando el mono procónsul todavía se estaba preguntando si bajar o no bajar de su árbol. Por esta misma razón no comprendo la causa por la que os alineáis con los habitantes de las Tierras Secas.

Derech le dijo entonces:

—Marte es un mundo viejo, irritable y seco. Pero lo entendemos. Hemos hecho un pacto con él. No le pedimos demasiado y él nos da lo suficiente para nuestras necesidades. Podemos depender de Marte; no queremos depender de otros hombres.

Woodthorpe le contestó:

—Pero ha llegado una nueva era, las tecnologías avanzadas lo hacen todo posible. Ya no hay lugar para los viejos prejuicios ni para los puntos de vista pueblerinos.

—Has dicho algo sobre los primitivos.

—Estaba pensando en las tribus de las Tierras Secas. Contratamos al doctor Carey porque sus conocimientos sobre estas tribus eran únicos y los necesitábamos para intentar comprenderlas. En vez de ayudarnos, parece empeñado en provocarlas para que nos hagan la guerra. Nuestras partidas de exploración han sido expulsadas con la más sorprendente violencia. Si Carey tiene éxito en llegar a las Tierras Secas, no te quiero contar lo puede ser capaz de hacer. Tú no querrás...

Con un toque de cruel impaciencia en su voz, Derech dijo:

—Primitivos, pueblerinos, los dioses me enviaron a un hombre perverso en vez de un tonto que hablara bien. Los habitantes de las Tierras Secas no necesitan a Carey para empezar una guerra. Ni tampoco nosotros. No queremos que se reestructuren nuestros pozos ni nuestras corrientes de agua. No queremos que nuestra población crezca. No queremos que los recursos que todavía han de durar miles de años, si no se malgastan, sean bombeados y gastados en unos pocos siglos. Estamos en equilibrio con nuestro medio ambiente. Queremos seguir así y lucharemos por ello. Woodthorpe, ahora no estás trabajando con teorías, estás tratando con nuestras vidas. No vamos a colocarlas en tus manos.

Se volvió hacia Wales y los marcianos diciendo.

—Buscad en la casa; si queréis, buscad en la ciudad que está encima. Pero si yo estuviera en tu pellejo, no me alejaría mucho de estos, —dijo señalando a los policías.

Woodthorpe, que parecía apenado y dolido, permaneció en pie un momento y luego salió, sacudiendo su cabeza. Los marcianos comenzaron a buscar por toda la casa. Carey oyó la voz de Derech que preguntaba:

—¿Por qué no busca con ellos, señor Wales?

Con aire divertido Wales respondió:

—No me gusta desperdiciar mi tiempo.

Luego le dio las buenas noches a Derech y salió; Carey respiró agradecido.

Después de un rato los marcianos también se fueron. Derech cerró la puerta y se sentó nuevamente para seguir bebiéndose el vaso de vino, que antes había estado saboreando.

No se movió para que Carey saliera. El terrestre tuvo que controlar un fortísimo deseo de empezar a gritar. Le estaba dando un poco de claustrofobia. Derech bebió el vino lentamente, terminó la copa y la volvió a llenar de nuevo. Cuando por segunda vez estuvo medio vacía, una joven entró por la puerta de atrás.

Llevaba el vestido tradicional de los Canales Inferiores. Carey estaba contento de volver a ver este tipo de traje, porque suponía una variación sobre los vestidos cosmopolitas y sin características distintivas propios de las ciudades comerciales, que hacía que todas las mujeres parecieran iguales. Además pensaba que el viejo estilo de vestir era encantador.

La falda era larga, de pesada seda color naranja, sujeta a las caderas con una faja ancha. Encima de la falda no llevaba nada, salvo un lazo en el cuello; su cuerpo era delgado y gracioso, como un junco doblado. Sujetas alrededor de sus caderas y entretejidas en su pelo moreno había hileras de campanillas, de forma que la mujer tañía cada vez que caminaba produciendo una música muy débil, propia de duendes. Una música muy dulce y muy malvada.

—Ahora ya se han marchado —le dijo la mujer a Derech; este se levantó y se acercó rápidamente al lugar en el que Carey estaba escondido. Mientras ayudaba a Carey a salir le dijo:

—Alguien estaba observando a través de las rendijas de las ventanas, esperando que me traicionara a mí mismo, cuando hubiera pensado que ya se habían ido.

Luego le preguntó a la joven.

—Era el terrestre ¿verdad?

—No.

La joven se había echado un poco de vino y acurrucado con la copa en medio de las sedas y de las tibias pieles que cubrían el banco de los invitados, junto a la pared que daba al este. Carey se percató de que sus ojos eran verdes como esmeraldas y que brillaban ligeramente, curiosos e implacables. De golpe se dio cuenta de que su barbilla estaba sin afeitar y que sus mejillas empezaban a estar muy grises; en general se dio cuenta de que estaba cansado y sucio.

Derech estaba diciendo:

—No me gusta el Wales ese; es casi tan inteligente como yo; todavía tendremos problemas con él.

Carey le dijo:

—¿Nosotros? Ya has valorado tu yarda de arena.

Derech, arrepentido de lo que había dicho, se encogió de hombros.

—Deberías haber oído mis pensamientos sobre esta cuestión. Bueno, la verdad es que estaba un poco aburrido de la vida pacífica.

Sonrió, Carey recordaba aquella sonrisa de los tiempos en que ambos se habían dedicado a robar tumbas, en lugares en los que el asesinato era la ocupación más segura.

—Además, siempre me ha molestado que aquella vez no nos dejaran seguir. Me gustaría intentarlo otra vez. Por cierto, esta es Arrin, vendrá con nosotros hasta Barrakesh.

A la vez que lanzaba una exclamación, Carey hizo una reverencia y ella sonrió desde su nido de suaves pieles. Luego la joven miró a Derech y dijo:

—¿Qué hay más allá de Barrakesh?

Derech le contestó:

—Kesh y Shun.

Con impaciencia la joven dijo:

—Vosotros no comerciáis en las Tierras Secas; si lo hicierais, ¿por qué me ibais a dejar atrás?

Derech le dijo a la joven:

—Nosotros vamos a Sinharat la Inmortal.

—¿Sinharat? —susurró Arrin.

Se produjo un largo silencio tras el cual la joven dirigió su vista hacia Carey.

—Si lo hubiera sabido, les habría dicho donde estabas; les hubiera dejado que te detuvieran.

La joven tuvo un escalofrío y dobló la cabeza. Acariciándola, Derech le dijo:

—Lo que has dicho es una tontería; habrías destruido la posibilidad de ser la señora de uno de los dos salvadores de Marte.

—Si salís vivos.

Derech prosiguió, diciéndole a la joven:

—Pero querida niña, acaso puedes garantizarme que si me quedo aquí sentado mañana estaré vivo.

Con lentitud Carey intervino en la conversación.

—Tendrás que admitir que las oportunidades de la joven son algo mejores que las nuestras.

II

La gabarra era larga y estrecha, navegaba sobre unos flotadores semejantes a pontones, la barcaza estaba muy poco hundida a pesar de ir completamente cargada. Los pontones, el casco y la cubierta, todo era de

metal. Desde hacía muchísimo tiempo no había habido árboles que poder dedicar a la construcción de barcos.

En el centro de la cubierta había una cabina baja, en la que podían dormir varias personas, más adelante, en dirección a la proa achatada, se encontraba el fogón en donde se hacía la comida. La fuerza motriz era animal, cuatro de las escamosas bestias marcianas de carga, siempre silbando y de mal temperamento, estiraban desde las orillas del canal mediante un cable de remolque.

El recorrido se hacía lentamente. Carey hubiera querido ir directamente hacia Barrakesh, cortando sobre el terreno, pero Derech se lo había prohibido.

—No puedes unirme a una caravana; todos mis negocios los hago a través del canal, eso lo sabe todo el mundo. Por ello tendríamos que ir solos, cabalgando por la noche y ocultándonos durante el día, todo ello sin desperdiciar nada de tiempo.

Hizo como si pinchara el cielo con su pulgar y dijo:

—Wales vendrá cuando menos lo esperes y menos lo desees. En la gabarra tienes un lugar donde ocultarte y yo tendré el número de hombres suficiente para disuadirle de interferir con un mercader que se dedica a sus negocios habituales, completamente legales.

Con aire sombrío Carey le dijo:

—No se detendrá por esto.

—Sí, pero sólo cuando esté desesperado, y esto será más tarde.

De forma que la gabarra siguió deslizándose gentilmente en su camino hacia el sur, a través de una corriente de agua oscura que era la última arteria abierta que quedaba de lo que una vez había sido un océano. Ahora circulaba agua helada, procedente de la fusión de los hielos polares. Había pueblos junto a las orillas del canal y áreas de cultivo en donde campos alargados mostraban un verde naciente frente la desolación rojo amarillenta.

Asimismo, se veían lugares en los que la arena había avanzado como si fuera un ejército, arrasando los campos cultivados y ocupando las casas de forma que en el lugar en el que había habido un pueblo, ahora sólo se podían ver montículos redondeados. Había puentes, algunos en buen estado y que todavía servían a los seres vivos. Otros terminaban en ninguna parte o se dibujaban frente al cielo como arcos iris rotos. Durante el día sufrían el aguijón de la luz del sol, que no era detenida por nada, por la noche las dos lunas extendían sobre las tierras su cambiante belleza. Si no fuera por la enorme impaciencia que impulsaba a Carey, hubiera sido feliz en aquel viaje.

Si Woodthorpe y el Proyecto de Rehabilitación seguía su camino, todo esto desaparecería. Las aguas de los canales serían embalsadas tras grandes diques, en el lejano norte. Las poblaciones dispersas serían desplazadas y establecidas en nuevas tierras de labor. Poderosas estaciones de bombeo secarían los manantiales subterráneos que alimentaban a los viejos pozos y con ello solucionarían el déficit de agua invernal, que se producía cuando el casquete polar estaba helado. El desierto sería transformado, en alguna medida, en un jardín florido. ¿Quién no iba a preferir esto, a la existencia marginal que llevaban ahora? ¿Quién negaría que esto era el Mal y el Proyecto Rehabilitación el Bien?

Nadie más que el pueblo y el doctor Mathew Carey. Por supuesto nadie les escucharía. En Sinharat se encontraba la única posible esperanza de que pudieran hacerse oír.

El cielo seguía raso. Arrin pasaba en cubierta la mayor parte del tiempo, sentada entre montones de mercaderías. Carey se había percatado de que la mujer le observaba mucho tiempo, pero no se sintió alagado por ello. Pensó que la marciana le odiaba porque estaba arriesgando la vida de Derech. Le hubiera gustado que Derech la hubiera dejado atrás.

Cuando llegó la aurora del cuarto día, el viento desapareció, quedando una calma absoluta. El sol quemaba ardientemente, haciendo que las rocas y la arena brillaran. La superficie del agua del canal parecía cristal pulido. Al este la aguda línea del horizonte se desdibujaba por una neblina amarilla.

Derech permanecía en pie, olfateando el aire tranquilo como si fuera un perro. Alrededor del medio día, ordenó atracar. La tripulación, compuesta por diez hombres, dejó de descansar entre las mercancías y comenzó a trabajar, echando el ancla de acero, sujeta por un cable, aparejando un refugio para los animales y comprobando las correas que sujetaban el cargamento a la cubierta. Carey y Derech trabajaron junto a ellos, en un momento en que descansó brevemente, el terrestre miró hacia arriba y vio a Arrin, agachada en el fogón cocinando gran cantidad de comida.

Cuando el cielo de poniente empezaba a ser como una muralla, una ola se curvó hacia el cénit, de color ocre fuliginoso por abajo, del color del bronce brillante en su cresta. La ola se lanzó rugiendo contra ellos a través de la tierra, finalmente los alcanzó.

Se metieron todos, ayudándose unos a otros, en la cabina, allí se agacharon doblando las rodillas, de forma que llenaron el pequeño espacio, los doce hombres y Arrin, mientras la gabarra daba tumbos y giraba, bajando a las profundidades del canal y luego subiendo hacia arriba con la velocidad

de un disparo, luchando contra los golpes del viento como si fuera un ser vivo.

El polvo y la arena penetraban por todos los agujeros, corrompiendo el aire y dándole un gusto amargo. Se produjo una oscuridad que olía a azufre, en la que los oídos estaban sordos. Carey había soportado, con anterioridad, tormentas de arena. Hubiera preferido que la tormenta les hubiera alcanzado en terreno abierto, en donde él sabía como actuar y donde no se tenía que preocupar de que la gabarra diera la vuelta y les hiciera morir ahogados, la muerte más estúpida en el mundo más seco del Sistema. Mientras todo esto ocurría Arrin seguía mirando su olla con tristeza.

El viento detuvo sus ráfagas salvajes y se transformó en una ventisca fuerte más o menos estacionaria. Cuando pareció que, después de todo, la gabarra iba a permanecer hacia arriba, en su posición natural, los hombres comieron, con gusto de la olla de Arrin, alegrándolos después de aquellas fatigas. Después la mayor parte de los hombres bajaron a buscar un sitio donde dormir, pues allí no había espacio.

Arrin colocó la tapa de la olla y la sacudió para que se le cayera la arena, luego le dijo tranquilamente a Derech.

—¿Por qué tenéis que ir a donde vais?

—Porque el doctor Carey cree que allí hay registros que pueden convencer a los directivos del Proyecto Rehabilitación de que nuestros «primitivos» antepasados sabían de lo que hablaban.

En la oscuridad, Carey no pudo ver claramente el rostro de la mujer. Pero pensó que estaba frunciendo las cejas, pensando cosas desagradables sobre él. Arrin le dijo a Carey.

—¿Lo crees, o lo sabes?

—Yo sé que, alguna vez, existieron esos registros, porque existen referencias a ellos en otros registros. Si todavía existen ahora es otra cuestión, pero a causa de la naturaleza del lugar y de la gente que los hizo, pienso que es posible.

Carey pudo sentir el escalofrío que recorrió el cuerpo de la mujer.

—Pero los *ramas* existieron hace tanto, tanto tiempo...

Ella apenas susurró el nombre; quería decir inmortal, y había sido una palabra que había producido terror durante tanto tiempo, que nunca, pasaran los años que pasaran, se borraría de la memoria. Los *ramas* habían alcanzado la inmortalidad mediante un sistema de inducción que podía compararse al hecho de verter el vino añejo en botellas nuevas. Aunque el principio, que se encontraba detrás del proceso de transplantar la conciencia de un individuo al

cuerpo de otro, era absolutamente científico, la reacción de la gente de la que obtenían el suministro de cuerpos nuevos era una emoción simple: el horror.

Los *ramas* eran vistos como vampiros, su antigua ciudad situada en una isla, Sinharat, se encontraba lejana y olvidada, en la más remota desolación de Shun. Los habitantes de las Tierras Secas la consideraban sagrada y prohibida.



Sólo una vez habían roto su propio tabú^[35], cuando Kynon de Shun alzó su bandera, proclamando haber descubierto el secreto perdido de los *ramas* y prometiendo, a los hombres de las tribus y a los habitantes del Canal Inferior, la vida eterna y todo el botín que pudieran obtener. Sólo consiguió para ellos muerte; desde entonces, el tabú era mantenido de una forma más fanática que antes. Carey dijo:

—Su ciudad no ha sido nunca saqueada; por eso es por lo que aún tengo esperanzas.

Arrin le contestó al terrestre:

—Pero, los *ramas* no eran humanos; eran absolutamente perversos.

—No es cierto; eran totalmente humanos, y llegó un tiempo en que hicieron un gran esfuerzo para expiar sus pecados.

La mujer se volvió de nuevo hacia Derech y le dijo:

—Los *shunni* os matarán.

—Es muy posible.

—Pero debéis ir... con cuidado —añadió la mujer— aunque sólo sea para demostraros que sois capaces de hacerlo.

Derech sonrió y le contestó:

—Sí.

—En ese caso iré con vosotros; prefiero ver qué os sucede que esperar, esperar y finalmente no enterarme de nada.

Una vez que hubo establecido su posición, se dio media vuelta en la litera y se puso a dormir.

Carey también durmió, con un sueño intranquilo, lleno de sombrías pesadillas sobre Sinharat; cuando despertó, en la claustrofóbica oscuridad llena de arena, le pareció que nunca llegaría a ver la ciudad.

A media mañana, la tormenta se había extinguido, pero ahora, una masa de arena de cuarenta pies de largo bloqueaba el canal. Trajeron a los animales de su refugio, Los uncieron a grandes palas y comenzaron a drenar el canal; todos los hombres que se encontraban a bordo, se desnudaron, cogieron palas y comenzaron a trabajar.

Carey cavaba en la arena húmeda; su mayor estatura y su piel más clara lo diferenciaban de los habitantes de los canales inferiores, más bajos y morenos. Se dio cuenta de que, desnudo y cansado como estaba no dejaba de mirar hacia el cielo. Una vez que estuviera entre los habitantes de las Tierras Secas, a Wales le sería muy difícil encontrarlo.

En Valkis, donde había algo de comercio con los hombres del desierto, Derech había sido capaz de conseguirle vestidos adecuados. Carey llegaría a

la Puerta de las Tierras Secas, Barrakesh, vestido como un vagabundo de las tribus del desierto.

Hasta ese momento se había mantenido alerta, tanto de Wales como de los habitantes de la comarca, que notaban poca diferencia entre los terrestres y los habitantes de las Tierras Secas que de vez en cuando atacaban el lejano norte, saqueaban sus cosechas y se llevaban a sus mujeres.

A pesar de la vigilancia de Carey, fue Derech el que dio la voz de alarma. De repente, a mitad de la tarde llamó a Carey por su nombre. Carey que estaba entonces trabajando, en medio de una neblina de sudor y cansancio miró hacia arriba al cielo, al lugar que señalaba Derech, tiró la pala y se sumergió en el agua.

La gabarra estaba cerca, pero la nave aérea llegó con más rapidez, cuando el terrestre llegó a la escalerilla, se percató que era imposible subir sin ser visto.

La voz de Arrin dijo tranquilamente desde arriba:

—Sumérgete en el agua; tienes sitio.

Carey se llenó de aire los pulmones y se sumergió. El agua estaba fría; la luz del sol caía inclinada, mostrando el agua del canal espesa por la arena de la tormenta. La sombra de la gabarra proporcionaba una oscuridad total al lugar en el que Carey se sumergió. Cuando pensó que ya no tenía encima los pontones, salió a la superficie esperando que la mujer le hubiera dicho la verdad. Así había sido; había espacio entre los pontones para respirar; desde allí podía observar a la nave aérea descendiendo y manteniéndose quieto con sus rotores encima del canal, observando. La nave aterrizó; en ella viajaban varios hombres, pero sólo Howard Wales salió.

Derech fue a hablar con él. El resto de los hombres siguió trabajando. Carey se percató de que la pala extra había desaparecido en el agua. Wales siguió mirando la gabarra. Derech jugaba con él, mientras Carey no paraba de maldecir. El frío del agua helada le estaba llegando a los huesos. Finalmente, para el asombro de Wales, Derech le invitó a subir a bordo. Carey nadaba cuidadosamente, para adelante y para atrás en el espacio oscuro que se extendía bajo el casco, intentando mantener a su sangre en circulación. Después de un tiempo largo, muy largo, por lo menos un año o dos, vio como Wales volvía caminando hacia la nave aérea. Pasó otro año antes de que la nave despegara. Finalmente, Carey consiguió salir de debajo de la gabarra, de nuevo, a la luz del sol. Estaba demasiado rígido y entumecido para poder subir por la escalerilla. Arrin y Derech tiraron de él para que pudiera subir. Derech dijo:

—Cualquier otro, estaría convencido, pero este, —dijo refiriéndose a Wales—, tiene un cerebro que considera todos los engaños y trucos que sus oponentes necesitan.

Vertió aguardiente entre los castañeantes dientes de Carey, le envolvió con buenas mantas y lo puso en la litera. Luego dijo:

—¿Tiene Wales alguna forma de descubrir a dónde vamos?

Carey frunció las cejas y contestó:

—Supongo que sí, si se ha molestado en leer mis monografías y artículos.

—Estoy seguro de que se ha molestado.

Con desánimo Carey le dijo:

—Todo está allí: cómo lo intentamos una vez, y fallamos, y lo que yo espero encontrar. Es verdad que la Ley de Rehabilitación todavía no se había promulgado entonces y todo este trabajo únicamente tenía interés arqueológico. He mencionado, seguro, a los *ramas* a Woodthorpe, cuando discutía con él sobre la posibilidad de estos cambios que modifican tan profundamente la Tierra; bueno más bien que modifican tan profundamente Marte. Por cierto, ¿dijo algo Wales?

—Dijo: «Barrakesh contará la historia».

Con un cierto aire de maldad Carey le preguntó:

—¿Lo dijo? ¿Lo dijo? Dame la botella.

Tomó un trago largo y el aguardiente bajó por su cuerpo como fuego por un hielo helado.

—Quiera el Cielo que sea capaz de robar una nave aérea.

Derech negó con la cabeza y habló:

—Serás afortunado si no lo haces; te derribarían en menos de una hora.

—Por supuesto tienes razón; lo que pasa es que estoy nervioso.

Bebió nuevamente, luego sonrió, con una sonrisa muy poco académica.

—Si los dioses me son favorables, algún día tendré al señor Wales entre mis manos.

Los hombres de aquella comarca llegaron a lo largo del atardecer, alrededor de un centenar, equipados con todo lo necesario. Habían trabajado durante todo el día limpiando otros tramos, pero aun así, trabajaron sin ninguna queja durante toda la noche y al día siguiente, cada hombre, cuando se encontraba agotado, eligió el tiempo y lugar en el que echarse a dormir.

El canal era su vida, su ley decía que el canal estaba por encima de todas las cosas, antes que la mujer, el hijo, el hermano, el padre o él mismo. Carey les observó, oculto de su vista en la cabina, sintiéndose culpable por no

ayudar, pero no demasiado culpable. Era un trabajo agotador. El canal quedó limpio hacia la media mañana y la gabarra comenzó a moverse hacia el sur.

Tres días más tarde una línea de acantilados apareció por el este, al principio muy lejos, pero aproximándose gradualmente hasta que se extendieron al lado del canal. Eran altos y agudos, coloreados ligeramente con sombras rojizas y doradas. Las superficies de las rocas se encontraban erosionadas, de una forma fantástica, por un millón de años de agua y diez milenios de viento.

Constituían el borde del lecho del mar muerto, de hecho Carey pudo ver, a distancia delante de ellos, una línea de niebla brillante, era otro canal que cortaba a aquel en donde se encontraban. Se estaban aproximando a Valkis.

El sol se estaba poniendo cuando llegaron. La luz caía desde un ángulo muy abierto formando rayos que incidían sobre los acantilados. En donde el ángulo era recto arrancaba destellos de las puertas vacías y de las ventanas con contraventanas de madera de las cinco ciudades, que se extendían hacia abajo, sobre las rocas doradas. Parecía como si hubiera hogares que estaban encendidos y tibias antorchas preparadas para dar la bienvenida a los hombres que volvían cansados del mar.

Pero en las calles, en las plazas y en los largos tramos de escaleras talladas en la roca, sólo se movían las lentas sombras producidas por el sol de poniente. Los antiguos muelles estaban tan silenciosos como tumbas, marcando los distintos niveles en los que se habían ido construyendo los nuevos puertos y luego abandonado conforme el agua proseguía su descenso. Las altas torres en las que habían flameado las banderas de los Reyes del Mar, estaban desnudas y destrozadas.

Sólo estaba vivo el nivel más bajo de la ciudad, pero esta parte de la urbe vivía con orgullo, desafiando los fríos siglos que se alzaban ante ella.

Desde la cubierta de la gabarra Carey observaba el resplandor de las antorchas, como brillantes estrellas en el crepúsculo, a la vez escuchaba las voces y la música, adorable y salvaje, de las arpas dobles. El viento seco traía el olor de especias polvorientas y de otras cosas exóticas.

La Nueva Cultura todavía no había penetrado allí, Carey estaba contento, aunque pensaba que Valkis debería ser limpiada un poco, sin molestar a nadie.

Allí se podía pagar por dos o tres vicios^[36] que eran increíbles. Derech le dijo:

—Permanece fuera de la vista de la gente hasta que vuelva.

Ya era noche cerrada cuando comenzaron a echar las amarras al antiguo muelle de piedra, junto a una amplia plaza rodeada por tres lados de viejos edificios gastados por el tiempo. Derech marchó a la ciudad, lo mismo hizo la tripulación, pero por diferentes motivos. Arrin permaneció en cubierta, tendida sobre los bultos con su barbilla sobre sus muñecas, mirando las luces y escuchando los sonidos como si fuera un niño triste al que se le ha prohibido jugar a algún juego peligroso pero fascinante.

Derech no le había permitido bajar sola a las calles de la ciudad.

Lleno de aburrimiento Carey se fue a dormir.

No supo cuanto había dormido, unos pocos minutos o unas cuantas horas, cuando el agudo grito de Arrin, semejante al de una gata, le despertó.

III

Había tres hombres alrededor de la cubierta. Carey pudo oírles como daban vueltas alrededor y maldecían a la mujer, uno estaba diciendo algo sobre un terrestre. Se bajó de su litera, todavía llevaba el mono fabricado en la Tierra que era toda la ropa que tenía, al menos hasta que Derech volviera y le trajera algo que ponerse. Presa de un pánico salvaje, se desnudo rápidamente y ocultó la ropa debajo de un montón de pieles. Arrin ya no estaba gritando, pero creyó percibir sonidos sofocados, como si la mujer estuviera intentando gritar. Al salir desnudo al oscuro y gélido exterior sufrió un escalofrío.

A través de la cubierta se oía un ruido de pasos que se aproximaban ligeros y rápidos. Carey salió al corredor y sacó de su sitio, en la pared de la cabina, un hacha de mango largo que se empleaba para cortar las correas que sujetaban el cargamento en caso de emergencia. Como si el hacha se lo hubiera dicho, Carey sabía lo que tenía que hacer.

Las sombras de los hombres aparecieron en el corredor oscuro, los asaltantes marchaban agrupados para no ser vistos con el brillo de las luces de la cubierta. Carey lanzó el grito de guerra de las Tierras Secas que cortó la noche. Luego saltó hacia delante, haciendo oscilar el hacha.

Los hombres desaparecieron por el corredor, como si hubieran ido calzados con resortes. Carey salió de la cabina a la cubierta, en donde la luz de las antorchas iluminó nítidamente su figura. Hizo girar el hacha alrededor de su cabeza, como había aprendido a hacer unos años antes, cuando había

descubierto las grandes ventajas y el valor añadido que supondría para su oficio, el ser capaz de comportarse como un marciano.

Inevitablemente, se había visto complicado en actividades nada intelectuales ni relacionadas con la arqueología, tales como guerras tribales y asaltos, por ello había adquirido algunas habilidades extrañas en un arqueólogo. A partir de ese momento, empleando su hacha, llevó a los pequeños hombres oscuros que habían abordado la gabarra a donde quiso. Gritándoles les condujo a un lugar iluminado por una antorcha, allí le pudieron ver así como el vio a los asaltantes, eran cinco hombres asombrados, con anillos de plata en sus orejas y afilados cuchillos en sus cinturones.

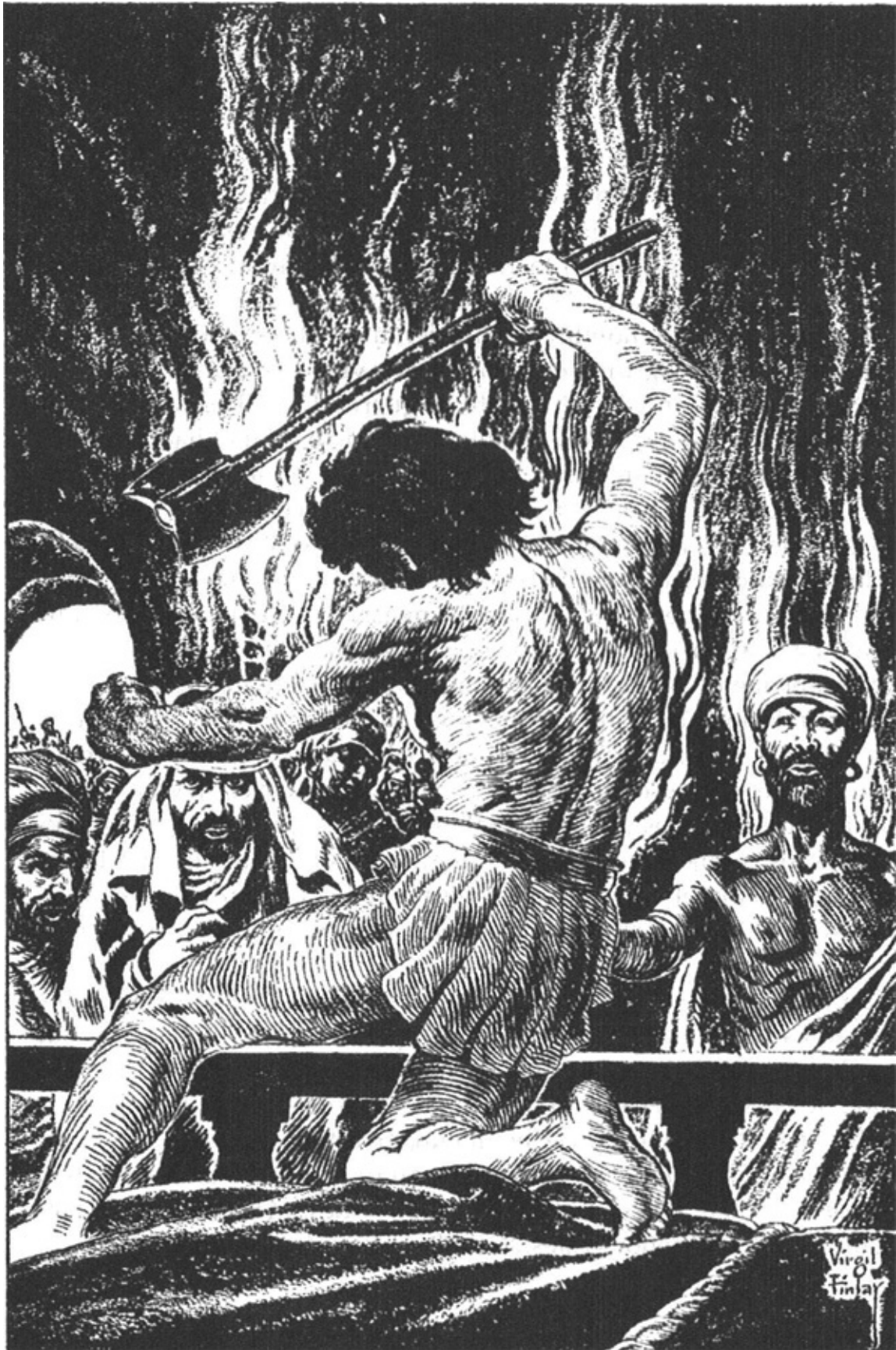
Carey les recordó alguno de los refranes de las Tierras Secas sobre los habitantes del Canal Inferior que hizo que la sangre fluyera por sus mejillas, luego les preguntó que negocio se traían entre manos.

Uno de ellos que llevaba un faldellín de vivo color amarillo dijo:

—Nos han dicho que aquí se oculta un terrestre.

¿Y quién os lo ha dicho? Se preguntó Carey. *¿El señor Wales a través de algún espía marciano?* Por supuesto. El señor Wales. *¿Quién si no?* Estaba empezando a odiar al señor Wales. Rio y les preguntó a los marcianos:

—¿Tengo aspecto de ser un terrestre?



Hizo un girar a su hacha a la luz; luego dejó suelto su pelo, largo y mal cortado, que era del mismo color del desierto: castaño oscuro. Su cuerpo desnudo era delgado y dotado de fuertes músculos, como el de un hombre del desierto. Además lo había mantenido en forma. Arrin llegó a donde se encontraban, frotándose la boca herida y le miró, tan sorprendida como los *valkisianos*.

El hombre del faldellín amarillo dijo nuevamente.

—Se nos había dicho...

Otras personas estaban empezando a reunirse en la plaza del muelle, tanto hombres como mujeres, ociosos curiosos y crueles. Carey se apresuró a decir:

—Mi nombre es Marah; abandoné los pozos de Tamboina con mi cabeza puesta a precio por asesinato.

Los pozos de Tamboina estaban lo suficientemente lejos para no temer que ningún individuo de su tribu, o de otra próxima, se levantara a contradecir su historia. Luego prosiguió desafiante.

—¿Hay alguien aquí que quiera cobrar esta recompensa?

La gente le observó; las llamas de las antorchas oscilaban al seco viento, repartiendo la luz a lo largo de los rostros de la gente vueltos hacia arriba. Carey comenzó a tener miedo.

Junto a él, Arrin le susurró:

—¿Te reconocerán?

—No.

El terrestre había estado allí tres veces con grupos de las Tierras Secas, pero era muy poco verosímil que alguien pudiera reconocer, en particular, a uno de los habitantes del desierto, entre tantos como llenaban la ciudad. Arrin le dijo:

—Entonces mantente firme.

Así lo hizo; la gente le observaba, susurrando y sonriendo entre ellos; en ese momento, el hombre del faldellín amarillo le dijo:

—Seas terrestre o vengas de las Tierras Secas, lo mismo me da; no me gusta tu cara.

La multitud rio y comenzó a moverse hacia delante. Podía oír el dulce sonido del tañido de las campanillas que llevaban las mujeres. Agarró el hacha con fuerza y le dijo a Arrin que se alejara de él.

—Si sabes a donde ha ido Derech búscale; yo les contendré tanto como pueda.

No sabía si la mujer le dejaría o no. Observaba a la multitud, veía como las hojas afiladas brillaban. Parecía ridículo en esta edad de vuelos espaciales

y energía atómica tener que luchar con hachas y cuchillos. Pero, desde hacía mucho tiempo, Marte no había tenido nada mejor. Además, el personal de Paz y Desarme de M. U. esperaba, algún día, quitarles también las hachas y los cuchillos.

Carey recordó que en la Tierra, todavía existían pueblos que endurecían las puntas de sus lanzas de madera con el fuego, y se comían a sus enemigos. En cualquier caso los cuchillos podían matar con bastante eficiencia. Se apartó un poco de la barandilla, para poder manejar el hacha sin impedimentos. Ya no tenía frío, sino que sentía el calor que brotaba de sus terminaciones nerviosas.

La voz de Derech sonó potente al otro lado de la plaza.

La multitud se detuvo. Carey podía ver como sus rostros se dirigían hacia donde se encontraba Derech, con la mitad de su tripulación alrededor; estaba intentando abrirse paso entre la multitud. Parecía que iba a explotar de rabia. Gritó:

—Mataré al primer hombre que le toque.

El hombre del faldellín amarillo preguntó cortésmente.

—¿Qué es para ti?

—¡Es dinero, imbécil! El dinero que debe pagar por su viaje, que yo no cobraré hasta llegar a Barrakesh, y eso sólo si llega vivo y bien. Sino es así no veré nada. —Derech subió a la cubierta de la gabarra y dijo—. Ahora, fuera, o tendré que matar a unos cuantos; seguro que no os gustará mucho.

Ahora, él y sus hombres se encontraban alineados a lo largo de la barandilla; además, el resto de la tripulación se estaba aproximando. Doce hombres duros y armados no eran algo divertido. La multitud comenzó a retirarse; los cinco hombres que habían iniciado el incidente, se retiraron también, a disgusto. Derech los insultó con detenimiento y luego llevó a Carey a la cabina. Allí, mientras le arrojaba un bulto, que había tomado de uno de sus hombres, le dijo:

—Ponte esto.

Carey dejó su hacha a un lado; ahora estaba aliviado. Sus dedos comenzaron a deshacer los nudos. La envoltura exterior era una buena capa para el desierto. En su interior se encontraba un faldellín de cuero, bastante gastado y adornado con remaches de bronce que sonaban al caminar, un collar ancho de bronce que cubría el cuello y un arnés de cuero para unas armas que estaban ennegrecidas por el uso. Derech le explicó:

—Todo esto procede de un hombre muerto; debajo hay sandalias.

Sacó un largo cuchillo del desierto de su faja, se lo entregó a Carey y le dijo:

—Además, amigo mío, ahora tenemos problemas.

Mientras se abrochaba el faldellín y el arnés Carey le dijo:

—Pensé que ya estaba todo en orden.

Las prendas le sentaban bien. Quizá algún día, si llegaba a vivir, se establecería en algún lugar y llegaría a ser, ya con los cabellos grises, el respetado doctor Carey, arqueólogo emérito. Pero ese día todavía no había llegado.

—Algunos dicen que hay un terrestre aquí.

Derech asintió con la cabeza y continuó:

—Tengo amigos aquí; hombres en los que confío; hombres que confían en mí; esta gente me avisó; es por ello por lo que saqué a mi tripulación de los burdeles, bien a su pesar, y los traje para acá.

Carey se sonrió.

—Les estoy muy agradecidos.

Arrin había entrado y se había sentado en el borde de su litera, observando a Carey. El terrestre se envolvió en la capa y se colocó en el cuello el collar de bronce. El rudo calor que le transmitió la capa fue bienvenido.

—Ahora Wales sabrá que estoy contigo; esta ha sido la forma que ha empleado para encontrarte con seguridad.

Arrin intervino en ese momento.

—Podían haberte matado.

Carey se encogió de hombros.

—Esto no hubiera sido una desgracia para sus perseguidores; ellos prefieren que muera antes que perder mi rastro, aunque por supuesto ninguno estaría dispuesto a confesarlo. La cuestión es que él no quiere arriesgarse a que lo engañe con ningún otro disfraz ni está dispuesto a esperarme en Barrakesh. Abordará la gabarra en cuanto esté lo suficientemente lejos de Valkis, y tendrá las fuerzas suficientes para poder hacerlo sin problemas.

Derech le dijo:

—Todo lo que has dicho es verdad, así que dejémosle la gabarra.

Se dirigió a Arrin:

—Si todavía tienes en mente la infernal idea de venir con nosotros, estáte preparada, y no olvides que cabalgaremos durante bastante tiempo.

A Carey le explicó:

—Lo mejor es que salgamos cuanto antes de la ciudad; tendré preparadas monturas y suministros cuando salga Fobos. ¿Dónde nos encontraremos?

—Junto al faro.

Derech aceptó la proposición de Carey asintiendo con la cabeza y salió. El terrestre también salió y esperó en la cubierta mientras Arrin se cambiaba de vestidos. Unos minutos después, la mujer se le unió envuelta en una larga capa. Se había quitado las campanillas de sus cabellos y de alrededor de sus caderas; ahora se movía silenciosamente, ligera y elástica como si fuera un joven. La mujer se burló del terrestre diciéndole:

—Vamos, hombre del desierto; por cierto, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Marah.

—No olvides tu hacha.

Abandonaron la gabarra; en ese momento, únicamente una antorcha ardía en la cubierta. También se habían apagado algunas luces de la plaza. Esta estaba vacía, pero todavía se oían muchos sonidos y movimientos a lo largo de las calles que conducían al muelle.

Carey condujo a Arrin hacia la izquierda, siguiendo la orilla del canal. No vio a nadie que les observara, o les siguiera. Los sonidos y las luces cada vez eran más débiles; los edificios junto a los que pasaban ahora estaban vacíos, con sus puertas y ventanas abiertas al viento. Deimos ya se encontraba en el cielo y alguno de los tejados dejaban pasar a su través la luz de la luna; rayos de plata pálida iluminaban el polvo, arrastrado hasta allí, que cubría los suelos.

Carey se detuvo varias veces a escuchar, pero lo único que oyó fue el viento. Comenzó a sentirse mejor; caminando con largas zancadas le metió prisa a Arrin; luego se alejaron de la orilla del canal y tomaron una calle destrozada que se dirigía hacia arriba, hacia los acantilados.

La calle se transformó en tramos de escaleras tallados en la roca. A ambos lados se podían ver casas de piedra sin tejados, colgando de los acantilados, fila irregular tras fila irregular, como si fueran nidos abandonados de gaviotas.

Como siempre, la imaginación de Carey pobló las casas, decorándolas con redes y aparejos de pesca, les dio vida suponiendo luces, voces y los olores adecuados. En la parte superior de las escaleras, se detuvo para que Arrin recuperara su aliento, miró hacia abajo, a través de los siglos, hacia las antorchas de Valkis que iluminaban la dirección del canal. Arrin le preguntó:

—¿En qué piensas?

—Estoy pensando en que nadie, ni las personas ni los océanos pueden ser eternos.

—Los *ramas* vivían eternamente.

—Eternamente no, mucho tiempo, y esto no era bueno. Lo sé. A pesar de todo me entristece pensar en los hombres que construyeron estas casas, trabajaron, criaron a sus familias y miraron hacia el futuro.

Arrin le dijo:

—Eres un hombre extraño. Cuando te vi la primera vez, no pude adivinar qué es lo que hacía que Derech te tuviera en tan alta estima. Tú eres tan... tan tranquilo. Esta noche he podido comprobarlo, pero ahora eres tan amable, nuevamente tan agradable. ¿Por qué te preocupas tanto del polvo y de los huesos?

—Por curiosidad; no conoceré el final de la historia, pero puedo conocer el comienzo.

Siguieron moviéndose; ahora caminaban a través de donde habían estado las aguas de un puerto, con sus grandes muelles de piedra, mordidos y redondeados por el viento, alzándose sobre sus cabezas. Delante de ellos, sobre un promontorio deshecho, la flecha de una torre rota señalaba hacia el cielo.

Llegaron bajo la torre, al lugar en donde los barcos acostumbraban a atracar, en ese momento Carey oyó el sonido de los gruñidos y las pisadas de los animales que se aproximaban a su encuentro. Antes de que saliera Fobos, ya estaban, montados, dirigiéndose a su destino.

Derech le dijo:

—Este es tu territorio, yo me limitaré a cabalgar.

—En ese caso, tú y Arrin os ocuparéis de los animales de carga.

Carey tomó la dirección del grupo. Dejaron atrás la ciudad subiendo hasta la cima de los acantilados. A la luz de las lunas, allá abajo, el canal parecía una cinta de acero, luego desapareció. Una cadena de montañas se había extendido desde allí hasta el mar, formando una larga península de forma curva. De ella sólo quedaban sus huesos desnudos. Carey condujo su pequeño grupo a través de aquellas masas de roca que formaban el esqueleto de las antiguas montañas, siguieron un camino que el terrestre había recorrido una vez y que esperaba recordar.

Viajaban siempre de noche, durmiendo durante el día en refugios entre las piedras. Por tres veces, una nave aérea estuvo describiendo círculos sobre ellos, como si fuera un halcón, buscando. Más de una vez Carey pensó que se había extraviado, pero nunca se lo dijo a sus compañeros. Por eso quedó gratamente sorprendido cuando volvió a hallar el fondo del mar, justo donde debería estar, al otro lado de la cadena de montañas. Allí se encontraba el

vado que recordaba. A través de él cruzaron el canal bajo la luz de las lunas, deteniéndose únicamente para rellenar los pellejos de agua.

Al amanecer se encontraban sobre la cresta montañosa que se extiende sobre Barrakesh. Miraron hacia abajo y Derech dijo:

—Creo que debemos olvidarnos de nuestra caravana hacia el sur.

El comercio es para los tiempos de paz. Ahora, los hombres de Kesh y de Shun estaban reuniéndose para la guerra. Tal y como había dicho Derech, no necesitaban a ningún doctor Carey para lanzarse a la guerra.

Llenaban las calles, llenaban los caravanserais, estaban acampados, en masa, junto a las puertas, a lo largo de las orillas del canal y del lago pantanoso que era su final. Grandes rebaños de animales habían roto los diques, cruzado las acequias de riego y estaban devorando los cultivos.

A través del desierto seguían llegando más jinetes, largas filas con sus banderas ondeando al viento y sus lanzas brillando a la luz de la mañana. A lo lejos, Carey oyó el salvaje y agudo sonido de las gaitas del desierto. Entonces dijo:

—Debemos descender rápidamente ahí abajo; somos parte de ese ejército; cualquier hombre que, a partir de ahora, dé la espalda a Barrakesh, conseguirá que le claven una lanza por detrás, por cobardía.

La inmensa rabia que sentía transformó su rostro en duro y cruel. En el momento en que la horda pudiera marchar hacia el norte, se le unirían los hombres de las ciudades del Canal Inferior por las que pasara, y, por último, se le unirían otras hordas que vendrían los límites orientales de las Tierras Secas. La gente de las ciudades estado caería como ovejas en un matadero, e incluso era posible que la cúpula de Kahora fuera destruida. Antes o después traerían armamento pesado, y a partir de ese momento, los que caerían serían los guerreros de las Tierras Secas; todo por culpa de hombres buenos, como Woodthorpe, que sólo querían ayudar. Carey dijo:

—De todas formas voy a ir a Sinharat, pero tú sabes las pocas oportunidades que tiene una partida pequeña de llegar allí, lejos de la ruta de las caravanas y de los pozos.

Derech le dijo:

—Lo sé.

—¿Sabes cuántas posibilidades tenemos de evadirnos de Wales sin la protección de una caravana?

—Ahora me dirás que me vaya tranquilamente a casa y yo te haré caso.

—Puedes esperar aquí a que llegue tu gabarra y luego volver en ella a Vallas.

Con seriedad Derech le explicó:

—No puedo hacer esto, mis hombres se reirían de mí. Sugiero que dejemos de perder el tiempo, aquí en el desierto el tiempo es agua.

Arrin intervino diciendo.

—Hablando de agua, ¿cómo la conseguiremos cuando salgamos de aquí? Y ¿cómo lo haremos en el viaje de vuelta?

Derech indicó:

—El doctor Carey ha oído que hay un magnífico pozo en Sinharat.

Arrin siguió.

—Él lo ha oído, pero con seguridad nadie lo sabe; ni siquiera está en los antiguos archivos.

La mujer le dirigió a Carey una mirada, medio de burla. Carey sonrió brevemente y le contestó:

—El pozo, sobre el que conozco bastante, se encuentra en el coral, a mucha profundidad bajo la ciudad, de forma que puede ser utilizado sin romper el tabú. Los *shunni* no se aproximan por allí a no ser que estén desesperados, pero yo hablé una vez con un hombre que conocía el pozo.

Les condujo, bajando la cresta, alejándose de Barrakesh. Derech dirigió una mirada, llena de preocupación, al cielo.

—Espero que Wales nos tienda allí una trampa y que esté allí sentado mientras llegamos.

Había una ley que prohibía tajantemente a los aviones, sobrevolar las tierras tribales, salvo que tuvieran un permiso especial, el cual ahora no se concedía nunca. Pero ambos sabían que esta ley no sería un obstáculo para Wales. Con aire triste Carey dijo:

—Llegará un tiempo en que nos alegremos de verle.

Les condujo describiendo un gran círculo hacia el norte, con el fin de evitar las partidas de guerreros que acudían a Barrakesh. Luego comenzó a cruzar la mortal desolación que era el fondo de un mar muerto, directo hacia Sinharat.

Rápidamente perdió la noción del tiempo que llevaban viajando. Los días se fundieron entre sí, en un tiempo infernal que parecía no tener fin. Ellos tres y los titubeantes animales que llevaban consigo, se afanaron a través de grandes pendientes de roca quemada por el sol, y se arrastraron bajo los arrecifes de coral podrido, rodeados por todas partes de arena, tan suave y brillante como cristal ardiente.

Por la noche se podía ver la hermosa luz de las lunas y hacía un frío amargo, pero el frío no podía aliviar su sed. Sólo había una cosa buena en

aquel viaje, y esto era lo que más preocupaba a Carey. En todo el cielo, cruel y vacío, jamás apareció una nave aérea.

Mirándolo con temor, Arrin dijo:

—El desierto es un lugar muy grande. Quizá no pueda encontrarnos, quizá haya abandonado.

Carey le contestó a la mujer:

—El no ha abandonado.

Derech intervino diciendo:

—Quizá piensa que, de alguna manera, hemos muerto... y para qué tomarse molestias.

Carey pensó, *quizá, quizá*. Pero algunas veces mientas cabalgaba o caminaba, maldecía a Wales en voz alta y miraba al cielo, rezando por saber que estaba maquinando. Nunca tuvo una respuesta.

Se bebieron la última gota de agua, perfectamente administrada, Carey se olvidó de Wales y comenzó a pensar, únicamente, en el pozo de Sinharat, lleno de aguas frías y claras en medio del coral.

Estaba pensando en esto mientras andaba a paso lento, tirando de la cabalgadura, que ahora estaba casi tan débil como él. La visión del pozo ocupaba tan absolutamente su interior, que dejaba poco espacio para que la señal que le enviaron sus ojos ofuscados y golpeados por el sol, llegara a su cerebro. Cuando lo hizo, se detuvo, de repente, con una salvaje alarma.

Estaba caminando, no sobre la suave arena, sino sobre la tierra pisoteada por las pezuñas de las monturas de muchos jinetes.

IV

Los otros salieron de su estupor cuando les hizo señales, indicándoles que guardaran silencio. Las pisadas formaban una pista ancha que se curvaba hacia delante y desaparecía de la vista más allá de un gran acantilado de coral blanco. El viento no había tenido tiempo más que de hacer borrosos los bordes de las pisadas individuales.

Montados y azotando a sus bestias sin misericordia, Carey y los demás se apartaron de aquella pista. El acantilado se elevaba hasta lo alto como si fuera una muralla. A lo largo de su base se abrían numerosos orificios, como bocas de cavernas; encontraron una lo suficientemente grande como para alojarlos a

todos. Carey marchó solo y a pie, hasta el borde del acantilado, por donde habían girado los jinetes, mientras el viento les seguía, silbando y gimiendo al atravesar aquella colmena de coral.

Se arrastró junto al borde y vio donde se hallaba.

Al otro lado del acantilado se encontraba una laguna seca, que se extendía quizá hasta media milla de la isla de coral, que se elevaba desde allí hasta las alturas, recortándose frente a la dura y clara luz del sol. Sus desnudos acantilados estaban bellamente estriados, con tonos rosa fuerte, blanco y rosa claro. Una noble escalinata ascendía desde el desierto hasta las murallas de la ciudad. Las torres, bellamente construidas con mármol de muchos tonos, estaban tan suavemente esculpidas por el tiempo que era difícil decir donde empezaba y donde terminaba el trabajo del hombre. Carey vio todo esto envuelto en una neblina brillante, provocada por su cansancio y por la maravilla que tenía ante sí, comprendió que estaba mirando a Sinharat, la Eterna.

La pista formada por las pisadas de los guerreros *shunni*, pasaba a través de la laguna, y giraba apartándose, con desprecio, de lo que eran los restos de una nave aérea que había aterrizado, luego seguía adelante, dejando tras ellos, los despojos de dos formas destrozadas, abatidas en el suelo. La cosa terminaba al pie de las colinas, en donde Carey pudo ver un torbellino ordenado de hombres y bestias, calculó que había unos veinticinco o treinta guerreros. Allí levantaron un campamento.

Carey sabía lo que esto significaba, había alguien en la ciudad.

El terrestre no se movió por algún tiempo. Observó la hermosa ciudad de mármol, brillando sobre su espléndido pedestal de coral. Deseaba llorar, pero no le quedaba la suficiente humedad para formar las lágrimas, su desesperanza fue transformándose en una débil rabia. *De acuerdo, hijos de puta, pensó, de acuerdo.*

Volvió junto a Derech y Arrin y les contó lo que había visto.

—Wales ha llegado antes que nosotros y está esperando. ¿Para qué molestarse en buscar por todo el desierto si sabes a donde van? Esta vez nos ha atrapado seguro. Sin agua, no podemos huir de aquí.

Carey hizo una mueca horrible con sus labios resecos y su lengua hinchada.

—El problema es que los *shunni* le encontraron primero. La partida de guerra debe haber visto la nave aérea venir hacia acá; se acercaron a comprobar si aterrizaba aquí; atraparon a dos hombres, pero el resto está en Sinharat.

Derech le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Los *shunni* no entrarán en la ciudad, salvo como último recurso. Si cogen a alguien en el interior de la ciudad, simplemente rodearan el pozo y esperarán, más pronto o más tarde bajarán.

Arrin dijo:

—Y nosotros, ¿cuanto podemos esperar? No tenemos agua más que para dos días.

Carey le dijo:

—¡Diablos, cómo vamos a esperar! No podemos aguardar; voy a ir allí.

Ahora... mientras aun tenían una chispa de fuerza, un día después sería demasiado tarde.

Derech les dijo:

—Supongo que una lanzada rápida es mejor forma de morir que de sed.

Carey le contestó:

—Podemos escapar todos, si somos muy cuidadosos y muy afortunados.

Les explicó lo que tenían que hacer.

Una hora o así más tarde, Carey siguió la pista de los guerreros a través de la laguna seca; caminaba, o más bien daba tumbos, conduciendo a los animales. Arrin cabalgaba sobre uno con la capa echada sobre su cabeza y su rostro cubierto en señal de luto. Derech yacía sobre unas angarillas tiradas por una bestia, envuelto en su capa de pies a cabeza, como una imitación demasiado convincente de un cadáver.

Carey oyó los gritos y vio como los distantes jinetes partían a su encuentro, se asustó. El más pequeño fallo, el más ligero error, supondría su muerte. Entonces no pensaba que nada que tuviera que ver con Marte pudiera salvarlo. La sed era más importante que el miedo.

Había algo más; Carey pasó junto a los dos cuerpos que se encontraban en la arena, junto a la nave aérea destrozada. Vio que los dos eran marcianos de pelo oscuro; miró hacia Sinharat con ojos de lobo. Wales estaba allí arriba, todavía vivo, todavía interponiéndose entre él y lo que él quería. La mano de Carey apretó el mango del hacha. Ya no estaba totalmente cuerdo en lo que se refería a Howard Wales y los registros de los *ramas*.

Cuando los jinetes se encontraron al alcance de un tiro de lanza, se detuvo, apoyó la cabeza del hacha en la arena, como si fuera un símbolo. Esperó, mientras decía, en voz baja, a sus compañeros.

—¡Por amor de Dios, tened cuidado!

Los jinetes refrenaron sus monturas, haciendo que la arena saliera lanzada del suelo. Carey les dijo:

—¡Exijo el derecho de muerte!

Permaneció apoyado en el hacha, cambiando su peso de un pie a otro, mientras los jinetes le miraban a él, a la mujer velada y al polvoriento cadáver. Eran seis hombres, altos, duros y con ojos fieros, sus largas lanzas estaban preparadas, finalmente uno de ellos le preguntó:

—¿Por qué has venido aquí?

Carey, señalando a Derech le explicó:

—El marido de mi hermana murió durante la marcha a Barrakesh. La ley de nuestra tribu nos ordena que debe descansar en un lugar apropiado a su dignidad. Pero ahora no hay caravanas. Hemos venido solos, hemos perdido el camino en una gran tormenta de arena, luego hemos estado vagabundeando perdidos, hasta que hemos vuelto a encontrar nuestra propia pista.

El guerrero de las Tierras Secas le preguntó:

—¿Sabes donde estás?

Carey apartó sus ojos de la ciudad y le respondió:

—Lo sé, pero si un hombre se está muriendo le está permitido usar el pozo. Nosotros nos estamos muriendo.

El guerrero les dijo entonces:

—Usadlo pues, pero mantened alejados los malos augurios de nuestro campamento. Marchamos a la guerra tan pronto como terminemos nuestro negocio aquí. No queremos que la sombra de un muerto caiga sobre nosotros.

Carey realizó una pregunta, que era retórica a la vista de la nave aérea y de los cadáveres de fuera de las Tierras Secas.

—¿Extranjeros?

—Efectivamente, extranjeros. ¿Quién si no sería tan loco como para despertar a los fantasmas de la Ciudad Prohibida?

Carey sacudió su cabeza, diciendo.

—No, yo no quiero ni verla.

Los jinetes les abandonaron, retornando a su campamento, Carey prosiguió su lenta marcha hacia el acantilado. Al fin llegó a verse claro el lugar en el que debía encontrarse el pozo. Podía verse a hombres yendo y viniendo para dar agua a sus animales, a través de la boca, en forma de arcada, de una gran cueva excavada en el coral rosado.

Carey se les acercó y comenzó el canto monótono que la costumbre requería, preguntándoles el camino que debía seguir el muerto, de forma que

los guerreros, las mujeres encinta y las personas que emprendían el ritual de la purificación pudieran apartarse de este camino.

Los guerreros le hicieron sitio, Carey pasó de la cruel luz del sol a la sombra de un pasaje irregular y abovedado, muy ancho y alto, con un suelo en pendiente, que ascendía hacia su interior, primero con poca inclinación, luego con mucha pendiente. De repente el pasaje terminó en un espacio muy amplio, grande como una catedral, en donde se llegaba a escuchar el eco, iluminado con una luz mortecina por antorchas colocadas aquí y allá, que perfilaban la forma de un fantástico contrafuerte de coral. En el centro de la sala, en una especie de piscina, se encontraba el pozo.

En ese momento, por primera vez, Arrin rompió su silencio, con un llanto suave y angustiado. Había una guardia de siete u ocho guerreros vigilando el pozo, Carey sabía que estarían allí, pero cuando llegaron se retiraron y dejaron a la partida de Carey totalmente sola. Varios hombres estaban dando de beber a sus monturas, por deferencia al tabú, Carey dio una vuelta para colocarse tan lejos de ellos como era posible. En la penumbra llegó a distinguir el inicio de una escalinata, gastada por el tiempo, que conducía hacia arriba a través del coral. Aquí se detuvo.

Ayudó a Arrin a descender de su cabalgadura e hizo que se sentara, luego arrastraron a Derech desde sus angarillas y lo colocaron sobre el duro coral. Los animales se lanzaron a beber en el pozo, sin que Carey hiciera ningún esfuerzo por impedirselo. Llenó un pellejo para Arrin y luego el mismo se dirigió al lado de las bestias para beber y remojarse en aquella agua tan hermosa, fría y clara. Después quedó medio envuelto en una neblina de bienestar durante unos momentos, hasta que recordó que también Derech necesitaba agua.

Llenó otros dos pellejos y se los pasó a Arrin. Se arrodilló a su lado, con tierna solicitud, ya que la mujer estaba sentada junto al muerto. Extendió su capa para cubrir a la mujer y que no se viera lo que estaba haciendo, así colocó el pellejo de agua en la boca de Derech para que este pudiera beber.

Carey habló suavemente y con tranquilidad, luego volvió a donde estaban los animales y comenzó a luchar por apartarlos del agua, de forma que no se enfermaran. Su actividad sirvió para ocultar que se iba dirigiendo hacia las sombras que se encontraban detrás de ellos.

Carey les condujo, en medio de silbidos y golpes, a donde se encontraban Arrin y Derech, empleándolos como un escudo para el caso de que los guardias se estuvieran fijando.

Empuñó su hacha y el pellejo de agua que quedaba, soltó a los animales y corrió tan rápidamente como pudo hacia la escalinata. Esta tenía forma espiral, el terrestre comenzó a subir dando tumbos, la escalera estaba tan oscura como la pez, llegó a la segunda curva antes de que los guardias de abajo lanzaran un fuerte grito de rabia.

No sabía si le seguirían o no; alguien estaba intentando tocarle desde la negrura; la voz de Derech le susurró algo urgente. Pudo oír los jadeos de Arrin, que parecían los de un perro.

Sus propias rodillas temblaban por la debilidad, pensó que vaya grupo de combate constituían para enfrentarse a Wales, a sus hombres y a los treinta *shunni* rabiosos.

La luz de las antorchas parpadeaba en el recodo de la pared, justo bajo ellos; allí se oía una gran confusión de voces. Siguieron huyendo hacia arriba, empujándose entre sí. Parece ser que habían llegado a un lugar tal, que a los *shunni* ya no les importaba que siguieran más allá.

La luz de las antorchas y las voces desaparecieron, Carey y los otros subieron un poco más y luego se dejaron caer exhaustos sobre los gastados escalones. Arrin preguntó:

—¿Por qué no nos siguen?

—¿Por qué habían de seguirnos? Nuestra agua no durará mucho tiempo. Les basta esperar.

Arrin dijo:

—Sí —y un poco más adelante añadió—: ¿Cómo vamos a salir de aquí?

Carey le respondió:

—Eso depende de Wales.

—No te entiendo.

—Depende de si alguien envía una nave aérea aquí a ver que le ha sucedido y de con qué prisa lo haga.

Le dio unas palmaditas a los pellejos de agua y continuó.

—Por eso esto es tan importante, nos dará tiempo.

Nuevamente comenzaron a ascender por la escalera, pisando sobre los huecos hechos por el rozamiento de otros pies. Los ramas debían haber venido por este camino, en busca de agua, hace mucho mucho tiempo. A partir de un punto una débil luz diurna comenzó a filtrarse hacia ellos. En ese momento una voz de hombre, ronca por el pánico gritó, encima de donde se encontraban.

—¡Los oigo! ¡Ya vienen...!

La voz de Howard Wales les respondió con dureza.

—¡Esperad!

Luego, en inglés, gritó hacia abajo:

—¡Carey! Doctor Carey, ¿es usted?

Como respuesta Carey le gritó:

—Yo soy.

Wales le contestó entonces:

—Gracias a Dios; me pareció verle, pero no estaba seguro. Vamos hombre, suba aquí y sea bienvenido. Ahora todos estamos metidos en la misma trampa.

V

Sinharat era una ciudad sin habitantes, pero no estaba muerta. Tenía una memoria y una voz. El viento le proporcionaba su voz y con ella cantaba, por los innumerables conductos que constituían el coral, semejantes a los tubos de un órgano, con las bocas huecas de los pasadizos de mármol y con las estrechas gargantas de las calles.

Las delgadas torres eran como altas flautas, el viento nunca paraba, algunas veces la voz de Sinharat era suave y gentil, murmurando sobre la eterna juventud y los placeres que prometía. Otras veces era fuerte y jactanciosa, gritando con orgullo *¡tú morirás, pero yo no!* Otras veces era una loca, riendo de forma odiosa. Pero en todos los casos su canción era malvada.

Ahora Carey podía comprender porqué Sinharat era tabú. No lo era sólo por el antiguo temor. Era la propia ciudad, a plena luz del sol o bajo el brillo de las lunas.

Era una ciudad pequeña. Quizá nunca había habido más de tres mil *ramas*, aquella isla remota les había proporcionado seguridad y espacio suficiente. Pero sus construcciones estaban muy próximas entre sí y eran muy altas. Las calles, que corrían entre las murallas, parecían túneles sin techo, las torres, esbeltas hasta límites increíbles, se elevaban al cielo. Algunas habían perdido sus pisos superiores y otras se habían derrumbado por completo, pero en su conjunto todavía eran hermosas. Los colores del mármol todavía eran magníficos.

Muchos de los edificios eran perfectos y sin apariencias de daño, salvo que el viento y el tiempo habían borrado los bajorrelieves de sus paredes, de

forma que, sólo cuando la luz incidía en ciertos ángulos, rostros sombríos aparecían grabados en los muros, procedentes de la nada, eran orgullosos y sus labios sonrientes, presentaban una mueca burlona, a veces aparecían procesiones, que con paso solemne se dirigían a realizar algún olvidado acto de culto.

Quizá únicamente era el viento y los grabados que sólo se veían a veces, lo que había proporcionado a Sinharat esa aura de maldad sobrenatural. Carey no pensaba así. La ciudad había sido construida por los *ramas* a imagen de sí mismos. Pensaba como hubiera sido una mujer *rama* si la hubiera encontrado, graciosa y adorable, pero con algo perverso en sus ojos.

Incluso el pragmático Howard Wales se encontraba a disgusto en la ciudad, los tres supervivientes de las ciudades estado que estaban con él, parecían perros que no se atrevieran a menear el rabo. Incluso Derech había perdido algo de su alegre arrogancia, Arrin nunca se apartaba de su lado.

Dentro de los edificios la sensación todavía era peor. Allí había salones y habitaciones en donde los *ramas* habían vivido, allí estaban sus propiedades que ellos habían manipulado, los grabados y los frescos desvaídos que ellos habían mirado. Los siempre jóvenes y siempre vivos inmortales, los que robaban las vidas de otros habían paseado por aquellos corredores y habían visto sus rostros reflejados en el mármol pulido.

Los nervios de Carey vibraban, ante la proximidad de los *ramas*, después de todo el tiempo transcurrido desde su desaparición.

Había trazas de un tiempo, cuando Sinharat había tenido un avance tecnológico igual, si no superior a cualquiera que Carey había visto sobre Marte. La inevitable reversión hacia lo primitivo había llegado con el agotamiento de los recursos.

Había una habitación más bien pequeña, en donde podían verse muchos equipos destrozados, transformados en trozos de cristal y polvo. Carey sabía que aquel era el lugar en donde los *ramas* habían intercambiado sus viejos cuerpos por los nuevos.

En algunos de los frescos realizados con un humor brillante y sádico, aprendió que las víctimas, generalmente, eran asesinadas rápidamente, pero no demasiado pronto, una vez que se había completado el intercambio.

Todavía no había encontrado el lugar en el que habían guardado los archivos. Fuera, Wales y sus hombres, con la ayuda de Derech, y con Arrin como vigilante, sudaban para limpiar la basura que llenaba una plaza, lo bastante para que una nave aérea pudiera aterrizar. Wales había estado en contacto con Kahora antes del inesperado ataque.

Sabían donde se encontraba y cuando pasara el suficiente tiempo sin tener noticias suyas, seguro que vendrían a ver que pasaba. Si para entonces habían limpiado una zona de aterrizaje y la pequeña cantidad de agua racionada que le correspondía a cada uno les mantenía vivos y los *shunni* no se ponían impacientes... todo estaría en orden.

Carey les dijo:

—Quiero decirles algo; si llega esa nave aérea, meteos en ella de prisa, pues los *shunni* atacarán entonces.

No había tenido ningún problema con Howard Wales. Había esperado que así fuera. Cuando había llegado al final de la escalinata con el hacha preparada, Wales había sacudido su cabeza y le había dicho:

—Tengo el aturdidor pesado de reglamento, pero no pienso usarlo contra usted; puede bajar el hacha doctor Carey.

Los marcianos también estaban armados. Carey se había dado cuenta de que lo podían haber apresado fácilmente. Quizá estaban ahorrando sus municiones para emplearlas contra los *shunni*, quienes jugaban el juego de la guerra como sitiadores. Carey dijo:

—Haré lo que he venido a hacer aquí.

Wales se encogió de hombros.

—Mi misión era traerte aquí dentro. Creo que, ahora, no habrá más problemas sobre esta cuestión... si alguno de nosotros sale de aquí. Incidentalmente, vi lo que pasó en Barrakesh y puedo declarar que tú no has tenido nada que ver, en ninguna manera, en aquello. Estoy seguro que alguno de mis superiores estará rebuznando como si fuera un burro, pero, por lo demás, esto no es nada nuevo. Así que venga, haz lo que tengas que hacer, no te voy a molestar.

Carey estuvo viviendo bajo mínimos, con la menor cantidad posible de agua, sin dormir y comiendo las raciones para el desierto que llevaba en la bolsa de su cinturón. Pasaron dos días y medio, y el sabor de la derrota era, por cada hora que pasaba, más fuerte en su boca. El tiempo se le estaba acabando, nadie podría decirle lo poco que le quedaba.

Casi por casualidad, al arrastrarse sobre un gran bloque de mármol caído, penetró en una habitación muy larga con filas de puertas abovedadas a cada lado. Una inmensa ola de excitación quemó su cansancio. Las barras de una hermosa aleación inoxidable, se deslizaron fácilmente por sus manos.

Quedó sorprendido por el tesoro de conocimiento que había hallado, torturado por la comprensión de que sólo podría llevarse con él una fracción del total y que sería muy posible, que nunca pudiera ver, nuevamente, el resto.

Los *ramas* habían dispuesto sus inmensos archivos de acuerdo con un simple y estructurado sistema de datos. No le llevaría mucho tiempo descubrir los registros que buscaba, pero incluso ese poco tiempo, quizá fuera demasiado.

Derech llegó tras él dando gritos. Carey cerró la bóveda en la que había penetrado y volvió a trepar por el bloque caído, llevando los preciosos carretes con la información de los *ramas*. Derech seguía gritando.

—¡Una nave aérea! ¡Daos prisa!

Carey pudo oír los gritos distantes de los *shunni*.

Corrió junto a Derech, mientras los gritos sonaban más cercanos. Los guerreros también habían visto la nave aérea y comprendieron que ellos también debían penetrar en la ciudad. Carey corrió a través de la calle estrecha y retorcida que conducía a la plaza. Cuando llegó allí, pudo ver como la nave aérea estaba detenida a unos treinta pies del suelo, haciendo girar sus rotores, dudando sobre si aterrizar o no en aquel espacio tan reducido.

Wales y los marcianos movían frenéticamente los brazos, mientras tanto, los *shunni* llegaron en dos oleadas, una de la escalinata que subía desde donde se encontraba el pozo y otra desde los acantilados. Carey empuñó su hacha, los aturdidores comenzaron a funcionar.

Esperaba que pudieran mantener apartados a los guerreros de las Tierras Secas, porque no quería matar a ninguno, y especialmente no quería que ninguno lo matara a él, sobre todo no en este momento. Wales les gritó:

—¡Subid a la nave!

Carey vio como la nave aérea estaba descendiendo en medio de un remolino de viento y de polvo.

Los guerreros que formaban la vanguardia del ataque estaban cayendo o empezaban a dar traspies, conforme eran alcanzados por las cargas de los aturdidores, que hacían brotar chispas de sus ornamentos de metal y de las puntas de sus lanzas. La primera carga había sido detenida, pero nadie quería esperar a la segunda. Derech y Arrin habían conseguido introducir sus cuerpos en la nave, de ella salían manos que alzaban a la gente y gritos suplicando darse prisa, lo cual era totalmente innecesario.

Carey arrojó su hacha y saltó por la escotilla, los marcianos estaban apretados en su interior, luego entró Wales y el piloto despegó con tanta rapidez que las piernas de Wales quedaron colgando al exterior de la nave. Carey le agarró y le introdujo en la cabina. Wales rio de una forma extraña y salvaje, mientras la nave aérea se elevó sobre las torres de Sinharat, en medio de una nube de lanzas.

Los técnicos no tuvieron problemas para leer el contenido de las microcintas de los *ramas*. El resultado no fue perfecto, ni mucho menos, pero el Comité de Ayuda Planetaria de los Mundos Unidos, que se reunió apresuradamente en Kahora, no estaba interesado en la perfección, ni mucho menos. Eran los superiores de Alan Woodthorpe y tenían que tomar una decisión en poco tiempo.

Desde las Tierras Secas una gran marea avanzaba hacia el norte, se movía con la velocidad de marcha continuada de las bestias del desierto. Además Woodthorpe no podía echarle la culpa a Carey.

Con aspecto derrotado y más bien asustado, Woodthorpe se sentó junto a Carey en la sala donde se iba a llevar a cabo la audiencia. Derech también estaba allí, y Wales, y dirigentes de las ciudades estado que temían lo que se aproximaba a sus fronteras y también dos jefes de las tribus de las Tierras Secas, que conocían a Carey como el doctor Carey, no como un guerrero del desierto, y habían confiado en él lo bastante como para acudir allí.

Carey pensó amargamente que esta audiencia debería haber sido mantenida hace bastante tiempo, sin embargo la Comisión no había llegado a comprender la potencial seriedad de aquella situación. Se les había dicho muchas veces y claramente, pero preferían creer a expertos como Woodthorpe, que a gente como Carey. Los expertos si bien tenían conocimientos especializados, no tenían formación para comprender y evaluar la situación de forma global, como un todo.

Ahora, algo avergonzados, observaban lo que las cintas de Carey iban explicando a través de los proyectores.

Vieron una ciudad isla en medio de un mar azul. La gente se movía por sus calles. Había barcos en sus puertos y sonidos de vida. Pero el mar había retrocedido de la cima de los acantilados de coral. La laguna dio paso a un lago poco profundo, rodeado de amplias playas, la parte exterior del acantilado se alzaba sobre un débil oleaje. La voz de un hombre hablaba en antiguo alto marciano, algo distorsionado por la reproducción y velado por la voz del traductor que lo vertía al esperanto. Carey cerró sus oídos a todo, menos a la voz del hombre, que hablaba desde el pasado.

—La Naturaleza nos habló en aquellos días, recordándonos que incluso los planetas mueren. Nosotros, que hemos amado la vida tanto como para tomar la existencia de innumerables personas para poder seguir viviendo, podemos ver ahora el inicio de nuestro inevitable fin. Aunque pueda retrasarse aún miles de años en el futuro, este pensamiento ha producido extraños efectos. Por primera vez en la historia algunos de nosotros han

escogido voluntariamente la muerte, otros piden cuerpos cada vez más jóvenes y están cambiando de cuerpo constantemente.

»Muchos de nosotros hemos desarrollado un sentimiento de culpa, no por nuestra inmortalidad, sino por el método a través del cual la hemos alcanzado.

»Un asesinato puede ser recordado y lamentado; unos miles de asesinatos se transforman en algo sin sentido, como diez mil enamoramientos o diez mil juegos de ajedrez. El tiempo y la repetición muelen cualquier cosa y la transforman en polvo. A pesar de todo lo lamentamos; por ello, una ingenua pasión ha surgido en nosotros, la pasión por ser perdonados, si no por nuestras víctimas al menos por nosotros mismos.

»Por ello emprendimos nuestro gran proyecto. La gente de Sharif, por ser sus costas accesibles y sus jóvenes excepcionalmente bellos y robustos, ha sufrido por nuestra causa más que ninguna otra nación. Les daremos una compensación.

La escena se desplazó, desde Sinharat a una desolada extensión de la costa, totalmente desierta, junto al área ocupada por las aguas. Esta tierra había estado en la antigüedad densamente poblada. Quedaban restos de ciudades y pueblos, unidos entre sí por carreteras pavimentadas, aquí y allá había habido fábricas y centrales energéticas, todos los atributos de una tecnología avanzada. Ahora no quedaban más que restos oxidados, sobre los que el viento arrastraba el polvo ocre que terminaría por enterrarlos. La voz del *rama* dijo:

—Durante un siglo no ha llovido.

Apareció un oasis con pozos de buena agua; hombres y mujeres, altos y con cabellos de color castaño, trabajaban en los campos bien cultivados y bien regados. Se podía ver una aldea de cabañas limpias, en las que podía vivir quizá un millar de personas.

—El padre Marte ha matado a muchos más hijos suyos que nosotros. Los afortunados supervivientes vivirán en «ciudades» como esa, los menos afortunados...

Una larga línea de bestias y siluetas de hombres encapuchados se movían a través de una terrible desolación. Los jefes de los guerreros de las Tierras Secas, gritaban.

—¡Nuestro pueblo!

Se oyó la voz del *rama* que decía:

—Les daremos agua de nuevo.

La cinta terminó. En el breve intervalo que se produjo antes de que comenzara la nueva, Woodthorpe tosió con dificultad y luego susurró:

—Carey, esto sucedió hace mucho tiempo, los vientos del cambio...

—... Han soplado hasta producir una auténtica tempestad. Woodthorpe ahora verás el porqué.

La cinta comenzó de nuevo. Ahora una enorme planta desalinizadora se alzaba en el borde del mar, destilando el agua marina para separarla de la sal. A su alrededor se había extendido un asentamiento humano, con campos y plantaciones de árboles jóvenes. La voz del *rama* continuó diciendo:

—Todo ha marchado bien, e irá mejor la próxima vez, porque sus breves generaciones están disminuyendo muy rápidamente.

El asentamiento llegó a ser una ciudad. La población creció y se extendió, construyó más ciudades, plantó más cosechas. La tierra florecía.

La voz del *rama* siguió explicando:

—Ahora viven muchos miles de personas, que si no fuera por nosotros no habrían nacido. Hemos pagado por nuestros asesinatos.

La cinta terminó y Woodthorpe dijo:

—Pero nosotros no estamos intentando expiar ninguna culpa, nosotros...

Carey le contestó:

—Si se está quemando mi casa, no me importa gran cosa si el incendio ha sido provocado por un rayo, por una persona que lo ha incendiado deliberadamente, o por un niño jugando con unas cerillas. El resultado final es el mismo.

Comenzó la tercera cinta.

La voz que hablaba ahora era diferente. Carey se preguntó si el poseedor de la primera voz habría escogido la muerte, o simplemente le faltó valor para seguir relatando la historia. La planta de desalinización estaba gastada, los metales necesarios para su reparación eran escasos y difíciles de encontrar. Las baterías solares eran difíciles de reemplazar. El flujo de agua fue disminuyendo; las cosechas se agostaron, se produjo hambre y pánico, las bombas se detuvieron a la vez y, finalmente, las ciudades quedaron abandonadas como cascos de navíos en puertos secos.

La voz del *rama* dijo:

—Estas son las consecuencias de la buena acción que hicimos una vez. Ahora, aquellos millares de personas, que llegaron a vivir gracias a nosotros, comenzaron a morir como sus antepasados. Las crueles leyes de la supervivencia que les hicimos olvidar, tuvieron que ser aprendidas de nuevo. Ellos ya habían sufrido, supieron dominar su sufrimiento y estaban contentos. Ahora, sin embargo, no había nada que pudiéramos hacer para ayudarlos. Sólo podíamos esperar y observar.

Woodthorpe dijo:

—Apaga eso.

Pero Carey le contestó:

—No, veámoslo todo.

Lo terminaron de ver. Luego Carey tomó la palabra.

—Ahora os recordaré que Sharif fue la tierra natal de donde provienen la mayor parte de los habitantes de las Tierras Secas —Carey le hablaba al Comité más que a Woodthorpe, y prosiguió—: Los que llamáis primitivos han pasado hace tiempo por todo esto y tienen una gran memoria. Las leyendas de sus tribus son lo suficientemente explícitas al relatar lo que les sucedió la última vez, como para volver a poner su confianza en los transitorios trabajos de los hombres. ¿Comprendes ahora por qué están resueltos a luchar?

Woodthorpe miró a los rostros molestos y preocupados de los miembros de comité y dijo.

—Pero, ahora no pasaría lo que pasó entonces; nuestros recursos...

—... Se encuentran alejados millones de millas de aquí; están en otro planeta. ¿Cuánto tiempo puedes tú garantizar que las bombas seguirán funcionando? Por lo menos los *ramas* habían dejado las fuentes naturales de agua, de forma que los supervivientes pudieron volver a ellas; tú también quieres destruirlas de forma que los supervivientes no tendrán nada.

Carey miró a los hombres de las ciudades estado y les dijo:

—Las ciudades estado pagarán un precio por esto. Tienen, en la actualidad, lo mejor de las riquezas naturales del planeta y una gran población, que cuando fallaran las instalaciones morirían de hambre y sed.

Se encogió de hombros y prosiguió:

—Hay otras formas de ayudar. Alimento, medicinas, educación para ayudar a los jóvenes a buscar pastos más verdes en otros lugares, si es que lo desean. Entre tanto, tened en cuenta que hay un ejército en movimiento. Tenéis el poder de detenerlo; habéis oído todo lo que se ha dicho. Ahora los caudillos están esperando para oír lo que vosotros tenéis que decir.

El presidente del comité conferenció con sus miembros. La conferencia fue muy breve. El presidente dijo:

—Decid a los caudillos que no es nuestra intención provocar guerras; decidles que se vayan en paz; decidles que el Proyecto de Rehabilitación de Marte ha sido cancelado.

La gran masa volvió lentamente hacia las Tierras Secas y allí se dispersó. Carey fue sometido a una audiencia para aclarar cuáles habían sido sus

actividades, y se le dio una reprimenda. Howard Wales le despidió con un apretón de manos y el corazón lleno de alegría.

Volvió a Jekkara para beber con Derech y pasear junto al Canal Inferior, que seguiría allí por las incontables edades que le quedaran, en el lento morir del planeta.

Allí se estaba bien. Pero al final del canal se encontraba Barrakesh, el extremo más meridional de la ruta de las caravanas y del largo camino que conducía a Sinharat. Carey pensó en las bóvedas que se encontraban al otro lado de la caída roca de mármol y decidió que, algún día, volvería a recorrer el camino a Sinharat.

FIN

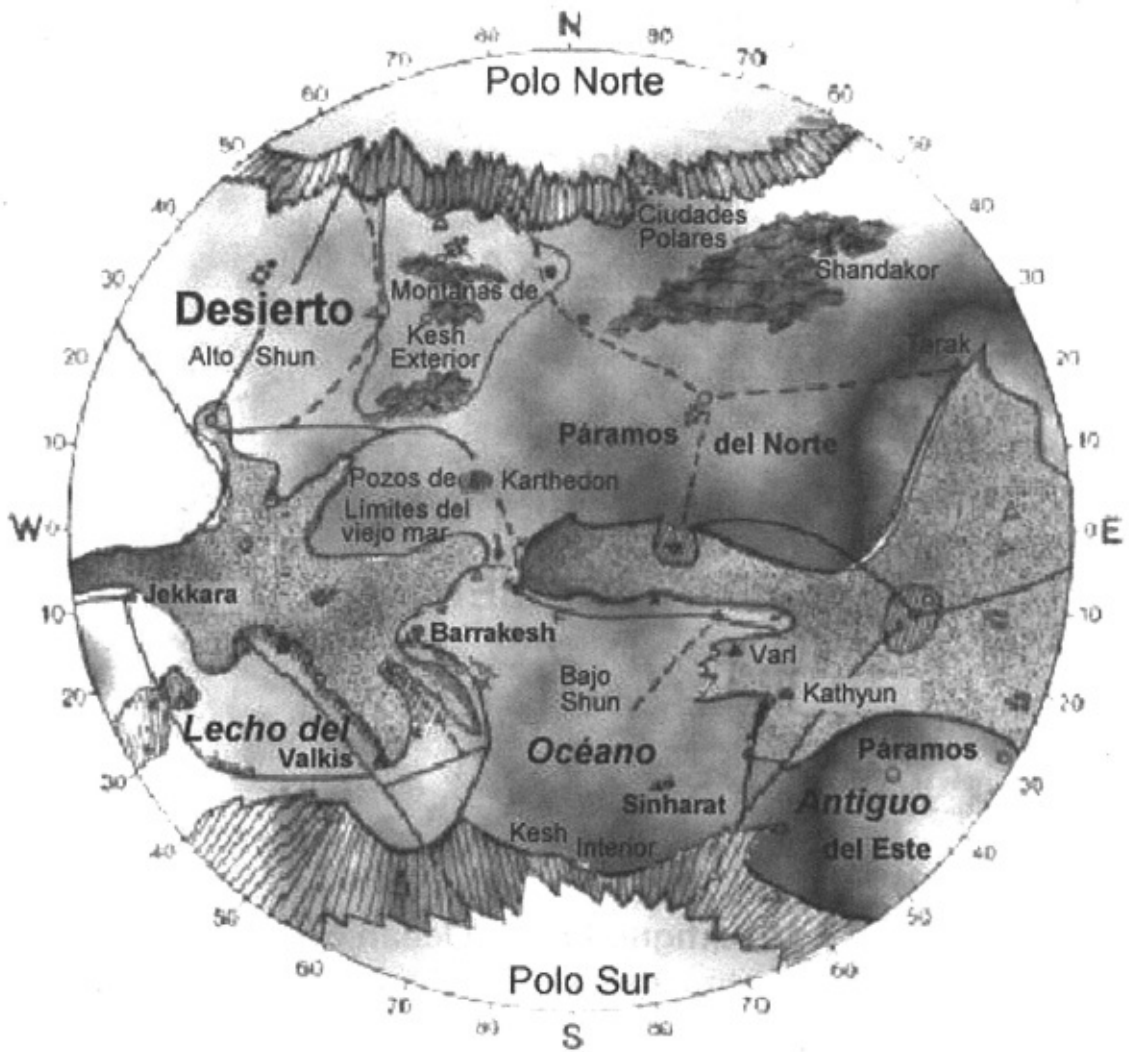
EPÍLOGO

A pesar del fracaso del primer intento de reasentamiento de poblaciones que se acaba de describir, la colonización está en marcha, los desheredados de los mundos interiores serán reasentados en Marte, que a su vez está siendo empleado como base para mandar colonos más allá del Velo de Astelar; quizá la fauna marciana planteé algunas dificultades, que serán resueltas tras la oportuna indagación de las particularidades de la misma. También determinados cultos a la luna loca y tabúes que afecten a alguna niña, fundados o infundados, plantearán dificultades, si bien fáciles de superar.

Un problema importante que la colonización pone de manifiesto, es la falta de agua, máxime si los piratas se apoderan de ella, pero todo puede ser resuelto con el esfuerzo adecuado. Las grandes compañías de la Tierra establecerán explotaciones mineras en el Marte, controlado por la Organización de Mundos Unidos y que, por momentos, está dejando de ser marciano. A cambio, numerosos marcianos, incluso bárbaros shunni, comienzan a recorrer, como pilotos, marineros, feriantes o soldados, los cantillos del espacio y los campos y ciudades de los planetas, interiores y exteriores.

Los habitantes de Marte, tanto los más primitivos shunni, keshi, las demás tribus y la población de las ciudades del Canal Inferior, como los civilizados que dependen directamente del débil gobierno marciano, títere de la Tierra, ven lo que sucede, no les gusta y esperan la hora de su libertad. Las manecillas del reloj que marca el tiempo que falta para la némesis del sistema impuesto por la Tierra avanzan de forma inexorable...

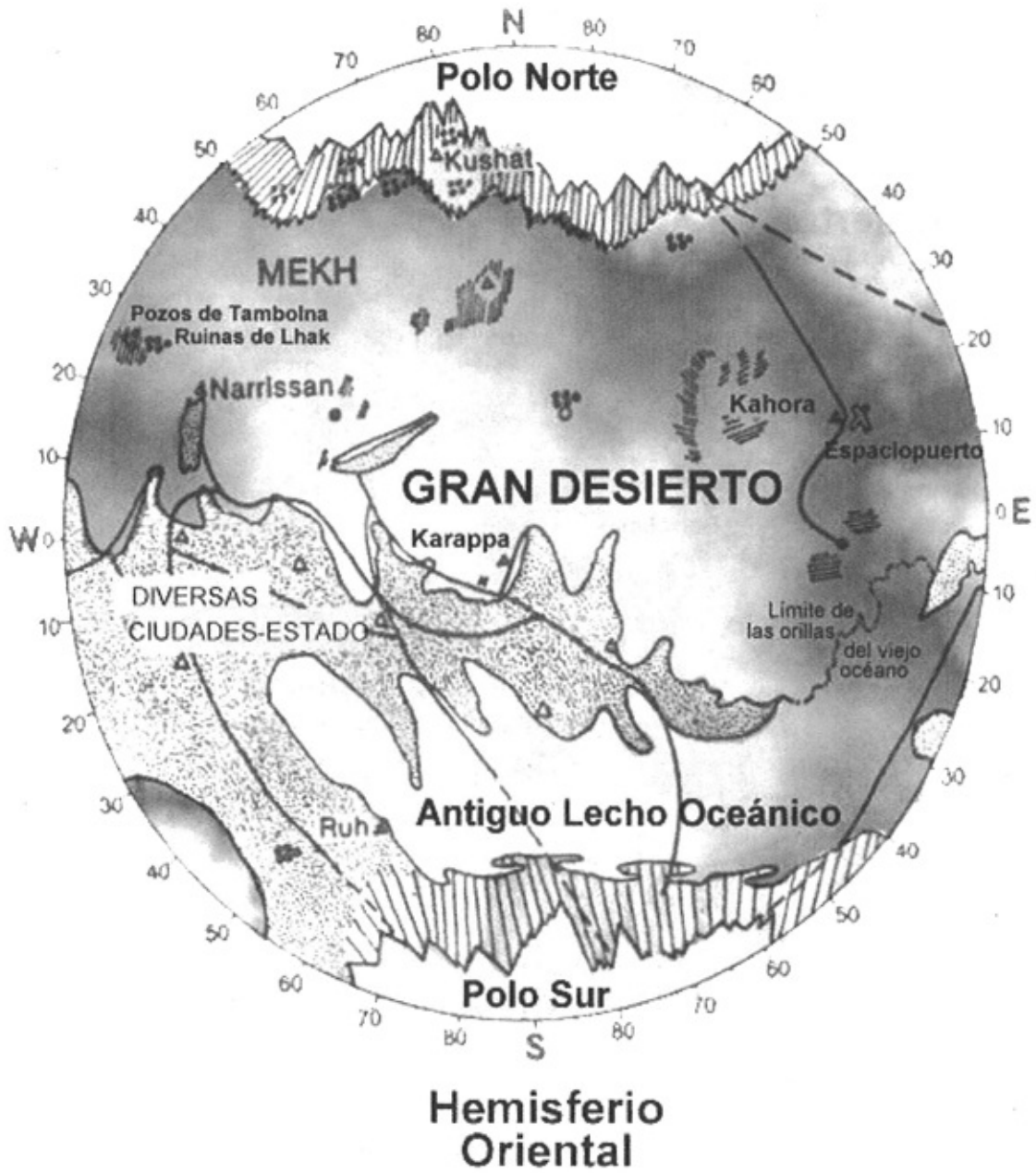
MARTE



Hemisferio Occidental

	Confirmado	Rumor
Ciudad	▲	△
Pozos	●	○
Ruinas	⦿	⦿
Aldeas	×	
Canales	---	
Limite de Mares secos	~	

MARTE



MARTE

Por la Oficina de Supervisión Colonial Kahora, Marte.

ADMINISTRACIÓN CENTRAL TERRANA

Nota: Los canales más grandes y el grueso de la topografía se encuentran reproducidos con precisión a partir de fotos aéreas. Hay detalles de la areografía de la superficie que aún resultan bastante desconocidos, debido a las difíciles condiciones y a la hostilidad de los nativos locales, a las que se enfrentaron tanto las expediciones de tierra como las de aire. Como se ve en la leyenda del plano, muchos lugares se conocen por rumores, pero su localización no se ha visto aún confirmada.

Se ha avisado a los Terrícolas que obtengan un permiso en la Oficina de Supervisión, y que se aseguren de obtener guías y mapas lo bastante fiables, antes de aventurarse a viajar más allá de las inmediaciones de Kahora. La Administración declina toda responsabilidad en aquellas personas que se pierdan en viajes no autorizados.

El nivel del mar indicado en estos mapas, incluyendo el que queda definido por la línea de trazos y la de punto y raya, indica la extensión del antiguo océano marciano, excluyendo las fosas continentales.

Parece ser que las aguas se retiraron con más lentitud en el caso de las fosas, que permanecieron fértiles, y por eso se dio el caso de que Jekkara y el resto de ciudades portuarias se construyeran en la orilla de dichos lechos abisales. Los estudiosos creen que, en ese período, los niveles de agua se mantuvieron estables durante un periodo de tiempo que bien puede abarcar desde varios siglos hasta varios milenios.

Sobre esta cuestión hay bastante desacuerdo.

No obstante, en lo que si hay acuerdo, es en que, cuando comenzó la última sequía, progresó de un modo vertiginoso hasta su desolador final. Una

vez más, hay bastante desacuerdo acerca del lapso exacto de tiempo que duró este período.

Se han realizado numerosos esfuerzos por determinarlo, a partir del estudio del grado de erosión que tuvo lugar incluso en los principales y mayores canales, antaño excavados siguiendo arcos exactos o bien líneas rectas, y de su actual grado de erosión, con formas irregulares (como puede verse en el mapa), o que incluso han quedado totalmente sepultados por la arena. Hasta el momento, dichos estudios no han podido aportar ninguna conclusión definitiva.

*Margaret M. Howes, Secretaria de la
División Areográfica
Oficina de Supervisión Colonial
Kahora, Marte*

Notas

[1] Hace referencia a una historia irlandesa (N. del T.). <<

[2] La palabra que aparece en el texto es *collen*, que no aparece en los diccionarios normales, después de mucho buscar he encontrado que viene del gaélico *cailín*, diminutivo de *caile*, que viene a significar chica joven, supongo que virgen, en este idioma. (N. del T.). <<

[3] Este relato fue publicado en 1942 (N. del T.). <<

[4] Como el electroimán, a lo que se ve, no se mueve, ni el tubo tampoco, no sé como puede producirse ninguna tensión. (N. del T.). <<

[5] El ciclotrón que describe la Brackett, no tiene nada que ver con lo que la física actual denomina ciclotrón, que es un acelerador de partículas (N. del T.). <<

[6] Esta referencia nos indica que nos encontramos en el primer período de expansión de la Tierra, durante un tiempo el espacio entre Marte y Júpiter representó un obstáculo a la expansión terrana. (N. del T.). <<

[7] Del latín *villus*, vello, es el apéndice de pelos simples, plumosos, cerdas estipitadas, etc. que aparece en frutos con ovario ínfero, generalmente de las asteraceas o plantas compuestas, y que le sirve para ser diseminado por el aire, en Castilla se denominan remolino. (Wikipedia) (N. del T.). <<

[8] El Pueblo del Cielo, los Voladores, eran una de las razas que poblaban el antiguo Marte cubierto por las aguas. En las guerras contra los dhuvianos y Sark estuvieron del lado de los Reyes del Mar (mal traducidos como Reyes-Almirantes). En «*Némesis de Terra*», que se desarrolla bastante después de esta historia, tienen un papel destacado en la victoriosa insurrección antiterrana. (N. del T.). <<

[9] «... *the magnetism of gravity*». No es la traducción, es que los conocimientos de física de nuestra autora dejan mucho que desear. (N. del T.). <<

[10] Véase la nota número 8 (N. del T.). <<

[11] Los canales inferiores, o de forma más precisa, el Canal Inferior, constituyen el último remanente del océano donde navegaron las orgullosas naves de los Reyes del Mar; allí se encuentran las famosas ciudades de Jekkara, Valkis y Barrakesh. (N. del T.). <<

[12] Los antiguos marcianos dominaron, en profundidad, la forma de actuar eléctricamente sobre el cerebro; véase «*El hechicero de Rhiannon*» y «*La reina de las catacumbas marcianas*». (N. del T.). <<

[13] Los terranos, en su expansión por el Sistema Solar, llevaron numerosas especies de animales a los diferentes mundos que exploraron, así en Ganímedes llegaron a vivir numerosos perros terranos, los conejos se extendieron por Bas, el décimo planeta. Otras bestias terranas, y selenitas se extendieron por los asteroides. (N. del T.). <<

[14] Esta es la explicación de qué el Sistema Solar esté poblado por humanoides de la especie *homo sapiens* u otra muy parecida a la misma y que se pueden cruzar entre sí, ya que realmente constituyen una única especie. Esta idea de que el planeta más antiguo del Sistema Solar es Marte, también aparece en la serie de «El Capitán Futuro» de su marido Edmond Hamilton. (N. del T.). <<

[15] En este momento ya existe un estado marciano, más o menos títere de la Tierra. (N. del T.). <<

[16] Caer Dhu era la ciudad de los dhuvianos, reptiles evolucionados de aspecto más o menos humanoide. Este pueblo fue el favorito del dios Rhiannon, que les entregó tecnología para hacerlos el pueblo más poderoso del antiguo Marte, pero en el cuarto planeta, al igual que en el tercero, la historia nunca ha marchado a favor de los reptiles... (N. del T.). <<

[17] Ese gran bloque del antiguo mercado de esclavos de Valkis volverá a aparecer en «*La reina de las catacumbas marcianas*» y «*El pirata del agua*». (N. del T.). <<

[18] Quizá se refiera a Ywain de Sark, reina cautiva de aquellos tiempos en que Marte estuvo cubierto de océanos. (N. del T.). <<

[19] Efectivamente, Valkis siempre estuvo dispuesta a luchar contra el dominio terrestre; no mucho después de los hechos narrados en esta historia, Delgaun, Señor de Valkis, que ha sucedido a Fand, se encontrará entre los caudillos de la primera rebelión contra el sistema impuesto por la Tierra; es en esa rebelión en la que participará Stark, del lado de los marcianos. (N. del T.).
<<

[20] Por supuesto las autoridades no pudieron proscribir este vicio; cuando un poco después se produjo la primera rebelión de las tribus marcianas, en la que participó Stark, narrada en «*La reina de las catacumbas marcianas*», el *shanga* seguía pujante y no solo entre los extramarcianos, sino también entre los bárbaros de las tribus del desierto. (N. del T.). <<

[21] Sobre el fondo seco del mar muerto de Kesh, vagabundean los nómadas keshi. En el relato anterior hemos visto a mercenarios de esta tribu sirviendo a Fand, Señora de Valkis. (N. del T.). <<

[22] Por supuesto esta apreciación es errónea, hay muchas razas mucho más antiguas que los *prira cen.* (N. del T.). <<

[23] Se trata del mismo sistema mediante el que Rhiannon se introdujo en el cerebro de Carse. (N. del T.). <<

[24] Rhiannon fue un *quiru*, un dios que en tiempos antiquísimos, fue condenado por sus hermanos, a causa de haber entregado instrumentos de poder a los *dhuvianos*, una raza reptiloide del antiguo Marte; fue encerrado en una tumba en unas islas, rodeado de los instrumentos que había entregado a los mortales; obviamente, con el paso del tiempo, las islas, donde se encontraba tan precioso tesoro, tomaron el nombre del dios. La historia de su redención se relata en «*La espada de Rhiannon*». (N. del T.). <<

[25] En esta bóveda se encuentra la tumba de Rhiannon, antes de ser redimido.
(N. del T.). <<

[26] La palabra inglesa es *glamour girl*; también he visto en español glamurosa y glamourosa; no sé si la Real Academia de la Lengua acepta alguna. (N. del T.). <<

[27] Este tipo de arma fue muy frecuente durante la segunda expansión terrestre y después, empleándose, además de en Marte, en Venus, («*La ciudadela de las naves perdidas*») en los asteroides («*Tierra de nadie en el espacio*»)... Normalmente las agujas llevaban narcóticos no venenos mortales. (N. del T.). <<

[28] Los *prira cen* debieron construir la bóveda para almacenar los «regalos» que Rhiannon había concedido y enseñado a manejar, primero a los *dhuvianos* y después a sus vencedores humanos, de los que este pueblo debía ser descendiente, ya que vivió mucho tiempo después. Esta es la bóveda que encontró Carse u otra posterior, ¿o anterior?, al haber un salto temporal no es fácil de determinar. (N. del T.). <<

[29] Este arma se empleará en la I Guerra Interplanetaria, ver «*Puesto avanzado en Io*». (N. del T.). <<

[30] Parece ser que Ciaran y los *mekhi* tuvieron éxito en sus planes de conquista, si no fuera así no tendría sentido esta frase. Véase «*La amazona negra de Marte*», de la serie de Stark. (N. del T.). <<

[31] Las escamas, los dientes y el cráneo, indican que debe tratarse de la evolución de alguna raza de reptiles, posiblemente dhuvianos. (N. del T.). <<

[32] Se refiere a individuos del antiguo pueblo del cielo. (N. del T.). <<

[33] Posiblemente se trate de nadadores. (N. del T.). <<

[34] Posiblemente se trate de alguna raza de origen reptiliano. (N. del T.). <<

[35] Esta historia se relata en «*La reina de las catacumbas marcianas*», primera de las narraciones de Eric John Stark. La narración que hace de aquellos sucesos es exagerada, ya que sólo se produjo un puñado de muertos, entre ellos Kynon. (N. del T.). <<

[36] Al menos uno de estos vicios es el *shanga*. (N. del T.). <<